el dios de los espías

Pablo Zarrabeitia

el dios de los espías

Pablo Zarrabeitia

el dios de los espías

Pablo Zarrabeitia

A todos los héroes anónimos que trabajan cada día, sin esperar reconocimiento a cambio, para que el mundo sea un lugar mejor.

Y, por supuesto, a mi familia y amigos, que siempre han estado ahí.

—¿En qué creéis?

Naia comprendió finalmente el significado de aquella pregunta frente a la puerta de un piso en el corazón de Madrid.

Al entrar en el edificio, su intuición le había avisado de que algo iba mal. El instinto de los espías es una mezcla de lógica y experiencia, pero también tiene un componente animal que agudiza los sentidos ante el peligro. Todo es información. Lo que se habla y lo que se calla, las palabras que se escriben y las que no, los ruidos y el silencio. Y, a menudo, la clave está en lo que no se dice, porque es el material del que están hechos los secretos.

Había demasiado silencio en el interior de la vivienda, y un olor anómalo en la atmósfera. La joven de vaqueros rotos y sudadera negra hizo acopio de valor e inspiró, llenando sus pulmones con el aire seco del otoño madrileño, antes de girar con suavidad la llave en la cerradura. Tras escuchar el breve gemido de los goznes, contó hasta cinco, preparada para reaccionar ante un eventual ataque, pero no ocurrió nada. En ese instante, por la mente de Naia pasó la idea de huir, dejándolo todo. Nadie la juzgaría, porque no estaría cometiendo ningún delito si lo hacía, y podría rehacer su vida fuera del Centro, en otro trabajo en el que tuviese la seguridad de que la muerte no estaba esperando detrás de una puerta.

Cruzó el umbral y entró en la vivienda. En el interior, el silencio tenía el mismo olor pegajoso y amargo que había percibido antes de abrir la puerta, aunque mucho más intenso. Al descubrir su origen, Naia tuvo que esforzarse para contener un grito.

La cabeza cortada del cadáver yacía sobre su espalda. Junto a los pies del hombre decapitado, había una nota en árabe con una cita del Corán.

“*Y si temes traición por parte de alguna gente, rompe con ellos en igualdad de condiciones, pues es cierto que Allah no ama a los traidores*”.

Incluso en los peores momentos, la joven analista de Contraterrorismo era capaz de aislar sus emociones para racionalizar la situación en la que se encontraba. Aquel hombre había muerto antes de que le cortasen la cabeza; de lo contrario, los vecinos habrían oído sus gritos. Eso implicaba que tanto la decapitación como la nota en árabe formaban parte de una puesta en escena que contenía un

mensaje dirigido al entorno de *Jerbo* y tal vez a ella.

La nota delataba que el fallecido había sido colaborador del Centro, de modo que decidió llevársela y marcharse de inmediato, porque tras aquella muerte latía otra amenaza: los asesinos de *Jerbo* podían estar esperándola en cualquier rincón del viejo edificio. El bloque de la calle del Salitre 34 estaba construido en forma de corrala tradicional, con un patio interior al que comunicaban las puertas de todas las viviendas, y solo tenía una salida al exterior a través de un pasillo estrecho y alargado, el lugar ideal para una trampa.

Descendió por las angostas escaleras, atenta a cualquier ruido extraño y, al salir a la calle, en el corazón del barrio de Lavapiés —el alma multiétnica de Madrid—, intentó regular su respiración para mantener el control sobre sus emociones. Había analizado decenas de vídeos de decapitaciones, pero una cosa era contemplarlas a través de una pantalla en los desiertos de Irak y Siria, y otra muy distinta hacerlo en el centro de Madrid. Caminando cuesta abajo, sobrepasó la iglesia de San Lorenzo conteniendo las ganas de correr y gritar, y tratando de inhibir sus sentimientos mientras recordaba las palabras que había escuchado de Madre en su primer día en el Centro Nacional de Inteligencia.

—Hoy termina vuestra antigua vida y comienza una nueva —la espía veterana miraba a los ojos de sus alumnos mientras hablaba—. Estáis entrando en el mundo que existe al otro lado del espejo. A partir de ahora, cambiará vuestra forma de percibir la realidad. No voy a engañaros: será una vida difícil. Es posible que durante vuestros años en el Centro os encontréis ante un punto de no retorno, una encrucijada en la que vuestra muerte sea una posibilidad real e inmediata. Tal vez nunca tengáis que pasar por ello pero, si ese momento llega, lo reconoceréis. Entonces deberéis elegir entre abandonar vuestras carreras o cruzar esa frontera de la que tal vez no podáis regresar. Para tomar esa decisión, tendréis que planteaos la pregunta más importante de todas: ¿en qué creéis?

Naia supo que acababa de atravesar el punto de no retorno.

Jerbo era su primer colaborador muerto.

Con la capucha de la sudadera cubriéndole la cabeza, descendió a paso rápido hasta Argumosa, buscando las calles más transitadas de Lavapiés, mientras monitorizaba discretamente su entorno y analizaba lo ocurrido. Al menos, la muerte de *Jerbo* no había sido en vano: el sirio había hecho un último servicio a España, el país que le acogió

cuando huía del régimen de Damasco.

Jerbo había facilitado al CNI información clave sobre la llegada a la Península Ibérica de *Mantícora*, un peligroso miembro ceutí del Daesh, la organización terrorista a la que un grupo de fanáticos denominó Estado Islámico. La mantícora es una criatura mitológica con cabeza humana, cuerpo de león y cola de escorpión, que caza hombres en el desierto y es considerada la encarnación del mal. En aquel encuentro fallido con Naia, *Jerbo* iba a comunicarle los datos necesarios para la captura de *Mantícora* cuando éste apareciese en Madrid. Era evidente que el yihadista había descubierto el doble juego del colaborador del Centro.

Habían transcurrido siete meses desde la batalla de Baguz —una ciudad a la orilla del Éufrates, en la frontera entre Irak y Siria—, que había supuesto el final de la pesadilla del Estado Islámico. Los yihadistas que habían logrado escapar, los *foreign fighters*, trataban de volver clandestinamente a sus países de origen para continuar allí con su demencial versión de la guerra santa, sin más perspectivas de futuro que hacer el mayor daño posible a quienes consideraban infieles.

Habían transcurrido ocho años desde la muerte de Osama Bin Laden, cuatro desde los atentados en París y dos desde los de Cataluña, y el terrorismo yihadista no había desaparecido, ni mucho menos. Sin embargo, para el gran público había pasado a ser un asunto secundario, reducido a un puñado de fanáticos sanguinarios que regresaban de la antigua Mesopotamia y de lobos solitarios radicalizados a través de internet o de las arengas de imanes coléricos. Pero la realidad era distinta. El terror yihadista de Bin Laden, Al Zarqawi y el Daesh aún seguía muy vivo, esperando a que las fuerzas de seguridad se relajasen y la financiación fluyese de nuevo desde el Golfo Pérsico para renacer con una nueva forma. El terrorismo yihadista no desaparecería jamás. Solo sufriría sucesivas metamorfosis hasta que surgiese un nuevo monstruo, siempre más feroz que el anterior.

Naia había ingresado en el Centro para derrotar a aquellos monstruos. Aunque no heredó la fe católica de los abuelos que la criaron, siempre creyó que las religiones debían estar asociadas al amor y a la convivencia, no al odio y a la destrucción. Por eso, mientras contemplaba el 11-S a través de la televisión, declaró su guerra particular al terrorismo yihadista.

La mujer de la sudadera negra eligió la calle del Ave María para

salir de Lavapiés. Al llegar a la esquina con la calle Magdalena, giró a su izquierda, sobrepasando la Plaza de Tirso de Molina de camino al Mercado de la Cebada, mientras seguía pensando en el terrible final de su colaborador. Al igual que el escurridizo roedor del desierto a quien debía su nombre en clave, *Jerbo* había logrado infiltrarse con éxito en un medio hostil. La captación de aquella fuente había sido obra de Santiago, un especialista en HUMINT de la vieja escuela, extraordinariamente hábil al seleccionar sus objetivos. En todas las manadas de lobos hay un macho alfa y otros ejemplares más débiles con algún defecto que les impedirá convertirse en líderes, o que simplemente carecen de fuerza, astucia o determinación suficientes para intentarlo. Esos ejemplares son el eslabón débil de la cadena, aquellos que pueden ser captados.

Para un reclutamiento exitoso son necesarias varias etapas. La primera, detectar cuál es el ejemplar más vulnerable de la manada y acercarse a él sin que el resto lo note. Después, comprender cuál es su defecto o su debilidad, el motivo por el que nunca podrá triunfar. Finalmente, encontrar la manera de seducirle, cultivando su ego, su envidia por el líder o la necesidad que siente de vengarse del grupo que lo ha relegado o no ha apreciado su valía. Pese a todos los avances de la tecnología, los Servicios nunca podrán abandonar los procesos de reclutamiento tradicionales, porque no hay nada comparable al HUMINT, la Inteligencia que procede de fuentes humanas.

Santiago había culminado con maestría la captación de *Jerbo* y, poco antes de su jubilación, traspasó a Naia la manipulación de la fuente. Al principio, el sirio se resistió a aceptar como interlocutora a una mujer, pero Naia utilizó toda la fuerza de su carácter para dar la vuelta a la situación y penetrar en el alma de *Jerbo*, consiguiendo que éste desarrollase una extraña relación de dependencia hacia ella y que, tras varios encuentros, buscase desesperadamente la admiración de la joven espía. Naia sabía que era mejor así. Ninguna fuente soporta una presión continuada y agresiva sin quebrarse, de modo que lo más inteligente es mantener una relación agradable con ella, aunque solo sea en apariencia.

Las personas son *matrioshkas* de secretos.

A medida que se van abriendo cada una de las muñecas rusas, aparecen nuevas capas de confianza que contienen información cada vez más reservada. Y solo se entrega el contenido de la muñeca más pequeña, la más escondida, a quien se ama con sinceridad. Por eso Naia había seducido emocional y mentalmente a *Jerbo*.

Porque la prioridad absoluta de una persona enamorada es ser correspondida.

Y ahora *Jerbo* estaba muerto.

Al doblar una esquina y entrar en la calle de la Cava Alta, Naia se quitó la capucha, dejando a la vista una trenza larga y gruesa de color avellana. Su tez pálida y sus rasgos delicados contrastaban con unos ojos negros y feroces, que leían el cuerpo y el alma de los transeúntes con los que se cruzaba intentando adivinar si alguno de ellos representaba una amenaza. Su moto, una Ducati Monster roja, estaba esperándola aparcada en la esquina con la calle de Grafal y, tras ajustarse el casco, se dirigió hacia la Sede Central del CNI, en el kilómetro ocho de la A-6.

Sentía que acababa de asomarse a un abismo sin fondo.

Al día siguiente, la prensa recogió el brutal asesinato de la calle del Salitre en la sección de sucesos. La rapidez de Naia al retirar la nota dejada por los asesinos en la escena del crimen hizo que los medios no mencionasen la vinculación de la víctima con el universo yihadista —pese a que alguno apuntó esa hipótesis—, decantándose por interpretar lo sucedido como una truculenta venganza relacionada con el submundo del narcotráfico.

En el CNI, el aparato contraterrorista se volcó en localizar a *Mantícora*, utilizando todos sus recursos y activando a todas sus fuentes, pero el yihadista ceutí parecía haberse volatilizado, como el ser mitológico del que había recibido el nombre.

De forma simultánea, en la Central se puso en marcha otra línea de trabajo paralela a la caza del yihadista. Por las mañanas, a primera hora, Naia acudía a una sala sin ventanas ubicada en el sótano de uno de los edificios, donde la esperaban dos personas: su jefe directo en la División de Contraterrorismo, Mikel, un hombre-método, y un miembro de la División de Seguridad, Chema, famoso por su frialdad y por su afición al tango. El tema de las conversaciones era siempre el mismo: la relación entre Naia y *Jerbo*.

La analista de la trenza sabía que aquellas entrevistas buscaban protegerla y también proteger al Centro, pero cada una se le hacía más difícil de soportar que la anterior. Durante sesiones interminables, los dos interrogadores —amable su jefe, implacable el hombre de Seguridad— repasaron con ella todos los pormenores de la relación con su colaborador. Releyeron en voz alta el informe de traspaso de la fuente que Naia había elaborado junto a Santiago, y también las reseñas de todas sus entrevistas, analizando las primeras impresiones de la joven sobre *Jerbo* y el contenido de cada una de sus conversaciones.

Los dos interrogadores perseguían objetivos distintos. Chema estaba obsesionado por saber qué información personal conocía *Jerbo* sobre Naia. Insistía una y otra vez en preguntar si ella le había mencionado la zona en la que vivía o el vehículo en el que se desplazaba, cuáles eran sus aficiones o quiénes eran sus amigos, cualquier hilo del que *Mantícora* pudiese tirar, o cualquier rastro que los sabuesos yihadistas pudiesen olfatear para encontrarla. Naia respondía invariablemente que durante las entrevistas con la fuente solo había hablado de trabajo y de generalidades, que se había ceñido

siempre a la doctrina y que no había proporcionado a *Jerbo* ningún dato personal que pudiese servir para identificarla. En su fuero interno, Naia sabía que en los momentos más distendidos de su relación había estado a punto de compartir con su colaborador detalles que podían parecer triviales, como la marca y modelo de su moto, pero por suerte se había abstenido de hacerlo. Lo ocurrido le había hecho comprender que los protocolos de seguridad estaban para eso: para salvar vidas cuando la cosa había ido jodidamente mal.

Mikel, por su parte, buscaba averiguar a través de los interrogatorios el momento en el que *Jerbo* había sido descubierto por los yihadistas; por ejemplo, si el colaborador y Naia podían haber sido fotografiados juntos en algún café o si alguien había coincidido con ella cuando entraba o salía del bloque de viviendas de la calle del Salitre. La analista trataba de recordar todos los detalles posibles, aunque la angustia afectaba a la nitidez de su memoria. Era muy difícil que hubiesen logrado sorprenderles, porque siempre había respetado escrupulosamente las medidas de seguridad en las entrevistas, pero también era evidente que algo había ocurrido, porque *Jerbo* estaba muerto y había que contemplar todas las hipótesis para comprender qué había fallado.

Mikel estaba obsesionado con *Mantícora*. En cinco años de investigación, desde que el Centro escuchó hablar por primera vez de aquel yihadista, nadie había sido capaz de averiguar su identidad real. El CNI solo sabía que había nacido en Ceuta y que probablemente era uno de los terroristas más escurridizos de la Historia. Si, como parecía probable, él era quien había decapitado a *Jerbo*, el riesgo de un atentado en España aumentaba de manera exponencial.

Los interrogatorios duraron cuatro días consecutivos. Al concluir, Mikel explicó a Naia que, por su propia seguridad, sería apartada de cualquier operación relacionada con *Mantícora*, concediendo a la analista diez días de licencia para recuperarse de lo ocurrido, y entregándole al despedirse el número de teléfono de una de las psicólogas del Centro por si necesitaba ayuda.

Aquella fase fue la peor. Sola en su piso de la calle Noblejas 5, Naia pensó que iba a volverse loca. Pasaba los días golpeando un saco de boxeo, reconstruyendo una y otra vez en su interior todos los encuentros con *Jerbo*, tratando de descubrir el error que había condenado al sirio a aquella terrible muerte. Intentaba distraerse mirando películas y series, pero nada podía sacarla del estado de postración en el que había caído desde el momento en que encontró el cadáver decapitado de su colaborador. Cada vez que venía a su mente

la imagen de la cabeza de *Jerbo* sobre su espalda, con la mirada inerte fija en ella, Naia se ponía los guantes para golpear el saco hasta caer exhausta, dormida en el sofá frente al televisor. Siempre se había burlado de los clichés de los espías atormentados por su pasado, y se negaba a convertirse en un juguete roto a los treinta y un años. Era consciente de que tenía que salir como fuese de aquel bucle, pero se veía incapaz de encontrar el camino para conseguirlo.

Semanas después de la tragedia, mientras dormitaba a media mañana tras una sesión brutal de ejercicio al amanecer, su teléfono corporativo vibró en la mesilla de noche. No tenía registrado el número que llamaba, y descolgó con recelo.

—¿Naia?

La voz del otro lado de la línea le resultó vagamente familiar.

—¿Quién eres?

—Soy Helena Aimar.

Naia se incorporó, estupefacta. La autora de la llamada era la mismísima directora adjunta de Inteligencia, conocida en el Centro como Pitonisa por su capacidad de anticipar el futuro.

—Dime, Helena.

—Necesito que estés en Delfos dentro de una hora. ¿Puedes?

—Allí estaré.

La llamada se cortó de forma abrupta. Los espías sentían aversión a hablar por teléfono, y jamás decían una palabra más de las estrictamente necesarias para comunicarse con eficacia. Naia se preguntó qué podría necesitar de ella la poderosa “número dos” de Inteligencia para convocarla de aquella forma repentina. Por un momento, pensó que tal vez quisiese escuchar de primera mano algún detalle relacionado con *Jerbo*, pero la Pitonisa no había seguido el procedimiento habitual, que hubiese sido localizarla a través de Mikel. Y, cuando en el Centro no se utilizaban los procedimientos habituales, era porque algo importante pasaba.

Así empezaban las grandes tragedias de la época contemporánea: con una llamada a un teléfono móvil.

—Han secuestrado a Madre.

Helena Aimar pronunció la frase mientras entraba como un torbellino en el despacho del director de Inteligencia, Héctor Haya, a quien todos en la Central conocían como el Insomne. Tras las ventanas, la luz del mediodía iluminaba los jardines de la sede principal del CNI.

—¿Estás pensando lo mismo que yo?— el director clavó su mirada ojerosa en la Pitonisa.

La espía pecosa asintió.

—Madre lo sabe prácticamente todo sobre nosotros. Nuestras identidades reales, quiénes son nuestros familiares y seres queridos, nuestros domicilios, el organigrama del Centro, nuestros procedimientos, el perfil de nuestras principales fuentes y el contenido de las operaciones más relevantes. Si esa información cae en manos de un actor hostil, estamos muertos.

—Cierra la puerta y siéntate— murmuró el Insomne.

Helena obedeció y, bajando la voz como si temiese ser escuchada, susurró dos de las palabras más temidas en el mundo del otro lado del espejo.

—Bill Buckley.

En 1984, Bill Buckley, jefe de la CIA en Líbano, fue secuestrado por Hizbolá. Durante más de un año, las milicias chiíes lo torturaron con extrema crueldad, y un psiquiatra libanés utilizó drogas para destruir la mente del estadounidense, consiguiendo que revelase los nombres de todos los colaboradores de la Agencia en la región. Las fuentes no tardaron en morir o desaparecer, y las redes de información de la CIA en Oriente Medio se derrumbaron. Durante el tiempo que duró el secuestro, Hizbolá hizo llegar a Langley cinco vídeos en los que se veía la evolución de Buckley tras incontables sesiones de tortura. El estadounidense murió en 1985, pero su cuerpo no fue recuperado hasta seis años más tarde.

En el mundo de los Servicios de Inteligencia, el nombre de Bill Buckley estaba asociado al terror, y no solo por su monstruoso asesinato. Su secuestro tuvo efectos devastadores para la CIA, que

tardó años en recuperar su capacidad de obtener información en Oriente Medio. También marcó la carrera de otros agentes, compañeros del secuestrado, y de su director, William Casey, que murió angustiado por no haber podido salvar a Buckley.

—Ayer por la tarde llamé a Madre. Tenía el teléfono apagado —los ojos de arena de la Pitonisa estaban encendidos por la tensión—. Al principio no me preocupé, porque pensé que estaría sin cobertura o que se habría quedado sin batería. Seguí llamando cada hora hasta que se hizo de noche, y hoy a las siete de la mañana he ido a su piso de la calle Luchana. Tengo un juego de llaves.

El director de Inteligencia asintió con la cabeza. Sabía que la relación entre las dos mujeres se había consolidado con los años, convirtiéndose en una amistad que traspasó los muros de la sede de Argentona tras la jubilación de la más veterana a principios de aquel mismo año. Poco después, el Insomne decidió incorporar a su equipo a Helena, digna heredera de la sabiduría de Madre.

—Su casa estaba vacía —continuó la espía pecosa, removiéndose inquieta en la silla—. Pero todo parecía en orden. Había ropa tendida y productos frescos en la nevera, y el lavavajillas estaba a medio llenar. En la basura había restos recientes de comida y, en un recipiente para reciclar papel, encontré un ticket de la compra con los mismos artículos que había en la nevera y la despensa. Creo que no durmió en su casa. La cama estaba hecha, y en la mesilla de noche solo había un libro.

El Insomne escuchaba la narración de la Pitonisa con una expresión tan impasible como la de una esfinge o la de un moai, uno de los gigantescos y enigmáticos rostros de piedra de la Isla de Pascua. Con los años, Helena había aprendido que, en el mundo de la Inteligencia, los gestos suelen ser más importantes que las palabras.

—¿Qué libro era?

—*Sovietistán*, de Erika Fatland, sobre las antiguas repúblicas soviéticas de Asia Central.

Helena se apartó el flequillo cobrizo de la frente. La pregunta del director era acertada. Era importante tener en cuenta lo que estaba leyendo la espía veterana para intuir lo que ocupaba su mente en aquella etapa de su vida. Continuó su relato.

—Encendí su ordenador, busqué en el historial de internet y en sus documentos recientes, pero no descubrí nada relevante. Ya sabes

que nunca tuvo una agenda, y que odiaba dejar por escrito lo que había hecho y lo que iba a hacer. Tampoco encontré indicios de que alguien hubiese registrado la casa, ni señales de violencia. Pregunté al portero, que me conoce, y me dijo que no recordaba haberla visto salir.

Las ojeras grisáceas del director se contrajeron en un gesto de preocupación. En un movimiento reflejo, se colocó el nudo de la corbata granate y se alisó el chaleco del traje, una excéntrica reminiscencia de su pasado en la oficina de Londres.

—Al principio creí que había decidido quedarse a dormir en casa de otra persona y había olvidado el cargador de su móvil —continuó Helena—. Aunque hubiese sido un comportamiento inusual en ella, porque estaba esperando que yo la llamase.

—¿Por qué esperaba tu llamada?

—Noe vendrá mañana desde Dakar. Habíamos quedado para cenar las tres juntas la misma noche de su llegada.

—¿Cómo se encontraba Madre… física y anímicamente?

La Pitonisa no pudo ocultar su enojo al escuchar las palabras del director. Ambos sabían que la antigua directora sufría una variante leve de osteogénesis imperfecta, la “enfermedad de los huesos de cristal”, que deterioraba progresivamente su salud. Pero seguía amando demasiado la vida como para quitársela. O, al menos, eso creía Helena.

—No estaba en su mejor momento —frunció la nariz haciendo que sus pecas se agrupasen en un enjambre, mientras intentaba controlar su enfado—. La conozco bien. No pensaba suicidarse, si eso es lo que insinúas. Y si lo hiciese, dejaría una nota. Estoy segura.

—Está bien —contemporizó el director, fijando la mirada en uno de los mapas antiguos que decoraban su despacho—. Imagino que diste instrucciones para que localizasen su teléfono.

—La señal se perdió ayer a las siete de la tarde en la carretera del Palacio de la Quinta, en el monte de El Pardo.

El Insomne asintió, pensativo. El Palacio de la Quinta, también conocido como Quinta del Duque de Arco, era un edificio deshabitado que superaba los dos siglos, ubicado en un recinto abierto al público en el que también había un centro de educación especial y un elegante

jardín francés, rodeado por hileras de olivos. La Quinta se encontraba al final de una vía secundaria que nacía de la carretera de Madrid al pueblo de El Pardo, la M-605, no lejos de la entrada del Palacio de la Zarzuela, residencia de la Familia Real.

La señora Aimar continuó su relato gesticulando con unas manos finas y ágiles que parecían dibujar objetos en el aire, como si se dispusiese a hacer un truco de magia o a embrujar a su interlocutor.

—El teléfono de Madre estaba aplastado bajo una piedra en el lugar donde se perdió la señal, junto a su viejo Passat gris. Llamé a Rafa y le pedí que se llevase el coche a la sede de las Sombras y que los Magos hiciesen un análisis forense del móvil.

Rafael Sagunto era el enigmático jefe de las Sombras —la División Operativa—, formada por agentes capaces de seguir a un objetivo durante miles de kilómetros, entrar y salir de una fortaleza inexpugnable sin dejar huellas o camuflarse en mitad de un desierto. También era el jefe de los Magos —la División Técnica—, los detectives con más talento en el mundo digital.

—Ayer llovió a mediodía, pero no encontré huellas de pisadas. Alguien las borró, embarrando el terreno. Creo que asaltaron a Madre al salir del coche, cerca de las siete de la tarde, pero los Magos no han encontrado registros de otros teléfonos en la zona durante esa franja horaria. El Palacio de la Quinta está abierto hasta las seis, y cerca de allí solo hay un merendero, que cierra pronto en esta época. Quienes secuestraron a Madre sabían todos los pasos que daríamos para investigar su desaparición, así que no llevaron móviles con ellos, y lo prepararon todo para no dejar rastros. Es la única pista sólida que tenemos: que los secuestradores nos conocían lo suficiente como para saber lo que íbamos a hacer para seguir sus huellas. Además, eligieron el día perfecto para pasar inadvertidos —concluyó Helena, señalando con la cabeza el periódico que dormitaba sobre la mesa del Insomne.

Un titular dominaba la portada del diario *El País* del 24 de octubre de 2019: “España pone fin al último gran símbolo de la dictadura”. Aquel mismo día estaba previsto que los restos de Francisco Franco abandonasen su mausoleo en el Valle de los Caídos para ser trasladados al cementerio de Mingorrubio, en las afueras de El Pardo, situado a tan solo unos kilómetros del lugar en el que Madre había sido secuestrada. Teniendo en cuenta la magnitud del movimiento de personas que había precedido a uno de los acontecimientos del año en Madrid, era difícil que alguien hubiese detectado la presencia de visitantes sospechosos en la zona. Todos los

ojos de las fuerzas de seguridad estaban fijos en el cementerio de Mingorrubio.

Helena no pudo evitar que sus pupilas gatunas se posasen sobre otro de los titulares: Evo Morales denunciaba un Golpe de Estado y declaraba el estado de emergencia en Bolivia. Solo habían pasado unos días desde que comenzó el estallido social en Chile: Sudamérica volvía a estar en ebullición. Tendría que hablar con Lola, la jefa del departamento de América, para mantenerse informada de la evolución de los acontecimientos. Pero nada era tan urgente y prioritario como encontrar a Madre. No solo porque aquella mujer fuese su amiga, y no solo porque el Centro nunca abandonaba a los suyos.

Lo más importante eran los secretos ocultos en la mente de la veterana y, en particular, la operación Tiresias o, como la llamaba la propia Madre, la Novena Sinfonía del mundo de la Inteligencia.

—La investigación la llevaremos exclusivamente desde el Centro para evitar filtraciones. Reúne a un equipo de personas en las que confíes —el director se puso en pie como impulsado por un resorte—. Tal vez sea mejor que no hayan tenido relación estrecha con Madre, para que el componente emocional no influya en su trabajo. Pide a las Sombras que recopilen las imágenes de las cámaras de seguridad de la calle Luchana y a los Magos que hagan un examen a fondo de su ordenador. Este asunto es secreto y tiene prioridad absoluta. Nos vemos a las dos y cuarto en la Sala de Crisis. Voy a informar a la secretaria de Estado.

—¿Qué le vas a decir?

—La cruda realidad. Que el secuestro de Madre supone un peligro mortal para un número indeterminado de miembros del Centro y de colaboradores, y que puede ser devastador para la mayoría de nuestras operaciones clave, entre ellas Tiresias. Y que estamos ante una de las peores crisis de la historia del Centro.

Al concluir su reunión con el Insomne, Helena se dirigió a la Sala de Crisis, de nombre en clave Delfos. Según la mitología griega, Zeus envió dos águilas a recorrer la Tierra, una hacia el Este y otra hacia el Oeste. Cuando las aves se encontraron en Delfos, Zeus interpretó que aquel lugar era el centro del mundo. Allí fue erigido un templo a Apolo, donde estaría el oráculo más famoso de la Historia.

La mujer de pelo cobrizo y ojos de arena, caderas amplias y piernas largas, atravesó con pasos elásticos el puente acristalado que comunica el edificio Estrella —que recuerda a una estrella de mar mutilada— con el que alberga Delfos. La desaparición de Madre le había golpeado con tanta dureza que le costaba mantener la cabeza fría y pensar en la estrategia a seguir.

Desde el inicio de su jubilación, Madre había decidido alejarse del Centro, aunque mantenía contactos esporádicos con los antiguos miembros, las Leyendas. Era frecuente que la maestra de espías desapareciese durante semanas enteras sin informar a nadie de su paradero, aunque siempre respondía a los mensajes de móvil de su círculo más cercano. Helena sabía que la veterana solía escaparse a sus ciudades favoritas, en especial Londres y Berlín, para pasear relajada por sus calles y recordar tiempos pasados junto a sus viejos amigos, como Archibald, el hombre-cigüeña del MI6, o Udo, el ex miembro del BND (el Servicio alemán de Inteligencia exterior) que estaba platónicamente enamorado de la española. En otras ocasiones, la espía de los huesos de cristal se quedaba encerrada en su casa durante días, leyendo y viendo la televisión. A veces, Helena se preguntaba si la veterana se sentía sola.

La soledad se había convertido en una de las peores calamidades de la Europa contemporánea, una enfermedad social que seguía siendo casi tabú en los países más desarrollados económicamente, y que se extendía como una epidemia invisible sin que nadie supiese cómo combatirla. Helena veía los resultados de aquella nueva peste en las secciones de sucesos de los periódicos, que publicaban noticias de muertos momificados en sus casas sin que nadie les hubiese echado de menos, y también en los parques por los que la gente paseaba sin rumbo ni esperanza, buscando algún tipo de contacto humano. Y, por supuesto, en los restaurantes, cafeterías y terrazas de las grandes capitales, donde cientos de personas comían y tomaban café solas durante los días festivos y los fines de semana. El ser humano no está diseñado para estar solo. Es un animal de manada, como los lobos o

los perros. Pero la epidemia de soledad se había extendido de forma vertiginosa, y cada vez eran más las personas que pasaban días enteros sin hablar con nadie. Un año antes, la primera ministra británica, Theresa May, había creado en Gran Bretaña el Ministerio de la Soledad.

Helena se preguntó cómo sería la soledad de los viejos espías, aquellos que abandonaban para siempre el universo de los secretos y debían reconstruir su vida en otro mundo, esta vez en el lado "correcto" del espejo. Los más afortunados habían logrado mantener su propia familia, parejas, hijos, nietos y amigos que les servían de cordón umbilical con su nueva realidad cotidiana. Pero aquellos que habían decidido afrontar su trabajo en el Servicio como una vocación y convertirse en monjes-guerreros al servicio del dios de los espías, como era el caso de Madre, corrían el riesgo de que su jubilación les empujase al abismo de la soledad, y que cada mañana se viesen forzados a buscar respuestas a una pregunta que podía volverse aterradora: ¿qué hago hoy?

Antes de pasar la tarjeta por el lector electrónico que abría la puerta de cristal del edificio donde se encontraba Delfos, la señora Aimar contempló en ella su reflejo. Habían pasado diecisiete años desde que entró en el Centro, y su apariencia externa apenas había cambiado, aunque su expresión y su mirada habían abandonado la ingenuidad y la frescura que una vez tuvo Helena Auzmendi. Su cabello cobrizo seguía manteniendo su vigor, sus rasgos faciales se habían afilado y sus curvas habían disminuido de volumen, estilizando su figura. Las pecas, su seña de identidad, eran el vínculo más visible entre la Helena que ingresó en el CNI y la que había alcanzado la cúpula de la Dirección de Inteligencia.

Sus años en el Centro habían estado repletos de experiencias increíbles, con la satisfacción ocasional de haber marcado la diferencia trabajando al servicio de su país. Pero ya no era capaz de seguir engañándose a sí misma: su vida personal había sido aplazada demasiadas veces. En aquellos años, siempre que la palabra "familia" había rozado su mente, un mecanismo defensivo la había apartado de sus pensamientos inmediatos, añadiéndole un "más adelante", ubicándola en un futuro indeterminado en el que las circunstancias serían más favorables.

Pero las circunstancias nunca eran más favorables.

Precisamente aquel tema había ocupado sus últimas conversaciones con Madre. La maestra de espías le había insistido en

que pensase más en ella y menos en *la misión*. Que fuese egoísta. Que se olvidase por un tiempo del mundo del otro lado del espejo.

—No quiero que seas como yo. Mírame bien, una Madre sin hijos —la veterana se reía mientras untaba mermelada de cactus en una tostada de pan negro—. Al final tendré que casarme con el pesado de Udo y comprarnos un piso en Estepona para envejecer juntos.

Durante años, Helena había tenido todo tipo de relaciones con el otro sexo, cortas y largas, sentimentales o meramente físicas. Ninguna le había hecho daño, porque había construido alrededor de su corazón una fortaleza para protegerse de las emociones no deseadas, sin dejar que nadie penetrase en su interior. Dos personas habían estado a punto de lograrlo, pero la espía pecosa utilizó los muros de piedra de la calle Argentona como escudo de refuerzo para no tomar ninguna decisión que pusiese en peligro su compromiso con el Centro.

Era una sacerdotisa consagrada al dios de los espías.

El rápido deterioro de sus padres llegó cuando menos lo esperaba. Su padre llevaba años sumido en una aguda depresión que de un día para otro se transformó en un Alzheimer veloz y, poco después de que el señor Auzmendi fuese internado en una residencia, su madre sufrió un ictus fulminante en su casa de Segovia. Pasaron treinta y seis horas antes de que alguien se percatara de ello, y tuvo que ser una vecina la que diese la voz de alarma, porque Helena estaba en Venezuela de viaje de trabajo. La espía pecosa llegó con el tiempo justo a un entierro desangelado al que solo acudieron familiares lejanos que parecían extras de una película en blanco y negro.

Al salir del entierro de su madre, Helena comenzó a dudar.

Antes, cuando patinaba por el parque del Oeste, no existía nadie a su alrededor. Concentrada en la música que vibraba en sus auriculares, clásicos del rock español y canciones de Vetusta Morla, se limitaba a dejarse llevar por el ritmo, con la mente en blanco, ajena a todo y a todos. En los últimos meses, a medida que se acercaba su cumpleaños, había notado que, mientras sus patines se deslizaban por el Paseo de Rosales, no podía dejar de observar a los niños que jugaban en los parques de arena. Quiso forzarse a no mirarlos, porque una sacerdotisa no debe distraerse de su misión, pero antes de dormirse, Helena Auzmendi, su otro yo, oculto durante el día detrás de la fachada rocosa de la señora Aimar, la torturaba durante el sueño.

Ni siquiera el mejor de los espías puede ocultarse de sí mismo.

Madre, hechicera de almas, había leído la duda en su interior, y mortificaba a Helena para que construyese una vida personal postergada durante demasiado tiempo.

—Realmente, ¿qué esperas del Centro, Helena? ¿Qué crees que dirán de ti cuando te retires? Allí no hay dinero, poder ni gloria. Los espías no reciben aplausos.

LA LISTA

Helena se sentó en la mesa oval de Delfos frente a una hoja de papel en blanco.

Necesitaba un equipo que reuniese lo mejor del talento del Centro para encontrar a Madre. Tenía que ser pequeño para restringir al máximo la noticia de su secuestro y evitar que cundiese el pánico entre sus compañeros, y debía estar compuesto por personas con características especiales y complementarias, que no tuviesen vinculación emocional con la antigua directora.

El primer nombre que escribió en el papel fue el de Naia Romero, la señora Zanzíbar, que acababa de cumplir su séptimo año en el Centro. Helena amaba y odiaba de manera simultánea a aquella analista de contraterrorismo que utilizaba una trenza para dominar su melena rebelde, y la consideraba la mejor y la peor subordinada que alguien podía desear. La mejor, porque era capaz de encontrar la solución a los problemas que pasaba inadvertida para los demás. La peor, porque carecía de contención verbal, lo que causaba serios problemas durante las reuniones. Era considerada una de las analistas más destacadas en el ámbito contraterrorista, una sabelotodo con una capacidad de trabajo descomunal. Hablaba inglés y árabe fluido, era aficionada al boxeo y había completado de forma voluntaria el durísimo curso de acción operativa.

El segundo nombre en la lista sería José Julio Manrique, rebautizado en el Centro como señor Jericó, al que todos conocían como Jota. Flaco y barbilampiño, con un estilo de vestir bastante más informal que el de los espías veteranos, parecía un becario incorporado en prácticas a Argentona. Helena sabía que aquella apariencia inocente era un disfraz que ocultaba a uno de los mejores lingüistas de España, que era bilingüe en chino mandarín y dominaba el ruso y el árabe con la suficiente fluidez para moverse sin dificultades desde Shanghái hasta Tánger. Todo el Centro coincidía en señalar que su reclutamiento había sido uno de los mayores éxitos recientes de los infatigables ojeadores del departamento de Selección. Los jefes de Contrainteligencia ficharon a Jota antes de concluir el curso de ingreso, sabiendo que su aspecto juvenil escondía una mente privilegiada y disimulaba una virtud de valor incalculable en la sociedad de los secretos: la capacidad de aislar los procesos de toma de decisiones de cualquier consideración emocional. En otras palabras, Jota era despiadado.

La espía pecosa había conocido al señor Jericó a través del Club Literario del Centro, una iniciativa promovida años atrás por ella misma. Solo unos meses antes, Helena había delegado en Jota el honor de presidir aquel excéntrico grupo de espías que organizaba lecturas conjuntas, estaba al tanto de todo tipo de novedades literarias y coordinaba la misteriosa biblioteca del segundo sótano, en la que se podían encontrar todos los libros escritos sobre Inteligencia y espionaje, incluido el primero: la Biblia.

La Pitonisa tuvo más dudas a la hora de elegir al tercer integrante del equipo. Naia y Jota aportaban carisma, liderazgo, sabiduría y cerebro, pero también necesitaría músculo por si las cosas se complicaban. Ese músculo debería pertenecer a una persona juiciosa y capaz de pensar con claridad en las peores situaciones. Un nombre se abrió paso de forma natural en su mente. Solo unas semanas antes, había leído el informe de un viaje a Pakistán en el que, a causa de un fallo en el sistema de protección del Servicio de Inteligencia local —el temido *Inter Services Intelligence* (ISI)—, una delegación de miembros del Centro estuvo a punto de ser linchada por los estudiantes de una madraza mientras visitaba la grandiosa mezquita Rey Faisal.

El informe redactado por el jefe del CNI en Islamabad destacaba la actuación del señor Kodiak, un joven miembro del equipo de protección que había identificado a los cabecillas de la horda que pretendía lincharlos y, nadie sabía muy bien cómo, había razonado con ellos para contenerlos hasta que el ISI recuperó el control de la situación.

Helena sabía muy bien quién era Kodiak. Se llamaba David, su apellido real era Mena, y su padre había sido un miembro del Centro muerto en acto de servicio en Bolivia, al que todos conocían como Grizzly. Como continuación de la saga familiar, David había recibido el alias de Kodiak, la subespecie de oso pardo más grande del mundo, que habita en Alaska. La directora adjunta de Inteligencia incluyó a David Kodiak en la lista.

Y, finalmente, escribió el cuarto nombre.

Una hora después de rellenar la hoja de papel, Helena aguardaba la llegada del Insomne en el puesto de mando de Delfos, una enorme mesa ovalada que ocupaba un lugar preminente en la sala y estaba rodeada por doce filas de puestos de trabajo, cada uno con su respectivo ordenador. En las paredes, entre las pantallas que desempeñaban el papel de ventanas al mundo, había fotografías icónicas del resultado de operaciones del Centro que, en muchas ocasiones, eran desconocidas incluso para la mayoría de sus miembros.

La señora Aimar, sentada en un lateral de la gran mesa, estaba flanqueada por Naia, Jota y Kodiak, asignados al equipo recién creado por el tiempo que fuese necesario a través de órdenes directas de Helena. Los jefes de los elegidos gruñeron un poco, como siempre gruñen los jefes, pero nadie consideró seriamente la posibilidad de llevar la contraria a la severa Pitonisa.

El hombre de las interminables ojeras grises llegó a Delfos acompañado por su jefa de Secretaría, Celia Bengasi, alta y encorvada, con gafas redondas de empollona, piel rosácea y ojos azul husky, que tenía fama de ser la mejor especialista del CNI en la Historia del espionaje. Tras sentarse en la cabecera de la mesa, el director hizo una señal a Helena para que comenzase la exposición.

—Los daños potenciales de la situación en la que nos encontramos son incalculables —la Pitonisa tenía ante sí un papel manuscrito, una manía heredada de su maestra, que desconfiaba de los ordenadores para almacenar la información verdaderamente importante—. Madre se retiró el año pasado, pero conoce las operaciones más relevantes del Centro desde 2002, cuando se hizo cargo de la Dirección de Inteligencia. Algunas ya han concluido, pero otras continúan en vigor o tienen ramificaciones en el presente. Muchos de los colaboradores que Madre conoce aún permanecen en activo.

Levantó la vista del papel antes de resumir en voz alta lo que todos pensaban.

—Madre es una bomba de secretos.

Helena se detuvo para dejar que sus compañeros asimilasen la gravedad de lo ocurrido. Todos los antiguos jefes suponen una vulnerabilidad gigantesca para cualquier organización, y más aún para un Servicio de Inteligencia. Mientras están en el cargo, los directivos

acumulan una enorme cantidad de secretos, pero cuentan con una red de protección física e informática que les ayuda a custodiarlos. Sin embargo, desde el día en que se retiraban y devolvían su tarjeta y su carnet del Centro, la protección del manto invisible del Estado comenzaba a disminuir. Obviamente, los tipos duros de Seguridad seguían estando pendientes de ellos durante un tiempo, pero ningún Servicio podía garantizarles una protección absoluta cuando regresaban a su vida "civil". En aquellas condiciones, la mejor opción para los antiguos jefes de espías era buscar el sistema de protección más perfecto que se ha inventado nunca: desaparecer, haciéndose invisibles y convirtiéndose en personas anónimas.

Pero el anonimato es un escudo muy frágil.

—Hay que evitar a toda costa que se sepa que Madre ha desaparecido —intervino el Insomne, tajante—. Nadie puede saber lo que está pasando. No podemos permitir que la gente se ponga nerviosa. Helena, ¿sabes si tiene amigos o familiares que la contacten con frecuencia?

—Tiene un hermano, pero llevan años distanciados. He comprobado la lista de llamadas y mensajes de su teléfono en el último mes, y solo he encontrado contactos conmigo y con algunos antiguos miembros. Madre se reunía con las Leyendas de vez en cuando para tomar café y recordar el pasado.

—¿Quiénes pueden estar interesados en su secuestro?

Naia Zanzíbar había decidido saltarse la jerarquía de los participantes en la reunión para acelerarla. El Insomne clavó una mirada de reproche en la impaciente autora de la pregunta y delegó con un gesto la respuesta en Celia, la empollona de ojos azules.

—En teoría, podrían haberla secuestrado todos los Servicios de Inteligencia con intereses contrarios a los nuestros y con capacidad para realizar una operación de esa entidad en España. Creo que no hace falta que os diga cuáles son.

Helena tomó la palabra para anticiparse a una réplica de Naia y suavizar cualquier amago de tensión.

—Disculpa, Celia. Si no me equivoco, eso nunca ha ocurrido, ¿no es así? Ningún Servicio ha secuestrado a un miembro de otro Servicio que se hubiese retirado.

—Vulneraría el código si lo hiciese— puntualizó el Insomne.

La Pitonisa reparó en la perplejidad de los miembros más jóvenes de la reunión y decidió aclarar la frase del director.

—Entre los Servicios de Inteligencia hay un código de honor con límites que todos respetan, fronteras que no se pueden traspasar —explicó—. El principio más importante de ese código no escrito es que las familias no se tocan. Tampoco se puede hacer daño a aquellos antiguos miembros que se han retirado del Servicio por edad. No se trata de un asunto moral, sino de evitar represalias. Si descubrimos que es otro Servicio el que ha secuestrado a Madre, todos sus antiguos miembros se convertirán automáticamente en blancos legítimos para nosotros y para nuestros aliados.

—Por eso —prosiguió Celia, con su expresión de bibliotecaria impasible, fijando en Naia su mirada de husky—, lo más probable es que haya sido secuestrada por una estructura terrorista que conozca bien los procedimientos de Inteligencia.

—Tiene lógica —Helena asintió, jugueteando con un bolígrafo—. En los últimos años han llegado a Francia varios pistoleros de ETA que estaban viviendo en Sudamérica. Las viejas estructuras de la banda ya no existen, pero es posible que alguno de sus miembros tenga cuentas pendientes con el Centro y quiera saldarlas antes de morir. ETA juró guardar una bala para cada uno de los infiltrados y los traidores en la banda, y Madre tiene información que podría ayudarles a localizar a muchos de ellos. Tal vez esos pistoleros también quieran vengarse de nosotros matándola.

—¿Es posible que haya sido una célula yihadista?

Hasta el momento de formular la pregunta, Jota había permanecido en silencio, redactando el acta de la reunión en un cuaderno de anillas que, unido a su rostro imberbe, le hacía parecer un escolar aplicado.

Naia se revolvió inquieta, recordando la imagen de *Jerbo* decapitado y su cabeza con la mirada vacía. No era capaz de borrar lo ocurrido de su cerebro, en el que la cita del Corán, *Allah no ama a los traidores*, se repetía una y otra vez, como un mantra diabólico. Tampoco era capaz de olvidar, ni siquiera por un momento, que un terrorista de la entidad de *Mantícora* podía estar preparando un atentado en España. Si quienes habían secuestrado a la maestra de espías eran los yihadistas, la situación sería aún más dramática. Sintió un escalofrío de terror.

—Desde luego, sería una acción propagandística de primera magnitud —concedió el Insomne, que debía el cargo a su dilatada experiencia en la lucha contra el terrorismo internacional—. Pero es difícil que hayan podido preparar un secuestro, con toda la logística que se necesita, sin que lo hayamos detectado. De todas formas, si ha sido una célula yihadista, o si *Mantícora* está involucrado en lo ocurrido —lanzó una mirada significativa a Naia—, no tardaremos en saberlo. Después de Baguz, los restos del Daesh necesitan desesperadamente un golpe de efecto en Europa. Raptar a un alto cargo de un Servicio de Inteligencia les haría parecer poderosos de nuevo y, si han sido ellos, no tardarán en utilizarlo como propaganda.

Naia deseó con todas sus fuerzas que no hubiese ningún vínculo entre la muerte de *Jerbo* y el secuestro de Madre. Por un momento, imaginó aterrorizada la imagen de la antigua directora de Inteligencia decapitada. Los viejos del lugar solían decir que las coincidencias no existen, pero la analista de la trenza no creía en frases hechas.

—Hay otra posibilidad —la voz de Helena sonó dubitativa, mientras giraba el rostro a su derecha en dirección a Kodiak, que entendió a la perfección el significado de la mirada—. Tiene que ver con la última gran operación en la que participó Madre antes de retirarse.

—Te refieres a Valaquia.

El rostro del Insomne se oscureció, y la señora Aimar comprendió que él también había barajado aquella hipótesis.

—La operación Valaquia —explicó Helena a sus compañeros— consistió en detectar y neutralizar las estructuras neonazis que se habían preparado para reconquistar Europa. Héctor —continuó, dirigiéndose al director—, necesito incorporar a otra persona a este equipo.

—No puede ser —el Insomne adivinó las intenciones de la Pitonisa—. Él ya no es uno de los nuestros.

—Si el secuestro está relacionado con Valaquia, necesitaremos su colaboración. Y, en cualquier caso, su ayuda sería muy valiosa. Conoce bien a Madre.

—Desconozco cómo se encuentra psicológicamente después de todo lo que pasó, y no me puedo responsabilizar de sus actos. Si consigues traerlo, asumirás las consecuencias de lo que haga.

—Las asumo.

—Está bien —accedió el director, irritado por la insistencia de Helena—. Tú diriges este equipo, y me informarás cada vez que se produzca alguna novedad, por pequeña que sea. Tenemos que movernos con rapidez. De momento, hay tres líneas principales de investigación: los ex pistoleros de ETA, el yihadismo y las estructuras neonazis. Debemos rastrear todos los movimientos inusuales relacionados con ellas durante los últimos meses. Celia pondrá a vuestra disposición la documentación que necesitéis y os proporcionará acceso ilimitado a todas nuestras bases de datos. Podréis pedir información a cualquier miembro del Centro en mi nombre. Necesitamos urgentemente un hilo del que tirar —el Insomne se puso de pie, alisándose el chaleco y ajustándose la corbata—. Voy a informar a la secretaria de Estado. ¿Qué nombre en clave damos a este equipo, Helena?

—Andrómeda.

La Pitonisa ya lo había pensado antes de comenzar la reunión. Para la espía pecosa, los nombres en clave tenían un significado mágico, como si fuesen talismanes.

—¿Por qué Andrómeda?

—Según la mitología griega, la reina Casiopea ofendió al dios del mar, Poseidón. Para aplacar su ira, tuvo que entregar a su hija Andrómeda como sacrificio a un monstruo marino.

—¿Qué le ocurrió?

—Perseo la liberó tras derrotar al monstruo mostrándole la cabeza cortada de la Medusa, que lo convirtió en piedra.

—De acuerdo. El equipo se llamará Andrómeda.

Helena contempló cómo el Insomne abandonaba Delfos con su caminar de rinoceronte, capaz de arrollar todo lo que se le pusiese por delante. Minutos más tarde, la sacerdotisa de Inteligencia salió también del edificio, dirigiéndose a la parte trasera del Estrella hasta llegar al Rocaedro, una estructura de metal que recordaba a un cubo de Rubik vacío y gigantesco. Sacó de su bolso una barrita energética de chocolate y la masticó despacio mientras buscaba en la agenda de su móvil un número que llevaba años sin utilizar.

Deseó con todas sus fuerzas que su interlocutor aún estuviese al


otro lado de la línea.

PLAZA DIGNIDAD

Marcos corría por las calles de Santiago de Chile huyendo de los Carabineros, que cargaban con dureza contra los manifestantes en la Plaza Baquedano, renombrada como Plaza Dignidad tras convertirse en el alma de las protestas más importantes desde el final de la dictadura pinochetista.

Al doblar una esquina, el español se ocultó en un portal mientras trataba de recuperar el aliento. James, ya no estás para estos trotes. Le dolía la cabeza. Había pasado la noche en el barrio bohemio de Bellavista, saciando su sed con piscola —una malévola mezcla de Coca-Cola y pisco—, en bares de cantautores en los que sonaban tonadas de Víctor Jara, Violeta Parra, Sabina, Aute y Milanés. La banda sonora de una época revolucionaria de otro siglo, cantada de nuevo por una juventud que volvía a alimentarse de sueños.

Las personas cambian, la juventud no.

En octubre de 2019, la primavera había estallado en Chile. Aquellos jóvenes, idealistas, inconscientes y vigorosos, estaban luchando por un mundo mejor y más justo. Marcos quería creer en ellos, pero los años pasados al otro lado del espejo habían formado en su cerebro una armadura de escepticismo de la que no lograba desprenderse. Una canción de Pablo Milanés resonaba en sus oídos.

Yo pisaré las calles nuevamente

De lo que fue Santiago ensangrentada

Y en una hermosa plaza liberada

Me detendré a llorar por los ausentes

Santiago de Chile, metrópoli de edificios europeos y grandes alamedas, intimidada por la descomunal muralla de los Andes, vibraba de emoción en aquellos días, como un gigantesco corazón palpitante que distribuyese personas por sus arterias. Tratando de olvidar el dolor de cabeza, Marcos contempló la multitud. Una pancarta le llamó la atención: “Estaremos en las calles hasta que la dignidad se haga costumbre”.

Todo había comenzado días antes como un conflicto aparentemente menor, provocado por la subida de los billetes del metro de Santiago. El malestar popular causado por la medida, que

afectaba a los sectores más humildes, hizo que los santiaguinos comenzasen a entrar en el metro sin pagar. Las fuerzas policiales respondieron contundentemente, y entonces, como sucede en muchas revoluciones, la gente se cabreó de verdad. El poder nunca es capaz de anticipar cuál es la chispa que prende la llama, la gota que colma el vaso.

El enojo fue creciendo día tras día, alimentado por la indignación ya existente contra el sistema y también por la respuesta del Presidente, que ignoró el malestar ciudadano tratando de culpar a un poderoso e invisible enemigo externo. El conflicto alcanzó una nueva dimensión cuando el Gobierno decidió sacar a las calles a las Fuerzas Armadas para reprimir las protestas, y los chilenos comenzaron a morir en confusos episodios de incendios y disparos.

El mundo observaba atónito cómo Chile, una isla de tranquilidad en la convulsa América Latina, se rebelaba contra sus autoridades. Los chilenos ocuparon masivamente las calles y plazas de Santiago, conmocionados y enfurecidos por la presencia de los militares, que les hizo revivir el sangriento Golpe de Estado de Pinochet. La violencia siguió cobrándose muertes de civiles, y por las avenidas de Santiago corrieron de nuevo viejos fantasmas de torturas y desapariciones, y rumores de que los antiguos centros del horror, como Villa Grimaldi, iban a abrirse de nuevo.

Marcos observó su reflejo en el cristal de un escaparate. Se mantenía en forma. El tiempo había sido generoso con su cuerpo y con la piel morena heredada de los árabes, aunque su rostro había cambiado. Su pelo oscuro, con entradas en forma de W, estaba salpicado de pequeñas vetas blancas y, junto a sus ojos, verdes o grises según la luz, habían aparecido nuevas patas de gallo, más visibles cuando sonreía. Su nariz ganchuda de judío se había afilado, y su barba cerrada de caballero medieval, que protegía su cicatriz en el labio y antes era negra con algunas rayas pelirrojas, se había vuelto tricolor tras la aparición de las primeras canas. Su cara estaba surcada por huellas de otro tipo de cicatrices: las que producen las heridas del alma.

Mientras regresaba a la Plaza Dignidad, el español se sintió transportado a otra época de revoluciones, y comenzó a tararear en voz baja a Silvio Rodríguez.

Y comprendió que la guerra

Era la paz del futuro

Lo más terrible se aprende enseguida

Y lo hermoso nos cuesta la vida

Chile era capaz de lo peor y lo mejor. Podía organizar un sistema de torturas y desapariciones de enemigos políticos que había estremecido al mundo y, al mismo tiempo, producir poetas como Pablo Neruda y cantantes como Violeta Parra, que habían traspasado fronteras y emocionado a varias generaciones. Podía albergar el monstruoso complejo nazi de Colonia Dignidad y también recibir con una generosidad incomparable a los barcos de refugiados que escapaban de las grandes guerras europeas. Durante su historia reciente, aquel país estrecho y alargado, con menos habitantes que algunas de las grandes metrópolis latinoamericanas, había sido el centro mundial de la actualidad informativa en distintas ocasiones, protagonizando episodios claves en la Guerra Fría.

Chile respiraba política y palabras.

El español que contemplaba las protestas había sido conocido en otra época y en otro lugar como Marcos Madero. Pero el Marcos que había cruzado el Atlántico para averiguar lo que realmente estaba ocurriendo en Chile se apellidaba Madariaga.

Madero llevaba tres años muerto.

Dejar el CNI había sido una de las decisiones más difíciles en la vida de Marcos.

La vinculación con el Centro había sido una parte esencial de su personalidad en los últimos veinte años. En los primeros meses de su nueva vida, una vez recuperado el apellido de su familia, se había sentido desorientado y vacío, como un poeta desterrado o un sacerdote excomulgado por perder la fe, extraviado en la realidad de la cara "correcta" del espejo. Poco a poco, había ido adaptándose a aquella extraña normalidad. Volvió a pasar más tiempo con sus hijos, contactó con antiguos amigos, y Madre le ayudó a encontrar un trabajo en una agencia privada de Inteligencia llamada Livingstone, con sede en Londres.

—Este tipo de agencias hace una labor parecida a la de los Servicios, pero no para los Estados —le había explicado la maestra de espías—, sino para grandes empresas. Nada de espionaje cutre, nada ilegal. Se trata de utilizar nuestros conocimientos y habilidades en el ámbito privado.

Para empezar, la agencia Livingstone había encargado a Marcos dos trabajos relacionados con América Latina: analizar una zona de Colombia en la que una multinacional británica quería adquirir una gran explotación minera, e investigar el pasado de un magnate libanés, con el que una empresa estadounidense preparaba un gran negocio de soja en el sur de Brasil.

En los dos casos, Marcos aplicó el ciclo de Inteligencia. En primer lugar, estudió en profundidad la documentación que le facilitaron los clientes de Livingstone, ampliándola mediante un uso selectivo de internet, redes sociales y libros. Después, se entrevistó con los directivos de las empresas que habían contratado a Livingstone para entender bien sus necesidades reales de información —porque sin las preguntas adecuadas, no se pueden encontrar las respuestas correctas—, y diseñó un plan de acción para conseguir los datos que le faltaban.

Viajó a Colombia, Brasil y Líbano, y obtuvo la información que necesitaba a través de fuentes humanas, a las que sedujo utilizando trucos de magia de espía veterano. Recopiló datos, seleccionó los importantes y desechó los accesorios —porque la papelera es una herramienta clave para el analista— y, finalmente, elaboró sendos

informes para los clientes de Livingstone.

En el caso de Colombia, la región en la que se encontraba la explotación minera de interés para la multinacional británica estaba controlada por antiguos guerrilleros de las FARC, con quienes sería necesario llegar a un acuerdo para garantizar la seguridad de la empresa, la paz social en la población y el tránsito de mercancías. Marcos elaboró un perfil personal del líder guerrillero con el que la empresa debería conversar. También señaló las necesidades de las comunidades cercanas, que acogerían con buena predisposición la llegada de la compañía si esta les ofrecía puestos de trabajo y, si era posible, les ayudaba a mejorar la red de alcantarillado para mitigar las inundaciones y mejorar la salubridad de la zona y además les construía un pequeño campo de fútbol. Asimismo, identificó cuáles eran las rutas más seguras para el paso de los camiones con minerales, y qué organizaciones armadas controlaban las carreteras y pedirían una pequeña “colaboración” por facilitar la entrada de maquinaria y la salida de mercancías. La multinacional británica quedó impresionada por el resultado.

El segundo encargo que recibió Marcos de Livingstone era más complejo. Jamal Haddad, el magnate libanés por el que estaba interesada una gran empresa estadounidense, tenía un pasado controvertido. Aunque había nacido en São Paulo, su familia, con la que mantenía un contacto fluido, era originaria del valle de la Bekaa, santuario de Hizbolá, y sus empresas habían participado en la financiación de organizaciones humanitarias vinculadas a las milicias chiíes. Haddad tenía conexiones de primer nivel tanto en Brasilia, el corazón político de Brasil, como en su ciudad natal, que albergaba la sede de la Federación de Industrias del Estado de São Paulo, la poderosa FIESP, capaz de poner y quitar presidentes del Palacio de Planalto.

Haddad tenía una reputación impecable en el mundo de los negocios. Siempre cumplía lo que prometía y respetaba la palabra dada, aunque había un par de detalles a tener en cuenta a la hora de tratar con él. Por una parte, el magnate resolvía de forma drástica las disputas, y sus adversarios más combativos tenían tendencia a sufrir accidentes repentinos. Por otra, la vida disipada de sus hijos, príncipes mimados de la noche paulista, generaba dudas en caso de una eventual sucesión, algo a tener en cuenta en un hombre que acababa de cumplir setenta años y había sufrido ya un infarto. Y además estaba el tema de Hizbolá.

La dirección de la empresa estadounidense, ubicada en Seattle,

era consciente de la participación de Hizbolá en episodios terribles de la historia reciente de su país. Sin embargo, en el mundo privado, los escrúpulos a veces eran inversamente proporcionales a las potenciales ganancias, y los yanquis no parecían excesivamente preocupados por la vinculación de Haddad con Hizbolá si esto no suponía un obstáculo para sus negocios. Marcos no entraba a juzgar aquel asunto, porque su papel era facilitar Inteligencia, no tomar decisiones.

La dirección de Livingstone había quedado muy satisfecha con el resultado de los primeros trabajos de Marcos. Por eso, al producirse el estallido social en Chile, en la sede del barrio de Mayfair sonó de inmediato el nombre de su fichaje español. Algunos clientes habituales de Livingstone, empresas europeas con importantes intereses en América Latina, observaban atónitas lo que ocurría en Santiago y, temerosas de la seguridad de sus inversiones, llamaron a Livingstone en busca de respuestas. La agencia recurrió a su nuevo hombre de referencia en América Latina: Marcos Madariaga.

Después de aterrizar en el aeropuerto Arturo Merino Benítez, Marcos recorrió en treinta y seis horas Santiago, Valparaíso y Viña del Mar, las ciudades que marcaban el pulso de Chile. Utilizando viejos contactos y echando mano de los ardides que solo enseña la experiencia, se reunió con diputados, sindicalistas, politólogos, economistas, líderes estudiantiles y dirigentes locales, y habló con todos los chilenos con los que se cruzaba por el camino, en taxis, autobuses, cafeterías, restaurantes y tiendas. Se esforzó por escucharles sin prejuicios, con humildad, y comprendió que aquella revolución era distinta.

Los habitantes del mundo de la Inteligencia, taimados y recelosos, suelen desconfiar de los movimientos sociales espontáneos. En el mundo del otro lado del espejo, la mayoría de las investigaciones buscan la financiación oculta de los fenómenos, que suelen explicarlos con claridad meridiana, porque detrás de cada ideología existe casi siempre una motivación económica. Sin embargo, toda regla tiene su excepción, y Marcos llegó a la conclusión de que el estallido popular en Chile era genuino, aunque varias corrientes políticas habían tratado de instrumentalizar la revolución ciudadana, tanto desde el interior del país como desde Caracas, La Habana e incluso Moscú.

Una vez más, Marcos volvía a cruzarse con Rusia. Sin haberse quitado del todo el abrigo de piel de la Guerra Fría, el oso ruso aspiraba a seguir siendo el perejil en todas las salsas desestabilizadoras de lo que aún consideraba el patio trasero de los estadounidenses. Moscú había prestado gratuitamente los servicios de

sus eficaces agencias de comunicación para grabar y editar con calidad profesional los vídeos que circulaban en redes sociales para desacreditar las actuaciones del Gobierno chileno —que, por otra parte, se desacreditaban solas—. Pero aquellos intentos de politización no podían ocultar que existía un sentimiento revolucionario puro.

Una vez más, las personas demostraban que eran más poderosas que la política. La joven población chilena había unido sus fuerzas para luchar codo con codo junto a los mayores que habían combatido a la dictadura, y allí estaban, haciendo frente a las fuerzas de seguridad para tomar la Plaza Dignidad, convertida en el símbolo de la esperanza de un país.

Mientras las tanquetas de agua cargaban contra los manifestantes, el teléfono vibró en el bolsillo de Marcos, que se alejó de la zona de los enfrentamientos para contestar. Al descubrir que el llamante era un número oculto, sintió una punzada en el pecho, causada por la memoria que había querido dejar atrás.

—Hola, Marcos.

La voz atravesó el Atlántico para empujarle al pasado.

—Helena.

—Siento molestarte, pero creo que debo decírtelo. Han secuestrado a Madre.

—¿Quién?

—No lo sabemos aún —la señora Aimar, inusualmente nerviosa, hizo una pausa para respirar—. Pero creemos que puede ser un caso similar al de Bill Buckley.

La comunicación se cortó de repente. Helena se quedó paralizada al pie del Rocaedro, sin saber si su interlocutor había colgado o se trataba de un fallo de la línea. Indecisa, observó la pantalla del móvil mientras recordaba su último encuentro con un hombre destrozado por la muerte de un amigo, para el que la venganza no había supuesto ningún consuelo.

Aquella llamada había sido un error. Madero había desaparecido cuando Marcos abandonó la sede de Argentona, y ya no regresaría. De repente, la espía pecosa se vino abajo, pensando que encontrar a Madre sería una tarea imposible.

Entonces, la pantalla cobró vida. Helena descolgó, tratando de controlar su emoción.

—Iré en el primer vuelo.

—Gracias. Muchas gracias.

Marcos Madariaga colgó el teléfono y miró a su alrededor. Centenares de jóvenes de la edad de sus hijos habían creado un ejército de ideas para construir su futuro. Les envidió. En otra vida, le hubiese gustado luchar a su lado, sumarse a aquel abrazo de solidaridad que recorría las calles, cantar y bailar con ellos, y volver a ser lo suficientemente ingenuo como para pensar que se podía cambiar el mundo. Pero la realidad era tozuda: el Mal no descansaba, y las victorias del Bien nunca eran definitivas.

Dirigiéndose al apartamento que había alquilado, recordó su escena favorita de la tercera parte de El Padrino. Un envejecido Michael Corleone, que desea con todas sus fuerzas convertirse en un hombre respetable y dejar atrás su pasado, acaba de verse envuelto en un tiroteo en el que han muerto la mayoría de los jefes de las familias mafiosas de Nueva York. Y entonces dice esa frase.

“Justo cuando pensaba que estaba fuera, vuelven a empujarme dentro”.

Las cicatrices de los espías no se cerraban jamás.

Al otro lado del océano, Helena inspiró y espiró con energía renovada.

Incorporar a Marcos al equipo Andrómeda había sido lo único esperanzador desde el inicio de aquella pesadilla. Su antiguo compañero era impredecible y desesperante, pero pocos apreciaban a Madre como él lo hacía. Lo sucedido en sus últimos meses en el CNI había hecho mucho daño a Madero, pero Helena confiaba en que, pese a todo, siguiese siendo uno de los profesionales de Inteligencia más brillantes que había conocido. Decidió acudir al despacho del Insomne para informarle de la incorporación de Marcos y pedirle que autorizase las gestiones necesarias para resucitar el seudónimo de Madero.

Pero el director de Inteligencia fue quien habló en primer lugar.

—La secretaria de Estado acaba de tomar una decisión muy difícil. Le he explicado cuáles son las operaciones que están en peligro por la información que posee Madre, y no ha querido suspenderlas —el rostro del Insomne tenía una expresión más seria que nunca—. Solo lo hará cuando sea inevitable, o cuando averigüemos quiénes son los autores del secuestro. Es un riesgo elevado, pero la alternativa es peor, porque cerrar todas las operaciones que Madre conoce supondría paralizar el Centro. La Secretaria lo tiene claro: esta situación puede destruirnos y dañar todo lo que defendemos. Ha optado por el bien mayor.

—Además, desmontar las operaciones y avisar a las fuentes podría hacer que matasen a Madre, si descubren que ya no tiene más que ofrecer.

—Exacto. Si ya la damos por muerta, la estaremos matando.

—¿Habéis hablado también de Tiresias?

El Insomne asintió, cerrando los ojos.

—¿Cuánto tiempo crees que Madre resistirá antes de revelar esa información?

La Pitonisa inclinó la cabeza y reflexionó antes de responder.

—Tiresias es el trabajo de su vida, su legado. Moriría por

protegerlo. Puede soportar el dolor, pero si utilizan drogas con ella no sé lo que ocurrirá. Dicen que todo el mundo termina rompiéndose. Tenemos que contar con eso.

—Solo entre tú y yo: ¿crees que puede haber algún Servicio detrás del secuestro?

—Solo entre nosotros —Helena bajó la voz—. Sí.

El Insomne frunció el gesto, reclinándose hacia atrás en la silla, y la Pitonisa comprendió que compartía su opinión. El director colocó sobre la mesa sus manos extendidas. Tenía unos dedos grandes, duros, de guerrero medieval, aptos para combatir sujetando enormes espadas.

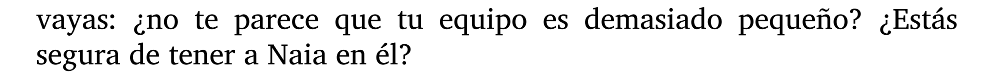
—¿Cuáles son vuestros próximos pasos?

—El equipo está analizando las imágenes de las cámaras de seguridad de la calle Luchana para saber cuándo salió Madre, si alguien iba con ella o hay algo que nos llame la atención —en un acto reflejo, Helena también apoyó sus dedos ágiles sobre la mesa del director—. Hemos pedido a Celia el historial de Madre para determinar quién podría estar interesado en la información que poseía y sería capaz de localizarla. En realidad, estamos ciegos. La consumación del secuestro es relativamente sencilla, pero Madre no es una persona que se deje atraer fácilmente a una trampa; los secuestradores sabían muy bien lo que hacían. También contactaré extraoficialmente con sus amigos europeos, por si tienen alguna información de valor.

La Pitonisa se detuvo un momento para observar la reacción del Insomne ante su estrategia, leyendo en su rictus de estatua una profunda desesperanza.

—Necesitaremos acceso a la información de las fuentes más sensibles del Centro —continuó, intentando no contagiarse del pesimismo del director—. Es posible que alguien haya escuchado rumores acerca de una espía desaparecida, o cualquier detalle que pueda ayudarnos.

—Debemos trabajar sin descanso —el Insomne se ajustó el reloj de pulsera, un Casio digital que parecía comprado en los años ochenta —. Mientras hablamos, esos hijos de puta pueden estar torturando a Madre. Tenemos que encontrarla como sea y mantener Tiresias a salvo. Todos los recursos del Centro están a vuestra disposición —alzó la vista, buscando los ojos de Helena—. Dos cosas antes de que te


vayas: ¿no te parece que tu equipo es demasiado pequeño? ¿Estás segura de tener a Naia en él?

—¿Por qué?

—Creo que está afectada por lo ocurrido con *Jerbo* —el director miró a la Pitonisa con cara de póker—. Además, tengo la sensación de que has elegido a personas con poca experiencia.

—Confío en todos los que participan en Andrómeda —las mejillas de Helena enrojecieron. A veces, el director la exasperaba—. He escogido miembros sin conexión con Madre para que sean objetivos en sus análisis. Y he elegido un equipo pequeño porque quiero evitar filtraciones y también que participe en Andrómeda alguien que pueda estar involucrado en la preparación del secuestro.

—¿Crees que eso es posible? —las cejas del Insomne se alzaron en un inusitado gesto de sorpresa.

—Es una hipótesis que debemos tener en cuenta.

—¿Un traidor?

—No sería la primera vez. También es posible que alguien haya colaborado con los secuestradores de manera inconsciente.

—¿Qué te dice tu instinto?

La Pitonisa suspiró, abrumada por el interrogatorio.

—Es un error trabajar con ideas preconcebidas.

—Lo sé. Pero ¿qué te dice?

Helena resopló, resignada.

—Mi instinto me dice que la motivación última del secuestro es la venganza, pero no contra Madre, sino contra el Centro. Si fuese un ajuste de cuentas personal, ya habríamos encontrado su cuerpo. Solo espero que quienes se la han llevado no estén pensando en replicar lo ocurrido con Bill Buckley —una sombra de terror oscureció los ojos de arena al pronunciar el nombre del estadounidense—. Tampoco descarto todavía el móvil económico o el propagandístico. Es posible que los secuestradores esperen hasta sentirse seguros antes de comunicarse con nosotros.

—¿Autoría?

—No lo sé. ¿Tú qué piensas?

El Insomne no tuvo más remedio que aceptar el contraataque.

—Me inclino por los viejos pistoleros de ETA. Siempre quisieron vengarse de nosotros, y han pasado demasiados años rumiando su rencor en América. Tuvieron mucho tiempo para preparar esa venganza —el director miró al techo, probablemente recordando los años de plomo de la lucha contra la banda armada—. La otra opción más probable está relacionada con Valaquia. Los nazis tienen dos buenos motivos: averiguar lo que sabe Madre y vengarse del desmantelamiento de Odessa en Europa. Les golpeamos duro, disponen de recursos de sobra, y es posible que todavía mantengan redes de apoyo que no hemos detectado.

—Tal vez los rusos hayan tenido algo que ver —sugirió Helena—. Cada año son más agresivos. Recuerda a Litvinenko y Skrypal.

Ambos rememoraron en silencio la horrible muerte de Aleksandr Litvinenko, el ruso envenenado con polonio en 2006 en Reino Unido, y el intento de asesinato en el mismo país —doce años después— de su compatriota Serguéi Skrypal y su hija Yulia, utilizando un gas nervioso llamado Novichok.

—El caso de Madre es distinto —puntualizó el Insomne—. Litvinenko y Skrypal pertenecieron a los Servicios rusos. Eran *sus* traidores. Desde el punto de vista de Moscú, eso les legitimaba para actuar como lo hicieron.

—Tienes razón —concedió la Pitonisa—. Aun así, mantendré todas las líneas de investigación abiertas hasta que encontremos una pista clara. No quiero condicionar el trabajo de Andrómeda en una dirección predeterminada.

Al regresar a la Sala de Crisis, Helena encontró a Naia, Jota y Kodiak sentados frente a tres ordenadores portátiles en los extremos de la mesa ovalada, cubierta por archivadores rojos.

—Naia —ordenó, antes de sentarse—, revisa la información enviada por otros Servicios que esté relacionada con secuestros recientes. Kodiak, lee los últimos informes de las fuentes más sensibles que tenemos en Europa por si hay algo que pueda servirnos. Jota, repasa el historial operativo de Madre por si encuentras indicios de que alguien tenga una enemistad personal con ella.

La señora Aimar se recogió el cabello cobrizo en una coleta,

sentándose en la cabecera de la mesa, armada con un puñado de folios y dos bolígrafos, antes de dirigirse a su equipo.

—Puede que Madre esté siendo torturada en este mismo momento por resistirse a revelar nuestros nombres. Esta es la misión más importante de nuestras vidas. No podemos fallar. Y no vamos a fallar.

TIRESIAS

Poco antes de que cayese la noche, mientras su equipo seguía revisando documentación, Helena salió de Delfos para aprovechar los últimos rayos de sol otoñal. Desde su nombramiento como directora adjunta de Inteligencia tenía mucho menos tiempo para patinar y había perdido el punto óptimo de forma física. Caminar le ayudaba a poner en orden sus pensamientos. Necesitaba tener la mente clara para buscar las claves de la desaparición de Madre, y el aire libre era un buen aliado para hacerlo. No solo peligraba la vida de su maestra y amiga. También estaba en riesgo el trabajo de toda su carrera. Y, por supuesto, décadas de esfuerzo del Centro.

Muchos años atrás, Helena había elegido el nombre de Tiresias para bautizar la operación por la que probablemente Madre estaría dispuesta a sacrificar su vida. Al redactar el documento fundacional de aquella operación, los cinco testigos de su nacimiento se habían sentido optimistas y llenos de fuerza para afrontar el largo camino que tenían por delante. Madre, que se refería al proyecto como "La Novena", en referencia a la sinfonía inmortal de Beethoven, cayó en la cuenta de que no habían pensado en un nombre en clave adecuado para una operación de aquella envergadura, y propuso a Helena que lo buscase. La Pitonisa apenas había necesitado pensarlo.

La operación se llamaría Tiresias, como el mortal a quien la diosa Atenea privó de la vista por sorprenderla mientras se bañaba desnuda, concediéndole a cambio el don de predecir el futuro. Tiresias, el adivino de Tebas que había revelado a Edipo la verdad sobre su origen. Tiresias, cuyo espíritu había anticipado a Ulises cómo sería su viaje de regreso a Ítaca.

Tiresias, el adivino ciego.

Era imposible encontrar un nombre mejor para aquella operación que había nacido en una hoja de papel con quinientas palabras, y que quince años más tarde había alcanzado objetivos que ninguno de sus creadores se había atrevido a imaginar, convirtiéndose en la Novena de Beethoven con la que Madre había soñado.

Helena Aimar subió a su despacho y abrió la caja fuerte para extraer de ella el archivador con el expediente de Tiresias.

En aquel puñado de folios, escritos a mano y pulcramente archivados por ella misma, estaba sintetizada una de las operaciones de Inteligencia más longevas de la historia del Centro. Muchas

personas habían participado sin saberlo en aquella monumental obra de ingeniería del espionaje, pero solo “Los cinco de Tebas” —Tebas era la patria de Tiresias, el adivino ciego— conocían la operación.

La Pitonisa sabía que Madre soportaría el dolor hasta más allá de cualquier límite antes de desvelar la existencia de Tiresias. Pero, ¿hasta dónde llegaba la resistencia humana? ¿Y si sus secuestradores conseguían anular su voluntad mediante el uso de sustancias químicas? Si eso ocurría, la catástrofe sería mayúscula, y no solo para el CNI. Tiresias era el resorte secreto con el que contaba el Centro para defenderse de una amenaza existencial para Europa. Si la voluntad inquebrantable de Madre no era suficiente para proteger aquella operación, cientos de personas morirían de forma inmediata, y miles en los años siguientes. El futuro dependía de que consiguiesen encontrar a Madre antes de que sus secuestradores quebrasen su resistencia. Y lo peor de todo era que, si ya lo habían logrado, el Centro ni siquiera lo sabría hasta que se produjesen las primeras muertes.

Madre también conocía muchas otras operaciones del CNI, sensibles y arriesgadas, en las que había miembros y colaboradores que se jugaban la vida, pero estaban circunscritas a un ámbito concreto. Si se descubría una sola de esas operaciones, las consecuencias serían graves, pero el impacto negativo podría ser controlado.

Pero si Tiresias caía, los daños serían incalculables.

Mientras Helena recorría los viales del interior de la Central, Jota estaba sumergido en el expediente personal de Madre, aislado de cualquier estímulo exterior por la música de John Williams que penetraba en su cerebro a través de sus airpods.

La misión que le había encomendado la Pitonisa era colosal. Revisar el historial de Madre era revisar la historia del CNI, que había nacido en 2002, porque prácticamente todos los expedientes importantes desde el inicio del siglo habían pasado frente a los ojos de la maestra de espías. Los ecos del asesinato de los compañeros en Irak. La tragedia del 11-M. La derrota de ETA después de la detención de sus líderes militares. El deterioro de la situación en Afganistán. La piratería en el Golfo de Somalia. Y eso solo en los primeros años del milenio.

La segunda década del siglo había traído consigo nuevos y peores desafíos. El más importante, el terrorismo yihadista, había alcanzado otra dimensión cuando el Daesh consiguió controlar un amplio territorio en Siria e Irak. También se incrementaron los secuestros de españoles en distintas partes del mundo, las revueltas ciudadanas en la efervescente América Latina y las guerras económicas por todo el planeta. A esta convulsión generalizada se habían sumado el violento despertar del dragón chino, el vertiginoso crecimiento del populismo y las amenazas al sueño europeo y, por supuesto, la expansión de Rusia en el espacio físico con Crimea, en el universo digital con los ejércitos de bots y, por supuesto, en el mundo de las sombras.

El CNI había estado presente en todos aquellos escenarios, nudos gordianos en los que se decidía el futuro. Y Madre siempre había estado involucrada en ellos, muchas veces en primera línea. Jota se preparó un té con leche de soja y, antes de zambullirse de nuevo en las montañas de carpetas que contenían la historia paralela de Madre y el CNI, recordó unas palabras que había escuchado en la Escuela del Centro, de nombre en clave Alejandría: “el hecho de que algo sea imposible no significa que no se pueda intentar”.

A pocos metros de Jota, Kodiak devoraba los informes recientes de las fuentes más sensibles del Centro, tratando de encontrar algún indicio que pudiese ayudarles a entender lo que le había ocurrido a Madre. Los informes no eran su ecosistema natural, pero en Delfos no había persona con mayor motivación que el oso de Alaska. La memoria de su padre fallecido le espoleaba para trabajar duro, y la

posibilidad de que Madre muriese y se transformase en una nueva llama en el monolito de los Héroes multiplicaba sus energías. En los documentos que examinaba había mucha información sobre iniciativas agresivas de Rusia, oscuras organizaciones conspirativas en Alemania y desplazamientos a Europa de yihadistas que huían de Mesopotamia, buscando capitales europeas en las que inmolarse como venganza por la desintegración de su Estado Islámico. Pero las únicas referencias a secuestros estaban localizadas en otros países, fundamentalmente africanos. David se puso de pie para estirar sus piernas kilométricas mientras observaba las fotografías de la pared de Delfos, pensando en su padre. Con los ojos cerrados, le pidió iluminación.

Naia observaba con curiosidad a aquel armario de músculos que había recibido el seudónimo de Kodiak, intuyendo que ambos sentían la misma frustración. En los informes procedentes de otros Servicios no había nada de utilidad: ningún espía había sido secuestrado en suelo europeo a lo largo de la última década. Por desgracia, algunos colegas y colaboradores sí habían caído en manos de organizaciones terroristas o criminales en Oriente Medio, Asia y África, pero no en Europa. No había ningún precedente que pudiese orientarles para resolver la desaparición de Madre.

La espía de la trenza trató de quitarse de la cabeza la imagen de *Jerbo* para seguir concentrada en el trabajo de Andrómeda. No tenía la más mínima intención de convertirse en una persona traumatizada como los espías-cliché de las series y las películas. Pero tampoco estaba dispuesta a engañarse a sí misma: las esperanzas de encontrar con vida a Madre eran insignificantes.

Se preguntó cuánto tiempo pasaría antes de que sus jefes asumiesen la verdad y decidiesen dar por muerta a la antigua directora.

Helena Aimar salió del Centro a la una de la mañana, después de enviar a dormir al resto del equipo. Los resultados del primer día habían sido descorazonadores. Ni las Sombras ni los Magos habían encontrado datos relevantes en los análisis del teléfono y el coche de Madre. Jota se había dejado los ojos leyendo cientos de informes sin conseguir ningún dato útil, al igual que Naia y Kodiak. Ni los Servicios aliados ni las fuentes más sensibles del Centro habían proporcionado datos que pudiesen ayudarles. Estaban tan ciegos como Tiresias, pero carecían de su capacidad de adivinación.

Mientras conducía hasta su apartamento de la calle Marqués de Urquijo escuchando *Eldorado* de Revólver, la Pitonisa pensó que, aunque había afrontado muchos desafíos a lo largo de su carrera, nunca había sentido una impotencia tan grande. La realidad era deprimente: no tenían ninguna línea de investigación sólida y solo estaban lanzando disparos al aire mientras Madre era torturada. Se preguntó qué técnicas utilizarían los secuestradores. El ahogamiento simulado con un cubo de agua y un trapo. Los electrodos en las partes más sensibles del cuerpo. Golpes. Mutilaciones de dedos, extracción de uñas con tenazas. Droga de la verdad.

Se obligó a dejar de pensar en torturas para concentrarse en la música.

Vi a mis padres correr en busca de Eldorado

Vi a mis padres luchar cada uno por su lado

Lo mejor de sus vidas dónde se ha quedado

Quizá yendo detrás del maldito Eldorado

A su lado, en el asiento del copiloto, descansaba un ejemplar de *Sin noticias de Gurb*, de Eduardo Mendoza, que había comenzado a leer entre carcajadas solo unos días atrás. Qué rápido crecían las malas noticias.

Pensó en Madero. Su reaparición traería un soplo de ilusión momentáneo, pero Helena era consciente de que no debía depositar demasiadas esperanzas en él. Con los años había aprendido que, aunque mantengamos el mismo cuerpo, las personas que habitan en nuestro interior van cambiando con el paso del tiempo, sin que muchas veces nos percatemos de ello. Era probable que el Madero que

había conocido en sus primeros años en el Centro ya hubiese desaparecido, dañado por lo ocurrido durante la operación Valaquia. Se preguntó si, al igual que otras personas de su edad, Marcos había decidido rendirse y capitular ante la vida, dejándose llevar por una tranquila desesperanza, o si, por el contrario, aún mantenía encendida la llama de la ilusión. Si el viejo guerrero continuaba viviendo en plenitud o su vitalidad se había apagado y ya solo se limitaba a sobrevivir. Cada vez conocía a más personas que entregaban las armas al cumplir los cuarenta y renunciaban a entablar batallas para perseguir sus sueños, siguiendo el camino del conformismo, que nunca lleva a ninguna parte. Se preguntó si ella también terminaría rindiéndose y, si era así, cuánto le quedaba para hacerlo.

Tras dejar el coche en su plaza del parking de Marqués de Urquijo, extrajo la llave del portal de su bolso, mientras estudiaba con disimulo la calle desierta en busca de potenciales amenazas. Un perro ladraba a lo lejos, y por la calle solo circulaban taxis con luz verde. Un viento glacial bajaba de la sierra.

A través del espejo integrado en la puerta de acero del portal, sus ojos gatunos detectaron una levísima variación en el entorno: en la parte inferior de un bolardo alguien había escrito una “*S*” con tiza.

La tiza, el recurso de los viejos espías.

El buzón estaba cargado.

Olvidando su agotamiento, Helena subió corriendo las escaleras de los cuatro pisos que llevaban a su casa y entró en ella como una exhalación, quitándose el abrigo y descalzándose sin detenerse. Abrió una máquina virtual dentro de su ordenador, que esperaba agazapado sobre la mesa del salón junto a una caja de mimbre con viejas cartas escritas a mano, y entró en la cuenta de correo cuya contraseña compartía con el hombre que había dejado la marca de tiza.

El mensaje estaba en la carpeta *borrador*: la cita sería el día siguiente a las nueve y cuarto, frente al lago de la Casa de Campo. Dudó si acudir o no, preocupada por si la reunión retrasaba el trabajo de Andrómeda. Finalmente, eliminó el correo sin dejar respuesta, lo que significaba que aceptaba la cita. Si aquel colaborador había decidido abandonar su retiro para solicitar un encuentro, era porque poseía una información muy valiosa.

Tal vez la tiza fuese el milagro que estaba esperando.

EL MIEDO

Naia aparcó su Ducati roja en la calle Noblejas a la una y media de la mañana, con el Palacio de Oriente iluminado como telón de fondo.

Tras quitarse el casco, se acomodó la trenza y buscó las llaves en su chaqueta de cuero. Aquella noche había algo distinto en el ambiente de Madrid. Su barrio, en pleno centro, estaba tan vacío como si hubiesen deportado a todos sus habitantes. Mientras regresaba a su casa, circulando por una carretera de La Coruña extrañamente vacía, había reflexionado sobre un detalle relacionado con el secuestro en el que ninguno de sus compañeros había reparado.

Para Naia, el 11-S era un recuerdo recurrente, no solo como una tragedia o un cambio de época, sino también como un manual de aprendizaje para cualquier analista de Inteligencia. Muchas de las lecciones eran de sobra conocidas, como la necesidad de coordinarse entre agencias de Inteligencia, dejando de lado egos y rencillas estúpidas, y el error de subestimar a un enemigo dispuesto a morir matando. Pero había muchas más enseñanzas que extraer de lo ocurrido aquel fatídico 11 de septiembre, en el que cuatro aviones llenos de civiles habían sido secuestrados por operativos de Al Qaeda, estrellándose contra las Torres Gemelas de Nueva York, el edificio del Pentágono en Washington y un campo de Pensilvania.

En un principio, los periodistas que retransmitían en directo el impacto del primer avión en una de las torres se inclinaron por pensar que había sido un accidente, no un atentado. Fue un reflejo instintivo, propio de la naturaleza humana, cuya primera reacción ante una tragedia es negarla. Casi ningún periodista imaginó que habría nuevos ataques hasta que el segundo avión se estrelló contra la otra torre. A veces, Naia se preguntaba qué habría pasado si los periodistas hubiesen comunicado que el impacto del primer avión se debía a un atentado, y que tal vez habría otros posteriores. Probablemente aquel enfoque habría salvado vidas.

En el caso del secuestro de Madre, era probable que estuviesen minusvalorando la posibilidad de que la directora ya estuviese muerta. Ninguno se resignaba a aceptarlo, y menos que nadie Helena y el Insomne, los responsables últimos de Andrómeda. Querían creer que Madre estaba viva porque la apreciaban, y se negaban a admitir cualquier otra idea. Las emociones estaban nublando su entendimiento. No les guiaba la lógica, sino la esperanza.

Pero la esperanza no tiene cabida en los análisis de Inteligencia.

Tal vez el secuestro de Madre no fuese un hecho aislado, sino el inicio de una cadena de desapariciones de antiguos integrantes del Servicio, o incluso de miembros en activo. Nadie en el equipo Andrómeda había pensado que esto podía suceder. ¿Y si los demás miembros del CNI estaban en peligro?

Naia también recordaba que, antes del 11-S, las agencias de Inteligencia estadounidenses habían considerado poco probable un atentado ejecutado con un avión lleno de pasajeros por el simple motivo de que no había ocurrido con anterioridad. Ese razonamiento tal vez había influido para que no prestasen demasiada atención a las escuelas de vuelo en las que estuvieron formándose algunos de los terroristas.

Pero el hecho de que algo no haya ocurrido no implica que no pueda ocurrir.

En el caso de Madre, que nadie hubiese roto el código de honor entre Servicios de Inteligencia desde la Segunda Guerra Mundial no eliminaba la posibilidad de que alguien decidiese romperlo. El tiempo lo cambia todo, y siempre hay una primera vez.

Mientras sacaba un llavero de su chaqueta, dos hombres de tez morena y pelo negro, uno de ellos con bigote, aparecieron desde la esquina de Noblejas con la Plaza de Ramales, caminando a paso rápido hacia ella. En el cerebro de Naia se encendieron todas las alarmas y, con un giro veloz de muñeca, abrió la cerradura del portal y se coló por una rendija, cerrando la puerta de golpe. Al llegar a la entrada del edificio, los hombres se detuvieron, observándola, y uno de ellos se llevó la mano a un bolsillo de su chaqueta.

Naia corrió escaleras arriba para refugiarse tras la puerta acorazada de su casa. Tras unos minutos, se asomó al balcón con prudencia, y comprobó que los hombres se habían volatilizado. Tal vez solamente hubiese sido un ataque de paranoia. Era muy difícil que los asesinos de *Jerbo* hubiesen logrado identificarla, y mucho menos que hubiesen averiguado dónde vivía. Sentía miedo, pero se negaba a aceptar que la muerte de su colaborador la traumatizase. Los traumas eran excusas, y Naia no admitía las excusas. Golpeó con el puño la encimera de la cocina. El equipo Andrómeda tenía que hacerse a la idea de que, hasta que no descubriesen lo que le había pasado a Madre, todos los miembros del Centro corrían un grave peligro.

REGRESO

En la fila de facturación del aeropuerto de Santiago de Chile, Marcos se entretuvo observando a los demás pasajeros, leyendo las señales que enviaban con su ropa, sus gestos y sus rasgos. Las personas regalan toneladas de información de manera inconsciente.

Se fijó en el hombre y las cuatro mujeres que estaban delante de él. Familia acomodada, ropa de marca. Un padre, una madre y tres hijas entre los diecisiete y veintidós años, todos con *look* de oligarquía chilena, cortes de pelo de diseño, dentaduras cuidadas y complementos caros, jóvenes que viajaban a Europa en mitad de un estallido social en su país y fuera de la temporada habitual de vacaciones. Los papás, que probablemente vivían en una bonita casa en Vitacura —si fuese en Lo Barnechea probablemente se habrían situado en la fila de *business*—, no querían que sus hijas se viesen envueltas en algún incidente desagradable con los *weones* que protestaban en vez de buscar trabajo, de modo que se las llevaban a Europa. El padre observaba de reojo a las mujeres más atractivas de la fila, mientras la madre retocaba el peinado de sus hijas de forma obsesiva. Un par de comentarios sobre un bazar hicieron pensar a Marcos que el destino final de aquella familia era Estambul.

Al llegar al mostrador vio confirmada su hipótesis. La azafata de tierra observó a la familia con una indiferencia estudiada, mientras el papá se pavoneaba ridículamente frente a ella. Una vez más, Marcos pensó en la cantidad de información útil para elaborar Inteligencia que atesoran quienes están al otro lado de un mostrador. En la era moderna, todo el mundo es consciente de que nuestro historial de navegación en internet o de los cargos en nuestra tarjeta bancaria son una mina de datos para quien quiera saber quiénes somos, pero a menudo se infravalora la información que manejan aquellos que trabajan de cara al público. El personal de tierra de las aerolíneas, que conoce los apellidos de sus clientes, observa los billetes y las maletas, y puede deducir en un instante ante qué tipo de viajero se encuentra y cuál es la naturaleza real de su viaje. Los farmacéuticos, que conocen las dolencias y circunstancias de quienes acuden a ellos a través de las medicinas que solicitan. Los camareros, que desarrollan un sexto sentido que les permite leer el alma de sus clientes. Y, cómo no, los cajeros de supermercado, que pueden efectuar un análisis detallado de los planes semanales de la persona a la que están atendiendo, así como de sus hábitos y sus preocupaciones, mientras pasan los objetos por el escáner de la caja.

Para Marcos, aquella información era oro, y no solo porque le permitía saber quiénes eran sus objetivos. También porque le orientaba acerca de sus vicios y sus debilidades, todo lo que en el mundo del otro lado del espejo se conoce como vulnerabilidades y que, adecuadamente utilizadas, pueden servir para doblegar la voluntad de un individuo.

Al entrar en el avión, respiró aliviado. Había conseguido de milagro un asiento en el vuelo que partía a medianoche de Santiago y llegaba a Barajas a las seis de la tarde, y esperaba que la buena suerte se prolongase lo suficiente para que el vuelo no tuviese incidencias en la salida. El avión despegó con suavidad y, cuando alcanzó la velocidad de crucero, Marcos abandonó sus reflexiones y se dispuso a bucear en su memoria en busca de los recuerdos que le vinculaban a Madre.

—¿Has oído hablar del mundo del otro lado del espejo?

Marcos recordaba con frecuencia la pregunta que Madre le había hecho cuando se conocieron, muchos años atrás. La espía veterana, entonces destinada en la Escuela —Alejandría—, fue una de sus profesoras en el curso de ingreso al Centro. El espía barbudo recordaba cada momento de aquella conversación como si hubiese ocurrido el día anterior: una terraza en la Plaza Mayor de Madrid, una mañana de primavera, dos cafés con leche en vaso.

—Mira a tu alrededor —le había ordenado la maestra de espías.

Marcos obedeció, observando un maremágnum de oficinistas, turistas despistados, camareros hiperactivos, jubilados madrugadores y estudiantes hambrientos de vida que atravesaban la Plaza Mayor.

—Este mundo es el que percibe la gente *normal* —continuó la instructora, haciendo un gesto con el brazo para abarcarlo todo—. Desde ahora, ya no será el único que tú veas. A partir de hoy deberás tener en cuenta que, mezcladas con las personas que nos rodean, se mueven otras que habitan en una realidad paralela. Y tú pertenecerás a esa otra realidad.

El joven Marcos, que acababa de recibir el seudónimo de Madero, miró confuso a su maestra.

—Te estoy hablando del reino de los espías —continuó Madre—. Cualquiera de las personas que se cruzan contigo cada día, en el lugar más insospechado, en el momento más inesperado, puede pertenecer a ese universo paralelo del que tú formarás parte de ahora en adelante. No es un mundo fácil. Está habitado por miembros de Servicios de Inteligencia, amigos y hostiles, que te vigilan, te ayudan, o las dos cosas al mismo tiempo; fuentes, colaboradores, topos, traidores, sicarios, agentes dobles, buzones vivos, muertos… Cualquiera de las personas que te rodean puede tener una doble cara, un “yo” oculto. Deberás acostumbrarte a sospechar de todo y de todos, y nunca más podrás relajarte, ni bajar la guardia.

Madre buscó la mirada de su alumno para asegurarse de que estaba asimilando correctamente sus palabras.

—Tendrás que aprender a desenvolverte en esa realidad —continuó—, y aceptar que esta será tu nueva vida: la que existe al otro

lado del espejo. ¿Quieres seguir adelante?



Marcos había seguido adelante.

Sus primeras conversaciones con Madre después de que fuese nombrada directora de Inteligencia tuvieron lugar en el zoológico de Madrid, durante la búsqueda del miembro del Centro que se había vendido a Moscú. Al terminar la caza del topo, la maestra de espías decidió enviar a Madero a Bogotá durante tres años, en los que mantuvieron contactos esporádicos aprovechando las visitas de Marcos a Madrid y una misión de Madre en Colombia, en la que ambos colaboraron en la liberación de un español secuestrado por las FARC. Cuando Marcos concluyó su estancia en Bogotá, la directora le convocó de nuevo a su despacho.

—Quiero que dirijas la oficina de Kabul.

—¿Kabul? —a Madero le pilló por sorpresa la propuesta. Con el deterioro de la situación afgana, aquel destino se había convertido en uno de los más relevantes y peligrosos del Centro—. Directora, no sé nada de Afganistán, ni tampoco soy militar. No entiendo de guerras.

—Por eso quiero que vayas. Hay demasiadas personas que me hablan de la guerra. Necesito una mirada distinta. Alguien que me cuente la verdad sobre Afganistán, su política, su economía, su sociedad, su gente. Lo mismo que has hecho en Colombia.

—Creo que voy entendiendo.

—Por supuesto, ya habrás imaginado que tengo una misión especial para ti.

—Y algo me dice que no va a ser fácil.

—Quiero que tiendas puentes con la cúpula del movimiento talibán. Quiero que explores caminos para un acuerdo de paz.

—Pero…

—Sí, ya sé que parece un objetivo demasiado ambicioso, y que los americanos son los únicos que pueden dar los pasos decisivos. Pero alguien tiene que hablar primero con los talibán, comprender lo que quieren y averiguar hasta dónde están dispuestos a ceder para alcanzar la paz. En Afganistán, los yanquis solo hablan con quienes les dicen lo que quieren oír: los tayikos, los uzbekos, los hazaras y una

parte minoritaria de los pastunes. Pero los talibán representan a un sector importante de la etnia pastún y cuentan con mucho apoyo popular; de lo contrario, la insurgencia no existiría. Desde el punto de vista de los occidentales, y más aún de las mujeres, los talibán son difíciles de tragar. Pero en este negocio no somos jueces, ni guardianes de la moral. Somos miembros de un Servicio de Inteligencia.

Marcos había salido del despacho de Madre abrumado por el peso de la responsabilidad, preguntándose si aquella misión no sería una locura, un desvarío de la directora de Inteligencia. Pero una vez más, la maestra de espías tenía razón.

A los seis meses de su llegada a Kabul, Marcos ya había conseguido abrir una vía de diálogo con el mulá Mansour, que tenía acceso directo a la cúpula talibán refugiada en la ciudad paquistaní de Quetta. Entre el español barbudo y el corpulento mulá, a quien los suyos consideraban un hombre santo, comenzó a forjarse una relación que había culminado en un discreto viaje de Mansour a Madrid, acompañado por Madero, que le ayudó a sortear obstáculos en los pasos fronterizos.

Durante los cinco días de mayo que pasaron en España, los lazos entre ambos se estrecharon mientras visitaban Madrid, Toledo y Córdoba. Mansour contó al español cómo había sido la llegada de Osama Bin Laden a Afganistán y le reveló que el apoyo del mulá Omar al líder de Al Qaeda no había sido bien recibido por una facción de los talibán, que intuía los problemas que traería el saudí. El mulá Mansour también explicó a Madero la razón por la que los talibán se habían negado a entregar a Bin Laden a Estados Unidos. Hacerlo les hubiese convertido en los grandes traidores del mundo islámico, al que seguirían perteneciendo mucho tiempo después de que los americanos hubiesen abandonado Afganistán, como antes ya lo habían hecho los soviéticos y los británicos.

En los momentos de confidencias que surgían durante las cenas en los reservados de restaurantes halal de Madrid, el mulá confió a Madero que el movimiento talibán recibía una importante financiación desde los emiratos del Golfo Pérsico y Arabia Saudí, maletas repletas de dólares que volaban hacia Afganistán pasando con frecuencia por la ciudad paquistaní de Karachi. Los talibán no podían permitirse el lujo de perder ese tipo de apoyos. Pero, a diferencia de Al Qaeda, su visión del mundo estaba limitada a Afganistán, y no tenían como objetivo imponer universalmente la *sharia* —la ley islámica—, ni cometer atentados lejos de suelo afgano. El único objetivo de los talibán era expulsar a quienes consideraban invasores y

recuperar el gobierno de Afganistán.

Después de aquella visita, los puentes secretos entre el movimiento talibán y el CNI, generados gracias a la confianza entre el afgano y el español, hicieron que el gobierno de Madrid fuese uno de los mejor informados sobre la evolución del conflicto, y más tarde serían útiles para salvar vidas de ciudadanos europeos secuestrados en Afganistán. En el Centro, una frase se repetía como un mantra: si era necesario, había que hablar incluso con el mismísimo diablo.

Tras finalizar su estancia en la oficina de Kabul, Marcos regresó a Madrid para descubrir que Madre le había encomendado una nueva misión en Bolivia. Era un lugar teóricamente más tranquilo, pero un Gobierno imprevisible estaba amenazando a las empresas españolas.

—Aquí también te tocará tender puentes— le advirtió la directora.

Nadie, ni siquiera Madre, había previsto que, durante su estancia en Bolivia, Marcos sería testigo directo del resurgimiento del nazismo.

A lo largo de los años, entre Marcos y la antigua directora se había construido un vínculo especial. Le había ayudado a tener una vida profesional con la que muchos hubiesen soñado y, como broche final, cuando supo que abandonaba el Centro, había utilizado sus viejos contactos en Reino Unido para abrirle las puertas de la agencia Livingstone. Ahora era Madre quien le necesitaba.

Y, por supuesto, él acudiría.

Los espías suelen estar obsesionados con el tiempo y la puntualidad, y Helena no era una excepción a la regla.

En cualquier operación de Inteligencia, por básica que sea, siempre hay algo que puede salir mal. Como resulta imposible suprimir el "factor azar", los espías tratan de reducir al máximo cualquier tipo de incertidumbre. Un retraso puede no significar nada o, por el contrario, que algo ha salido jodidamente mal, que la operación se ha truncado y es necesario abortar y salir huyendo. Por eso la puntualidad es tan importante, y por eso los buenos espías adquieren el hábito de cultivarla a rajatabla.

Pero en el mundo del otro lado del espejo la puntualidad no significa llegar a la hora convenida, sino quince minutos antes, un cuarto de hora clave para ejecutar tareas que contribuyan a disminuir la incertidumbre. En ese intervalo de tiempo, el espía debe analizar con detalle el entorno físico y humano de la cita, estudiar las entradas y salidas del local, las rutas de huida y los puntos ciegos, preparándose para una posible acción evasiva. Si el encuentro se torcía y era necesario abandonar el lugar, saber de antemano cómo hacerlo le permitiría ganar unas décimas de segundo que podían suponer la diferencia entre la vida y la muerte.

El entorno humano es aún más importante que el físico. Quien acude a una reunión de Inteligencia en un lugar público debe preguntarse, en esos quince minutos de margen, si existe algo inusual en las personas que están allí, alguna nota discordante, una anomalía, un elemento de *atrezzo* fuera de lugar. Debe estudiar sus ropas, sus gestos, la interrelación con los demás, su manera de mirar y, sobre todo, si ya las ha visto en otra parte. Ese cuarto de hora de anticipación sirve para aplicar un ciclo de Inteligencia exprés, en el que es necesario obtener la máxima cantidad de información y analizarla para decidir si es seguro celebrar el encuentro.

Durante su periodo de formación en Alejandría, Helena había escuchado aquella doctrina con escepticismo. Pensaba que era imposible llevar a cabo un análisis de su entorno en quince minutos —ni uno más, insistían los instructores, porque demasiada anticipación disminuye la concentración—. El tiempo, el entrenamiento y la experiencia le habían hecho cambiar de opinión.

Sus instructores le obligaron a memorizar con disimulo las

personas con las que se cruzaba en los lugares más corrientes y rutinarios, como el supermercado, un vagón de metro, el autobús o el vecindario. Poco a poco, la señora Aimar logró distinguir los detalles discordantes en los entornos que le resultaban familiares y comenzó a detectar elementos físicos o personas que no estaban donde deberían. Aprendió a leer las miradas y las ropas de los demás —porque la manera de vestirse y de peinarse envía muchos mensajes— a recordar sin esfuerzo rostros y apariencias y, con el paso de los años, fue perfeccionando su instinto de tal forma que éste era capaz de emitir señales de alarma antes de que su cerebro las procesase de forma racional. Y también aprendió que hacer caso a su instinto era la mejor manera de seguir viva en el Juego.

En la Casa de Campo, a las nueve en punto de una mañana soleada de aquel viernes de finales de octubre, la espía pecosa no detectó notas discordantes en El Urogallo ni en el entorno del lago, que estaba siendo reformado. Un ecosistema humano habitual. Ciclistas y corredores mañaneros. Un abuelo madrugador que se había desplazado al pulmón verde de la capital para que su nieto se desfogase. Una pareja de turistas que desayunaba disfrutando de una de las mejores vistas del *skyline* del sur de Madrid. Un lector solitario, enfrascado en la lectura de un *best-seller* de años atrás. A la señora Aimar no le gustó que aquel bicho raro estuviese allí, ni entendía qué podía hacer una persona leyendo en la Casa de Campo a aquella hora de la mañana, aunque sus gafas cuadradas y su constitución esmirriada le otorgasen un aspecto inofensivo.

Cuídate de los débiles, solía decir Madre. Son quienes te golpean más duro si bajas la guardia.

Concluido el examen de su entorno, ojeó los periódicos en su móvil. La exhumación de los restos de Franco copaba todos los titulares. *El País* colocaba en portada un artículo sobre las mujeres del Estado Islámico. Mario Draghi se despedía del Banco Central Europeo. Se aproximaban las elecciones presidenciales en Argentina. La economía emitía señales positivas.

La persona que había dejado la marca de tiza frente a su portal atravesó la entrada de la cafetería cinco minutos antes de la hora fijada. A pesar de sus sesenta y tantos años, continuaba siendo un hombre atlético y apuesto, y su forma de caminar, elástica y ágil, evidenciaba que se mantenía en forma. Estaba vestido con pantalones vaqueros, camisa azul claro y cazadora ligera de color crema, tenía el pelo abundante y canoso, y se protegía los ojos con unas gafas de sol con cristales de espejo. Al quitárselas, clavó en Helena una mirada de

un azul intenso.

En otro país, Helena habría buscado un lugar más discreto para el encuentro, pero no en Madrid, porque esconderse en tu propia casa resulta sospechoso. La espía pecosa se preguntó qué pensarían de ellos los demás ocupantes de la cafetería. Tal vez creerían que eran un padre y una hija bien avenidos, o una pareja con cierta diferencia de edad.

—Gracias por venir— el recién llegado se quitó la cazadora, aprovechando el movimiento para observar a los clientes del local, antes de sentarse frente a Helena.

—Me alegro de verte —uno de los mantras de los espías es reducir al máximo el uso de nombres y datos personales en las entrevistas, por si alguien, en alguna parte, está grabando el encuentro —. Te he pedido un café bombón.

—Buena memoria —el hombre canoso, que años atrás había sido rebautizado como *Strigoi* por Marcos Madero, hizo una breve inclinación de cabeza—. Imagino que no tienes mucho tiempo, así que no me andaré con rodeos.

—Nunca fue tu estilo.

—Sé lo que le ha ocurrido a Madre.

En la mente de Helena se produjo un cortocircuito. Aquel hombre se había retirado el año anterior del Centro. Era imposible que hubiese tenido acceso a una información que solo conocía un puñado de personas.

El hombre de mirada azul leyó el conflicto provocado por sus palabras en el interior de la espía pecosa.

—No te preocupes. La información no me ha llegado del Centro —el camarero trajo los cafés, creando unos instantes de silencio—. Me ha venido de *ellos*.

Helena sabía bien que, en aquellos encuentros, *otra parte* o *ellos* eran eufemismos que *Strigoi* utilizaba para no hablar de Moscú. Más en concreto, del SVR, el Servicio de Inteligencia Exterior de Rusia, uno de los herederos del KGB, si es que el KGB había llegado a desaparecer.

—¿Han sido *ellos*? —el corazón de Helena comenzó a palpitar con

violencia.

—No, no han sido ellos, pero sí han descubierto lo del secuestro —*Strigoi* bajó el tono de voz, aunque las mesas contiguas estaban situadas a una distancia que les impedía escuchar su conversación—. Tienen indicios sólidos sobre el autor, y tal vez puedan averiguar dónde está. Me han pedido que investigue cómo lo estáis gestionando dentro del CNI y cómo valoráis las consecuencias de su desaparición. Voy a necesitar que me pases muy buena información para entregársela y que mantengan la confianza en mí. Así seguirán contándome lo que saben.

—¿Quién ha sido entonces? ¿Quién tiene a Madre? —muy a su pesar, Helena se dio cuenta de que su impaciencia estaba a punto de hacerle perder el control sobre sus emociones.

La respuesta de *Strigoi* confirmó el peor de sus temores.

En los últimos años, Helena había cultivado una afición desmedida por la literatura de viajes. Mitos como Colin Thubron, Robert Kaplan, Javier Reverte, Jordi Esteva o Manuel Leguineche habían dado continuidad a su escritor favorito en la materia, el inmortal Ryszard Kapuściński. El polaco le había regalado una de sus frases favoritas: "una vez empieza, el viaje no acaba nunca". Algo parecido ocurría en el mundo del otro lado del espejo.

Los espías no se acababan nunca, y no solo después de retirarse. A veces, sobrevivían incluso a su propia muerte.

Muchos años atrás, Marcos Madero había descubierto que uno de los miembros del Centro era en realidad un operativo del SVR ruso, un espía "ilegal" que había suplantado la identidad de un niño español muerto para llevar a cabo una infiltración a largo plazo en el corazón de la Inteligencia española.

Tras descubrir al ilegal, Madero le había ofrecido dos opciones: una, convertirse en agente doble y trabajar para el Centro; otra, enviarle a prisión y que su identidad real fuese revelada a su familia española. El ilegal había elegido la primera opción, convirtiéndose en un híbrido, un miembro del CNI que al mismo tiempo era un colaborador, un agente doble con el objetivo de obtener información de Rusia. Un híbrido al que Marcos había asignado el nombre en clave de *Strigoi.*

Dos horas después de su encuentro con el híbrido en la Casa de Campo, la espía pecosa irrumpió en el despacho del Insomne armada con una sola frase:

—Tenemos que hablar de *Strigoi.*

El director, que leía una Nota sobre un país del Sahel en el que el yihadismo ya se había convertido en un grave problema, levantó la cabeza como el depredador que olfatea una presa.

—Pero no aquí.

Habían elegido una discreta cafetería del barrio de Arroyo del Fresno, en la frontera norte de un Madrid que crecía sin descanso. La cafetería estaba casi vacía, con la excepción de un jubilado que leía el *Marca*, con una foto en la portada de Zinedine Zidane, el entrenador del Real Madrid.

Durante años, Madre se había negado a revelar al Insomne la identidad de *Strigoi*. Al director le enojaba aquella situación, pero la información de la fuente era tan espectacular que no tuvo más remedio que aceptarla porque, como bien argumentaba su predecesora, la doctrina —ley de la sociedad de los espías— estaba de su parte. Eran las reglas del Centro, un laberinto de espejos y, al mismo tiempo, un castillo repleto de compartimentos estancos en el que el director de Inteligencia no tenía acceso al nombre de uno de sus colaboradores más importantes. Los altos cargos del Centro asumían ese tipo de situaciones a regañadientes, pero la experiencia les había demostrado que era mejor así.

Una de las herramientas más poderosas de los espías es el juicio crítico. Tras desarrollar una operación, los miembros del Centro que han participado en ella se reúnen en una sala, a puerta cerrada, para reflexionar sobre su desarrollo. En esa sala no hay jefes ni subordinados, solo compañeros que ponen en común las lecciones aprendidas para no repetir los errores y consolidar los aciertos. Para las mujeres y hombres de Inteligencia, los fracasos son una fuente esencial de aprendizaje. Y, si algo habían aprendido los veteranos del amargo episodio del topo manejado por Moscú, era que las indiscreciones aparentemente inofensivas, incluso un cotilleo o una anécdota en las máquinas de la rotonda, podían causar la muerte de otras personas. Desde la detención del topo, los miembros del Centro ponían tanto celo en ocultar los nombres reales de sus colaboradores y fuentes que incluso a veces llegaban a olvidarlos, como si fuese un mecanismo inconsciente para incrementar todavía más su grado de protección. Por eso, Helena no pudo evitar la sensación de que cometía un sacrilegio, una herejía en la religión de los espías, al revelar al Insomne quién era *Strigoi.* Pero como ya había dicho John Le Carré, el espionaje tiene una sola ley moral: se justifica por los resultados.

—¿De verdad me estás diciendo que un miembro del Centro era un ilegal ruso? —susurró el Insomne, con las cejas alzadas hasta el nacimiento del cabello— ¿Y que Madero consiguió doblarlo y que trabajase para nosotros?

Por primera vez, Helena tuvo el privilegio de observar un espectáculo extraordinario: el Insomne estaba genuinamente sorprendido. Pese a la gravedad de la situación, no pudo contener una sonrisa: el Centro siempre tenía giros de guion que nadie esperaba, ni siquiera el director de Inteligencia.

—Así es —respondió la Pitonisa, saboreando su triunfo—.

Durante la dictadura de Franco, el KGB robó la documentación de un niño español muerto. Crearon la tapadera de un ilegal basándose en ella, dieron a ese ilegal la formación adecuada para respaldar su cobertura y le orientaron para que ingresase en las Fuerzas Armadas, formase una familia española y entrase en el Servicio. Lo consiguió. Poco después de incorporarse al CESID, el ilegal se infiltró en el entorno de ETA para ganarse la confianza de la cúpula del Centro. Después tuvo dos hijos, jugó un papel clave en la caza del topo y estuvo a punto de engañarnos a todos y ser nombrado jefe de Asuntos Internos. Pero Madero descubrió su doble juego, y le ofreció trabajar para nosotros a cambio de no revelar su verdadera identidad a su familia española.

—Tú nunca das sin pedir algo —el Insomne recuperó su rictus habitual de esfinge ojerosa—. Con un secreto de ese calibre, tu precio será muy alto.

Helena aprovechó la relajación momentánea del director para contarle el encuentro que acababa de mantener en la Casa de Campo, concluyendo con la solicitud que había venido a hacerle.

—Necesito que *Strigoi* se incorpore al equipo Andrómeda.

—¿El zorro dentro del gallinero? ¿Un ilegal ruso en el corazón del Centro? ¿En un tema clave para nuestro futuro? —el Insomne, descolocado por la petición, estuvo a punto de alzar la voz— ¿Estás loca? Ni hablar. Ya me has hecho admitir a Madero en contra de mi criterio. Además, *Strigoi* está jubilado.

—Ha salvado la vida de varios compañeros y su lealtad está más que probada. Te recuerdo que en estos momentos Madre está siendo torturada por gente que quiere destruirnos. No podemos darnos el lujo de elegir compañeros de viaje.

—Eso es un golpe bajo —rezongó el Insomne—. ¿Te lo ha pedido *Strigoi*?

—No, no me lo ha pedido él. Es iniciativa mía —replicó Helena—. Y no es un golpe bajo. Si queremos salvar a Madre, tenemos que estar dispuestos a romper nuestras propias reglas.

—Las reglas se hacen para proteger el bien mayor cuando todo va mal, y el bien mayor es el Centro. Esto no va a salir bien. ¿No puede colaborar con nosotros desde fuera?

—Estudié Derecho y sé por qué hay reglas —resopló Helena,

irritada—. Y sí, podría colaborar desde fuera, pero su eficacia sería mucho menor. Estamos obligados a utilizar todo lo que tengamos a nuestro alcance mientras nos queden esperanzas de encontrar a Madre viva. Si la CIA hubiese tenido una oportunidad de salvar a Bill Buckley, ¿crees que la hubiese rechazado para no romper sus reglas?

—Está bien —admitió el Insomne—. Pero dime de una vez lo que te ha contado. ¿Quién ha secuestrado a Madre?

—Los nazis han regresado.

Mientras Helena revelaba al Insomne la identidad de *Strigoi*, los tres miembros más jóvenes del equipo Andrómeda rodeaban la máquina de café de Delfos, escondida en uno de los recovecos de aquel edificio que parecía diseñado para desorientar a los visitantes, como los antiguos ministerios del bloque soviético.

—No tengo ninguna esperanza de encontrar viva a Madre —Naia se apartó un mechón castaño que le caía sobre la frente, colocándose la trenza tras el hombro—. Y creo que es posible que nosotros también estemos en peligro.

La analista removió el café pensativa, recordando el incidente de la noche anterior frente a su portal. Había decidido no compartir lo ocurrido con sus compañeros para que no la tachasen de paranoica porque, de hecho, algunas lenguas afiladas de su División ya la conocían como “ParaNaia”. Los espías eran rápidos a la hora de adjudicar motes.

—Creo que cometemos un error —continuó, escrutando la reacción de sus interlocutores con su mirada azabache— y estamos perdiendo un tiempo precioso. En lugar de dejarnos los ojos leyendo expedientes mientras esperamos un milagro, deberíamos hacer un listado de los colaboradores y operaciones que Madre conocía y avisarles cuanto antes de que están en peligro. Tenemos que ser realistas.

Jota asintió, tomando la palabra, mientras hacía malabares para no quemarse las yemas de los dedos con un vaso de chocolate ardiente.

—Si la CIA no fue capaz de liberar a un peso pesado como Buckley sabiendo quiénes le habían secuestrado y en qué ciudad estaba, parece imposible que nosotros lo consigamos. No sabemos quién ha secuestrado a Madre, ni dónde puede estar. No necesitamos un milagro. Necesitamos varios.

Kodiak les miró, perplejo, desde lo alto de sus dos metros.

—Entonces, ¿por qué creéis que el director y Helena no han tomado ya esa decisión?

—Los sentimientos les ciegan —respondió Jota, apurando el chocolate, mientras Naia asentía—. Conocen a Madre y la aprecian, y

harán lo imposible para intentar salvarla, aunque sea ilógico. Estamos incumpliendo una premisa básica en los secuestros: quienes toman las decisiones no deben tener una vinculación emocional con la víctima. En este caso, los dos la tienen. Sospecho que Helena nos eligió pensando que, como apenas conocemos a Madre, tendríamos la cabeza más fría para proponer las decisiones difíciles. Nuestro deber es decir lo que pensamos, aunque no les guste.

—¿Y qué es lo que sugieres? —Kodiak se irguió enojado, como un oso a punto de atacar, provocando que sus compañeros diesen un paso atrás, intimidados por su monumental presencia— ¿Dar por muerta a Madre?

—No —Naia se retiró de la máquina, después de tirar el vaso de plástico a una papelera—. Creo que debemos aceptar la peor de las hipótesis: que a corto plazo no vamos a encontrarla y que, mientras tanto, hay que salvar otras vidas y otros intereses. Es jodido, David, pero esto no es una película de los ochenta ni un parque de atracciones. No tiene por qué terminar bien. Es probable que Madre hubiese hecho lo mismo si nosotros fuésemos los secuestrados. Pero qué le vamos a hacer —concluyó, mientras regresaban a la sala—, por ahora seguiremos siendo buenos chicos y continuaremos fingiendo que podemos tener éxito. No sé dónde se ha metido Helena. Espero que haya encontrado algo que lo cambie todo.

RESURRECCIÓN

El nerviosismo de Marcos Madero se transformó en un leve malestar físico cuando su Golf alquilado en el aeropuerto de Barajas dejó atrás la rotonda del Mater y enfiló la calle Argentona. Nada más aterrizar, había enviado a la agencia Livingstone un informe sobre Chile preparado durante el vuelo, solicitando unos días de permiso por asuntos personales. A lo lejos, el *skyline* de Madrid se elevaba sobre una puerta secundaria del Hipódromo de la Zarzuela.

Durante casi veinte años, en el interior de Marcos habían convivido dos personalidades antagónicas. Madariaga, un padre de familia divorciado, un funcionario gris que vivía en una urbanización a las afueras de Madrid, había sido devorado por Madero, jefe de área de Contrainteligencia rusa y después de las oficinas de Bogotá, Kabul y La Paz.

Con el paso de los años, Madariaga había ido perdiendo a su familia y a sus amigos de siempre. Madero, sin embargo, se había convertido en un profesional respetado por sus compañeros, un veterano acostumbrado a moverse con soltura en el resbaladizo mundo de la Inteligencia, capaz de operar clandestinamente en países lejanos sin más protección que su ingenio. En el interior de Marcos, Madariaga ya estaba a punto de desaparecer por completo en el abismo de la insignificancia cuando se vio obligado a resurgir, reinventarse y matar a Madero para seguir viviendo.

Regresar al mundo exterior, despojándose del personaje de Madero, había sido muy difícil. Madariaga era un lobo débil que se había alejado de sus dos familias, primero de la biológica y después de la del Centro, y ya no pertenecía a esa hermandad secreta regida por un antiguo sistema de valores.

La aproximación de Marcos a sus hijos después de regresar a su personalidad de Madariaga fue lenta y dolorosa: no había sido consciente de lo poco que les conocía hasta que decidió prestarles una atención plena. Tampoco le fue fácil restablecer el contacto con sus amigos de siempre, que acogieron sus llamadas y su reaparición con frialdad. En el ámbito profesional, el paso al lado “normal” del espejo también supuso un proceso mental complicado.

Marcos Madero pertenecía a una estructura en la que solo era un engranaje más, una inteligencia colectiva similar a una mente-colmena que trabajaba por un bien común. El Centro era una manada de lobos

que se organizaban para la caza y se protegían mutuamente. Fuera de los muros de Argentona, Madariaga había encontrado otro ecosistema, una jungla repleta de felinos de distintos tamaños y características, tigres, pumas y jaguares, animales que cazaban en solitario y luchaban sin cuartel por la exclusiva satisfacción de sus intereses personales. En la jungla empresarial, lo colectivo era minusvalorado, anticuado, exótico. El mundo exterior se regía por la ley de la selva.

Pero no todo era negativo, ni mucho menos. El nuevo Marcos también había encontrado contrapartidas beneficiosas a su nueva situación. Con el paso del tiempo, Madero se había identificado tanto con el Centro que se alegraba personalmente por sus éxitos, y se había enamorado de la idea, el propósito, la misión de proteger a su país y a sus compatriotas. Pero también le dolían en el alma sus tragedias y sus fracasos, y se tomaba como una afrenta personal los ataques a la institución. Le dolía el Centro. Y le dolía el Centro porque lo amaba, porque no duele lo que no se ama.

Al abandonar el Centro, Madariaga había dejado de sentir ese dolor, al menos en su forma más virulenta, aunque de vez en cuando experimentase un pinchazo en el pecho cuando algo malo ocurría en el CNI, y sufría de manera genuina cuando se enteraba de alguna desgracia que afectase a sus antiguos compañeros. Se había impuesto como norma no prestar atención a las noticias sobre el Centro, y la rigurosa División de Seguridad le aconsejó amablemente que no mantuviese contacto con miembros en activo, lo que facilitó su desconexión. Tomar distancia hizo que todo fuese más fácil.

En su nueva vida en la agencia Livingstone, cuando daba por concluido su trabajo diario para la empresa británica, Madariaga podía cerrar el ordenador e incluso desconectar su móvil o dejarlo en silencio sin sentirse culpable. Madero jamás había sido capaz de hacer algo parecido en el Centro, donde desprenderse del móvil se había convertido en algo similar a amputarse una extremidad. Algo aparentemente tan simple como trabajar únicamente a cambio de dinero le parecía extraño y, a la vez, extraordinario.

Poco a poco, la niebla del mundo secreto se había ido disipando.

Aunque no podía abandonar por completo los viejos hábitos y seguía sentándose de cara a la puerta en cafeterías y restaurantes, cuando estaba en España ya no entraba en las estancias cerradas con la preocupación de detectar posibles amenazas, ni buscaba el reflejo de los escaparates para saber si le estaban siguiendo, ni tenía que reflexionar un momento para pensar cómo se llamaba, ni pedir

autorización para viajar al extranjero o relacionarse con quien le diese la gana. Aunque era consciente de que los poderosos enemigos que se había creado al otro lado del espejo no distinguirían entre Madero y Madariaga si podían hacerle daño, cada día que pasaba suponía una pequeña liberación de las servidumbres a las que voluntariamente se había sometido durante su vida en el Centro. Había comenzado a paladear el sabor inesperado de la libertad.

Pero, justo cuando pensaba que ya estaba fuera, volvían a empujarle hacia adentro.

Y, como si fuese un nigromante, Marcos Madero se dispuso a resucitar mientras se aproximaba a la puerta del escudo de bronce.

Helena se reincorporó a Delfos sin compartir con sus compañeros la información obtenida de *Strigoi*, aguardando el momento apropiado para hacerlo. Mientras Madero transitaba por la calle Argentona, los integrantes de Andrómeda contemplaban en una pantalla gigante el montaje con las imágenes de las cámaras de seguridad de la calle de Madre, preparado por Kodiak.

Según el relato visual de las cámaras, Madre había salido de su portal, en el número 29 de la calle Luchana, a las 18:05, cuando la luz otoñal empezaba a palidecer. Muy delgada, vestía zapatillas deportivas, pantalón vaquero y una chaqueta impermeable verde, y llevaba el pelo blanco cortado a la altura del cuello, un pequeño bolso de bandolera y las gafas colgadas de un cordón sobre el pecho. La maestra de espías se dirigió hacia su derecha y caminó hasta un garaje cercano, en el que había alquilado una plaza para su Volkswagen Passat gris.

—Parece tarde para salir a caminar en esta época del año— observó Naia.

Eso era todo lo que habían conseguido recuperar. La calle Luchana, que comunica la Glorieta de Bilbao con Santa Engracia, era una zona muy transitada, con muchos potenciales puestos de vigilancia, tanto estáticos como dinámicos, y un entorno sociocultural lo suficientemente variado como para que nadie llamase la atención en él. No apreciaron ningún movimiento extraño cuando Madre salía del portal, ni tampoco cuando su coche abandonó el garaje. No parecía que otro vehículo la hubiese seguido.

—¿Podéis poner la grabación de nuevo?

En la siguiente reproducción, Helena intentó identificarse con Madre para tratar de pensar como lo haría la antigua directora.

—Hay un dato que no me cuadra —dijo, al concluir la secuencia de imágenes—. No mira al cielo cuando sale del portal. Ese día había llovido, y la humedad agudizaba su dolor de huesos. Parece que tiene decidido ir a su destino, pase lo que pase, y que no contempla la posibilidad de quedarse en casa.

Naia fue la más rápida en extraer conclusiones.

—Lo tiene decidido porque ha quedado con alguien.

—Es posible —respondió Helena, pensativa—. Pero entonces habríamos encontrado una llamada previa, un e-mail, un mensaje para fijar la cita. Y no hemos detectado nada.

—El hecho de que no lo hayamos encontrado no significa que no haya existido —matizó Naia—. Puede haberlo borrado.

—No. Los Magos hicieron un análisis forense de su ordenador. Son capaces de detectar todas las teclas que había pulsado, y Madre no escribió en el teclado nada parecido a una cita.

—Si el lugar del encuentro es la Quinta del Pardo, se trata de una cita bastante inusual —observó Jota—. Quedar en un bosque parece raro.

—El Pardo es el pueblo en el que vivía Franco —Helena seguía intentando entender la lógica de Madre—. Hoy es un lugar muy frecuentado por militares, que pasean y hacen ejercicio en los bosques que hay alrededor. Aquel que planeó el secuestro conocía la zona o la había estudiado muy bien, porque se arriesgaba a ser sorprendido. Tal vez eso era parte de la trampa, porque hizo que Madre se sintiese más segura y se relajase. O tal vez ella confiaba en la persona que le propuso la cita.

El teléfono de Helena sonó, sobresaltándola. La voz de Marcos le informó de que había llegado a la puerta de Argentona, y se encontraba en la sala de espera de las visitas, frente a la “pecera” de seguridad, un habitáculo protegido por un cristal a prueba de balas cuyo interior estaba repleto de souvenirs de todos los rincones del mundo que, siguiendo una tradición no escrita, los miembros que viajaban al extranjero solían traer con ellos.

—Si me disculpáis, voy a acercarme a la puerta de Argentona —informó la Pitonisa a sus sorprendidos compañeros— para recoger a un nuevo miembro del equipo.

Mientras caminaba hacia el control de entrada, preparándose mentalmente para el reencuentro con Marcos, la espía pecosa seguía intentando meterse en la mente de Madre. ¿Por qué quedar con alguien en una carretera secundaria de El Pardo, en lugar de hacerlo en cualquier cafetería de Madrid? ¿Qué sentido tenía tomarse esa molestia? La antigua directora ya estaba retirada por completo de la actividad del Centro. ¿Qué motivo podía impulsarla a actuar por su cuenta? Y, si no trabajaba por su cuenta, ¿para quién lo estaba haciendo? Si la información que *Strigoi* acababa de facilitarle en la

Casa de Campo era buena y los nazis eran los responsables del secuestro, ¿cómo demonios se las habían arreglado para localizar a Madre y engañarla?

Para su desesperación, cada vez encontraba más preguntas y menos respuestas. En el último momento, cuando ya estaba a punto de llegar a la barrera de entrada, Helena se arrepintió y regresó a Delfos.

Había decidido que no sería ella la persona que recibiese a Marcos.

Marcos pensó que Madre había sido una manipuladora excepcional, pero su mejor discípula había superado a la maestra.

El espía barbudo imaginaba que *Fräulein* Helena estaría esperándole en la puerta del Centro, pero la bruja pecosa había enviado en su lugar al hijo de Grizzly, David, que le envolvió en un abrazo gigante, similar al que le había dado después del entierro de su padre. La argucia de Helena para impulsar la resurrección de Madero había sido tan brillante como rastrera: había logrado emocionar al espía veterano en el mismo momento de su regreso al Centro.

Los miembros de la División de Seguridad, responsables de custodiar la entrada a la Ciudad de la Inteligencia, entregaron a Marcos una tarjeta de acceso sin hacerle preguntas, y una ligera llovizna acompañó sus primeros pasos después de atravesar los tornos, mientras mil emociones confluían en su alma. Madero acababa de resucitar, si es posible que una doble identidad muera del todo. A Marcos no le pasó desapercibido lo irónico de su situación. Él, que siempre había buscado las claves de la inmortalidad en la criptozoología, era ahora el críptido, el vampiro, el no-muerto.

Kodiak caminaba a su lado en silencio, observando con discreción los pasos dubitativos del recién llegado. Marcos sentía que había viajado años y miles de kilómetros al cruzar la barrera, aterrizando en aquel mundo secreto que le resultaba al mismo tiempo tan familiar y tan terrible. El monolito de los Héroes, que recuerda a los caídos del Centro, le dio la bienvenida, trayendo a su corazón el recuerdo de los compañeros de Irak y de Grizzly. Madero puso la mano sobre la pared de acero del monolito y cerró los ojos. Kodiak sabía que aquel gesto iba dedicado especialmente a su padre.

Cinco minutos más tarde, Madero entró en Delfos. El Insomne le saludó con una fría inclinación de cabeza, mientras la solícita Celia le entregaba una carpeta con la documentación que manejaban todos los componentes del equipo Andrómeda. Helena le recibió con un tímido abrazo de colegiala adolescente, impropio de ella, y Marcos dudó si era un gesto sincero o simplemente otra parte de su proceso de manipulación. Naia le estrechó la mano con firmeza, manteniendo la distancia y rehuyendo el amago de los dos besos, y Jota, que había pasado sus primeros años en Contrainteligencia escuchando viejas historias protagonizadas por Madero, se acercó a él con una reverencia exagerada. Kodiak se sentó a su lado.

—Todavía falta otra persona —anunció Helena, sorprendiendo a todos menos al Insomne.

El ruido de unos pasos enérgicos anticipó la llegada del nuevo componente de Andrómeda. Los ojos atónitos de Marcos reconocieron la inconfundible silueta atlética que se recortaba en el umbral, la última persona que esperaba encontrar en aquella sala. *Strigoi* también había resucitado y, en su caso, lo había hecho por segunda vez.

Algunos espías, como los gatos, parecían tener siete vidas.

Helena Aimar se dirigió a los asistentes que, con la excepción de Madero y el Insomne, no sabían quién era el recién llegado.

—Nuestro compañero, Germán, es un antiguo miembro que ha conseguido una información crítica sobre Madre.

Madero no pudo evitar una breve sonrisa al descubrir que Helena había cambiado el nombre de pila de su antiguo colaborador. *Strigoi* clavó su mirada azul en Marcos, haciéndole un guiño casi imperceptible, y el espía barbudo se sintió reconfortado.

Volvía a formar parte de la hermandad de los secretos.

La voz de *Strigoi* conquistó la atmósfera de Delfos.

—Madre ha sido secuestrada por Odessa, la organización que impulsa el resurgir del nazismo.

Helena observó el impacto que causaba la noticia en cada uno de los presentes. Mientras Celia se limitaba a ajustarse las gafas para tomar nota del dato, Naia y Jota parecían desconcertados por la revelación. El rostro de Kodiak dejaba entrever una dura lucha interior para contener sus emociones. Odessa había asesinado a su padre.

Marcos tenía una expresión de resignación y tristeza, y Helena supo leer su mente: el espía resucitado siempre había sabido que los nazis no aceptarían la derrota. Odessa no perdonaba, no olvidaba. El Centro les había hecho daño, había desbaratado sus planes para reconquistar Europa, y ahora querían utilizar a Madre para vengarse, o tal vez algo peor. Tal vez aquello solo fuese el principio.

—Pero tengo una buena noticia —continuó *Strigoi*, relajando su expresión facial, y mirando a los presentes con una paz repentina en el azul profundo de sus ojos—. Creo que puedo localizar a Madre.

Helena sabía que el ilegal aún disponía de los contactos necesarios en el SVR para conseguir esa información. Rusia llevaba años monitorizando el resurgir del nazismo en Europa, y era más que probable que hubiese logrado infiltrar a Odessa. Moscú, jugador paciente del Gran Juego, era consciente de la importancia de conocer las intenciones de sus enemigos. Si los nazis volvían al poder, una de sus prioridades sería mirar hacia el Este para vengarse de los actos de barbarie cometidos por los soldados del Ejército Rojo en su camino hacia Berlín. La Pitonisa creía que Vladimir Putin temía y odiaba más a los nazis que a los estadounidenses por una razón muy sencilla: los americanos nunca invadieron Rusia, pero Hitler sí. El ataque nazi, la operación Barbarroja, había llegado muy lejos, y solo había fracasado por un error táctico del Führer, que no arrasó Moscú cuando tuvo la oportunidad de hacerlo. Y, por supuesto, porque Rusia se apoyó en el que siempre ha sido su mejor aliado histórico: el General Invierno.

Era demasiado ingenuo pensar que los Servicios de Inteligencia rusos, convertidos por voluntad propia en los grandes villanos de Europa, cooperarían abiertamente con otros Servicios occidentales para combatir el regreso del nazismo. Sin embargo, Helena tenía la

certeza de que, trabajando desde las sombras, los rusos harían cualquier cosa que estuviese en su mano para impedir el resurgimiento nazi, incluyendo ayudar indirectamente al CNI.

—Tengo también otra información valiosa —*Strigoi* colocó sus manos grandes y fuertes de tenista sobre la mesa ovalada—. Los secuestradores de Madre están esperando a que se reúna con ellos una mujer a la que llaman *die Weiße Dame*, la Dama Blanca. No sé si eso tiene algún sentido para vosotros.

Helena observó a Madero, intuyendo que su compañero se resistía a realizar algunas revelaciones frente a personas que acababa de conocer, y le hizo un gesto para animarle a que hablase. Resignado, Marcos tomó la palabra.

—Creo que sé quién es esa Dama Blanca —dijo, con la mirada fija en la mesa ovalada, recordando su viaje a la ciudad argentina de Bariloche—. Su nombre real es Magdalena Müller.

—¿Para qué querría Odessa secuestrar a un miembro del Centro jubilado? —la pregunta de Naia Zanzíbar pilló desprevenidos a los asistentes, no tanto por su pertinencia sino por su descaro— ¿Qué esperan obtener de Madre?

El Insomne clavó una mirada reprobatoria en aquella joven que parecía desconocer la importancia de respetar la jerarquía, un factor que había garantizado el correcto funcionamiento del Centro en los últimos diecisiete años. La prudencia es hermana de la Inteligencia, y la prudencia suele ser patrimonio de los mayores. La osadía y la Inteligencia pueden crear una combinación explosiva. Y no cabía duda de que “osada” era un adjetivo que podía ser aplicado a la joven de la trenza.

—Hace tres años lideramos una operación llamada Valaquia —intervino Helena, para ahorrar a Marcos el mal trago de explicarla—, una iniciativa europea para desmantelar una red nazi llamada Odessa, creada a partir de las cenizas del SD, el *Sicherheitsdienst*, el Servicio de Inteligencia de las SS. Madre dirigió esa operación.

—Hay otros rumores relacionados con Valaquia —añadió Madero, dispuesto a asumir su responsabilidad—. Rumores que cuentan que el líder de Odessa, el padre de Magdalena Müller, fue asesinado en aquella misma época.

—Entonces —concluyó Naia, que no se había dejado intimidar por la mirada del Insomne—, ¿podríamos utilizar como hipótesis de

investigación que Madre ha sido secuestrada para vengar la muerte del jefe de Odessa?

—Es algo más que eso —Helena escribía circunferencias en un folio en blanco mientras hablaba—. Si solo se tratase de vengar una muerte con otra, no se hubiesen tomado tantas molestias y ya habríamos encontrado el cadáver de Madre. Odessa quiere saber todo lo que conocemos sobre ellos y, cuando estén satisfechos con lo que obtengan, entonces sí, la matarán. Ahora todo depende de la capacidad de Madre para resistir la tortura y de nuestra rapidez para encontrarla.

—Parece lógico —intervino el Insomne—. ¿Cuáles son los siguientes pasos?

—Hay que activar a nuestra gente en Sudamérica, en especial a la oficina de Buenos Aires —respondió Marcos—. Deben averiguar si Magdalena Müller tiene previsto viajar fuera de Argentina. Si lo descubrimos, sabremos dónde tienen a Madre.

Helena sintió una repentina satisfacción al escuchar a Marcos hablando de "nuestra gente". Madero no había muerto: solo se había mantenido hibernado en algún lugar del limbo de los espías.

—De acuerdo —la Pitonisa tomó la palabra—. David te pondrá en contacto con Lola, la jefa del departamento de América. Nadie mejor que tú para dirigir esa parte de la investigación. Hablaré con los alemanes para que nos ayuden, pero no por la vía oficial, sino utilizando los viejos contactos de Madre.

—Yo trataré de conseguir más información —añadió *Strigoi*—. Me extrañaría que los nazis se hubiesen llevado a Madre fuera del espacio Schengen. Apostaría a que la tienen retenida en algún país en el que Odessa cuente con una buena infraestructura de apoyo, como Alemania o Austria.

—Celia —Helena se dirigió a la empollona de gafas grandes y ojos de husky, que jamás se separaba del director—, por favor, necesitaremos copias del expediente de la operación Valaquia. Jota, Naia, Kodiak, buscad en esos informes cualquier dato que pueda resultarnos útil para localizar a Madre. En marcha. Cada minuto cuenta.

La incorporación de Madero y *Strigoi* había revitalizado el equipo Andrómeda. De repente, Helena se sentía como una versión femenina de Jasón, el líder de los argonautas, los héroes más poderosos de su

época, que habían emprendido una expedición para encontrar el legendario vellocino de oro. Por primera vez desde la desaparición de Madre, la Pitonisa recuperó la esperanza de encontrarla antes de que se consumase la tragedia.

—Un momento —Naia alzó la voz cuando los demás ya se incorporaban para marcharse—. Me gustaría decir algo.

Los participantes en la reunión se detuvieron, y el Insomne clavó otra mirada letal en la joven de la trenza. Sin alterarse, Naia aguardó a que sus compañeros se hubiesen sentado de nuevo. Helena no sabía si matarla o admirarla por su coraje.

—No tengo la más mínima duda de que nuestro compañero *Germán* —Naia pronunció el nombre con retintín— cuenta con fuentes de primer nivel. Como todos sabéis, no llevo mucho tiempo aquí, pero vosotros mismos me habéis enseñado a no dar por buena una información sin haberla contrastado antes. Y, al menos por el momento, no veo elementos suficientes para descartar otras líneas de investigación distintas de la que ha propuesto nuestro antiguo compañero. Me parece demasiado arriesgado basar la posibilidad de rescatar a Madre en una información que proviene de una sola fuente, por mucho que la intención de *Germán* sea buena. Creo que debemos avisar a los compañeros que tienen operaciones que quedarían comprometidas por la información que otros puedan obtener de Madre mediante tortura. Hay fuentes que corren peligro de muerte.

—Esto no es la Escuela —cortó el Insomne, sin disimular su irritación—. A veces tenemos que trabajar con lo que hay, no con lo que nos gustaría. Todavía debes aprender mucho antes de hablar.

Naia aguantó impertérrita el embate del director.

—Está bien —terció Helena, tratando de contemporizar y encontrar una solución salomónica al conflicto—. Naia, repasa el historial de Madre para ver si encuentras alguna explicación alternativa a su desaparición o una línea de investigación distinta. De momento, nadie fuera de esta sala debe saber lo que sucede.

Naia torció el gesto. Cuando el Insomne se marchó de Delfos, la analista de la trenza masculló una frase en un tono de voz lo suficientemente alto como para que Helena la escuchase:

—Castigada sin postre.

Acompañado por Kodiak, Madero abandonó la sala con una

sonrisa pícara, divertido al constatar que *Fräulein* Helena había encontrado la horma de su zapato. *Strigoi* se marchó con gesto ofendido, y Helena decidió no darse por aludida. Debía concentrarse en su próxima misión.

Le tocaba pedir ayuda a un viejo amigo de Madre.

El apetito insaciable de Kodiak era una de las características que había heredado de su padre. Pero, a diferencia del viejo oso, que devoraba cualquier manjar al alcance de su mano sin pensar en ningún tipo de condicionante nutritivo, David prestaba un cuidado especial a su alimentación. Sentados en un mesón cercano a la sede de Argentona, Madero escuchó con espanto cómo el hijo de Grizzly pedía una ensalada mixta. Marcos eligió unas chuletillas de cordero en honor a su amigo fallecido.

—¿Cómo han sido tus primeros años en el Centro?

—Fantásticos —Kodiak aliñaba con mimo la ensalada—. La gente se ha volcado conmigo, y solo tengo buenas palabras para todos. He llegado a sentirme culpable por recibir un trato especial.

—Tu padre era una persona muy querida.

—Lo he notado —David bebió un trago de agua, observando de reojo la cerveza de Madero—. Y tú también lo eres. Todo el mundo habla de ti. Tienes que regresar, Marcos.

Madero se sorprendió al escuchar aquellas palabras. Al dejar el Centro, había dado por hecho que no tardarían en olvidarse de él.

—Te voy a decir con toda confianza lo mismo que te hubiese dicho mi padre.

—Tu padre habría pedido un chuletón de buey.

Kodiak dejó escapar una carcajada juvenil y fresca, y Marcos envidió aquella risa. La edad va reduciendo la intensidad de la alegría, James. Una punzada de nostalgia le llevó a echar de menos a sus hijos. No recordaba la última vez que se había reído con ellos, y de repente se sintió viejo y cansado, abrumado por la vitalidad que transmitía su compañero.

—Lo digo en serio, Marcos. Las leyendas os estáis marchando sin que haya recambios a vuestra altura. Ahora todo es demasiado rígido, demasiado estructurado, demasiado inflexible. Necesitamos vuestra épica.

—Lo de las leyendas es una tontería, David. No se debe idealizar el pasado. Antes actuábamos de forma más anárquica y vivíamos

siempre al borde del caos. Éramos como un equipo de fútbol que dependía de las individualidades, porque no teníamos un sistema de juego tan definido como ahora. Eso nos causó problemas.

—Sí, es necesario encontrar un equilibrio. Pero los nuevos necesitamos referentes, mitos en los que creer.

—Tenéis héroes, como tu padre.

—Es verdad. Pero también nos hacen falta héroes vivos. Necesitamos modelos a los que seguir, a los que escuchar. Es parte de la esencia del Centro. Es fundamental que bebamos de la experiencia de aquellos a los que admiramos. Necesitamos admirar.

—Explícame eso.

—Cuando vengo a trabajar, cumplo de forma rutinaria lo que se me pide —el bol de ensalada estaba prácticamente vacío, y Kodiak pidió otra botella de agua ante la desesperación de Marcos, que se resignó a conformarse con una sola cerveza—. Escolto a la Secretaria, participo en misiones en el exterior, entreno. Sé que sirvo a un propósito superior, pero también necesito sentir que formo parte de algo.

—No te sigo.

—Hace una semana me presentaron a la jefa del departamento de América. Sesenta años, pelo rizado, gafas y aspecto de haber sido atleta. ¿La conoces?

—Sé de quién me hablas. Practicaba pentatlón.

—Me contaron que, cuando era jefa de la oficina en Venezuela, se tiró a un río lleno de caimanes para salvar a un colaborador que había entrado en pánico al caer al agua desde una barca. Después de salvarle la vida, esa fuente entregó su amor incondicional al Centro.

—Ya veo por dónde vas.

—Me presentaron a otro compañero que recorrió Afganistán por su cuenta tras la caída del régimen talibán y fue clave para asesorar a España sobre la mejor zona para ubicar nuestras tropas. Ese asesoramiento salvaría muchas vidas años después, pero nadie lo sabe. También conocí a otro compañero que pasó semanas viviendo en un campamento de las FARC para tender puentes con la guerrilla. Tú mejor que nadie sabes que, años más tarde, esos puentes salvarían

vidas.

—Lo sé. Conozco a todos los compañeros de los que hablas.

—Las personas son el tesoro del Centro, Marcos. Su patrimonio, el legado que no puede perderse. No deben caer en el olvido.

—Lo que hicieron debe permanecer en secreto.

—Los veteranos os equivocáis por completo en eso. En un trabajo como el nuestro, la inspiración es crucial, y vosotros formáis parte de esa inspiración. No ocultéis las viejas historias: contádselas a los jóvenes. Disfrazadlas si queréis, omitid algunos detalles, no reveléis datos que puedan identificar a los colaboradores. Pero vuestra aportación es muy importante para nosotros. Vuestros consejos, vuestra ayuda, vuestra sabiduría. Insisto: si estuviese sentado en esta mesa, mi padre te pediría que volvieses.

—Ya estoy fuera.

—Entonces, ¿qué hacías ahora en la reunión de Andrómeda? No, nunca estás fuera del todo, Marcos.

—Solo soy un peón, no te confundas. Todos lo somos.

—No es cierto. Tú eres Madero, el que lideró la caza del topo que se había vendido a los rusos. El que se hizo amigo de un líder talibán y se lo llevó a los toros.

Marcos sonrió al descubrir que en el Centro aún se recordaba su travesura de llevar al mulá Mansour a una corrida de toros en las Ventas durante la Feria de San Isidro.

—Engordas mi ego, pero…

—No voy a ser pesado. Solo quería decírtelo para que te lo pienses.

—Está bien. Pero ahora solo tengo a Madre en la cabeza. Encontrarla es algo personal, y me dejaré la vida en ello si es necesario.

—¿Por qué es personal?

—Porque sé que Odessa pretende que Madre les diga la forma de encontrarme. Es a mí a quien quieren.

Después de la cena, Marcos, agotado por el jet-lag, trató de dormir unas horas en su desangelado piso de Las Rozas, en el que solo el museo de *gin-tonic* permanecía inmune a los cambios. Las ginebras y las especias habían seguido allí, esperándole, mientras su mundo se desmoronaba. Resistió a la tentación de la seductora Citadelle, su amante favorita, forzándose a cerrar los ojos tendido sobre el sofá, con Dire Straits acariciando sus oídos, como en los viejos tiempos.

There's gotta be a record of you someplace

You gotta be on somebody's books

The lowdown, a picture of your face

Your injured looks

The sacred and profane

Pleasure and the pain

Somewhere your fingerprints remain concrete

And it's your face I'm looking for

On every street

A la una y cuarto de la mañana, recibió una llamada de Helena en el móvil.

—Tienes que venir, Marcos. Hemos recibido un vídeo.

José Julio, a quien todos conocían como Jota, abandonó Delfos pasada la medianoche.

Al llegar a su piso de Malasaña, se descalzó para no despertar a Lucas, que probablemente llevase un buen rato dormido. Cada vez era más difícil compatibilizar el nuevo estilo de vida de Jota con la relación que ambos habían iniciado años atrás en su piso de la calle del Tesoro 21, dentro de aquel edificio misterioso que escondía una antigua corrala. Pero mientras se desnudaba para ponerse el pijama, el señor Jericó no estaba pensando en su relación de pareja.

Lucas sintió su llegada y extendió la mano en busca del cuerpo de Jota, que esquivó la intentona con un beso en la frente, marcando la distancia en la cama. Se sintió culpable. Lucas estaba siendo comprensivo con sus horarios y sus ausencias repentinas, tal vez porque pensaba que aquel ritmo de trabajo era algo temporal. Pero Jota no se engañaba. Aquel estilo de vida sería permanente, y no tardaría en llegar el momento en el que Lucas o él tuviesen que tomar decisiones difíciles.

Y el señor Jericó ya había comprendido que el Centro es un amante posesivo.

Jota no había encontrado nada útil para localizar a Madre en el expediente de la operación Valaquia. Pero la Pitonisa le había enseñado que no podía limitarse a leer las palabras escritas.

Debía leer las palabras no escritas.

En el expediente de Valaquia, los descendientes de los nazis huidos a América acaparaban todo el protagonismo. Resultaba chocante que, por el contrario, no se mencionase a ninguno de los descendientes de los refugiados en España que habían gozado de la protección del régimen de Franco, en concreto los integrantes de la lista de los 104 nazis que los aliados reclamaron y que el dictador español se negó a entregar.

Jota decidió seguir esa línea de investigación para encontrar a miembros de Odessa en la Península que pudieran estar vinculados al secuestro de Madre, y los resultados de su primera búsqueda fueron reveladores. La dictadura franquista acogió a nazis de primer nivel, como el coronel austriaco de las SS Otto Skorzeny, que dirigió una operación para liberar a Benito Mussolini, y también a otros nazis

relevantes como el belga Léon Degrelle, o Ante Pavelic, Caudillo de Croacia y fundador de la Ustacha, la organización clave del nazismo en los Balcanes. No parecía descabellado pensar que algunos de sus hijos y nietos colaborasen con Odessa.

Y, con una claridad reveladora, Jota comprendió que alguno de los descendientes de los nazis originales podía haber ingresado en el CNI. La División de Seguridad era extremadamente concienzuda al investigar a los candidatos que querían ingresar en el Centro, pero resultaba difícil saber si alguno de ellos tenía parentesco con los nazis que se habían ocultado en España. Durante el proceso de selección se hacía un análisis exhaustivo del entorno personal, social y laboral de los candidatos, pero el Centro buscaba sobre todo posibles conexiones con países hostiles, no con Estados miembros de la Unión Europea. Una vez en el CNI, el uso de los seudónimos hacía más complicado descubrir conexiones con los viejos nazis. Había dos tipos de colectivos neonazis en España. Unos, los violentos, los más visibles, estaban vinculados al fútbol y a tribus urbanas como los *skinheads*, y la policía intentaba mantenerlos bajo control. Sin embargo, los otros, que operaban desde lujosos chalets en urbanizaciones de La Moraleja y El Viso y almorzaban en el Horcher o en el reservado del Edelweiss, no estaban sometidos a ningún tipo de vigilancia.

Incapaz de dormir, el señor Jericó se levantó tratando de no hacer ruido y se preparó una tostada con aguacate acompañada por un zumo de zanahoria, mientras abría la terraza que daba a la calle Santa Lucía. Se sentó en una de las dos sillas de madera, temblando por el frío de la noche en aquella metrópoli maravillosa. Diez años atrás, la capital le había acogido después de que su pequeña ciudad de provincias, cuyo nombre ni siquiera quería recordar, le rechazase por ser homosexual y no esconderlo. En Madrid había encontrado un lugar abierto, en el que nadie prejuzgaba a nadie, lo distinto era bienvenido y el anonimato facilitaba una vida tranquila. Rara vez regresaba a su localidad de nacimiento y, cuando lo hacía, experimentaba una intensa desazón al pasar por las mismas calles en las que se había sentido excluido por ser diferente. En la capital, Lucas le había mostrado los recovecos de la sociedad madrileña, voraz y competitiva, pero también abierta y tolerante. El Centro había llegado como una oportunidad dorada para disfrutar de una vida apasionante, única, y Jota ya había descubierto que el trabajo en un Servicio de Inteligencia era probablemente uno de los más bonitos del mundo.

Lo que aún no había averiguado era el precio que tendría que pagar.

El sufrimiento de su adolescencia, cuando su orientación sexual le había convertido en objeto de burlas y hostigamiento a manos de una sociedad ultraconservadora, había eliminado cualquier vestigio de ingenuidad en su carácter. Las personas que se distanciaron de él como si fuese un apestado cuando decidió dar un paso al frente le habían enseñado demasiado pronto la cara fea de la vida. Jota había disimulado su sufrimiento desde niño, y había aprendido mucho sobre la soledad. Salía solo por las tardes —y después por las noches— y buscaba lugares seguros en los que ocultarse para dejar que pasasen las horas y volver tarde a su casa para que sus padres creyesen que tenía un grupo de amigos. Durante años, sintió una soledad tan desoladora que le hizo pensar que nada tenía sentido, y que era mejor acabar cuanto antes con aquella pantomima que llamaban vida.

Hasta que encontró su primer amor: los idiomas.

Los idiomas evocaban lugares distintos, lejanos, promesas de otros mundos en los que sería libre. Al descubrir que tenía un talento natural para hablar otras lenguas, Jota comprendió que aquella sería su escapatoria de aquel infierno, y se dedicó a ellas con una pasión desmedida. Tras el inglés vino el ruso, y después el chino y el árabe. La habitación de aquel adolescente solitario se llenó de diccionarios y revistas de viaje, y cuando cumplió dieciocho años logró una beca para estudiar en Madrid. Desde entonces, todo había cambiado para mejor, pero Jota nunca había logrado borrar las cicatrices del rechazo. La huida de su lugar de nacimiento se había cobrado un duro precio: ya no creía en la bondad humana. Todo era una transacción, algo a cambio de algo. Todo tenía un precio, y quien no lo aceptase se condenaba a vivir engañado.

El secuestro de Madre era parte de ese precio por tener una vida distinta. Si la antigua directora hubiese elegido ser bibliotecaria en lugar de oficial de Inteligencia, en aquellos momentos no estaría siendo torturada en algún lugar remoto, y podría estar dedicando sus últimos años de vida a pasear por aquel Madrid vibrante, a leer y releer a los clásicos, a ver series y películas, a quedar con amigos y amigas, o a disfrutar de un café sin prisas en cualquier barrio de la metrópoli que jamás dormía. O, tal vez, a cuidar de la familia que habría creado si no hubiese consagrado su vida a aquella funesta religión llamada Inteligencia, la misma orden sagrada en la que Jota acababa de ingresar como novicio.

El señor Jericó se esforzó por dejar de lado sus reflexiones y regresar mentalmente a la misión que le había sido encomendada: encontrar el paradero de Madre. Investigaría la historia de los nazis

refugiados en España, y averiguaría si alguno de sus descendientes tenía alguna vinculación con miembros del Centro. Mientras terminaba la tostada, deleitándose con el sabor fresco del aguacate, le asaltaron varias preguntas inquietantes. ¿Por qué había acudido Madre a la cita en El Pardo? ¿Cómo había conseguido Odessa ponerse en contacto con ella? Para concertar aquel encuentro, forzosamente tenía que haber intervenido una persona en la que la antigua directora confiase. Según los Magos, los todopoderosos técnicos, durante las semanas previas a su desaparición la maestra de espías solo se había relacionado con Helena y las Leyendas, antiguos miembros a los que Jota no conocía. Era evidente que alguien se las había arreglado para convocar a Madre a una cita fuera de lo común. Pero ¿quién?¿Alguien que pertenecía a Odessa y que tenía una relación especial con la antigua directora? ¿Era posible que los nazis tuviesen informadores o colaboradores en el Centro?

Un zumbido procedente del interior de su casa le sobresaltó, y Lucas se removió en la cama, a punto de despertarse. Jota se abalanzó sobre el teléfono y, al descolgarlo, escuchó la voz de Helena.

NAIA

Más allá de la medianoche, en su piso de la calle Noblejas, Naia golpeaba el saco de boxeo colgado del techo mientras escuchaba a The Doors.

Tried to run

Tried to hide

Break on through to the other side

Se había cansado de estar enfadada, y había llegado a la conclusión de que la única solución era marcharse del Centro. Ya no soportaba aquella rígida jerarquía del mundo de los espías, los muros internos a los que debía hacer frente cada día, ni la absurda santificación de la doctrina, ni las dificultades que encontraba cada vez que planteaba un punto de vista diferente del mayoritario o cuestionaba el criterio de sus jefes. No comprendía que pensar distinto fuese un problema en un lugar en el que la inteligencia se consideraba una obra colectiva. Se sentía frustrada por la resistencia que detectaba al tratar de introducir nuevas ideas en aquel lugar que a veces le recordaba a un conservador cónclave cardenalicio, en el que la inercia parecía ser la fuerza más poderosa. Siguió golpeando con dureza el saco para combatir su frustración.

Naia había crecido ajena al concepto de autoridad. Sus padres se habían separado cuando ella tenía dos años y rehicieron sus vidas junto a otras personas, de modo que su niñez quedó en manos de sus abuelos maternos, que carecían de fuerzas y ganas para imponerle una educación estricta. La joven de la trenza había aprendido a buscarse la vida muy pronto, y a encontrar soluciones a sus propios problemas, desarrollando un desprecio absoluto por el *qué dirán* y un pragmatismo implacable en las relaciones con otras personas. Veneraba a sus abuelos y había cuidado de ellos hasta su muerte, mientras trataba de convertirse en una persona independiente, fuerte, que no necesitase a nadie para protegerla.

Aquel 11 de septiembre, mientras veía caer las Torres Gemelas, Naia comprendió que no podría quedarse impasible mientras aquellos bárbaros venidos de otra época y otro universo amenazaban su forma de vida, y desde entonces se había preparado para combatirlos. Había estudiado simultáneamente Filología Árabe y Ciencias Políticas, compatibilizándolas con interminables horas de boxeo en el gimnasio y trabajos como camarera en las discotecas más concurridas de

Madrid. El momento clave de su juventud fue la mañana en la que se enteró de que su novio, con el que llevaba saliendo seis meses, había muerto en un accidente de moto. Después de llorarle en el tanatorio y acompañar su féretro al entierro, reunió todos sus ahorros y se compró una moto y un casco. Naia se consideraba invencible e imparable hasta que entró en el Centro.

El CNI la recibió con los brazos abiertos, pero la señora Zanzíbar chocó de frente con conceptos que le resultaban extraños y difíciles de compatibilizar con su naturaleza, como la rígida cadena de mando o el hecho de verse obligada a acatar órdenes que no entendía y acostumbrarse a aceptar que no tenía todos los elementos para hacerlo. Fue la alumna más destacada de su promoción, lo que le había permitido elegir su destino —la División de Contraterrorismo—, pero desde su incorporación a la Central había sufrido reveses constantes por cuestionar las directrices que recibía. Todas las semanas, Naia pensaba que no tenía encaje en aquella organización, y decidía marcharse del Centro, aunque siempre encontraba una excusa de última hora para echarse atrás.

Amaba demasiado la Inteligencia. Le costaba adaptarse a las rutinas de la Central, pero sentía una devoción incondicional por todo lo que rodeaba a aquella ciencia fascinante, diferente y complementaria con el espionaje del que hablaban las películas. Y ese amor le hacía contenerse y no explotar cuando se ninguneaban sus opiniones o era penalizada por expresarlas.

Country in your eyes

Arms that chain us

Eyes that lied

Break on through to the other side

La muerte de *Jerbo* había reforzado sus creencias: aquella lacra del terrorismo yihadista, aquella locura que utilizaba a un dios como pretexto, debía ser combatida sin desmayo. Cuando acabase su trabajo en Andrómeda, encontraría la forma de convencer a sus jefes para reincorporarse a la búsqueda de *Mantícora*. Vengaría a *Jerbo*.

Su incorporación a Andrómeda le estaba suponiendo una acumulación inesperada de frustraciones. Cuestionar la falta de contraste de la información proporcionada por aquel enigmático antiguo miembro que, evidentemente, no se llamaba “Germán”, le había costado que Helena le encargase una revisión a fondo de todas las operaciones en las que había participado Madre. La Pitonisa se lo había ordenado como si fuese un castigo, y realmente se trataba de un trabajo arduo que habría desesperado a muchos, pero Naia lo había aceptado con sumo gusto. Para Naia, Madre era algo más que una leyenda: era la historia viva del CNI.

Mientras golpeaba el saco al ritmo de The Doors, Naia reprodujo en su memoria los principales hitos en la carrera de aquella pionera en el mundo de la Inteligencia española. Desde su nombramiento como directora de Inteligencia poco después del nacimiento del CNI, Madre había combatido en muchas batallas. Luchó sin cuartel contra ETA hasta que la banda fue derrotada por una operación en la que el Centro supo utilizar lo mejor de cada uno de sus miembros. Apoyó con firmeza la resolución de secuestros de ciudadanos españoles en distintos puntos del planeta y la lucha feroz contra Al Qaeda y el Daesh. Ayudó a evitar crisis internacionales que no llegaron a producirse gracias a la discreta labor del Centro, interviniendo también con disimulo en el éxito de varios procesos internacionales de paz. Hasta que la enfermedad de los huesos de cristal, la maldita

osteogénesis imperfecta, le había obligado a dar un paso atrás y ceder el testigo de la Dirección de Inteligencia.

El saco parecía haber cobrado vida, como si quisiese devolver a Naia cada golpe. La maestra de espías merecía que el Centro destinase todos sus recursos a salvarla del peligro en el que se encontraba, porque salvar a Madre era salvar al CNI. Y la joven boxeadora iba a dejarse la piel en el empeño, aunque en su fuero interno pensase que ya estaba muerta, aunque no le dejasen avisar al resto del Centro para proteger a otras fuentes, y aunque la información de “Germán” no estuviese contrastada. Naia bajó los brazos, cansada, y el saco la golpeó. A veces, sentía que no pertenecía al Centro.

“No pertenecer” era un sentimiento que Naia conocía demasiado bien. Pero no guardaba rencor hacia el pasado. Todo el mundo tenía sus circunstancias personales, y para ella solo existían el presente y el futuro. Su presente era Naia Romero Gutiérrez, que vivía en la calle Noblejas 5 y participaba en el equipo Andrómeda.

De repente, un pensamiento la paralizó, y sintió que un frío repentino corría por sus venas. Había un dato que los miembros más jóvenes del equipo desconocían. El nombre y apellidos de Madre eran tan secretos que no aparecían en ninguno de los expedientes que manejaban, donde siempre se referían a ella por su seudónimo o por las siglas de su cargo. Entonces, ¿cómo era posible que Odessa hubiese llegado hasta ella? ¿Qué persona podía disponer de un nivel de acceso a la información tan exclusivo como para conseguirlo?

Las hipótesis que se le ocurrían le hicieron echarse a temblar. Se quitó los guantes, buscó una bebida energética en la nevera y escribió en el reverso de la factura de una gasolinera varios nombres que podían tener acceso a la información personal de Madre, a pesar de la estricta compartimentación interna entre departamentos del Centro. No, aquello no podía ser cierto. Si alguna de esas personas estaba colaborando con los secuestradores, la desaparición de Madre sería solo una anécdota, porque la crisis sería tan grave que no solo dañaría a las operaciones en marcha. Destruiría el Centro.

La llamada de Helena la sacó de un sueño profundo, en el que golpeaba con sus guantes de boxeo a milicianos de Al Qaeda que combatían en la nieve, en un campo de batalla a las afueras de Stalingrado.

EL VÍDEO

A las tres y media de la mañana, los integrantes del equipo Andrómeda contemplaron por segunda vez el vídeo de Madre.

Las imágenes, sin sonido, mostraban a la antigua directora de Inteligencia con la misma ropa que llevaba al salir de su casa, aunque mucho más sucia y arrugada. Con las manos atadas a la espalda, de pie frente a una pared de cemento desnudo en lo que parecía un sótano, Madre tenía el cabello despeinado y tres manchas de color púrpura en el rostro, una en el mentón y dos en los pómulos, como si hubiese sido brutalmente golpeada. Eso era todo. Siete segundos en los que el único movimiento apreciable era el parpadeo de sus ojos.

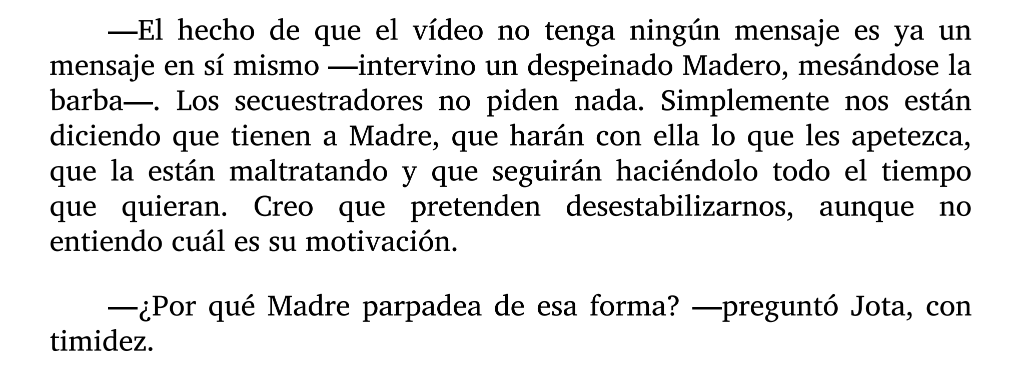
—Lo enviaron a la dirección de correo electrónico oficial del Centro desde la cuenta b765432@hotmail.com —el Insomne rompió el silencio angustioso en la Sala de Crisis—. El jefe de Documentación me hizo llegar el vídeo directamente a mi teléfono. Aparte de nosotros, nadie más lo ha visto. Pero no me extrañaría que apareciese en internet en las próximas horas.

—¿Qué pretenden al enviarnos este vídeo?

Después de hacer la pregunta, Naia removió con una cuchara de plástico un café triple que había comprado en la máquina de Delfos para terminar de despertarse. Apenas se había cruzado con Madre en el tiempo que ambas coincidieron en la Central, y parecía menos impresionada que los compañeros que habían tenido más trato con ella. Observó los rostros desolados de los veteranos, y creyó distinguir en ellos indicios de desesperación y culpa.

—¿Qué pretendía Hizbolá enviando a la CIA los vídeos de Bill Buckley? —era evidente que el Insomne ya se había hecho la misma pregunta—. Es pura crueldad. Si no conseguimos liberarla, nos enviarán vídeos cada vez peores.

—Hay algo extraño en este asunto —Kodiak había visto innumerables vídeos de secuestros durante su formación antiterrorista y conservaba la calma mientras apoyaba las manos en el mentón, inmóvil como la estatua de un pensador griego—. Solo se pretende ser cruel con alguien al que se odia, y quien ha enviado el vídeo no podía saber quién de nosotros lo recibiría. Eso significa que los secuestradores de Madre no odian a una persona en concreto. Odian al Centro.



—El hecho de que el vídeo no tenga ningún mensaje es ya un mensaje en sí mismo —intervino un despeinado Madero, mesándose la barba—. Los secuestradores no piden nada. Simplemente nos están diciendo que tienen a Madre, que harán con ella lo que les apetezca, que la están maltratando y que seguirán haciéndolo todo el tiempo que quieran. Creo que pretenden desestabilizarnos, aunque no entiendo cuál es su motivación.

—¿Por qué Madre parpadea de esa forma? —preguntó Jota, con timidez.

—La tienen encerrada en algún lugar oscuro —respondió *Strigoi*, abatido, con la cabeza apoyada en las palmas de sus manos inmensas —. Y han utilizado un foco de luz potente para que viésemos con claridad las marcas de los golpes en la cara. Por eso parpadea.

—Hay otro motivo por el que pueden habernos enviado el vídeo —Naia decidió expresar en voz alta lo que estaba pensando—. Presionarnos para que tomemos decisiones precipitadas.

—¿Por qué? ¿Para qué? —Helena observó desconcertada a la joven analista—. Cuanto más tiempo tengan secuestrada a Madre, más posibilidades tendrán de obtener información mientras no encontremos una línea de investigación clara. ¿Por qué querrían que nos esforzásemos más?

—No sabemos si ellos piensan igual —replicó Naia—. Tal vez pretendan utilizar nuestras emociones para confundirnos.

—¿Qué ocurre si esto aparece en los medios de comunicación? —Madero decidió cambiar de tema, aunque la observación de Naia le había parecido acertada— ¿Cuáles serían las repercusiones?

—Sería terrible para el Centro —respondió el director, negando enfáticamente con la cabeza—. Muchos miembros y colaboradores entrarían en pánico. Voy a llamar a la Secretaria.

—Creo que el vídeo no va a difundirse en la prensa —dijo Jota, dirigiéndose al Insomne—. Si ésa fuese la idea de los secuestradores, lo habrían hecho sin enviárnoslo antes, para pillarnos por sorpresa y que no tuviésemos margen de reacción. Si se publicara la información del secuestro, también se multiplicaría el riesgo para los secuestradores. Podrían aparecer testigos que nos diesen información nueva.

—Se disuelve la reunión —cerró el Insomne—. Tratad de dormir

unas horas. Necesitamos la mente fresca para comprender qué está ocurriendo y quién quiere dañar al Centro de esta forma. O quién —añadió, mirando a Naia— trata de ponernos nerviosos y por qué. Os veré aquí a las ocho de la mañana.

Cuando los demás se hubieron marchado, Madero se acercó al director, que estaba hablando con Helena.

—Tengo una propuesta que haceros —susurró—. Responderemos a la dirección de correo desde la que han enviado el vídeo con un mensaje proponiendo un trueque: Madre a cambio del asesino del jefe de Odessa. Me entregaré.

El Insomne y Helena miraron a su compañero con respeto. El viejo Madero había vuelto.

—No, Marcos —la Pitonisa tomó la palabra—. No respetarían el trato y os matarían a los dos. El vídeo es una declaración de guerra. Y estos secuestradores no son como las guerrillas latinoamericanas, ni siquiera como los talibán, que tienen un punto en el que se puede negociar con ellos. Estos secuestradores son como Al Qaeda o el Daesh. No quieren negociar. Quieren muerte. Quieren venganza. Y, como tú sabes mejor que nadie, la venganza no es negociable.

Jota dormía poco y era una persona de costumbres rutinarias.

A la mañana siguiente, como todos los días, se despertó a las seis en punto y, después de un frugal desayuno, se dirigió al garaje de Plaza de España en el que aparcaba su Mazda negro. Bajó por la calle de las Pozas y la calle del Pez hasta San Bernardo, mientras pensaba en el vídeo de Madre, y luego continuó descendiendo por la calle de Antonio Grilo.

Cuando alguien ha sufrido *bullying* en su infancia, ya nunca vuelve a caminar tranquilo por la calle. No hay mayor sufrimiento que el experimentado por un niño y, aunque el paso del tiempo consiga que el dolor se borre de la memoria, el instinto nunca olvida por completo. La niñez de Jota había estado salpicada de episodios desagradables en los que matones de barrio le rodeaban a la salida del colegio para acosarle y burlarse de él, llamándole "mariquita" y "nena". La crueldad infantil puede ser aterradora, y Jota, que entonces solo era el pequeño Julio, experimentaba un miedo atroz a salir a la calle, un lugar poblado de amenazas de las que no podía defenderse. A medida que iba creciendo, fue perfeccionando el arte de huir y hacerse invisible y, cuando ni siquiera esto fue suficiente, aprendió a reaccionar ante situaciones límite.

Somos lo que somos porque fuimos lo que fuimos. Por eso, la memoria del acoso sufrido en su niñez hizo que Jota reaccionase con anticipación suficiente al percatarse de que dos hombres pretendían rodearle, uno por delante y otro por detrás, poco antes de llegar a la Plaza de los Mostenses. El más grande de los dos, un gigante de rasgos arios con la cabeza rapada, le abordó de frente.

—Marica —vociferó, con un acento extranjero que el señor Jericó no supo identificar— dame ahora mismo tu teléfono y tu cartera.

Jota escuchó con nitidez los pasos que se acercaban por detrás, y comprendió que el otro atracador se disponía a sujetarle para impedir que huyese. Hizo un análisis instantáneo de la situación. La cartera no sería una gran pérdida, pero no podía entregarles el teléfono del Centro, lleno de información sensible. Además, su instinto le gritaba que no solo pretendían robarle: también querían hacerle mucho daño.

Decidió jugar una carta desesperada.

Cuando estaba a punto de llegar a la altura del ario que había

hablado, inclinó la cabeza como una muestra de sumisión, y el gigante de cabeza rapada se preparó para golpear a una víctima indefensa. Entonces, Jota lanzó un ataque brutal con la cabeza contra el vientre del atracador, desequilibrándolo, y comenzó a correr hacia la Plaza de Mostenses. El ario rugió al caer al suelo, y los dos maleantes se lanzaron tras él, en una carrera en la que Jota tenía todas las de perder.

Al llegar a la plaza, desesperado, vio que el único establecimiento abierto era un supermercado chino, y entró en él con la esperanza de que sus perseguidores no le hubiesen visto. No tuvo suerte. Los dos atracadores abrieron la puerta del local y, como dos depredadores hambrientos, rodearon a su víctima en una esquina y se dispusieron a hacerle todo el daño posible. Jota, aterrorizado, comprobó que se habían colocado puños americanos de acero en los nudillos. En el mejor de los casos, le mandarían al hospital. En el peor…

Una barra de hierro se alzó en el aire a la espalda de los atracadores y golpeó la cabeza del más alto de ellos, haciendo que se desplomase como un peso muerto. La barra continuó moviéndose para impactar en el rostro del otro atacante, haciendo brotar de su nariz un copioso chorro de sangre. Jota, perplejo, observó que la mano que sujetaba la barra pertenecía a un hombre de rasgos orientales que no superaba los cuarenta años. La barra de hierro no se detuvo, y continuó golpeando a los dos atracadores mientras abandonaban el local, dejando un rastro de sangre entre las estanterías.

Jota se quedó paralizado en la esquina, tratando de asimilar lo ocurrido. Cuando comenzó a reponerse, se acercó al hombre de la barra.

—Me has salvado la vida —musitó—. No sé cómo agradecértelo. Por lo menos, déjame pagar los desperfectos. Muchas gracias. Muchas gracias. Muchas gracias.

—No te preocupes, todo está bien —respondió el dueño del local —. Mala gente.

El joven analista salió a paso rápido del supermercado, dirigiéndose a Gran Vía, temeroso de que los atracadores le estuviesen esperando a la vuelta de cualquier esquina. Al llegar a su coche, Jota creyó que estaba a punto de sufrir un ataque de nervios, y tardó varios minutos en arrancarlo. De camino a la Central, estuvo a punto de provocar un par de accidentes en la carretera de La Coruña, incapaz de quitarse de la cabeza la imagen de los atacantes rodeándole en la

esquina del supermercado.

Aquel episodio había despertado sus antiguos demonios. Desde que llegó a Madrid, no había vuelto a sufrir aquel acoso, ni se había sentido intimidado por su entorno. Pero lo ocurrido le había tocado una fibra oculta, desempolvando viejos terrores en su memoria. Había pensado que, al dejar atrás su pequeña ciudad de provincias, los monstruos no habían logrado seguirle. Pero aquella mañana, en Mostenses, se había dado cuenta de que los monstruos nunca desaparecían por completo, y solo esperaban el momento adecuado para regresar. Sintió que iba a derrumbarse.

Solo al llegar al Centro, su nuevo refugio, se le ocurrió pensar que lo sucedido aquella mañana no había sido un intento de atraco, y decidió compartirlo con el equipo Andrómeda.

VIEJOS AMIGOS

Helena aterrizó en Frankfurt a media mañana.

La ciudad del dinero le producía escalofríos. Antes de salir del aeropuerto, observó el panel de salidas y llegadas, repleto de vuelos a destinos exóticos mundialmente considerados paraísos fiscales. Mujeres y hombres sin alma circulaban por los pasillos con maletas de ruedas en busca de la salida del aeropuerto, que les conduciría a El Dorado financiero. El hogar de la City, Londres, también era una metrópoli avariciosa, pero tenía otros encantos. Frankfurt, no. Frankfurt amaba el dinero sobre todas las cosas. El Banco Central Europeo dominaba la ciudad desde una de las orillas del Main, como un templo erigido en honor al capitalismo.

Los habitantes de Frankfurt pertenecían a una especie particular, y profesaban una religión propia. Eran adoradores del dinero, ese dios esquivo que mantiene una relación incestuosa con su hermano el poder. Quienes vivían en aquella ciudad desalmada eran modernos cazadores de fortunas, que ya no buscaban oro ni especias, sino números en la pantalla de los ordenadores. Tal vez, en un principio, aquellos aventureros habían tenido sueños que querían alcanzar utilizando el dinero. Pero el dios de la avaricia les había cegado, haciéndoles olvidar aquellos sueños, y ya solo querían dinero para conseguir más dinero.

El dinero era el país de los lotófagos de Ulises: aturdidos por su sabor, los viajeros habían olvidado el sentido de su viaje.

Un taxi conducido por un turco parlanchín llevó a la espía pecosa hasta un hotel cercano a la Ópera, un anómalo vestigio de humanidad en aquella ciudad de rascacielos y sedes bancarias. Después de saludar al amable recepcionista mexicano —no parecía haber ningún alemán trabajando en el sector de servicios de Frankfurt— y regalarse una ducha, Helena caminó hasta el centro de la ciudad, mientras oteaba su entorno en busca de vigilantes. Nadie parecía tener interés en ella. Los lotófagos de Frankfurt, yonquis del dinero, mantenían la vista fija en sus móviles, buscando minas de oro en sus pantallas.

Helena sintió una nostalgia repentina de la época en la que trabajaba en un bufete de abogados, siglos atrás. Entonces, la vida era otra cosa. Navegaba entre leyes durante horas interminables, espoleada por el ambiente de competitividad que fomentaba el despacho pero, al cerrar el ordenador, todo quedaba atrás. Llegaba el

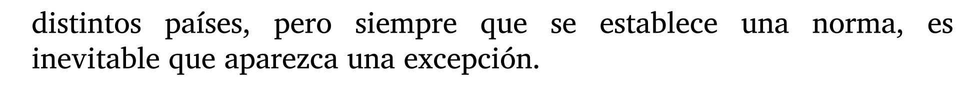
afterwork con sus compañeros, lobos feroces que buscaban una satisfacción rápida de sus apetitos, y también venían las salidas y viajes a lugares de moda en los que la juventud hambrienta de éxito quería ver y ser vista.

Una extraña sensación de vacío había impulsado a Helena a entrar en el Centro, renunciando a la ambición de convertirse en socia del despacho y recibir las caricias del poder y el dinero. Después de un comienzo confuso, había encontrado su hábitat en la Central, convirtiéndose en una sacerdotisa de Inteligencia, creyendo que sabía lo que hacía. Pero no había anticipado lo que vendría después. Era probable que en el bufete no hubiese tenido que afrontar la muerte de varios compañeros mientras hacían su trabajo. Ni hubiese experimentado el sufrimiento que le causaba la impotencia de no saber cómo encontrar a quien consideraba su maestra y amiga, que estaba siendo torturada en un sótano de algún lugar de Europa, y que tenía información para destruir el Centro y dañar gravemente a España.

Se preguntó qué le diría la Helena del presente a la Helena del pasado. Tal vez le aconsejaría que se quedase en el bufete, que no se dejase llevar por aquella insensata curiosidad por saber qué había al otro lado del espejo, que siguiese su carrera de forma natural mientras otros, en las sombras, se manchaban las manos para que ella estuviese protegida. Mientras caminaba por Frankfurt quiso ser, al menos por un momento, uno de aquellos tiburones que solo se preocupaban por su propia supervivencia. Deseó egoístamente disfrutar de una vida con paz de espíritu, y se preguntó si alguna vez lo lograría. Con una sensación dolorosa, se dio cuenta de que sabía lo que había conseguido, pero ignoraba aquello a lo que había renunciado.

El lugar de encuentro era una antigua taberna llamada Haus Wertheym. Aterida por un frío húmedo, para el que no se había preparado adecuadamente, la espía pecosa entró en el local tratando de adivinar dónde estaba sentado su interlocutor. Acertó: una mesa discreta, con visión sobre la entrada y alejada de las ventanas. El alemán calvo, que llevaba camisa blanca y traje y corbata negros, como si se hubiese preparado para una ceremonia solemne, observó a Helena con curiosidad, parapetado tras unas gafas redondas que escondían unos sagaces ojos violetas.

El viejo zorro, recientemente retirado del *Bundesnachrichtendienst*, más conocido como BND, el Servicio alemán de Inteligencia exterior, era el mejor amigo de Madre fuera de España. Por lo general, la amistad no era posible entre miembros de Servicios de Inteligencia de


distintos países, pero siempre que se establece una norma, es inevitable que aparezca una excepción.

—Gracias por acudir a la cita, *Herr* Udo. Imagino que sabe quién soy.

—Por supuesto —respondió el alemán, en un inglés metálico y claro—. Usted es Helena, la protegida de *Mutter*. Hace tiempo que no sé nada de ella. Espero que no haya viajado hasta Frankfurt para decirme en persona que ha fallecido.

—No, no es eso. Pero corre un grave peligro. ¿Puedo contar con su ayuda y su discreción?

—Si *Mutter* está en peligro, puede pedirme lo que sea, siempre que no implique traicionar a mi país —el rostro del alemán se oscureció repentinamente, antes de esbozar una sonrisa forzada—. Me he tomado la libertad de pedir un almuerzo temprano para usted.

—*Vielen dank, herr* Udo.

Instantes después, como por arte de magia, un camarero depositó sobre la mesa dos soberbios ejemplares de *Wiener Schnitzel*, el escalope vienés, y sendas jarras de cerveza. El alemán probó el *Schnitzel* entrecerrando los ojos y, satisfecho, invitó a la española a imitarle.

—Deduzco que se trata de algo muy urgente y delicado.

—Deduce bien. Han secuestrado a Madre.

—Y creen que tiene algo que ver con el pasado —concluyó el alemán—. ¿Sospechan de alguien?

—Sí. Creemos que la ha secuestrado Odessa. Hace años, Madre trabajó con usted para detener el resurgimiento nazi.

—Así es. Pero dígame, ¿por qué querría Odessa secuestrar a *Mutter*?

—Para averiguar la información que tenemos sobre ellos.

—Tiene lógica —concedió el zorro alemán—. Y usted ha venido a verme por si yo puedo aportar algo de interés para su investigación, porque los alemanes somos quienes mejor conocemos a nuestros propios demonios.

—¿Puede orientarnos?

El alemán asintió, mientras se llevaba un trozo de *Schnitzel* a la boca.

—Odessa ha mutado en los últimos años.

Helena bebió un trago largo de cerveza, mientras pensaba que tal vez el Centro se había relajado demasiado tras el éxito de la operación Valaquia. En su defensa, podía alegarse que en España los nuevos nazis no habían protagonizado acciones tan violentas como en otras zonas de Europa y apenas aparecían en las portadas de los periódicos, que es lo que más nerviosismo genera entre la clase política, responsable de marcar las prioridades del Centro. Los recursos del Servicio eran limitados, y no había más remedio que elegir cuál de los monstruos era más peligroso en cada momento, porque era imposible combatir con la misma intensidad todas las amenazas al mismo tiempo.

Por eso, tras el desmantelamiento de las estructuras de Odessa en Europa, el Centro había dedicado sus esfuerzos a otros asuntos que parecían más urgentes para España. Además, los Servicios de Inteligencia no son lanchas a motor que pueden cambiar de rumbo en cuestión de segundos, sino transatlánticos que necesitan un tiempo para virar, para investigar en profundidad los fenómenos y para reclutar fuentes de calidad que informen sobre ellos.

—Después del triunfo del *brexit*, los nazis creyeron que sería fácil quebrar la unidad europea —explicó Udo—. Pensaron que si los británicos habían decidido marcharse, otros no tardarían en seguirles, y una Europa desunida sería el mejor de los escenarios para su reaparición. Pero se equivocaron. Menospreciaron la resistencia de la Unión Europea y de sus Servicios de Inteligencia. La democracia nos ha costado demasiada sangre como para entregarla sin lucha a un puñado de fanáticos.

—¿Cómo ha cambiado Odessa?

—Sus nuevos líderes son prácticamente invisibles. Se han ocultado detrás de las pantallas de internet y han apostado por polarizar la sociedad. ¿Es usted consciente de la cantidad de mensajes de odio que circulan en redes sociales, vídeos falsos, proclamas contra las minorías? Por dios, ¿algún líder de Europa va a decir en algún momento que en los últimos años ha habido más ataques neonazis que yihadistas?

—En su opinión —Helena escuchaba con atención las palabras del

alemán—, ¿por qué nadie denuncia lo que usted está diciendo?

—Creo que lo sabe tan bien como yo. Porque quienes patrocinan a los nuevos nazis tienen mucho dinero, voluntad de gastarlo y estupendas conexiones empresariales y políticas. Hoy ya casi no quedan idealistas, y nadie quiere enemistarse con quien tiene mucho dinero.

—¿Y qué lectura hace del secuestro de Madre?

—Enfrentarse a un Servicio de Inteligencia es enfrentarse al corazón de un Estado. Y, si realmente son ellos quienes la han secuestrado, es porque han crecido en poder y audacia. ¿Tienen alguna manera de encontrarla, alguna pista fiable?

—Estamos trabajando en ello.

—Y no les vendría mal la ayuda de un amigo alemán —sentenció Udo—. Porque usted, digna discípula de *Mutter*, no me ha llamado para pedirme mi opinión sobre la evolución de Odessa sino para conseguir información procedente de la comunidad de Inteligencia alemana sin utilizar los canales oficiales —el alemán dejó escapar una breve sonrisa—. El tiempo apremia, y ustedes nos conocen bien. Sabe que si el CNI pide ayuda abiertamente al BND o a nuestros ásperos colegas del BfV, las consecuencias serían imprevisibles. Circularían papeles que leería demasiada gente, correría el rumor por los pasillos del Bundestag, tal vez el asunto terminaría saltando a la prensa por culpa de algún bocazas de Berlín, y entonces el daño sería irreparable. Imagine los titulares: los nazis han vuelto y se atreven a desafiar a los Servicios de Inteligencia. Si *Mutter* es asesinada, su muerte sería imposible de ocultar, y proyectaría una imagen de fuerza del movimiento neonazi que les atraería muchos adeptos y trasladaría a la sociedad una sensación de debilidad intolerable.

—No lo podría haber expresado mejor.

—Les ayudaré. Haré algunas llamadas a Berlín en las próximas horas y averiguaré qué saben los míos —concluyó Udo—. Después se lo trasladaré de inmediato por un canal seguro. Lo haré por *Mutter*, pero también porque creo que si ahora dejamos que el Mal se extienda, ya no podremos detenerlo. Toda mi vida he luchado por el futuro de Alemania y de mis compatriotas. Y, aunque ya esté retirado, siento que esa lucha es ahora más necesaria que nunca.

El día estaba siendo extenuante en Delfos.

Los integrantes del equipo Andrómeda, enterrados entre dosieres y carpetas, seguían tratando de encontrar el pasillo correcto en el laberinto de la información para encontrar al Minotauro antes de que el monstruo devorase a su compañera.

Madero decidió revisar el trabajo realizado por los miembros de Andrómeda, con la esperanza de que su experiencia y su conocimiento de la personalidad de Madre pudiesen arrojar algo de luz adicional sobre el secuestro, o encontrar algún detalle que sus compañeros no hubiesen detectado.

Kodiak le mostró un vídeo de Madre saliendo de su casa. Madero observó a su antigua jefa y amiga, algo envejecida pero igual de vigorosa y resuelta, con el paso firme y decidido de quien sabe lo que quiere.

—¿Qué ves en estas imágenes, Marcos?

El veterano se mesó la barba, pensativo.

—Madre va a una entrevista con alguien vinculado al mundo de la Inteligencia. No hay duda.

Kodiak no pudo contener un gesto de asombro.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Fíjate bien en esta secuencia —Marcos pulsó el *play* en el archivo de vídeo—. Cuando se abre el portal, Madre examina disimuladamente la calle con una mirada semicircular, moviendo los ojos pero sin girar el cuello, y lo hace tan rápido que es difícil darse cuenta. Está tratando de detectar vigilantes.

—¿Puedes ver algo más?

—Sí —Marcos señaló otra secuencia—. Fíjate cómo mira el cristal lateral de la marquesina de autobús. Está buscando en su reflejo el único ángulo que le falta por examinar cuando sale del portal. Conozco bien a Madre —concluyó Madero—. No va a caminar por el monte de El Pardo, ni a encontrarse con un amigo. Está acudiendo a una cita con un colaborador o con un miembro de otro Servicio, y no

quiere que nadie lo sepa. Por eso adopta medidas de contravigilancia. No tendría sentido que actuase de esa manera si va a encontrarse con un antiguo miembro del Centro.

Finalizado el repaso del trabajo de Kodiak, Marcos se sentó al lado de Jota. Tras escuchar el resumen del analista barbilampiño sobre las conexiones de Odessa en España, Madero reflexionó durante unos instantes.

—¿Habéis detectado alguna visita de dirigentes sudamericanos de Odessa a España en el último año?

—La verdad es que no —Jota apuntó la pregunta en una libreta de anillas—. Investigaré.

—Sería extraño que hubiesen planeado una operación como el secuestro de Madre sin hacer una visita previa a Madrid. Puede que no haya ocurrido, pero no estaría de más hacer una búsqueda de nombres asociados a Valaquia entre las llegadas de viajeros a Barajas en los últimos tres meses.

—Entendido. Muchas gracias, Marcos.

El encuentro con Naia fue mucho más tirante. La analista de la trenza contempló con suspicacia la llegada de Madero, que se acercó a ella ofreciendo un café de máquina en un intento inútil de suavizar la tensión.

—¿Pensáis que no somos capaces de hacer el trabajo nosotros solos? ¿Tenéis que venir los mayores a supervisarlo?

Marcos suspiró mientras removía el café. Era horrible, pero lo había echado de menos.

—Cuatro ojos ven más que dos, ¿no te parece?

—Entonces, mostremos los expedientes a los demás miembros del Centro. Así los mirarán muchos más ojos, y todos sabrán que decenas de operaciones y cientos de personas están en peligro mientras nosotros estamos aquí encerrados, leyendo informes sin avanzar en la investigación.

—Hablemos claro, Naia —Madero buscó los ojos negros y feroces de su compañera—. No confías en mí.

—Sí, hablemos claro, Marcos. Me molesta tu presencia. Hemos

recibido una misión, nos estamos dejando la piel para cumplirla y de repente apareces de la nada, como si fueses un gurú, un maestro Jedi o nuestro papá, y empiezas a darnos lecciones.

—Fue Helena quien me llamó para ayudar.

—Pues ayúdanos de verdad, joder —Naia se acercó a Madero, sobrepasando su distancia social—. Ve a casa de Madre y husmea allí. Pregunta a tus contactos. Sal a la calle. Mueve el culo. Haz como Helena, que se ha ido hasta Alemania a buscar información. No te quedes aquí con nosotros repasando papeles.

—Vale, vale —Marcos encajó el golpe, asumiendo que a Naia no le faltaba razón—. Lo haré. Pero antes me gustaría echar un vistazo rápido a los expedientes que manejas. Necesito comprobar un dato.

—Todos tuyos —respondió la analista, dando un paso atrás y señalando la mesa en la que estaban amontonados—. Tienes media hora. Espero que después puedas empezar a ayudarnos de verdad.

Marcos se sentó en la silla de Naia, tratando de asimilar el vapuleo verbal que acababa de recibir. Las nuevas generaciones del Centro llegaban pisando fuerte. Pasó rápidamente por todos los expedientes de las operaciones en las que había participado Madre, rememorando aquellas en las que él también estuvo involucrado. Cinco minutos antes de concluir el plazo, la analista se plantó a su lado de pie con los brazos cruzados.

—¿Y bien?

—¿Esto es todo lo que tienes?

—Esto es todo lo que había. ¿Por qué lo preguntas? —el gesto de Naia se volvió suspicaz— ¿Crees que no nos han dado toda la información que necesitábamos?

Madero levantó las manos en son de paz.

—No, no es eso. Solo quería asegurarme.

—Ya —respondió Naia, con un matiz de sospecha en la voz—. Claro.

—Muchas gracias por tu ayuda —Marcos se levantó, deseando alejarse a toda prisa de aquella mujer-cactus.

Mientras caminaba hacia la salida de Delfos, respiró aliviado por no haber encontrado entre los dosieres que manejaba Andrómeda el expediente más importante de todos. Helena había sido prudente, y no había entregado a los participantes del equipo la información operativa más relevante que había en el cerebro de Madre. Tiresias seguía siendo un secreto reservado solo para los cinco de Tebas, porque el proyecto del adivino ciego era demasiado crítico para compartirlo. Había cosas más importantes en juego que la propia vida de Madre.

Repasó mentalmente la lista de sus antiguos colaboradores, y decidió llamar a *Calipso*. Nadie como ella sabía manejarse en el submundo de Madrid, en esa realidad paralela que desconocían los ciudadanos corrientes. Conocía bien el riesgo que suponía encontrarse con aquella traficante de información, y no se le escapaba que *Calipso* comentaría con otros que el CNI había venido a hacerle una visita con preguntas extrañas. Pero en aquel momento, solo las decisiones arriesgadas y extremas podían ayudar a Madre.

Había tabús que sería necesario romper.

CALIPSO

Todos en Madrid han oído hablar de la Plaza de Santa Ana, entre la Puerta del Sol y la calle Huertas. La mayoría asocia esa plaza con terrazas y bares de tapas, y muy pocos conocen un club privado llamado Argos, que ocupa un edificio entero cerca de una de sus esquinas. Y menos aún saben que dentro de ese club exclusivo hay una habitación reservada para personas que trafican con un tipo de información que no está disponible en ninguna otra parte de España.

Una de las dueñas de Argos era *Calipso*, una mujer de pelo rubio que rondaba los cuarenta y cinco años, vestía como una prudente madre de familia y tenía una sonrisa tan dulce que hacía imposible desconfiar de ella. Años atrás, Marcos había elegido su nombre en clave en honor a la ninfa que había embrujado a Ulises en su regreso a Ítaca. Además, Calipso significa "aquella que oculta el conocimiento".

Calipso prácticamente vivía en el club Argos, frecuentado por personas selectas que deseaban establecer contactos privilegiados y discretos sin ser vistas por nadie, y que habían creado una microsociedad en la que imperaba la *omertá*, la ley del silencio. El acceso al club se hacía por invitación, y no podía conseguirse solo con dinero. Cuando uno de sus cuatro dueños proponía un nombre, los demás lo aprobaban o rechazaban después de un estudio de su perfil y sus antecedentes, y se requería unanimidad entre los dueños para ser admitido como miembro.

Años atrás, *Calipso* había avalado la entrada de Marcos Madero en el club. En el Argos había profesionales de todo tipo: banqueros, abogados, directivos de empresas, políticos, diplomáticos, altos cargos de la Administración, magistrados, aristócratas… Normalmente, la cuota de socio del club era elevada, pero sus dueños tenían potestad para realizar excepciones. A *Calipso* le había parecido exótico incorporar a Argos a un miembro del Servicio de Inteligencia español, así que decidió que Madero siempre tendría acceso libre al club, sin necesidad de pagar la cuota.

Marcos llamó al telefonillo del portal, situado bajo una placa minúscula con el nombre del club, y pronunció la contraseña de acceso. Subió por las escaleras hasta el primer piso, donde había un pub exclusivo, continuó hacia el segundo, que albergaba un pequeño restaurante, y alcanzó el tercero, ocupado por un gran salón que replicaba un club inglés, con una biblioteca de libros antiguos y mesas redondas rodeadas de sillones, donde los miembros mantenían

cordiales conversaciones y a veces cerraban negocios millonarios. Preguntó al camarero por el verdadero nombre de *Calipso* y, al ver que éste asentía, se sentó a esperar a su fuente en un sillón junto a la ventana que daba a la plaza. Era curioso contemplar desde allí a las personas que caminaban despreocupadas y felices por las calles de la capital, ignorantes de la existencia de otro Madrid secreto, mucho menos amable y más peligroso.

Calipso no tardó en llegar, vestida con pantalones vaqueros, camisa blanca y zapatillas de deporte. Tras hacer un gesto con la cabeza para que Marcos la siguiese, desapareció por una puerta lateral, tan bien disimulada entre las estanterías de libros que era difícil reparar en su existencia a primera vista. Madero entró en otra habitación casi desnuda, con dos sillones de diseño y una mesa de cristal sobre la que esperaban dos copas de Chardonnay y un generador de ruido blanco para dificultar el uso de micrófonos.

—Cuánto tiempo, señor Bond —su voz era tan dulce como su sonrisa, aunque algo en ella sugería peligro—. Pensaba que ya no querías vernos.

—He estado fuera.

—Lo sé.

—¿Hay algo que no sepas?

—Tantas cosas…—la mujer guiñó un ojo a Madero, divertida—. Por ejemplo, no sé qué vienes a buscar hoy aquí. Me he enterado de que has estado desaparecido porque hiciste algo malo. Por eso me ha sorprendido verte. Debe de ser importante si has regresado.

—Necesito información. Es urgente.

—Claro, claro. Siempre lo es —*Calipso* se inclinó hacia Madero y le cogió de la mano—. ¿Y qué me darás a cambio?

—Te deberé un favor.

—Qué tacaño, ¿no? Una deuda que tal vez nunca puedas pagar. Bueno, veamos si vale la pena ayudarte. ¿De qué se trata esta vez?

—Nazis.

—Me encanta ese tema —*Calipso* se reclinó en el sillón, desabrochándose un botón de la camisa con una sonrisa traviesa—.

Está bien. ¿Qué quieres saber, exactamente?

—Quiero que me hables de las estructuras nazis en Madrid. Pero no de viejas historias, ni de *skinheads* callejeros. Quiero que me hables de nazis poderosos.

Calipso arqueó una ceja.

—¿Te sorprende mi pregunta? —continuó Madero.

—La verdad es que sí. Creí que te interesarían más tus viejos amigos, los rusos.

—¿Debería preocuparme por ellos?

La mujer de la camisa blanca se llevó una copa de vino a los labios.

—Desde la última vez que nos vimos, los rusos se han multiplicado —dijo—. Madrid ha cambiado, Marcos. Antes éramos una ciudad pequeña, pero ahora nos hemos convertido en una metrópoli cosmopolita, y los rusos se mueven por todas partes con más facilidad, buscando información, secretos políticos e industriales. Son cada vez más agresivos, y alguno de ellos incluso ha venido al club como invitado de un socio. Cada vez es más difícil identificarlos, porque casi siempre realizan operaciones de bandera falsa, utilizando a hispanohablantes cubanos, bolivianos, venezolanos… Todos los meses me entero de que algún diplomático ruso se ha aproximado a empresarios, políticos o altos funcionarios, ofreciéndoles dinero, mujeres, hombres, lo que sea necesario. Sé que vosotros lo sabéis, y que de vez en cuando recomendáis que expulsen a unos cuantos. Pero la verdad es que no solucionáis gran cosa, porque sus relevos siempre son más agresivos.

Operaciones de bandera falsa, James. Los rusos seguían utilizando aquella vieja técnica del KGB para disimular la autoría de sus acciones, que había alcanzado su nivel máximo con el intento de asesinato de Juan Pablo II en la mismísima Plaza del Vaticano. En aquella ocasión, el Kremlin usó para disimular su participación en el fallido magnicidio a un turco llamado Alí Ağca, supuesto militante de un grupo paramilitar de extrema derecha conocido como los Lobos Grises. Los Servicios de Inteligencia rusos eran los mejores a la hora de mentir y engañar a sus adversarios.

—Pero te he preguntado por los nazis.

—Son mucho más discretos que los rusos —replicó *Calipso*, que parecía desconcertada por la insistencia del espía—. Algunos vienen por aquí. Son hijos y nietos de los protegidos de Franco, y se mueven en campos de golf, clubes privados y restaurantes de lujo. Antes limitaban sus actividades al mundo de la empresa, pero en los últimos años se han animado a entrar también en política.

—¿Alguna estructura destacada, algún líder?

—No que yo conozca. ¿Por qué te interesan tanto?

—Sabes que no te lo puedo decir.

—Está bien, señor misterioso. Estaré atenta y te informaré de cualquier novedad. Pero si fuese tú, no me preocuparía tanto por ellos. No me parecen tan peligrosos como los rusos. Creo que esos son quienes deberían daros miedo.

Madero abandonó el club frustrado y desconcertado, tras prometer a *Calipso* que regresaría pronto. Mientras bajaba las escaleras del parking de Santa Ana, rememoró lo aprendido en su etapa como jefe de Contrainteligencia rusa.

A principios de siglo, los Servicios de Inteligencia se habían convertido en el último baluarte del antiguo Imperio ruso. Uno de los suyos, Vladimir Putin, había conquistado el poder y trataba de recomponer los pedazos de la Unión Soviética, vendida a precio de saldo por Boris Yeltsin a los oligarcas. Rusia se había vuelto débil, pero sus espías no. Se habían convertido en los defensores de la esencia de “lo ruso” y, pese a la crisis brutal que azotaba su país, trataban de mantenerlo a flote.

Polifemo era un cíclope ciego, pero no dejaba de ser un cíclope.

Mucho había cambiado desde entonces. Los rusos, que habían sido los mejores artesanos en el mundo del espionaje, fueron volviéndose cada vez más despiadados. Forjaron alianzas con los *vor*, la mafia rusa, y se hicieron cada vez más visibles y osados, olvidando la discreción, sutileza y astucia que habían caracterizado al viejo KGB. Ya no utilizaban la ideología como arma de persuasión, ni debían convencer a sus colaboradores de la bondad de un socialismo que había sido su seña de identidad en la Guerra Fría. La nueva generación de los Servicios de Inteligencia rusos tenía otra característica principal: su brutalidad.

Marcos recordó a Aleksander Aleinikov, el oficial del SVR que

manipulaba al topo del Centro que se vendió a Moscú. Aleinikov era un ejemplo perfecto de los nuevos Servicios rusos, feroz y violento, dispuesto a sobrepasar cualquier límite para conseguir sus objetivos, sin distinguir entre el ámbito profesional y el personal. Por suerte, el oficial del SVR ya no suponía un problema, porque Marcos había hundido su carrera, difundiendo masivamente sus fotografías y sus datos entre todos los Servicios europeos, impidiendo que Aleinikov pudiese poner un pie al oeste de la frontera de Bielorrusia sin ser detectado. Se preguntó si los jefes del ruso le habrían enviado a Siberia por sus errores en el manejo del topo.

Pero Madero tenía problemas más urgentes de los que preocuparse. No podía distraerse de su búsqueda principal. En algún sitio remoto, Madre estaba esperando a que Helena y él liderasen la caballería para rescatarla. Tenían que lograrlo antes de que la voluntad de la maestra de espías se resquebrajase y entregase a sus enemigos las identidades y domicilios de los miembros del Centro. Odessa era despiadada, vengativa, y sus familias estarían en peligro mortal.

El vuelo procedente de Frankfurt aterrizó en Barajas cuando ya había anochecido. Antes de bajarse del avión, la Pitonisa convocó por teléfono una reunión urgente en Delfos, recuperó su coche del parking del aeropuerto y, tras incorporarse a la M-40, experimentó un doloroso fogonazo de realidad. Las horas y los días pasaban sin localizar a Madre, y el tiempo corría en su contra, sin saber qué consecuencias traería la desaparición de la antigua directora.

Helena había leído demasiados informes sobre torturas, y sabía que nadie puede resistir indefinidamente el dolor. Por lo general, los torturados que más aguantaban tardaban unos dos o tres días en romperse, dependiendo de la saña y la pericia de los torturadores. Eso ocurría si no se morían antes, aunque un torturador profesional siempre hará todo lo posible para mantener con vida al torturado. El físico de Madre era frágil, aunque su voluntad fuese de hierro, y tal vez soportaría la violencia, pero difícilmente podría resistirse si utilizaban drogas.

La espía pecosa franqueó la puerta de Argentona tras atravesar un Madrid cubierto de niebla, en una de esas noches frías y desapacibles que invitan a sus habitantes a quedarse en casa mientras el viento ulula en el exterior. En la Sala de Crisis faltaban dos integrantes de Andrómeda. Helena no había podido localizar a *Strigoi*, y el Insomne estaba ocupado gestionando una información que situaba en Cataluña a *Mantícora*, el asesino de *Jerbo*. Aquel yihadista era extraordinariamente hábil para desvanecerse sin dejar rastro.

Helena abrió la reunión.

—He recibido información de la comunidad de Inteligencia alemana a través un canal no oficial —dijo, carraspeando para aclararse la voz—. El terrorismo neonazi se está convirtiendo en una amenaza cada vez más preocupante. En junio asesinaron de un disparo en la cabeza a un político del partido de Angela Merkel, Walter Lübcke, por defender la acogida de refugiados. Es el primer asesinato neonazi de gran impacto en la Alemania actual, y otros políticos también están recibiendo amenazas de muerte. El Gobierno alemán ha filtrado a la prensa que el asesino era un lobo solitario, pero lo cierto es que los Servicios alemanes creen que formaba parte de una red, y están realmente preocupados.

La espía pecosa consultó las anotaciones que había hecho en su

libreta mientras hablaba con Udo a través de una aplicación de llamadas seguras desde la sala de espera del aeropuerto de Frankfurt. Con una celeridad inusitada, el alemán había hecho las averiguaciones necesarias en Berlín y en Múnich.

—Y no solo eso —continuó—. El día nueve de este mes, en la fiesta judía de Yom Kippur, hubo otro atentado contra una sinagoga en la ciudad de Halle, cerca de Leipzig. Su autor llevaba un uniforme militar y grabó el tiroteo con una cámara en su casco para subirlo a internet. La Inteligencia alemana cree que el asesino pertenece a una organización llamada Ciudadanos del Reich, o *Reichsbürger*, que en realidad es una de las fachadas de Odessa.

Helena hizo una pausa para beber un vaso de agua. En los últimos meses se sentía con frecuencia al borde de la deshidratación, como si su mente caminase por un desierto. Y cuanta más agua bebía, más peso perdía.

—Los alemanes no tienen información sobre ningún plan de los *Reichsbürger* que esté relacionado con un secuestro —siguió—. Creen que supondría un salto cualitativo, una propaganda que proyectaría a Odessa ante el mundo, pero también les expondría demasiado. Acciones como el asesinato político de Lübcke o el ataque a la sinagoga de Halle permanecen una semana en los periódicos y luego pasan a ser material de Servicios de Inteligencia, de analistas de *think tanks* y de Twitter. Pero un secuestro puede prolongarse meses o años; acordaos de la repercusión que tuvo el caso de Ingrid Betancourt en Colombia o el de los miembros de la embajada estadounidense en Teherán. La comunidad de Inteligencia alemana no cree que los *Reichsbürger* hayan decidido dar ese paso, porque sus líderes aún no se sienten lo suficientemente poderosos.

Volvió a beber agua. Tendría que averiguar qué le provocaba tanta sed.

—¿Qué información tenemos de América, Marcos?

—Es una época convulsa —el espía barbudo proyectó un mapa de la región en la pantalla gigante de Delfos—. Hay un estallido social en Chile, revueltas en Colombia, enfrentamientos sociales en Bolivia y el ruido que siempre producen las elecciones presidenciales en Argentina. Hemos hablado con todas nuestras oficinas. Nuestra gente en Buenos Aires cree que Odessa está tratando de interferir en las elecciones, y la oficina de Bolivia no descarta que los nuevos nazis estén apoyando el derrocamiento de Evo Morales. Pero no hay

ninguna información operativa de utilidad para nosotros, ni noticias relacionadas con el secuestro, ni con la Dama Blanca. En resumen, nada que nos ayude a llegar hasta Madre.

Naia tomó la palabra, retirándose de la cara un mechón rebelde de pelo avellana.

—He buscado líneas de investigación alternativas a la que nos ha planteado “Germán” —haciendo una pausa en su discurso, clavó una mirada significativa en la silla vacía de éste, y después en Helena—. Tres antiguos pistoleros de ETA han regresado a Francia en los últimos meses, dos desde Venezuela y uno desde México. Es posible que simplemente quieran arreglar su situación legal y pasar su vejez en Euskadi, aprovechando que sus delitos están a punto de prescribir, pero… por sus perfiles, no descartaría que hayan decidido vengarse de la derrota de la banda. Son personas mayores, muy comprometidas, y es posible que alguno de ellos quiera pasar a la Historia como el último gudari.

—Gracias, Naia. Tendremos en cuenta esa hipótesis. Jota.

Helena cedió la palabra al joven analista, que había colocado un voluminoso dosier sobre la mesa.

—Cuando leí el expediente de la operación Valaquia —la voz de Jota transmitía a la vez fortaleza y cansancio—, eché en falta información sobre la descendencia de los nazis refugiados en España, y en particular de los ciento cuatro de la lista que los aliados pidieron a Franco. Hay casos que recuerdan a la estructura de Odessa en América Latina. El nazi más famoso de todos, Otto Skorzeny, murió en Madrid meses antes que el Caudillo, y a su funeral acudieron antiguos camaradas de las SS. Su hija Waltraut aún está viva, pero sabemos poco de ella. Otro nazi relevante, León Degrelle, estuvo domiciliado en Santa Engracia, cerca de la casa de Madre, y murió en 1994, pero sus nietos aún viven a las afueras de Madrid. He investigado si alguno de los dirigentes sudamericanos de Odessa viajó a Madrid recientemente —concluyó, lanzando una rápida mirada a Madero—, pero no he encontrado información. No tengo nada más que aportar.

Jota guardó silencio, mordiéndose la lengua, sin atreverse a formular frente a sus compañeros la hipótesis que más le aterrorizaba: que algún descendiente de los nazis originales fuese un miembro del Centro, y que hubiese organizado el ataque que había recibido en Mostenses.

—Gracias —añadió Helena, sin ocultar su decepción—, pero ahora necesitamos información más operativa. David, ¿algo nuevo en las cámaras de seguridad?

—Nada —Kodiak mostró las palmas de sus manos gigantes—. He hablado con Casa Real. En la incorporación a la carretera de la Quinta no hay cámaras, y el equipo de seguridad de Zarzuela registró aquel día el paso de miles de vehículos por la carretera a El Pardo. Localizamos el Passat de Madre, pero ningún otro coche nos llamó la atención. También revisamos las cámaras de los cuarteles cercanos, y tampoco encontramos nada.

En aquel instante, la puerta de Delfos se abrió de golpe, y "Germán", al que solo Helena y Marcos conocían como *Strigoi*, irrumpió en la reunión con paso ágil y un gesto de satisfacción. El enojo momentáneo que había provocado su brusca aparición entre los presentes se desvaneció, dejando paso a un rayo de esperanza. *Strigoi* observó uno por uno a los integrantes de Andrómeda y mantuvo la expectación durante unos instantes, como un actor a punto de declamar la parte culminante de una obra de teatro.

—Sé dónde está Madre.

MONTEVIDEO

Aquella mañana de primavera austral en Montevideo, Alfonso, el jefe de la oficina del CNI en Uruguay, acudió extrañado a la cita que le había solicitado *Mate*, una de las fuentes más longevas del Centro en el Cono Sur. Su colaborador había utilizado la señal de emergencia por primera vez en muchos años, y le estaba esperando en el Café Brasilero.

El espía español, alto, calvo y de tez morena, que había sido destinado a Uruguay como broche de oro a una carrera llena de sinsabores y renuncias, atravesó la Ciudad Vieja a paso rápido, olfateando las calles en busca de peligros ocultos. Las prisas no eran buenas para el negocio. Había aprendido a amar aquella capital emparentada con Buenos Aires y Lisboa, y también a sus habitantes melancólicos, impenitentes lectores de Benedetti que llevaban consigo a todas partes sus termos con agua para sus mates.

Tras entrar en la calle Ituzaingó, atravesó el umbral acristalado de aquel hermoso café clásico de mesas y paredes de madera, que había servido de segundo hogar a escritores uruguayos como Eduardo Galeano, y examinó a todos los clientes antes de dirigirse a la mesa del fondo, en la que *Mate* aguardaba inquieto. El jefe del CNI en Uruguay sentía un aprecio especial por aquel colaborador veterano, hijo de emigrantes españoles, de pelo y barba grises y constitución oronda, un bohemio capaz de pintar un retrato en acuarela, escribir un brillante ensayo sobre las actividades de los Tupamaros en Montevideo, alternar con la alta sociedad charrúa o emborracharse hasta perder el sentido en las tabernas del puerto. *Mate* era algo más que un colaborador habitual: coordinaba una red de traficantes de información.

—Grave, hermano.

Mate ni siquiera esperó a que Alfonso estuviese sentado para comenzar a hablar.

—Te escucho.

—Ayer por la noche estuve en un bar de Carrasco con mi amigo, el milico retirado que, como sabes, es bastante *facho* —Alfonso asintió. En el código de la red del bohemio, ese milico, que no sabía para quién trabajaba, tenía asignado el nombre en clave de *Mate3*—. Tomamos unos tragos y comenzó a hablar de historias de nazis en Uruguay, ya sabes cosas del paso de Mengele por acá, de la operación

del Mossad para matar a Cukurs a las afueras de Montevideo… Y, cuando llevábamos varios whiskies, se puso muy serio y empezó a hablarme de una organización llamada Odessa, formada por los descendientes de los nazis.

La puerta del Café Brasilero se abrió con fuerza, y *Mate* interrumpió la narración hasta comprobar que los recién llegados eran unos ruidosos turistas italianos.

—Recordé que alguna vez me habías preguntado por Odessa y por los antiguos nazis —el colaborador bajó la voz—, y le tiré de la lengua, provocándole, diciéndole que no me contase cuentos de viejas. Entonces se enojó, y me dijo que uno de sus mejores amigos, un tal Heriberto, pertenecía a Odessa. Seguí rompiéndole las bolas mientras pedíamos más tragos, y entonces me dijo que aquella organización iba a conseguir que el nazismo resurgiera, y que él mismo les estaba ayudando desde el Uruguay. Que Odessa había creado una red de apoyo que conectaba América y Europa, que tenían infiltrados en los Servicios de Inteligencia…

Mate se detuvo, y Alfonso se percató del movimiento inusual de sus piernas, que temblaban por los nervios.

—Y que habían secuestrado a una espía española, que les iba a facilitar toda la información que tenía la Inteligencia europea sobre Odessa.

Por lo general, la primera reacción de un miembro de un Servicio de Inteligencia cuando recibe una información relevante es una mezcla de duda e incredulidad. Pero, mientras procesaba las palabras de *Mate*, Alfonso recordó que, durante su periodo de formación antes de incorporarse a la oficina de Montevideo, Helena Aimar le había hablado de una operación llamada Valaquia, en la que el Centro había colaborado con otros Servicios europeos para desmantelar una poderosa organización nazi llamada Odessa.

El español estaba completamente seguro de que jamás había compartido el nombre de Odessa con *Mate*, al que solo había preguntado por la presencia de organizaciones nazis en el Uruguay del siglo XXI. Fuese o no una exageración, la información sobre Odessa no había surgido de él. Pero Alfonso no había escuchado nada relacionado con secuestros de espías españoles, y mucho menos del Centro.

—Te agradezco la información, hermano —dijo, finalmente,

quitando importancia a propósito a las palabras de *Mate*—. Pero creo que el milico estaba pasado de tragos.

De regreso en la oficina, Alfonso abrió la bandeja de entrada de su correo. Había un requerimiento urgente e inusual de información procedente de Madrid sobre las actividades de Odessa relacionadas con Europa.

Alfonso sabía bien que el Centro no enviaba esa clase de peticiones si no había un motivo grave que las justificase y, sin pensárselo dos veces, descolgó el teléfono para marcar la extensión directa del Insomne.

—Odessa tiene retenida a Madre en la ciudad de Gdańsk —anunció *Strigoi*—, en el norte de Polonia. Sus secuestradores están esperando que la Dama Blanca viaje desde Argentina para interrogarla personalmente.

—¿Cómo es de fiable tu información?

Naia había formulado la pregunta en tono cortante, y el recién llegado se giró hacia ella.

—La fuente pertenece al aparato logístico de Odessa —respondió, sin ocultar su molestia por el cuestionamiento—. Es completamente fiable. Y puede ayudarnos a liberarla.

Naia no se dio por vencida.

—¿Cuál es la motivación de tu fuente para colaborar?

—Odia a los nazis.

—¿Solo eso?

—Basta —zanjó Helena, con una expresión indisimulada de enfado—. Estamos perdiendo un tiempo precioso. Debemos organizarnos para viajar de inmediato a Gdańsk.

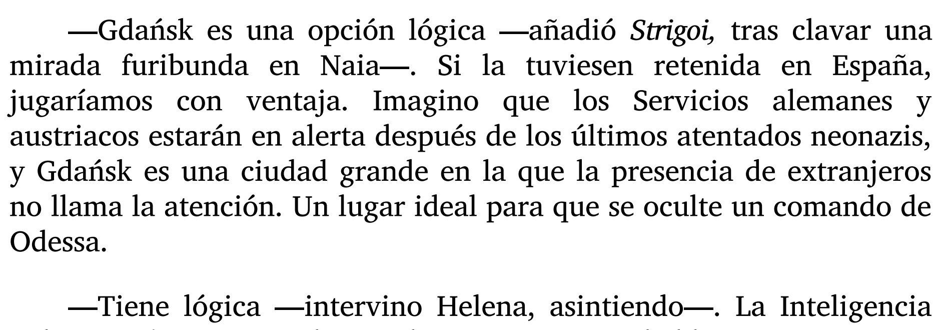
—¿Por qué Gdańsk? —inquirió Madero, pensativo.

Celia Bengasi tomó la palabra.

—Para los nazis, Gdańsk, el antiguo Dánzig, tiene un significado especial. Un año antes del inicio de la Segunda Guerra Mundial, Hitler propuso a Polonia un acuerdo para que la ciudad fuese alemana. Varsovia contestó que aquella propuesta no era negociable, la situación fue complicándose, y precisamente fue en esa frontera donde comenzó la guerra.

—Eres una enciclopedia —observó *Strigoi*, dirigiéndose a la mujer de ojos de husky.

—Aún hay más —añadió la señora Bengasi, halagada—. El primer campo de concentración nazi fuera de Alemania, Stutthof, está cerca de Gdańsk. Como veis, es un lugar simbólico para el nazismo. Stutthof también fue el último campo liberado por los aliados.



—Gdańsk es una opción lógica —añadió *Strigoi,* tras clavar una mirada furibunda en Naia—. Si la tuviesen retenida en España, jugaríamos con ventaja. Imagino que los Servicios alemanes y austriacos estarán en alerta después de los últimos atentados neonazis, y Gdańsk es una ciudad grande en la que la presencia de extranjeros no llama la atención. Un lugar ideal para que se oculte un comando de Odessa.

—Tiene lógica —intervino Helena, asintiendo—. La Inteligencia polaca está tan ocupada con los rusos que probablemente no preste demasiado interés a lo que proviene del oeste.

—Es una jugada inteligente —concedió Marcos—. ¿Te ha dicho tu fuente cómo se llevaron a Madre a Polonia?

—No, no lo sabe —admitió *Strigoi,* encogiéndose de hombros—. El funcionamiento interno de Odessa está tan compartimentado como en el Centro, y sus miembros solo conocen la información que necesitan conocer. Solo sé lo que os he contado. Odessa heredó la doctrina del SD de Heydrich, de modo que sabe cómo funcionan los Servicios de Inteligencia.

Helena escribió cuatro líneas y un diagrama en un folio en blanco antes de comunicar su decisión.

—Un equipo pequeño viajará a Gdańsk. David, tú serás el responsable de seguridad. Marcos, me da reparo pedírtelo, pero...

—Iré.

—También quiero que vayas tú, Naia.

La aludida no pudo ocultar una expresión de sorpresa.

—Tienes formación operativa —explicó Helena—, y nos vendrá bien contar con alguien que piense distinto. Los demás os prestaremos apoyo desde aquí. Tenemos que…

—Discúlpame, Helena —*Strigoi* interrumpió a la espía pecosa—. Yo también quiero ir a Gdańsk. Tengo experiencia, conozco la ciudad, y le debo mucho a Madre.

—No quiero comprometerte. Será peligroso, y ya estás retirado. Te toca cuidar de tu familia.

Strigoi sonrió.

—Mi familia sabe cuidarse sola. Mis hijos son mayores, y mi mujer agradecerá unas vacaciones de su marido. Vosotros también sois mi familia. Contad conmigo.

—Gracias —Helena se dirigió a Celia—. Por favor, comunica al director lo que hemos acordado, por si tuviese algo que decir antes de que comencemos la operación. Los que viajáis, marchaos a casa para preparar las maletas. David y Naia irán por carretera para llevar armas a Polonia. No podemos hacerlo en avión.

—¿No vamos a pedir ayuda a los Servicios polacos?— preguntó Celia, ajustándose las gafas.

—No hay tiempo. No podemos arriesgarnos —zanjó Helena—. Es posible que Odessa tenga ojos y oídos en Polonia. Cuanto menos personas conozcan la operación, mejor. Jota, tú nos ayudarás con la logística. Necesitaremos vuelos, hoteles y mapas. Recopila toda la información útil que encuentres sobre Gdańsk —la espía pecosa hizo una pausa para inspirar hasta que sus pulmones se llenaron de aire, y finalmente pronunció una frase cargada con la energía y esperanza que todos necesitaban—. Vamos a liberar a Madre.

Cuando los participantes de la reunión abandonaban Delfos, Helena se dirigió a Naia.

—¿Puedes quedarte un momento, por favor?

La joven analista se detuvo, y la Pitonisa aguardó en silencio hasta que los demás asistentes hubieron salido de la Sala de Crisis.

—Es inaceptable.

—¿Qué es inaceptable, exactamente? —Naia no agachó la cabeza —. ¿Pedir contraste? ¿Solicitar que amplíen una información vital para salvar a una compañera?

—Lo inaceptable es tu actitud. Al menos trata de hacer un esfuerzo para comprender que dos de las personas de este equipo no tendrían por qué estar con nosotros y nos ayudan solo por lealtad a Madre y al Centro. Entiendo que no sepas bien quiénes son, pero se han jugado la vida muchas veces por sus compañeros, y no se merecen que alguien que hasta hace unos días se pasaba las mañanas jugando al mus en la cafetería de la universidad les trate como tú lo haces. Muestra un poco de respeto.

El tono de Helena era firme y sereno, pero sus ojos felinos

echaban chispas, revelando cuánto le estaba costando controlarse.

—También me gustaría que tú nos respetases a nosotros —dijo Naia, sin amilanarse—. Conozco la historia de Madero, y admiro lo que hizo. También sé que ese antiguo miembro no se llama “Germán” y que nos estáis ocultando información sobre su verdadera identidad. No es lógico que asumáis sin más que un jubilado tenga unas fuentes tan fantásticas sin cuestionaros si su información es buena.

—Sabes lo que necesitas saber.

—He oído rumores.

—¿Qué rumores?

—En Alejandría tuve una profesora llamada Helena Aimar, que nos dio una lección magistral sobre Inteligencia —Naia exploró los ojos de arena de la espía pecosa—. Esa profesora nos dijo que debíamos prestar atención a los rumores, porque suelen esconder pedazos de verdad, salvo que sean pura desinformación. Y en cualquier caso, la desinformación también aporta información. Siempre hay alguien que la crea por un propósito.

—¿A qué rumores te refieres? —repitió Helena.

—Rumores sobre un híbrido, un miembro del Centro que en realidad pertenecía a un Servicio hostil y que fue descubierto y reclutado por uno de los nuestros. Un híbrido que era miembro del Centro y también se convirtió en un agente doble. Creo que “Germán” es ese híbrido.

—¿Y bien?

—Pienso que Jota, Kodiak y yo deberíamos tener acceso a su expediente para comprender mejor lo que está ocurriendo.

—Si ese híbrido existiese, no tendría expediente.

—Sería una vulneración flagrante de la doctrina. Sé que has contado con nosotros porque necesitabas personas sin vinculación emocional con Madre para proponer las decisiones difíciles. Por favor, sé consecuente con tu decisión y confía en nosotros.

—¡Ya basta, Naia! —gritó Helena, fuera de sí—. Vete a casa y prepara la maleta. Cuando vuelvas de Polonia tendremos una larga conversación —la Pitonisa trataba de recuperar la calma, irritada por

las lecciones implícitas en la arenga de aquella sabelotodo—. Espero que para entonces hayas recapacitado y tengas claro que, si quieres seguir en el Centro, serás tú quien deba aprender a confiar en tus superiores. En Polonia quiero que obedezcas a Madero sin cuestionar ninguna de sus decisiones. ¿Entendido?

—Sí, jefa —respondió Naia, mientras se giraba sobre sí misma y abandonaba la sala a paso rápido.

Helena se quedó sola en Delfos, intentando tranquilizarse. Naia se había sumado a Madero como integrante del reducidísimo grupo de miembros del Centro que lograba sacarla de quicio. Sabía que aquella joven tenía un talento que no podía desperdiciarse, y debía evitar que cualquier sentimiento negativo se interpusiese en su camino para garantizar el éxito en la búsqueda de Madre. Necesitaba a los mejores, y Naia, a pesar de su actitud, lo era. Pero no podía tolerar aquel cuestionamiento abierto y continuo a su autoridad.

Un híbrido.

Se preguntó de dónde habrían salido aquellos rumores que había escuchado Naia. Hasta donde ella sabía, solo siete personas eran conscientes de la existencia del ilegal: Madero, Madre, Ignacio Aguirre, Noe, la Secretaria de Estado, el Insomne y ella misma. Aparte de *Strigoi*, quien, por supuesto, jamás revelaría nada.

El mundo del otro lado del espejo era el paraíso de la rumorología, y había sido demasiado ingenua al creer que una información como aquella podría ocultarse eternamente. En otro entorno, tal vez. Pero sus compañeros, al igual que ella, habían sido adiestrados para descubrir secretos y deducir el significado de una información al escuchar furtivamente unas palabras al otro lado de una puerta, al leer de soslayo una frase suelta de un informe o al interpretar señales que pasaban inadvertidas para la mayoría.

Eran depredadores que detectan a sus presas solo por el olor que llega con el viento.

Tras concluir su conversación con Helena, Naia abandonó el Circular furiosa y marcó un número en su teléfono personal.

—¿Jota? Tenemos que hablar.

Cuando el señor Jericó llegó al punto de encuentro, Naia ya había aparcado la moto y estaba esperando frente a la puerta del Dos Passos, un *bardetodalavida* en la esquina de San Bernardo con la calle del Pez.

—¿Te han seguido?

—¿Estás paranoica? ¿Vas en serio?

—Sí. Yo estoy limpia —Naia tomó a su compañero del brazo—. Ven, caminemos. Me vas a enseñar los rincones menos conocidos de tu barrio.

Mientras subían por la calle del Pez en dirección a la Corredera Baja de San Pablo, Naia hablaba en voz baja.

—Estarás de acuerdo conmigo en que los mayores se están equivocando demasiado en este asunto.

—¿Por qué lo dices? —Jota observaba a su compañera de reojo, intentando adivinar sus intenciones.

—¿Tú sabes cómo se llama Madre en realidad?

—La verdad es que no —admitió Jota—. Muy pocos lo saben.

—Entonces, ¿cómo han podido llegar los nazis hasta ella?

Jota se detuvo, sorprendido.

—He pensado lo mismo. Es como si los nazis tuvieran un colaborador en el Centro, tal vez la misma persona que le tendió la trampa a Madre.

El joven giró a su derecha y entró en la calle Pizarro, aprovechando el movimiento para lanzar una mirada furtiva a su espalda.

—Pero curiosamente, ni la Pitonisa ni el Insomne, que tienen mucha más experiencia que nosotros, han contemplado esa

posibilidad.

—Quizá lo hayan hecho, pero no nos lo han dicho —sugirió Jota.

—Me extrañaría —Naia observó con recelo a un hombre alto de pelo rizado y rasgos magrebíes, que caminaba hacia ellos viniendo desde la calle de la Luna—. Si nos han incluido en Andrómeda es porque confían en nosotros. Creo que se trata de otra cosa. No quieren ver lo evidente. Les ciegan los sentimientos.

—¿Quién podría haber ayudado a Odessa desde dentro?

El hombre de pelo rizado pasó de largo tras observar con lujuria a Naia, que le devolvió una mirada asesina.

—Alguien que conozca el verdadero nombre de Madre.

—Una persona de su máxima confianza.

—Madre ha sido traicionada —la analista de la trenza negó enfáticamente con la cabeza—, aunque los mayores no quieran verlo. Quizá la información de ese tipo que se hace llamar Germán sea buena y la encontremos en Gdańsk. Con suerte, tal vez logremos liberarla, aunque también es posible que la información sea errónea. En cualquier caso, lo único que está claro es que alguien ha vendido a Madre. Alguien que la conocía lo suficientemente bien para saber cómo traicionarla, y que podía citarla a un encuentro sabiendo que ella acudiría.

—Hay algo que sigo sin entender —Jota se detuvo, pensativo—. Hemos tenido acceso a su ordenador y a su teléfono. ¿Por qué no hemos encontrado el origen de la cita?

—No tengo ni idea. Pero creo que lo más importante ahora es localizar al traidor que ha ayudado a sus secuestradores.

—Prepararé una lista de personas del Centro que forzosamente tienen que saber la identidad real de Madre —propuso el señor Jericó —. La gente del departamento de nóminas, del servicio médico, personal, seguridad... No creo que la cuenta de su banco esté a nombre de Madre.

—Buena idea. Incluye a las personas que ingresaron en el CESID al mismo tiempo que ella— añadió Naia, mientras llegaban a una plaza cercana, donde varios coches de policía aparcados compartían espacio con transeúntes de apariencia inquietante—. No te olvides de

que tus compañeros de curso sabían tus apellidos reales antes de que te convirtieses en el señor Jericó. Hubo un tiempo en el que Madre no era conocida como Madre. El pasado está lleno de respuestas.

—Solo tengo una duda: si los nazis tenían un colaborador en el Centro, ¿por qué no lo utilizaron hasta ahora?

—¿Quién te dice que no lo han hecho? El Centro cometió errores en la operación Valaquia que terminaron causando la muerte del padre de Kodiak. ¿Estamos seguros de que aquellos errores no fueron provocados por alguien que operaba desde dentro del CNI?

Jota se quedó paralizado en mitad de la plaza, reflexionando sobre las palabras de Naia.

—No lo sé, joder —continuó la analista, sacudiendo la cabeza y haciendo que la trenza se bambolease—. Tal vez soy demasiado paranoica. Pero estoy segura de que algo no cuadra. Algo falla en el relato, aunque no logro averiguar lo que es.

Tras despedirse, Naia se subió en su Ducati roja, callejeando en dirección al Palacio de Oriente. Era una conductora escrupulosa con las normas de circulación, que rara vez se distraía mientras tenía el manillar entre las manos y solo se había caído un par de veces desde que se subió por primera vez a una moto. Enfiló la calle San Bernardo, atravesando Gran Vía, mientras trataba de encontrar el fallo en el relato de los hechos que manejaba el equipo Andrómeda.

No tuvo tiempo de esquivar al coche que golpeó la moto con violencia mientras atravesaba la Plaza de Santo Domingo, lanzándola al suelo.

El cuerpo de la joven analista quedó inmóvil, tendido en mitad de la calzada.

La información recibida desde Montevideo disipó todas las dudas de Helena sobre la necesidad de realizar de inmediato la operación en Gdańsk.

La Pitonisa conocía bien a Alfonso, el jefe de la oficina del CNI en Uruguay. Era un hombre serio y poco dado al alarmismo y a difundir rumores sin fundamento, y ella misma llevaba años leyendo informes de la fuente *Mate*, a la que consideraba uno de los colaboradores más fiables del Cono Sur.

A las diez de la noche, la Pitonisa realizó una videollamada grupal desde Delfos a los miembros de Andrómeda. Kodiak se encontraba en la sede de las Sombras, acondicionando una furgoneta blanca para el largo viaje a Polonia, y tanto Madero como *Strigoi* estaban esperando el contacto en una habitación de sus respectivos domicilios. Naia no respondió a la llamada, y Helena no pudo evitar enojarse, atribuyendo la ausencia de la joven analista a un nuevo gesto de rebeldía.

—David, no consigo contactar con tu compañera, pero no puedo esperar más. Cuando aparezca, se lo explicas todo. Vuestra cobertura para el viaje es simple: sois una pareja que está recorriendo Europa en furgoneta en busca de aventuras —Helena hablaba con el ceño fruncido, contrariada por la ausencia de Naia, tratando de mantener la concentración—. Marcos, tú serás un consultor que explora oportunidades inmobiliarias en Polonia. Germán, eres un jubilado con dinero que está fascinado por la Historia del norte de Europa. Cuanto menos explicaciones deis, mejor. Si sois discretos, la posibilidad de que los *primos* polacos os presten atención es mínima. Casi todos sus recursos se consumen en la vigilancia a los rusos.

La libreta de anillas de Helena estaba llena de anotaciones relacionadas con la operación, que había sido bendecida por el Insomne.

—Los polacos son nuestros aliados, pero es mejor que no participen si no es imprescindible. Aun así, si las cosas se tuercen, tendré a mano sus teléfonos para llamar a la caballería. Me echarán una bronca épica, pero así no estaréis desprotegidos por completo. Aunque los colegas de Polonia no han prestado demasiado interés al resurgimiento de Odessa, odian a muerte a los nazis, así que estoy segura de que se pondrían de nuestro lado si hubiese problemas. Jota

y yo dormiremos en Delfos y os daremos seguimiento con un equipo técnico de apoyo. La secretaria de Estado y el director de Inteligencia me han pedido que os traslade su respaldo total. Por mi parte, eso es todo. ¿Alguna pregunta? ¿No? David, por favor, localiza a Naia como sea e infórmame de vuestra salida. Regresad con Madre. Es una orden.

Tras finalizar la videollamada, Kodiak intentó contactar varias veces con Naia sin conseguirlo. Poco antes de medianoche, cuando se disponía a informar a Helena y activar todas las alarmas, la analista de la trenza apareció en la sede de las Sombras con la moto abollada, cojeando ostensiblemente.

—¿Qué te ha pasado?

—Me he caído. Vámonos.

Tras finalizar la reunión virtual con Helena, *Strigoi* llamó a Madero, y ambos acordaron dar un paseo nocturno por la ribera del Manzanares, aprovechando las horas que les quedaban antes de que sus respectivos vuelos atravesasen el cielo de Europa.

—¿Cuál es tu idea de actuación? —Madero caminaba con las manos en los bolsillos y la espalda levemente encorvada—. Me temo que tendremos que improvisar.

—Confía en mí —*Strigoi*, por el contrario, parecía haber rejuvenecido repentinamente, como si el regreso a la actividad le hubiese inyectado fuerza y confianza—. Mi fuente dice que los operativos de Odessa se turnan para custodiar a Madre y la cambian continuamente de lugar. Los nazis trabajan en parejas, así que mi contacto no estará solo pero, cuando llegue su turno, nos dirá el lugar al que debemos acudir —*Strigoi* se frotó las manos para calentarlas—, y el factor sorpresa nos dará ventaja. No estarán esperándonos, porque no pueden imaginar que les hemos localizado, así que mi contacto nos abrirá la puerta, neutralizaremos al otro guardián y después nos llevaremos a Madre. Será una acción rápida y limpia.

—¿Qué opinan tus amigos de Moscú de todo esto?

—En Moscú odian a los nazis sobre todas las cosas, y han sido generosos al facilitarme información sobre este asunto. De hecho, mi fuente en Odessa es un antiguo colaborador del Servicio, al que conozco desde hace muchos años. Los rusos apoyarán todo aquello que perjudique a los nazis. Ya sabes cómo es nuestro negocio. Hoy soy tu enemigo, mañana, tu aliado. No hay rencor entre Servicios de Inteligencia. Para los rusos el tema de los nazis es especial. Los viejos

demonios de la guerra no se olvidan fácilmente. Ten en cuenta una cosa: el KGB de ayer odiaba a los nazis, y el Kremlin de hoy es hijo del KGB.

Los dos hombres de Inteligencia se despidieron con una inclinación de cabeza para dormitar unas horas antes de que sus vuelos despegasen. Madero intentaba comprender la naturaleza del apoyo que *Strigoi* estaba recibiendo por parte de Moscú, preocupado por saber cuál era el papel real del SVR en aquella operación, temiendo que el ilegal no controlase todas las variables. Las actuaciones de los Servicios rusos eran como la caja de un mago: siempre tenían un doble fondo. Por otra parte, las afirmaciones de *Strigoi* tenían lógica. Las esvásticas habían despertado la cólera de Rusia desde que Hitler traicionó el pacto con Stalin y quiso doblegar a la Unión Soviética.

Setenta y cinco años no habían sido suficientes para olvidar Stalingrado.

Durante su estancia en Afganistán, Colombia y Bolivia, Marcos había aprendido que los tiempos de la Historia son distintos en cada país. Los afganos llevaban siglos derrotando a imperios invasores militarmente superiores, utilizando las poderosísimas armas de la paciencia y el agotamiento. Sus invasores tenían relojes, pero ellos tenían el tiempo. En Colombia, la guerrilla de las FARC había pasado más de medio siglo esperando su oportunidad, oculta en selvas y montañas, como si hubiese sido imaginada por García Márquez. En Bolivia, los aymaras del Altiplano sentían muy cercana la invasión de los españoles porque su cultura se transmitía oralmente, y habían escuchado a sus padres y abuelos hablar de la llegada de los europeos. Para los españoles, quinientos años era un pasado remoto; para los aymaras, la aparición de los conquistadores era un hecho reciente.

El pasado era flexible.

Sin ir más lejos, algunos españoles seguían anclados en una Guerra Civil que no habían vivido y otros en la nostalgia de una dictadura que en realidad no recordaban. Por eso, no era extraño que la conciencia rusa siguiese considerando la invasión nazi como una afrenta personal. Para la élite de Moscú, empezando por el propio Vladimir Putin, nacido en 1952, la Gran Guerra había sido un episodio crucial y trágico en las vidas de sus padres, y no pensaban perdonar a los nazis la osadía de haber invadido la Madre Patria.

Otra afirmación de *Strigoi* se le había quedado grabada. El ilegal tenía toda la razón: el Kremlin era el hijo soñado del KGB. Probablemente, ni los más optimistas entre los veteranos de uno de los Servicios de Inteligencia más poderosos de la Historia habían

imaginado un escenario en el que uno de sus chicos controlaría Rusia tras la caída de la Unión Soviética. Vladimir Putin parecía convencido de que el destino le había elegido para restaurar la grandeza de Rusia y vengarse de la derrota de la URSS.

Hitler había surgido de la humillación sufrida por Alemania tras la Primera Guerra Mundial. Rusia, corazón de la URSS, se había sentido humillada por la forma en la que acabó la Guerra Fría. Humillar a una gran potencia siempre traía consecuencias funestas. Marx estaba equivocado: la Historia no se repetía; estaba atrapada en un bucle que se reproducía una y otra vez.

LA PERLA DEL BÁLTICO

A primera hora de la mañana, Madero embarcó en un avión de Lufthansa hacia Frankfurt, una hora después de que *Strigoi* hubiese hecho lo mismo en otro vuelo a Múnich. El punto de encuentro y destino final de ambos era Gdańsk, el lugar en el que Odessa tenía retenida a Madre.

Mientras su aeronave surcaba el cielo de Europa, Marcos, acomodado en un asiento de pasillo —una de sus manías para salir rápido si las cosas se ponían feas—, leía en su teléfono el dosier sobre Gdańsk preparado por Jota. La ciudad del ámbar, la capital del norte polaco, estaba situada en un punto estratégico de las costas del Mar Báltico, y era una de las tres patas del Trójmiasto, la "triciudad", una concentración urbana que incluía a la marinera Gdynia y a la turística Sopot. La referencia principal, por razones históricas, era Gdańsk.

En el periodo entre las dos grandes guerras mundiales, Gdańsk-Dánzig fue un enclave cosmopolita en el que convivían polacos, alemanes e integrantes de la peculiar etnia kashubi, y también la ciudad natal de figuras asociadas a Alemania, como Arthur Schopenhauer o Günter Grass, además de un puerto importante para el comercio marítimo del Báltico. En los años ochenta, Gdańsk había alcanzado una dimensión simbólica internacional gracias al sindicato de los astilleros, Solidarność (Solidaridad), liderado por un joven bigotudo llamado Lech Wałęsa. Años después, Wałęsa sería premio Nobel de la paz y presidente de Polonia, pero nada hubiese sido igual sin el apoyo del Papa Juan Pablo II.

La elección del Papa polaco en 1978 provocó una conmoción en los cimientos del socialismo mundial. En Polonia, con una población católica militante, enojada con el gobierno títere de Moscú, que criticaba la práctica religiosa, Juan Pablo II, un líder carismático y enérgico que había sido actor de teatro en su juventud, se convirtió en el mayor héroe de la Historia de su país.

En sus visitas a Polonia, el Papa congregaba multitudes enfervorizadas de compatriotas que le veían como un paladín de la libertad frente la opresión socialista, y abrió una brecha en el Telón de Acero durante el punto culminante de la Guerra Fría. Consciente de ello, Moscú convirtió a Juan Pablo II en objetivo del KGB, que trató de asesinarlo en la Plaza de San Pedro de Roma en un episodio de bandera falsa. Pero aquella estrategia, orquestada con la colaboración de los servicios secretos búlgaros, no tuvo éxito, y el Papa polaco fue

clave para erosionar la relación de Varsovia con Moscú.

A través de la ventanilla del avión, Marcos observó la mañana sobre el cielo alemán. El Vaticano era la sede de la Iglesia Católica, pero Polonia era el país de Dios. Amenazados permanentemente desde el Este y el Oeste, Moscú y Berlín, la primera frase de su himno era reveladora: “Polonia aún no ha desaparecido mientras nosotros vivamos”. Había épocas históricas en las que el país sí había desaparecido de los mapas, y los polacos se habían aferrado a dos poderosas señas de identidad para resurgir: su endiablado idioma, y el catolicismo como factor de cohesión frente a la protestante Alemania y la Rusia ortodoxa. En Polonia, la fe parecía capaz de cualquier cosa. Marcos se había criado en la misma religión que los polacos, pero distintos factores le hicieron abandonar su práctica, apartando de su mente las preguntas complicadas sobre el sentido de la vida, que le restaban tiempo y energía para desenvolverse en el mundo de la Inteligencia. Aun así, había momentos en los que volvía a sentir la necesidad de rezar a algo o a alguien, bien para pedir lo imposible o bien para dar gracias a un ser invisible cuya existencia desafiaba la lógica humana y, al mismo tiempo, era la única explicación posible a la existencia de todo.

Madero continuó leyendo en la pantalla de su teléfono el dosier elaborado por Jota, en el que el joven y concienzudo analista había subrayado los datos operativos que consideraba más útiles para el equipo. Gdańsk se encontraba a 339 kilómetros de Varsovia, 352 de la frontera alemana, 110 del enclave ruso de Kaliningrado y 367 de Lituania, lo que revelaba un sorprendente equilibrio geográfico. Examinó los planos que Jota había anexado al informe. El espía veterano adoraba los mapas. Estaban llenos de mensajes, posibilidades, lugares desconocidos y datos que podían ayudar a un analista de Inteligencia a comprender la realidad más allá de las palabras y el ruido.

Resultaba revelador que Gdańsk estuviera situada a la misma distancia de la capital polaca y de la frontera entre Polonia y Alemania (lo que daba una buena pista acerca de sus dos almas), así como de la frontera lituana. Y, en un entorno ya de por sí complicado por la tendencia histórica de los germanos de avanzar hacia el Este por las fértiles planicies de Pomerania, se encontraba aquella anomalía histórica llamada Kaliningrado.

El mundo está salpicado de enclaves que afectan a la armonía territorial y que, más tarde o más temprano, se convierten en fuentes de problemas. Lo era Gibraltar, lo había sido Hong Kong y, tarde o

temprano, lo sería Kaliningrado. Tras la Segunda Guerra Mundial, Moscú reclamó su titularidad sobre la ciudad alemana de Königsberg, cuna del filósofo Immanuel Kant, y decidió rebautizarla con el nombre de Kalinin, uno de los fundadores de la Unión Soviética. Desde el Kremlin se impulsó el envío de ciudadanos rusos a Kaliningrado y la expulsión de los alemanes que no se habían marchado por voluntad propia. Por eso, al desintegrarse el bloque soviético, aquella ciudad rodeada por Lituania y Polonia se mantuvo bajo el dominio del gran oso, convirtiéndose en una valiosa base naval desde la que Rusia se asomaba al mar Báltico.

Marcos analizó el mapa del enclave. Desde un punto de vista militar, Kaliningrado era muy vulnerable. Estaba rodeado por dos países soberanos que pertenecían a la OTAN y su única conexión con Bielorrusia —controlada por Moscú a través del gobierno de Lukashenko—, era una vía de tren. No parecía probable que, al menos a corto plazo, nadie desafiase al oso ruso en su territorio, porque las grandes potencias occidentales todavía conservaban en la memoria los fracasos de Hitler y Napoleón, y un ataque a Kaliningrado podría desencadenar una respuesta que incluyese armas nucleares. Pero la Historia es cíclica y caprichosa, y uno de los principios básicos de la geopolítica es que las ideologías pueden desplazarse, pero los territorios no.

Marcos continuó leyendo el dosier preparado por el eficiente señor Jericó. Gdańsk disponía de conexiones marítimas con distintos puertos del mar Báltico, como los de Suecia, desde donde en siglos pasados habían llegado hordas vikingas para saquear la ciudad del ámbar y ahora, irónicamente, llegaban ricos turistas suecos para comprar artesanía elaborada con ese mismo producto. La Gdańsk del siglo xxi había superado el trauma de las invasiones y era una ciudad acostumbrada a recibir visitantes en todas las épocas del año, incluso en la gélida temporada del invierno polaco. Tanto su cobertura de consultor inmobiliario como la de rico turista de *Strigoi* serían ideales para pasar inadvertidos, sobre todo si los secuestradores elegían una zona céntrica para retener a Madre.

La capital del ámbar tenía múltiples entradas y salidas, lo que facilitaba una eventual huida, y numerosos medios de transporte como trenes, autobuses, coches y barcos. El idioma mayoritario era el polaco, pero no era raro escuchar alemán por la calle. La mayoría de la gente joven hablaba inglés, y el español estaba cada vez más extendido debido a la fascinación que Europa Central siente por América Latina, considerada el no va más del exotismo. Según Jota, el polaco era un lenguaje infernal, plagado de declinaciones y saturado

de consonantes, tan rematadamente complicado que, para quienes lo aprendían desde la cuna, los demás idiomas resultaban formas primitivas de comunicación. En la ciudad había una buena infraestructura para espías: hoteles, restaurantes, cafeterías, centros comerciales y tiendas suficientes para establecer discretos puntos de vigilancia y encuentro.

La logística de la misión estaba bien asegurada. Jota había utilizado una tarjeta asociada a una cuenta operativa para alquilar por internet un apartamento céntrico en la calle Rajska, cerca de la estación de tren de Gdańsk Główny. La llave se recogía introduciendo un código en un cajetín ubicado en el portal, de modo que no tendrían que hablar con nadie.

Madero nunca había estado en Gdańsk, aunque durante su etapa como jefe de Contrainteligencia rusa había recorrido media Polonia, un país adecuado para mantener encuentros esporádicos con los colaboradores que vivían en Rusia. Las fuentes "rusas" del Centro evitaban los desplazamientos en avión, muy controlados, al igual que las fronteras "calientes" de Finlandia, Estonia o Letonia, donde los herederos del KGB analizaban exhaustivamente a cada uno de los viajeros sospechosos. Ucrania también era utilizado como país puente para llegar al territorio de la UE, pero la situación en el Donbás era demasiado inestable. La frontera más "blanda" para viajar desde Rusia hacia el Oeste era la de Bielorrusia y, una vez en este país, llegar a Polonia resultaba relativamente sencillo.

Marcos recordó el encuentro con *Mercader* en los bosques de Białowieża, muchos años atrás, en el que su viejo colaborador —niño de la guerra y primer espada del antiguo KGB— le había dado un dato que sería clave para descubrir al topo que había puesto en jaque al Centro. Tras aquella reunión, Marcos no había vuelto a saber nada de su fuente más antigua. En la vida real, más allá de las novelas, series y películas, hay historias que jamás quedan cerradas. Casi con toda seguridad, el niño de la guerra ya estaba muerto, tal vez por enfermedad o porque los rusos le hubiesen matado después de su último encuentro, o incluso por un accidente. Madero había intentado localizarle varias veces usando su arcaico sistema de contacto basado en telegramas, pero no había obtenido respuesta. Era probable que *Mercader* descansase para siempre en un tranquilo cementerio ruso, lleno de cruces ortodoxas.

Aunque en el mundo de la Inteligencia, los muertos son impredecibles.

Mientras caminaba por la zona de tránsito del aeropuerto de Frankfurt, un laberinto de pasillos interminables que conecta los lugares más inverosímiles del planeta, Marcos se sintió invadido por un agotamiento repentino. Lo lógico hubiese sido atribuirlo al jet-lag, al cansancio acumulado tras su viaje desde Chile, y también a la tensión que le había supuesto el regreso al mundo del otro lado del espejo. Pero la intuición del espía barbudo y desarraigado le susurraba que la razón era otra: no se puede jugar eternamente a la ruleta rusa con un revólver cargado.

Al terminar la operación Valaquia había tratado de no engañarse a sí mismo ni bajar la guardia. Sabía que Odessa lograría encontrarle. Les había hecho demasiado daño como para que le dejasen vivir en paz, y era solo cuestión de tiempo y paciencia que Magdalena Müller llegase hasta él. Habían pasado tres años desde el episodio de Bariloche y, aunque había cubierto bien sus huellas, Marcos sabía que en el mundo de los secretos ningún castillo es impenetrable, ninguna puerta es infranqueable, ninguna operación es perfecta. Siempre hay un cabo suelto, un detalle imposible de ocultar, un resquicio que permite a otros sabuesos de Inteligencia olfatear el rastro correcto.

Odessa había demostrado que disponía de sobradas capacidades de Inteligencia. Los nazis habían asumido la herencia del SD de Reinhard Heydrich, el monstruo entre monstruos que creó un Servicio de Inteligencia en las SS, especializado en identificar enemigos y eliminarlos. Pero Marcos sospechaba que la herencia de Heydrich se complementaba con el asesoramiento de miembros en activo de otros Servicios de Inteligencia americanos y europeos. Muchos nazis habían sido recuperados por el BND durante la Guerra Fría para hacer frente a la letal Stasi, y otros fueron reclutados por la CIA en su lucha sin cuartel contra el comunismo, de acuerdo con la *realpolitik* según la cual dos Servicios de Inteligencia hostiles se convierten en aliados cuando encuentran un enemigo común. Marcos tenía la esperanza de que los nazis no hubiesen logrado captar a nadie dentro del CNI, pero la trampa tendida a Madre había incrementado sus dudas y despertado viejas pesadillas sobre topos.

Durante sus viajes por América Latina, trabajando para la agencia Livingstone, Marcos nunca había dejado de mirar a su espalda, sabiendo que Odessa no se resignaría a dejar sin castigo el daño que él les había causado. Intuía que habían ido a por Madre solo porque no habían logrado encontrarle a él, y no podía permitir que ella sufriese

por su culpa. Se estremeció al recordar las imágenes del vídeo que mostraba a la directora después de las sesiones de tortura, y pidió un agua con gas en una cafetería del aeropuerto, aunque realmente hubiese preferido un *gin-tonic*.

Tarde o temprano, todos los prisioneros torturados terminaban diciendo todo lo que sabían, si no encontraban la forma de suicidarse antes. Marcos se preguntó si Madre recordaría el nombre completo de su ex mujer y sus hijos, aunque estaba seguro de que nunca había comentado con ella la ubicación de sus últimos domicilios. Todas las precauciones de seguridad que se toman en un Servicio de Inteligencia, que a veces pueden parecer excéntricas e histéricas, cobraban sentido en aquella situación extrema. Proteger el nombre de sus familiares y no facilitar sus detalles ni sus direcciones podía resultar antinatural cuando se convivía con compañeros de trabajo, pero era necesario. Marcos había logrado llegar hasta el domicilio de uno de sus mayores enemigos por una imprudencia de sus familiares, consiguiendo acabar con él, y estaba seguro de que los nazis no dudarían en devolverle el golpe. Odessa no era un Servicio de Inteligencia y, por lo tanto, no se guiaba por el código.

Al consultar su móvil, descubrió un nuevo mensaje. Era de *Calipso*.

Los rusos saben que has vuelto, Marcos. Y van a por ti.

Cuando van a por ti, van donde más te duele, decía Michael Corleone.

Aquella información abría un nuevo frente de batalla, pero los problemas del mañana deberían esperar. En el avión entre Frankfurt y Gdańsk trató de dormitar, angustiado ante la perspectiva de que ya hubiesen quebrado a Madre, pero los viejos fantasmas acechaban su duermevela, alborotados por el regreso de Madero al alma de Marcos. *Cuando crees que estás fuera, te empujan de nuevo hacia dentro*.

Después de dejar el Centro, Madariaga había creado un inmenso almacén en su memoria para guardar los recuerdos de Madero, encerrándolos en mazmorras ocultas, pero el regreso al CNI había destruido el sello que los protegía. Grizzly, Noe, *Fräulein* Helena, *Strigoi,* el Insomne, *Mercader*, Odessa. El pasado había despertado de forma abrupta, y debía exorcizarlo para que no le acompañase a Polonia. La operación para liberar a Madre sería complicada. La bruja pecosa había armado un equipo competente, pero con poca experiencia. Solo le tranquilizaba la presencia de *Strigoi*. Naia era

material inflamable, Jota un enigma, y a Kodiak le faltaban horas de vuelo.

Marcos sabía que el hijo de Grizzly, al que había jurado proteger, estaba demasiado implicado emocionalmente en aquella operación, y eso también le afectaba a él. No podría soportar que algo le ocurriese. Ni que Madre fuese asesinada por proteger a sus compañeros. No se trataba del Centro. Eran las personas que lo formaban.

Ése era el verdadero secreto de la hermandad.

Helena había delegado en Jota el seguimiento de los viajes de sus compañeros. A través de Kodiak, supieron que Naia había aparecido a última hora sin dar explicaciones sobre su ausencia, y que el binomio de la furgoneta había abandonado Madrid poco antes de medianoche. En el mejor de los casos, con todo a su favor, tardarían alrededor de veinticuatro horas en llegar a Gdańsk. Aquel desplazamiento era el más complicado de los tres, pero suponía la única forma rápida y segura, aunque no demasiado legal, de introducir armas en Polonia.

En lo tocante al viaje de Marcos y *Strigoi*, la Pitonisa estaba más tranquila, porque Lufthansa era una aerolínea fiable. Aquel otoño el clima estaba siendo benévolo y ya se había acabado la temporada turística, en la que los aeropuertos tenían más problemas para cumplir los horarios, bien por acumulación de huelgas o bien por saturación de vuelos. Todos eran factores a su favor y auguraban que los veteranos llegarían aquella tarde a Gdańsk sin contratiempos.

Tras confirmar que todos los miembros del equipo estaban de camino, la espía de ojos de felino se dirigió a su despacho para prepararse una infusión de tila, dejando a Jota a cargo de Delfos. Sobre su mesa de trabajo descansaba un ejemplar de *Frankenstein o el moderno Prometeo*, que no había abierto desde la desaparición de Madre. Lo ojeó distraídamente. Al igual que ocurría con otros clásicos, como *Los Tres Mosqueteros* o *Drácula,* el cine había distorsionado la novela original. Las tres trataban de temas universales con los que podía identificarse cualquier lector del mundo.

En el caso de la novela de Dumas, ese tema era la fuerza de la amistad entre los mosqueteros. El amor servía para reproducirse y perpetuar la especie, pero la amistad no tenía ninguna importancia desde el punto de vista biológico salvo en el caso de los animales acostumbrados a organizarse en manadas, como los lobos o los hombres. En *Drácula,* la novela de Bram Stoker, el tema esencial era una vieja aspiración del hombre, presente en todas las religiones: la vida eterna. Al escribir *Frankenstein,* Mary Shelley había ido un paso más allá, otorgando al hombre el poder de vencer a la muerte.

Los tres clásicos tenían mucho que ver con el mundo de los secretos. Los mosqueteros de Dumas eran el símbolo perfecto de la unión, la solidaridad, la confianza, la amistad, uno para todos y todos para uno. Drácula exploraba lo desconocido, el más allá, los límites de la inmortalidad y del amor. Y Frankenstein, la capacidad del hombre

para crear una criatura que volviese de la muerte, una realidad nueva en la que el hombre jugaba a ser Dios. Todas las novelas planteaban la misma pregunta: ¿en qué creían sus protagonistas?

De repente sintió un escalofrío en la nuca. Todo había sucedido demasiado rápido, y apenas habían tenido tiempo para diseñar los detalles del rescate de Madre. Por un instante, tuvo un sombrío presentimiento al recordar la última vez que había participado en una operación similar, desarrollada en Bolivia y supervisada por la antigua directora. En aquella ocasión, uno de sus compañeros había sido asesinado, pese a formar parte de un equipo mucho más sólido y experimentado que el que ella acababa de enviar a Gdańsk. La espía pecosa escribió en un papel en blanco los cuatro nombres de los participantes en la operación que viajaban hacia Polonia. Kodiak, Naia, Marcos, *Strigoi*. Los tres mosqueteros que, como en la novela de Dumas, en realidad eran cuatro.

Kodiak era el miembro más equilibrado del equipo, pero a Helena no se le escapaba su punto débil: carecía de ese tipo de sabiduría que solo da la experiencia sobre el terreno. El hijo de Grizzly había trabajado en Irak y Siria en la última época del Daesh, había pisado el Sahel y acababa de llevar a cabo una actuación sobresaliente en el imprevisible Pakistán, pero siempre había tenido a su lado a compañeros más veteranos para arroparle, y nunca había liderado la seguridad de un equipo. Pese a todas sus virtudes, su juventud podía jugarle una mala pasada en el momento decisivo.

Por unos instantes, la Pitonisa sintió el impulso de llamar a las Sombras para mandar más efectivos a Polonia, pero finalmente decidió no hacerlo. Sabía que aquella misión solo tendría éxito si sorprendían a Odessa, y eso únicamente ocurriría si contaba con un equipo pequeño. Un despliegue masivo aumentaba las posibilidades de que los nazis detectasen su presencia y se volatilizasen, llevándose a Madre a otro lugar en el que ya nunca podrían encontrarla. Todo era posible, incluso que los nazis tuviesen un topo en el Centro y ya conociesen la misión. Se estremeció al pensar que tal vez había enviado a sus compañeros hacia una trampa.

Mientras apuraba la tila, recordó una charla con Madre, poco después de su jubilación, durante un paseo por el Parque del Capricho, un rincón verde, exuberante y poco conocido, en el nordeste de Madrid.

—Cuando tomas distancia de las operaciones en las que has participado, empiezas a ver las cosas que hiciste mal y también los

detalles que se te pasaron por alto —caminar con lentitud ayudaba a la maestra de espías a mitigar su dolor de huesos—. Ahora tengo más tiempo para reflexionar.

—Estás pensando en una operación en concreto.

Helena había aprendido a interpretar las palabras de Madre.

—Valaquia— la directora asintió con la cabeza, mientras se apoyaba en la barandilla de un estanque y contemplaba a los patos disfrutando del agradable atardecer madrileño—. Creo que no investigamos en profundidad la posibilidad de que alguien, desde el interior del Centro, hubiese ayudado a los nazis voluntaria o involuntariamente. La información que manejaban era demasiado buena, y es posible que nos indujesen a equivocarnos al tomar algunas decisiones. Quizá no quisimos aceptar la posibilidad de que la pesadilla se repitiese. Que tuviésemos otro traidor.

La Pitonisa recordó una historia de la Antigüedad. Muchos siglos atrás, el rey Creso de Lidia pidió consejo al oráculo de Delfos cuando se disponía a combatir contra la Persia de Ciro el Grande. "Si cruzas el río Halys", respondió el oráculo, "será destruido un imperio". El rey interpretó aquella frase como un buen augurio para la guerra, sin adivinar lo que acabaría pasando: fue su propio imperio el que quedó destruido por los ejércitos persas.

Las palabras adquirían nuevos significados dependiendo del momento en el que eran recordadas. Helena no había olvidado las sospechas verbalizadas por Madre en el parque de El Capricho, y por eso había seleccionado para Andrómeda a tres personas sin ninguna relación con Valaquia. Ni Naia, ni Kodiak ni Jota podían haber transmitido información a los nazis relacionada con aquella operación porque, en la época en la que se había ejecutado, Naia no tenía el nivel de acceso necesario para conocerla, Jota acababa de ingresar en el Centro y Kodiak aún ni siquiera se había presentado a las pruebas de selección. La Pitonisa había decidido sacrificar la experiencia en aras de la seguridad, pero no estaba ciega. Las circunstancias de la desaparición de la antigua directora hacían pensar que los nazis habían conseguido una información demasiado sensible como para estar al alcance de cualquiera: la verdadera identidad de Madre.

Regresó a los nombres apuntados en el papel sobre su mesa. Una corazonada de última hora le había hecho incluir a Naia en el equipo. La joven reunía numerosas cualidades que le hacían idónea para aquella misión: tenía formación operativa, una condición física

extraordinaria y había manejado armamento durante sus desplazamientos a Oriente Medio. Pero, lo más importante, tenía el instinto de un depredador en la selva. Era una de esas personas que intuía a la presa por el movimiento de la maleza y que podía decidir una batalla al observar algo que nadie más había visto. Aquella mirada distinta había sido clave en el éxito de varias operaciones de la División de Contraterrorismo, antes de la desaparición de *Jerbo*.

Helena confiaba en que Naia hubiese superado la horrible muerte de su colaborador y supiese emplear todas sus virtudes y controlar sus defectos. Sabía que era un espíritu indomable, pero contar con sus capacidades era una razón suficiente para incluirla en el equipo. En un escenario de fuego real, la intuición de Naia podía marcar la diferencia.

El nombre que más le preocupaba de todos era, sin duda alguna, el de Marcos. Tres años atrás, Helena había recibido en el aeropuerto de Barajas a un hombre perdido entre la niebla, tan golpeado por las consecuencias de la operación Valaquia que había decidido abandonar el CNI. Pero el Centro había reclamado urgentemente sus servicios, y Madero había acudido sin vacilar. La espía pecosa creía que había regresado por su lealtad inquebrantable a Madre, pero también era consciente de que existía un vacío informativo demasiado preocupante a su alrededor. Ignoraba lo que había ocurrido dentro de su corazón y su cerebro durante aquellos tres años, y no había tenido tiempo de conversar con él para explorar el estado de su alma. No sabía si había logrado recuperar su vida personal, ni cómo había impactado en él la muerte de una de sus dos personalidades, Marcos Madero, a manos de la otra, Marcos Madariaga. Sabía demasiado poco de su última identidad. Abrumada por el peso de sus responsabilidades del día a día, había perdido la pista de su antiguo compañero. Solo le habían llegado informaciones esporádicas desde América que hablaban de él, rumores de que estaba en Medellín, en Guayaquil, en Manaos, en Acapulco. Pero, como ya solía suceder con el viejo Madero, nada de lo que se sabía sobre aquel hombre era seguro.

Se preguntó cómo había gestionado el nuevo Marcos su relación con otros Servicios de Inteligencia. Tal vez algunos habían tratado de reclutarle para aprovechar su experiencia y otros habían intentado ajustar cuentas pendientes con él. Se preguntó también cómo había afrontado su relación con sus antiguos colaboradores, en muchos casos apoyada en identidades falsas que, por doctrina, debería haber abandonado. Sin embargo, los veteranos del Centro conocían demasiado bien la profundidad del vínculo entre los oficiales de Inteligencia y sus colaboradores, y sabían que no se rompe con

facilidad. Pero, según la información que manejaba, Marcos no había contactado con ninguno de sus antiguos colaboradores ni con miembros del Centro. Todo parecía indicar que había hecho un esfuerzo colosal por separarse de su pasado.

Comenzó a inquietarse por la cantidad de información que le faltaba. Durante tres años, Marcos había sido un fantasma que solo había regresado de entre los muertos cuando ella le había invocado. Helena habría confiado ciegamente en que el Marcos Madero de antes volvería de Gdańsk con Madre, pero el tiempo fuera del Centro podía haber deteriorado su instinto para sobrevivir al otro lado del espejo. Helena desconocía qué trabajos había hecho para aquella enigmática agencia Livingstone, y si sus nuevas misiones habían modificado su sistema de valores.

Se preguntó si aún creía en el Servicio o había dejado de tener fe.

Helena paseaba inquieta por su despacho, como una fiera enjaulada, acosada por mil pensamientos distintos, cada cual más preocupante. Por suerte, la presencia de *Strigoi* en la operación de rescate sería un bálsamo para el alma de Marcos. El momento cumbre de la carrera de Madero en el Centro había sido precisamente la captación del ilegal ruso, con quien había establecido una relación especial, simbiótica, en la que ambos sabían que su supervivencia estaba condicionada a la solidez de la confianza entre ellos. Si el ilegal traicionaba a Madero, éste revelaría su verdadera identidad a su familia española, dañando irremediablemente su relación con ella. Y si Marcos traicionaba al ilegal, *Strigoi* proporcionaría al SVR todos los datos que conocía sobre Madero, más que suficientes para que los rusos llegasen hasta él y lo destruyesen. Los dos hombres sabían que la vida de uno dependía del otro, y habían forjado una alianza basada en el mutuo convencimiento de que no tenían más remedio que trabajar juntos. Eran una pareja de dobles de tenis, el deporte favorito del ilegal, y su victoria solo era posible si confiaban el uno en el otro.

Strigoi era una persona templada, un tenista con los nervios de acero, alguien a quien siempre querías tener en tu equipo. Vivir una doble vida durante décadas le había obligado a desarrollar un sentido de la disciplina que Helena jamás había visto en otra persona. El veterano jugador había combinado en su misión la elegancia de Roger Federer con la concentración de Rafa Nadal y, aunque su estado de forma podía haberse resentido ligeramente después de su jubilación, Helena no lo había percibido durante sus últimos encuentros.

La sacerdotisa de Inteligencia sonrió con picardía al recordar la pequeña mentira que le había dicho a Naia cuando la analista de la trenza le preguntó si *Strigoi* tenía un expediente personal como colaborador. Por supuesto que lo tenía pero, como todo lo relacionado con el ilegal, era distinto de los demás expedientes secretos que se elaboraban sobre cada fuente. En el caso de *Strigoi*, el expediente estaba compuesto por una colección de cuadernos que permanecía a buen recaudo en la caja fuerte de su despacho y que contenía datos que nunca habían sido informatizados.

Después de que Madero y Madre abandonaran el Servicio, Helena supo que debía compartir el secreto del ilegal con otro de sus compañeros por si a ella le ocurría algo. Aún no había decidido quién sería esa persona, aunque Jota, cerebral y analítico, era su primera opción. La jubilación de *Strigoi*, cuya identidad española ya había

sobrepasado los sesenta y cinco años —nadie sabía cuál era la edad del hombre oculto tras la identidad del ilegal—, había disminuido la urgencia de llevar a cabo ese relevo.

Una vez retirado, el ilegal ya no tenía acceso a la información del Centro, más allá de cotilleos de poca trascendencia, y Helena calculaba que Moscú sería consciente de ello, por lo que el SVR habría perdido interés en él. La sacerdotisa del Estrella no había vuelto a hablar con *Strigoi* desde la comida de su jubilación hasta que se citó con él en la Casa de Campo, pero daba por hecho que los *tovarich* le habían dejado vivir el resto de su vida en paz. Desde la óptica de Yasénevo, probablemente se lo había ganado. Helena no conocía el caso de ningún ilegal que hubiese alcanzado la jubilación, pero parecía lógico que, si llegaba a la edad para hacerlo, Moscú respetase su elección sobre la forma en la que quería vivir sus últimos años.

La Pitonisa compró un té de una de las máquinas de la rotonda de la segunda planta, nostálgicos aparatos del siglo pasado que habían sido testigos mudos de millares de conversaciones entre espías. Alguien había colocado un post-it junto a la ranura de entrada de monedas con una advertencia lacónica: “Las máquinas no cambian”. Y alguien había añadido debajo: “Mi jefe tampoco”. Sonrió.

Tal vez sería una buena idea entretener la angustia de la espera preparando el relevo de *Strigoi* a su regreso, repasando aquellos cuadernos que contenían la información acumulada durante dos décadas sobre el colaborador más secreto del Centro.

CUADERNOS

En el armario-caja fuerte de la Pitonisa también estaba guardado el expediente Tiresias, pero un temor supersticioso le impidió tocarlo, de modo que solo extrajo de él los cuadernos de *Strigoi*. Las libretas, que variaban de forma y tamaño, estaban escritas con tres tipos de letras: la de Marcos, la de Madre y la de la propia Helena, los tres oficiales de relación que había tenido el ilegal durante los años trabajados para el Centro.

La sacerdotisa de Inteligencia ya había leído aquellas notas manuscritas cuando se preparaba para asumir el relevo de Madero como oficial de relación del híbrido, todavía bajo la tutela de la antigua directora. Pero lo escrito nunca dice lo mismo a la misma persona si esta lo lee en momentos distintos porque, aunque las palabras permanecen en el papel, las personas cambian. Los mismos ojos nunca leen dos veces el mismo libro, porque el lector siempre ha cambiado cuando lo relee.

Las anotaciones de los cuadernos eran escasas e inconexas. Helena sabía que obtener información de valor sobre la faceta personal del ilegal era casi imposible si él no lo quería, porque había sido adiestrado para ocultarla. Pero *Strigoi* tenía una vulnerabilidad imposible de evitar: era un ser humano y, como tal, se relajaba de vez en cuando e incluso llegaba a tener momentos de complicidad con sus oficiales de relación. En aquellos instantes en los que bajaba la guardia había proporcionado detalles sueltos acerca de su pasado, una información que, con paciencia de monjes medievales, Marcos, Madre y Helena habían ido anotando en las libretas.

A juzgar por el contenido de aquellas páginas, Madero había sido la persona con la que *Strigoi* había alcanzado un mayor grado de confianza. En aquel caso se cumplía una de las reglas del mundo HUMINT: el colaborador nunca olvida a su primer oficial de relación, al igual que la mayoría de las personas siempre recuerdan a su primer amor. Las anotaciones de Madero, que se había esforzado para conseguir que su letra diabólica fuese medianamente legible, carecían de una estructura narrativa coherente. Marcos había transcrito *bits* de información facilitados por *Strigoi* que le habían parecido de especial valor, introduciendo observaciones y aclaraciones propias cuando lo consideraba necesario.

El espía barbudo se había centrado en descubrir a la persona que había detrás de *Strigoi*, intentando reconstruir la historia del hombre

que se escondía bajo una identidad española ficticia, aquel extranjero que, siendo muy joven, había decidido adoptar la vida de otro para entregarse por completo al servicio de la URSS y luego de Rusia. El trabajo de un espía normal traía aparejados algunos sacrificios, pero solo eran minucias insignificantes comparados con los de los ilegales. Los espías "normales" debían ocultar su presente y su pasado desde el día que ingresaron en el Servicio. Los ilegales estaban obligados a ir mucho más allá y renunciar incluso a los recuerdos de su infancia y su adolescencia, previos a su entrada en el mundo de los secretos, sustituyéndolos por otros falsos que encajasen con su nueva identidad.

Debían reemplazar su memoria por otra.

Si Helena no hubiese conocido casos reales de ilegales, habría pensado que no existían, sino que se trataba de una invención, una leyenda más en el incierto universo de los espías. Pero después de estudiar en profundidad el trabajo de los Servicios soviéticos, fervientes adoradores del dios de la Inteligencia, sabía que cualquier cosa era posible. No solo la existencia de los ilegales, sino también la veracidad de otras leyendas que corrían por el mundo del otro lado del espejo, como las que hablaban de ciudades secretas en el corazón de la URSS. Tal vez aquel tipo de leyendas explicasen por qué Marcos Madero, amante de los críptidos —seres cuya existencia no ha podido probarse—, había decidido dedicar su vida a la Inteligencia.

Helena reconoció la voz de Marcos en sus apuntes, escritos en diferentes momentos y, en ocasiones, con tinta de distinto color.

**Strigoi nació al pie de las montañas celestiales, la cor-dillera del Tian Shan, hogar del yeti y del leopardo de las nieves, en la antigua frontera de la Unión Soviética con China, en lo que hoy es Kirguistán. Casi con toda seguridad, su ciudad natal es Karakol, conocida como Przhevalsk durante la época soviética.*

**Procede de una familia étnicamente rusa, originaria de Nizhny Novgorod. Su padre fue uno de los héroes de la batalla de Stalingrado y, como recompensa, recibió una casa y tierras fértiles cerca del lago Issyk-Kul. Perteneció a una de las miles de familias de colonos rusos que se desplazaron a los rincones remotos de la URSS. Vivían en un caserón grande con contraventanas azules y verdes, frente a una iglesia de madera con cúpulas doradas.*

Helena conocía bien la historia de la URSS. Después de la Segunda Guerra Mundial, el Kremlin decidió castigar a los pueblos sospechosos de haberse rebelado contra la autoridad de Moscú, como

los tártaros y los ucranianos. Poblaciones enteras fueron acusadas de colaboracionismo con los nazis y trasladadas en masa a regiones áridas y despobladas de la estepa de Asia Central o de Siberia, y las tierras arrebatadas a estos pueblos, como la península de Crimea, fueron repobladas por rusos en un esfuerzo por "rusificar" toda la Unión Soviética.

En el caso de Kirguistán y Kazajstán, la URSS también decidió acabar con el estilo de vida de los nómadas, más difíciles de controlar, con el pretexto de que era contrario a los valores del socialismo. Los kirguises y kazajos que decidieron no someterse al nuevo orden murieron combatiendo contra él o atravesaron las montañas celestiales para buscar refugio en China. Moscú envió población rusa para reforzar aquella frontera, aunque no era necesario un despliegue militar importante en la zona, porque la cordillera del Tian Shan, que siglos atrás había protegido a China de las invasiones mongolas, era más que suficiente para contener cualquier incursión procedente de ese flanco oriental de la Unión Soviética.

La espía pecosa no pudo contener una sonrisa al leer las palabras escritas por Marcos en el cuaderno. El leopardo de las nieves. El yeti. Las grandes aficiones de Madero, los animales endémicos y la criptozoología, siempre estaban presentes en su trabajo. Incluso el alias de *Strigoi*, que él había asignado al ilegal, era una prueba de ello: los *strigoi* son una de las principales supersticiones de Europa Central, unos espectros que regresan de la muerte para vengarse por las ofensas recibidas en vida.

Continuó leyendo.

**De niño, Strigoi era el mejor nadador del lago Issyk-Kul, y uno de los Jóvenes Pioneros más fuertes y resistentes en las caminatas de alta montaña. Tenía un don para los idiomas. Hablaba ruso, dominaba a la perfección el kirguís, y había logrado comunicarse de forma fluida con los inmigrantes del pueblo dungano, musulmanes que huyeron de China para instalarse en un lugar que no fuese agresivo con el Islam. Su habilidad para los idiomas, su fortaleza física y los antecedentes de su padre hicieron que los reclutadores del KGB se fijasen en él.*

**Strigoi cree en la Unión Soviética. Desde su punto de vista, aquel mundo funcionaba bien, pese a que Occidente ha tratado de desacreditarlo durante décadas. Todos tenían trabajo, y sus necesidades básicas estaban cubiertas. No tenían lujos, pero no los necesitaban. Piensa que la URSS cayó porque se convirtió en una dictadura y porque el sistema no estaba bien diseñado. Para él, la idea original era buena.*

A Helena no le sorprendía en absoluto la opinión de *Strigoi.* En general, aquella forma de pensar coincidía con la de buena parte de la población de Rusia e incluso de los países sometidos al yugo de Moscú. “La idea era buena”. La espía pecosa había escuchado aquella frase en centenares de ocasiones, desde las orillas del Danubio hasta las costas de Kamchatka.

**Strigoi piensa que tuvo una infancia feliz. Recuerda el agua cristalina de un río llamado Arashan, que bajaba del Tian Shan por un valle de bosques de pinos, unas colinas conocidas como “los siete toros” y un lugar llamado “el valle de las flores”, donde aprendió a montar a caballo. El sabor amargo del kurut, un queso salado en forma de bolitas, hecho con leche de yegua. Una sopa fría de origen chino llamada ashlan-fu. El sabor de la tarta de queso de su madre, que había heredado la receta de una abuela ucraniana.*

Galopar cuesta abajo por las laderas de las montañas celestiales. El sentimiento de camaradería y unidad de los Jóvenes Pioneros.

A Helena siempre le había fascinado la institución de los Jóvenes Pioneros, una de las más poderosas del bloque socialista. Los niños se convertían en Pioneros antes de llegar a la adolescencia como una forma de adquirir de manera temprana los valores del socialismo, pero para ellos no era una experiencia aburrida o traumática, sino todo lo contrario. Los Jóvenes Pioneros fomentaban el deporte, las actividades al aire libre y el sentimiento de pertenencia a un ente superior: es decir, todo lo que puede hacer feliz a un niño. La Unión Soviética había tenido muchos fallos, pero también muchos aciertos, porque sus dirigentes eran buenos conocedores de la naturaleza humana. Los valores más profundos de una persona se inculcan en la infancia, y después pueden ajustarse, pero resultan casi imposibles de cambiar por completo. Por eso, más de veinticinco años después de la *Perestroika*, muchos de los nacidos en la Unión Soviética seguían manteniendo los mismos valores.

Helena terminó de leer el cuaderno de Marcos, pensativa. Madre solía decir que la URSS había estado a punto de ganar la Guerra Fría, aunque ningún historiador occidental se atrevería a decirlo. La Unión Soviética había perdido aquella guerra nunca declarada por el derrumbe estrepitoso de su economía, pero sus actividades de propaganda habían estado extraordinariamente bien diseñadas, superando a las del nazismo y a los estímulos del mundo capitalista, que basaba su atractivo en la riqueza material. La propaganda comunista estaba pensada para los jóvenes, los más humildes y los idealistas. Un mundo nuevo, un hombre nuevo, una sociedad

igualitaria, héroes que se sacrificaban por los demás, lo colectivo por encima de lo individual… La Unión Soviética había ganado durante años la guerra de la información por una razón de peso: creía fervientemente en la propaganda. Una fe que había heredado Rusia, entusiasta y aventajada practicante de las campañas de información y desinformación. Helena sabía que tampoco era casual que los Servicios soviéticos se hubiesen labrado una fama universal de eficacia: el Kremlin también había creído en la Inteligencia.

Era irónico que el bloque soviético, que aborrecía la religión, hubiese sustentado su Imperio sobre la fe.

Abrió el cuaderno de Madre sobre *Strigoi*, escrito con su letra pulcra y ordenada. La antigua directora de Inteligencia había puesto el foco en otra faceta del ilegal: su vida personal en España.

—Han intentado matarme —la voz de Naia, sentada en el asiento del copiloto de la furgoneta blanca, no transmitía ninguna emoción—. O, por lo menos, dejarme inutilizada. Llegué a ver al conductor del coche que me golpeó, y sé que lo hizo a propósito. Se fue sin detenerse cuando vio que había caído. Por suerte, entendí que venía a por mí y tuve el reflejo de tirarme de la moto antes de que se cayese al suelo. No me he roto nada.

—¿Estás segura?

—Completamente, saco de músculos. Conozco bien mi cuerpo —la joven sonrió para adoptar posteriormente un semblante serio—. Desde el día en que comencé a participar en Andrómeda, me han estado siguiendo. Imagino que sabes que hace unas semanas encontré decapitado a uno de mis colaboradores. Lo mató un yihadista.

—Joder. ¿Y entonces quién crees que te estaba siguiendo? ¿Nazis? ¿Yihadistas?

—No lo sé. O cualquier otro Servicio. En cualquier caso, está claro que alguien quiere joderme.

Kodiak guardó silencio mientras asimilaba la información.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —preguntó finalmente.

—No tengo la menor idea —Naia miraba los campos de cultivo de Francia a través de la ventanilla—. Pero sé que hay algo más de lo que vemos. La clave está en lo que no vemos. No descartaría que nos estén haciendo la cama desde el interior del Centro.

—¿Desde el mismo equipo?

—No lo creo, pero es alguien que tiene acceso a mucha información crítica. Aunque tampoco confío por completo en los dos veteranos que Helena ha incorporado a Andrómeda —Naia se resistía a dormir mientras no estaba conduciendo. Como de costumbre, había decidido saltarse las reglas—. No entiendo por qué tienen que participar en el equipo dos personas que ya no pertenecen al CNI.

Las excelentes autopistas europeas, saturadas de Mercedes y BMW, eran un regalo para un conductor experimentado que amase la velocidad, y el hijo de Grizzly zigzagueaba entre los coches con

movimientos secos y expeditivos.

—Los dos han sido miembros del Centro —la paciencia era una de las virtudes más destacadas de Kodiak—. Madero es una leyenda. Y ese antiguo miembro al que nos han presentado como “Germán” es el que nos ha dado la información clave para rescatar a Madre.

—¿Ah, sí? —la copiloto se revolvió en el asiento, llevándose la mano a un costado con gesto de dolor— ¿De verdad tenemos alguna prueba de que Madre está en Polonia, aparte de las palabras de ese misterioso señor jubilado que, como ya te habrás dado cuenta, tiene un pasado que nos están ocultando?

—También tenemos la información que nos transmitió nuestro hombre en Montevideo. Y tú, ¿acaso tienes alguna información alternativa? ¿Otro tipo de indicio que nos pueda llevar hasta ella?

Naia encajó el golpe en silencio.

—Esta situación me gusta tan poco como a ti —continuó Kodiak, que no apartaba un instante la vista de la carretera, conduciendo a una velocidad de crucero de ciento cincuenta kilómetros por hora—. Pero no podemos olvidar que esos dos veteranos han decidido participar en esta operación por voluntad propia y, sobre todo, por lealtad hacia el Centro y hacia Madre. A nivel personal, tienen poco que ganar y están arriesgando sus vidas. Podrían haberse desentendido del tema, pero están jugándose el tipo a nuestro lado. Solo por eso, debemos confiar en ellos.

—Madero era amigo de tu padre ¿no?

—Sí, eran muy amigos, y estaba presente cuando lo mataron —respondió Kodiak—. Mi padre creía en él, y yo también. En este negocio no podemos dudar constantemente unos de otros. La desconfianza entre nosotros solo conduce a la destrucción.

—Está bien, tú ganas. Písale. Intuyo que ese par de vejestorios que nos esperan en Polonia va a necesitar la ayuda de la caballería.

NOSTALGIA

Madre había sido más escueta que Marcos en sus anotaciones en los cuadernos de *Strigoi.*

Sus múltiples servidumbres como directora de Inteligencia le habían dejado poco tiempo para establecer una conexión más íntima con su colaborador, pero la espía veterana no había descuidado por completo sus deberes. Mientras Marcos se había centrado en averiguar quién era la persona real que había detrás de *Strigoi*, Madre se había enfocado en la familia del híbrido, realizando anotaciones esporádicas sobre sus miembros.

Esposa, Pilar González Aja

**Nacida en 1964 en Zaragoza.*

**Estudios de enfermería.*

**Proviene de una familia militar (no es descartable que "S" la eligiese porque facilitaba su integración en Fuerzas Armadas).*

**Se casan en Zaragoza en 1983.*

**Trabaja en el hospital militar Gómez Ulla.*

**Estuvo a punto de morir en 2005 por un cáncer de mama que no se detectó a tiempo.*

**Según "S", es extrovertida, hogareña y cariñosa; no muestra excesiva curiosidad por el trabajo de su marido, y nunca ha manifestado sospechas acerca de su verdadera identidad.*

Hijo 1, Nicolás

**Nacido en 1987 en Madrid.*

**Alto, fuerte, parecido a su padre.*

**Buen deportista, buen estudiante, apasionado por las matemáticas.*

**Juega regularmente con su padre al tenis y al ajedrez.*

**Según "S", es el favorito de su madre. Perfeccionista y competitivo.*

**Ha terminado la carrera de Telecomunicaciones en 2012.*

**Nada más salir de la universidad, fue contratado por Huawei.*

**Sabe dónde trabaja su padre, pero "S" cree que no tiene ninguna sospecha acerca de su verdadera identidad.*

Hija 2, Julia

**Nacida en 1989 en Madrid.*

**De estatura media, complexión delgada, no muestra un interés especial por las actividades físicas.*

**Muy bien dotada para los idiomas: habla español, inglés, francés y ruso a la perfección. Ha recibido clases de ruso en una academia desde que era muy pequeña.*

**Le gusta todo lo relacionado con las letras. Lee mucho y escribe cuentos.*

Parece la favorita de "S".

**Ha terminado Geografía e Historia (2014) al mismo tiempo que estudiaba Filología eslava. Se ha especializado en Rusia contemporánea.*

**Trabaja como profesora en la Universidad Autónoma.*

**Sabe que su padre pertenece al Centro, pero desconoce su identidad original.*

Otra familia

**Su padre ha fallecido. "S" siempre habla de él en pasado. Fue un héroe en la batalla de Stalingrado, algo por lo que siente mucho orgullo.*

**Su madre tal vez aún vive en algún lugar de la antigua Unión Soviética.*

**Nunca ha mencionado a hermanos ni otros familiares.*

Helena levantó la vista de la libreta, reflexionando sobre el perfil de Julia, la hija de *Strigoi*. El híbrido había sido muy hábil al orientarla hacia el universo ruso. Imaginó cuántas veces se habría sentado junto a ella, supervisando sus estudios, disimulando su propio conocimiento del idioma y la cultura de Rusia, dejándola que aprendiese por sí sola lo que él podría haberle enseñado sin esfuerzo. Había sido una forma inteligente de combatir una de las fuerzas más poderosas que existen: la nostalgia.

La nostalgia.

La sacerdotisa de Inteligencia abrió su ordenador y buscó en una base de datos un número de teléfono, marcándolo en su móvil sin detenerse a reflexionar.

—Buenos días. ¿Pilar González, por favor?

—¿Quién es?

—Hola, Pilar. Me llamo Helena y trabajo en el departamento de recursos humanos del ministerio de Defensa, en el mismo organismo en el que su marido ha estado empleado hasta hace poco.

—Entiendo. ¿En qué puedo ayudar?

—El motivo de mi llamada es el siguiente: como sabe, nuestro trabajo es un poco peculiar, así que solemos hacer un pequeño seguimiento de la situación en la que se encuentran nuestros compañeros después de su jubilación. Si están bien, si necesitan algo… ¿Le importaría que quedásemos esta tarde para tomar un café y charlar?

A veces, la propia Helena se sorprendía de su facilidad para mentir. Cruzó los dedos mientras esperaba la respuesta.

—Sí, claro. ¿Dónde nos vemos?

—¿Conoce el café Ruiz, en el barrio de Malasaña? Si le parece, podemos encontrarnos allí a las tres.

—¿Le importaría que fuese a las cinco?

—Ningún problema.

—De acuerdo. Imagino que será usted quien me reconozca.

—La reconoceré.

Tras su conversación telefónica con la mujer de *Strigoi*, Helena regresó a Delfos para almorzar con Jota. Pidió la comida a la inefable gobernanta, la mujer que mejor conocía los recovecos y la historia de la Central, y escuchó atentamente las novedades de boca de su compañero. Hasta aquel momento, el plan marchaba según lo previsto. Naia y Kodiak estaban a punto de dejar atrás Francia y todo indicaba que Madero y “Germán” llegarían a Gdańsk a la hora prevista. Sin embargo, a medida que pasaban los minutos, en el interior de Helena crecía la sensación de que en aquella operación había alguna anomalía, algún detalle que se le escapaba. Había cuestiones que todavía no habían logrado solucionar.

Jota y la Pitonisa compartieron la comida del día, acelgas rehogadas y bacalao al horno, buscando temas de conversación desvinculados de Andrómeda para oxigenar sus cerebros. Se habían conocido gracias a su amor común por la literatura, por lo que instintivamente trataron de refugiarse en él.

—¿Qué libro habéis escogido este mes para el club de lectura?

—*El edificio Yacobián*, de Alaa al-Aswani— respondió Jota.

—Muy buena elección. ¿Y tú, que estás leyendo?

—Tengo sobre la mesilla *El Cártel*, de Don Winslow. Pero aún no lo he empezado.

Siguieron comiendo sin hablar, hasta que el analista barbilampiño rompió el silencio.

—Helena —dijo—, ¿crees que lo conseguirán?

—Tenemos que creer en ellos. Si nosotros creemos en ellos, ellos creerán en sí mismos.

—¿Y si fallan?

—El fallo no es una opción.

El señor Jericó removió el bacalao con el tenedor, pensativo.

—¿Es cierto lo que cuentan de Madero?

La señora Aimar sonrió.

—Con Marcos, nunca puedes estar seguro de nada. ¿A qué te refieres?

—¿Fue él quien descubrió al topo?

—Sí, eso es cierto.

—¿Y por qué dejó el Centro?

Los ojos felinos de Helena depositaron una mirada de comprensión en su compañero, que esperaba una respuesta sencilla, como los niños que quieren saber lo que ocurre cuando muere un ser querido.

—Se culpa a sí mismo por una tragedia. Vio morir al padre de Kodiak, y no pudo hacer nada por evitarlo.

—He oído esa historia —asintió Jota—. Pero, ¿hubo algo más?

Helena dejó de masticar. La pregunta de Jota era muy pertinente. Por primera vez, se preguntó si la operación Valaquia había sido la verdadera causa por la que Marcos dejó el Centro, o si había otra motivación más profunda que le había empujado a tomar aquella decisión. De repente, al intentar adivinar las razones de Madero, se sintió muy sola. Desde que atravesó por primera vez la puerta de Argentona, su vida, al igual que la de su compañero, había sido una sucesión vertiginosa de acontecimientos, operaciones, reclutamientos, captaciones, informes, investigaciones, reuniones, juicios críticos.

El mundo del otro lado del espejo se movía a una velocidad distinta a la del real, y los éxitos se convertían en hechos históricos apenas unos minutos después de producirse, empujados por nuevos asuntos que requerían atención urgente. No había tiempo para nada, no había tiempo para nadie. Pensó en Madre. Había sido una buena amiga, una excelente maestra de espías y una excepcional directora de Inteligencia, pero un pésimo ejemplo como persona. Y, cuando había querido corregir sus propios errores aconsejando a Helena que ella no los cometiera, la espía pecosa no había querido escuchar.

Quizá Marcos hubiese encontrado una manera de escapar de aquel círculo vicioso que provocaba la adicción a la Inteligencia, o quizá simplemente hubiese dejado de creer. Se preguntó si ella podría encontrar una salida mejor para conciliar su vida y el mundo del otro lado del espejo o si estaba siguiendo, sin pensarlo, los pasos de Madre. Quizá, como muchas personas, estaba tan absorta en su día a día que su vida pasaba vertiginosamente sin que ella se diese cuenta. Por un

instante, se imaginó trabajando en un tranquilo despacho de abogados en una capital de provincia castellana o andaluza, leyendo un libro en una terraza, los sábados por la tarde, mientras se dejaba acariciar por los rayos de sol. Paseando despreocupadamente por la calle Mayor los domingos con su familia, buscando un lugar apetecible para tomar el aperitivo. Se obligó a apartar aquel pensamiento de su cabeza. No había tiempo.

—Tal vez no fuese solo la muerte de Grizzly —admitió por fin—. Tal vez Madero también tuviese otras razones para dejar el Centro.

Marcos pidió al taxista del aeropuerto que le dejase en la estación de tren de Gdańsk Główny. En el recorrido, vislumbró una ciudad con edificios de distintas épocas en la que convivían la modernidad capitalista de la Unión Europea con las construcciones austeras de los viejos tiempos del socialismo, y el viento germánico se mezclaba con la bruma soviética. Las iglesias, bastiones de la fe católica y la identidad polaca, reinaban bajo un cielo encapotado que empequeñecía el horizonte.

El espía barbudo, abrigado con una gastada parka azul marino, bajó del taxi frente a la estación, un hermoso edificio de ladrillo construido en la época en la que viajar en tren era una promesa de aventura. Cuando el vehículo se hubo perdido de vista, descendió a paso rápido por las escaleras de un pasadizo repleto de tiendas diminutas de ropa y pan, uno de esos callejones subterráneos que existen en muchas ciudades del Centro y el Este de Europa, en particular en las zonas más frías.

Jamás dejaría de fascinarle la capacidad que había tenido la ideología socialista para moldear cientos de paisajes urbanos desde las fronteras de Hungría hasta los confines más remotos de Rusia. Al salir del pasadizo, dejó a su izquierda un moderno centro comercial, signo inequívoco de los nuevos tiempos, y caminó por calles mojadas de lluvia reciente, en las que se mezclaba el añejo aroma de los herederos de Lenin con el olor salvaje de un capitalismo que conquistaba nuevos territorios y el penetrante aroma de la sopa de remolacha. Era una tarde desapacible, dominada por la humedad que nacía de un mar oculto tras casas altas y estilizadas, con tejados afilados como espadas, listos para combatir a la nieve que no tardaría en llegar.

La ciudad era hermosa y triste como una viuda joven.

Durante el tiempo de transbordo en el colosal aeropuerto de Frankfurt, Marcos había estudiado en internet todo lo que un experto inmobiliario debía saber sobre la ciudad de Gdańsk, con el fin de reforzar su cobertura de inversor por si en algún momento era necesario utilizarla. Había leído artículos sobre el alza descomunal de los precios de la vivienda desde la caída del socialismo, cuando los pisos aún se pagaban al contado, y también sobre la revalorización desorbitada de la zona céntrica, en la que las casas descomunales, antaño residencias de ricos comerciantes, se habían troceado en apartamentos para sacar más dinero de ellas o para convertirlas en

pisos turísticos. También leyó artículos sobre la irrupción de los alemanes en el mercado inmobiliario del Báltico, utilizando euros que desafiaban a la moneda polaca, el zloty. Varsovia, que siempre desconfiaba de sus vecinos —no le faltaban razones históricas—, se había negado a entregar su política monetaria al Banco Central Europeo. Finalmente, habían aparecido en Polonia osados inversores británicos, aterrorizados por los precios de Londres y seducidos por la belleza del país y de sus mujeres.

El mercado inmobiliario era otro de los ámbitos en los que se desarrollaban las nuevas guerras del siglo xxi. Como si se tratase de una venganza simbólica por viejos conflictos, el centro de la ciudad de Londres había caído en manos de magnates rusos, indios y árabes, y regiones enteras de España, como Baleares o la costa andaluza, habían sido conquistadas a golpe de compraventa por británicos, alemanes y nórdicos, que adquirían a un módico precio días de sol.

Gdańsk era polaca, pero era mucho más que Polonia. Era un lugar de encuentro entre dos mundos, Europa central y oriental, lo germánico y lo eslavo. Reflejaba el impulso de un país que había dejado atrás la época socialista y miraba a la Unión Europea para inspirarse, tratando de olvidar el terror llegado desde Alemania ochenta años atrás. Eso sí, los polacos nunca dejaban de mirar con preocupación hacia el Este, siempre atentos a un eventual regreso de los sanguinarios osos rusos.

Como todas las ciudades en el filo de dos mundos, Gdańsk tenía algo del viejo Berlín.

El apartamento de la calle Rajska, con el interior revestido de madera, estaba amueblado con gusto y bien acondicionado para mitigar la dureza del clima. *Strigoi* estaba esperándole en el interior, mirando por la ventana a la calle casi desierta. Los escasos viandantes que rompían la melancólica monotonía caminaban a paso rápido en busca de la estación de tren o regresaban a sus casas desde ella, pertrechados con gruesos gorros y bufandas para protegerse del traicionero viento helado que castigaba sin misericordia las calles.

—Los chicos aún están atravesando Alemania —dijo el ilegal a modo de bienvenida—. Se van turnando al volante y conducen todo lo rápido que pueden, pero será difícil que lleguen antes de las dos o las tres de la mañana.

—¿Tienes noticias de tu fuente?

Strigoi asintió.

—Ya ha comenzado el baile —susurró, mientras se retiraba de la ventana y ponía en marcha un hervidor de agua para prepararse un té —. La Dama Blanca ha despegado desde Buenos Aires hacia Frankfurt, desde donde tomará un vuelo hasta Gdańsk. Si no hay imprevistos, llegará mañana a mediodía. Ésa es la mala noticia.

Marcos recordó la única vez que había visto a aquella mujer a la que llamaban la Dama Blanca, Magdalena Müller. Había sido años atrás en Bariloche, la ciudad más hermosa de la Patagonia, cuando el padre de Magdalena aún era el líder de Odessa. Después de su desaparición, la organización neonazi se había vuelto más peligrosa, violenta y audaz bajo el liderazgo de aquella argentina-alemana rubia, que tenía una pierna más corta que otra y una parte del rostro paralizada. Su llegada era realmente una mala noticia. Magdalena vendría acompañada por guardaespaldas que harían inviable una discreta misión de rescate, el CNI no tendría más remedio que pedir ayuda a la Inteligencia polaca y, mientras la bruja pecosa aguantaba la bronca de los *primos* de Varsovia y conseguía hacerles entender lo que estaba ocurriendo, se perdería un tiempo precioso que los nazis utilizarían para esfumarse con Madre.

—¿Cuál es la buena noticia?

—Mi fuente está preparada para relevar a otro de los equipos de dos personas que custodian a Madre. Cuando le toque vigilarla, me enviará un mensaje con la dirección en la que se encuentra, y entonces tendremos una ventana de oportunidad para sacar a Madre de allí, traerla a nuestro apartamento y esperar hasta que lleguen nuestros compañeros con la furgoneta. Mi fuente cree que su turno empezará en las próximas horas y terminará en la madrugada. Los nazis dividen las noches en dos para que los guardianes no se relajen a las tres de la mañana. Se las saben todas.

—Pero nuestras armas vienen en la furgoneta.

—Lo sé —asintió *Strigoi*, pensativo—. Pero contamos con el efecto sorpresa y un infiltrado en el enemigo. Seremos tres contra uno.

Madero envió un mensaje de texto a Naia.

—¿Dónde estáis?

La respuesta fue instantánea.

—Acabamos de pasar Berlín.

Madero calculó la distancia. *Strigoi* tenía razón. En el mejor de los casos, sus compañeros llegarían pasada la medianoche y, para entonces, era probable que la ventana de oportunidad para rescatar a Madre se hubiese cerrado. Tendrían que hacerlo ellos dos, sin más ayuda.

—Entonces —sentenció Marcos, acomodándose en un sofá—, solo nos queda esperar el mensaje de tu fuente.

—Prepárate un té —*Strigoi* señaló el hervidor de agua—. La noche polaca es traicionera y el frío se combate desde el interior del cuerpo, no desde el exterior, como pensáis los españoles.

Madero sonrió al darse cuenta de que *Strigoi* ya no disimulaba en su presencia que no era español.

—¿Has estado aquí antes?

—Recorrí la ciudad hace muchos años, durante mi periodo de aprendizaje.

—¿Fuiste a la Escuela de Gorriones del KGB?

—No. En casos como el mío, la formación era individualizada. El Servicio no podía arriesgarse a que un compañero se pasase al enemigo y delatase a los demás ilegales.

—Entiendo —murmuró Marcos—. ¿Y qué tipo de prácticas hiciste en Gdańsk?

—Tenía que vivir aquí durante una semana sin dinero y sin hablar una palabra de polaco, y aun así pasar desapercibido. Nadie podía fijarse en mí ni darse cuenta de que era extranjero. También tuve que aprender a detectar seguimientos y a poner en práctica medidas de contravigilancia. Una época intensa.

Madero se asomó a la ventana.

—¿Volverías a hacerlo? —aquella pregunta, dirigida a *Strigoi*, llevaba años rondando la mente de Marcos, pero hasta entonces nunca se había atrevido a formulársela— ¿Volverías a sacrificar tu vida por tu patria? ¿Crees en lo que hiciste?

—Ésa es una buena pregunta, pero ahora debemos concentrarnos

en el presente. En cualquier momento llegará el mensaje con la dirección en la que tienen retenida a Madre. Y solo tendremos una oportunidad.

Jota estaba chequeando una vez más en Delfos los siguientes pasos de la operación cuando escuchó una voz familiar a su espalda.

—¿Va todo bien?

Al darse la vuelta, el joven analista se encontró con unos ojos de color husky, que escrutaban su expresión con una mirada incisiva a través de sus gafas redondas. Celia Bengasi era más alta que Jota, pero no fue eso lo que le hizo sentirse intimidado.

—Sí, todo en orden.

—De acuerdo. Venía a informaros de que *Mate3*, la subfuente de *Mate* que le dio información sobre Odessa en Montevideo ha aparecido ahorcada en su casa. Informaré al director de que el plan sigue adelante según lo previsto.

Jota reflexionó. Odessa sabía que aquel infortunado uruguayo se había ido de la lengua, y los nazis no perdonaban. Pero era altamente improbable que sospechasen que el CNI estaba a punto de rescatar a Madre. Salvo que…

Celia se despidió con un movimiento casi imperceptible de cabeza, que no llegó a alterar su peinado. Tenía el pelo cortado a cepillo, de un color indefinido entre el amarillo, el blanco y el gris. Cuando la jefa de secretaría del Insomne hubo abandonado Delfos, Jota se abalanzó sobre el teléfono y marcó el número de uno de sus amigos del curso de ingreso, que había sido destinado a la División de Recursos Humanos.

—Necesito que me hagas un favor enorme.

Pilar, la mujer de *Strigoi*, rubia, menuda y con ojos de un azul brillante, llegó al Café Ruiz a la hora convenida, y correspondió a la sonrisa de Helena con otra más amplia. La espía pecosa comprendió que se encontraba ante un ser de luz, y se la imaginó sin dificultad consolando a los enfermos en el hospital Gómez Ulla con aquella misma sonrisa.

El Café Ruiz, inspirado en sus parientes lejanos de Viena, era uno de los clásicos de Madrid. Ubicado en la esquina de la calle Ruiz con un pasaje peatonal, Galería de Robles, había sido fundado en los años de la Transición con la vocación de acoger debates ciudadanos que pretendían inspirar una España mejor, y era un buen lugar para los espías. Tenía salida a las dos calles cuando hacía buen tiempo, estaba frecuentado por una clientela variopinta que cambiaba a menudo, era difícil vislumbrar su interior desde las ventanas de la calle, y sus cuartos de baño resultaban ideales para ser usados como buzones muertos si era necesario.

Las dos mujeres se sentaron alrededor de una mesa circular de mármol blanco, que recordaba vagamente a los cafés parisinos.

—La iniciativa de supervisar la situación de los miembros retirados me ha parecido muy buena —dijo la mujer de *Strigoi*—. Llamé a mi marido para contársela, pero tenía el teléfono desconectado. Imagino que todavía estará en el avión. Porque ustedes le han pedido que haga un viaje, ¿no es así?

—Espero que no le haya molestado, Pilar. En nuestro negocio a veces quedan detalles por cerrar en algunas operaciones, y por eso le pedimos ese último favor.

—No, no, todo lo contrario —el camarero trajo un té de menta y dos botellas de agua—. Estas misiones le vienen muy bien. ¿Puedo tutearte, Helena?

—Por supuesto, faltaría más.

—¿Sabes una cosa? —Pilar se reclinó en el respaldo de su silla y miró a las mesas de alrededor, ocupadas por cincuentones que años atrás habían jugado a bohemios y ahora aparentaban ser intelectuales —. Te agradezco la llamada y la oportunidad de hablar. La verdad, estaba preocupada por él.

—¿Por algún motivo en concreto?

—Imagino que su reacción debe de ser la normal en una persona que se jubila de un trabajo tan intenso como el vuestro —los dedos de la esposa de *Strigoi* tableteaban con parsimonia sobre la mesa, como si tocase una sinfonía triste en un piano de mármol—. Cuando pasó la euforia de las primeras semanas de la jubilación, empecé a notar que mi marido estaba algo perdido. Obviamente aproveché la ocasión —sonrió— y le obligué a responsabilizarse de todo tipo de tareas, domésticas y no domésticas, porque yo sigo trabajando. También salimos a pasear durante horas, como si estuviésemos entrenando para subir al Everest, y le animé a que jugase al tenis varias veces por semana. Me dio la sensación de que tenía demasiado tiempo que rellenar, como si le sobrasen las horas.

El tableteo sobre la mesa se detuvo.

—Pero pronto me di cuenta de que aquello no estaba funcionando.

Helena trató de disimular su sorpresa mientras asentía y tomaba notas, ajustándose al papel de psicóloga eficiente que había adoptado como cobertura. Su percepción de *Strigoi* durante sus reuniones había sido muy distinta de la que estaba escuchando de boca de su esposa. Tanto en la Casa de Campo como en Delfos le había encontrado fuerte, sólido, concentrado. Pensó que la diferencia de puntos de vista podía considerarse normal, porque todos en el Centro saben que dentro de los espías conviven al menos dos personas: la que vive una vida corriente y la que atraviesa la barrera para entrar en el mundo del otro lado del espejo.

—¿Cómo se encontraba?

—Empezó a actuar de una forma poco común en él. Le costaba concentrarse en las cosas simples. No escuchaba lo que le decíamos, y se le veía melancólico, triste, apagado. No descansaba cuando dormía, porque por las noches hablaba en sueños. Yo no entendía muy bien lo que decía, pero sí podía apreciar que estaba intranquilo. Nunca había hablado en sueños antes de jubilarse. Y, además de hablar, también cantaba.

Helena dejó de tomar notas, inquieta, preguntándose si había hecho bien en aceptar la petición de *Strigoi* para incorporarse a la operación. Con todo, lo que contaba Pilar tampoco era demasiado extraño. La propia Madre le había confesado cuánto le costaba dormir

desde que se había jubilado, y la sensación de vacío que experimentaba al levantarse algunas mañanas. La espía pecosa intuía que solo era cuestión de dar tiempo al tiempo, rellenar la agenda, buscar nuevas metas, nuevos proyectos. En el caso de los miembros del CNI, la jubilación era peculiar, porque en realidad se trataba de una muerte parcial de una de las dos personas que llevaban conviviendo años en el mismo cuerpo, como si los miembros del Centro se transformasen en siameses y con el tiempo tuviesen que experimentar la muerte de uno de los dos.

Cuando ella se jubilase, la señora Aimar moriría y sería enterrada sin ceremonias en el cementerio secreto de las dobles identidades, y el resto de su vida *solo* sería Helena Auzmendi. Pero aquello no tenía por qué ser malo. Recordó a Ignacio Aguirre, el viejo galápago que había alcanzado la felicidad como Ignacio Álvarez en su caserón del Valle del Pas y que sería un modelo a tener en cuenta cuando a ella le llegara el turno de retirarse. La jubilación de los espías era un tema delicado, pero el caso de *Strigoi* era mucho más complejo que el de los demás. Su falsa identidad como miembro del Centro se había jubilado pero, ¿qué había ocurrido con su identidad verdadera, la original? Era comprensible que el híbrido se encontrase en estado de shock y atravesase un proceso de recuperación y reflexión sobre su vida sumido en una confusión considerable. En realidad, lo extraño sería que no fuese así.

—Por suerte, todo cambió desde que empezó a viajar —continuó Pilar, sacando a la Pitonisa de sus reflexiones.

—¿Por su cuenta?

Helena anotó mentalmente que los viajes también serían una buena terapia para su jubilación.

—Me refiero a los viajes que el Centro le pidió que hiciese.

—Quieres decir el viaje.

—No —Pilar negó enfáticamente con la cabeza—. Hizo tres viajes después de jubilarse.

—Sí, claro. Disculpa.

Tratando de disimular su desconcierto, Helena escribió el número tres y lo rodeó con un círculo. De repente, su instinto le proporcionó una explicación rápida en la que todas las piezas encajaban: los viajes, la melancolía, la abstracción.

Pilar no quería aceptar que su marido tenía una amante. Aunque también existía otra posibilidad.

De repente, su teléfono comenzó a vibrar. Número oculto. Alguien estaba llamando desde la Central.

En Polonia, a casi tres mil kilómetros del Café Ruiz, la pantalla del teléfono de *Strigoi* se iluminó por la llegada de un mensaje.

—¿Es la dirección?

—Calle Długa 37/39. Curioso. Es la calle principal del viejo Gdańsk.

Observaron la ubicación en una aplicación de mapas.

—Es un piso céntrico, junto a la torre del Ayuntamiento y la estatua de Neptuno. Está a diez minutos a pie. Hemos tenido suerte.

—¿Hay margen para esperar a Kodiak y Naia?

Strigoi negó con la cabeza.

—Tendremos una ventana de oportunidad de un par de horas —sentenció—. Como te dije, es probable que a mitad de la noche hagan el cambio de turno de vigilancia. Hay dos personas custodiando a Madre, y mi fuente se colocará junto a la puerta para facilitarnos la entrada. Dentro del piso seremos tres contra uno y, si somos rápidos, neutralizaremos al otro guardián y nos llevaremos a Madre.

—¿Qué hará tu fuente después?

—Desaparecerá. Pasarán horas hasta que llegue el relevo de los guardianes y, para entonces, si todo va bien, nuestros muchachos ya habrán llegado —el híbrido miró el reloj—, nos meteremos en la furgoneta y emprenderemos el camino de vuelta con Madre. No podemos arriesgarnos a esperar para subirla a un avión en el aeropuerto de Gdańsk. No conocemos las capacidades de Odessa en esta zona y, cuando descubran que nos la hemos llevado, utilizarán todos sus recursos para recuperarla.

—De acuerdo —Marcos suspiró, mientras enviaba un mensaje con su móvil, antes de silenciarlo—. No voy a llamar a Helena para que no discuta nuestra decisión. ¿Vamos?

—Aquí tienes un pasamontañas para entrar en la vivienda. Si el otro guardián nos ve la cara, tendremos que matarlo.

La frialdad en la sentencia de *Strigoi* aún retumbaba en los oídos de Madero cuando ambos salieron a la calle oscura y desangelada, que

les recibió con un bofetón frío de aire húmedo. En muchas ocasiones, la niebla es la peor enemiga de los espías, porque crea confusión, distorsiona los sentidos y oculta a los adversarios.

Pero aquella tarde, en la ciudad del ámbar, la niebla sería su aliada.

—Acabo de recibir un mensaje de Marcos —anunció Kodiak desde el asiento del copiloto, mientras atravesaban el corazón de Alemania —. Es una dirección de Gdańsk.

—Han localizado a Madre —concluyó Naia, golpeando el volante —. Espero que no se les ocurra ir a por ella sin nosotros. Están desarmados.

—Me temo que eso es exactamente lo que piensan hacer. Si no, no nos habría mandado este mensaje y esperarían a que llegásemos para informarnos. Tendrán sus razones.

Naia torció el gesto.

—Me temo que no llegaremos a tiempo para ayudar, por mucho que pise el acelerador.

—Los dos saben bien lo que hacen.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal?

—No estoy seguro de que sea el momento.

—Es importante, David.

Kodiak suspiró.

—Adelante.

—¿Has sentido alguna vez miedo desde que estás en el Centro?

—Muchas veces —respondió Kodiak, sin dudar—. Siempre tengo miedo cuando estamos en una misión y no conocemos el terreno, porque sé que la situación puede descontrolarse en cuestión de segundos. Nunca olvidaré lo que le pasó a mi padre. Pero el miedo no es malo, Naia. Agudiza los sentidos y potencia el instinto de autoprotección. ¿Por qué me lo preguntas?

La analista de la trenza lanzó una mirada fugaz a su copiloto.

—¿Has sentido alguna vez la tentación de dar un paso atrás, abandonar el Centro y volver a tu vida de antes?

—No, eso no.

—Me alegra saberlo —dijo, con una voz más suave de lo habitual —. Necesito esa fe del guerrero, porque estoy aterrorizada.

—¿Me disculpas un momento, Pilar?

La Pitonisa salió del Café Ruiz para hablar con calma.

—¿Helena? —la voz de Jota sonaba distinta. Algo malo había sucedido.

—¿Qué ocurre?

—Dos cosas. Una, la subfuente de *Mate* que le habló de Odessa en Montevideo ha sido asesinada. Alguien avisó a los nazis de que se había ido de la lengua. La segunda cuestión puede estar relacionada: el nombre verdadero de Celia Bengasi es Celia González Heinemann.

—¿Y?

—Hans Heinemann fue uno de los 104 nazis reclamados a la España de Franco por el mando aliado después de la Segunda Guerra Mundial. Organizó una red de espionaje nazi internacional desde España. Creo que Celia puede ser familia suya.

Helena se detuvo en mitad de la calle, lívida. Los ojos de un azul husky, su estatura, su piel rosácea. Un acceso privilegiado a la misma información que recibía el Insomne. Celia podía ser perfectamente el topo de Odessa en el Centro.

—Gracias, Jota —le cortó—. Tengo que hacer una llamada.

La Pitonisa marcó el teléfono del Insomne.

—Héctor, ¿confías en mí?

—Por supuesto —la voz del Insomne dejaba traslucir su perplejidad al otro lado de la línea.

—Llama a Celia y oblígale a que esté a tu lado durante todo el desarrollo de la operación en Gdańsk. Quédate con su teléfono y no te separes de ella. No la dejes ir ni siquiera al baño.

—¿Piensas que…?

—Tengo una duda razonable. Pero te lo explicaré cuando nos veamos.

—De acuerdo. No la perderé de vista.

Después de colgar al Insomne, la espía pecosa revisó sus mensajes, encontrando entre ellos una dirección de Gdańsk que le había enviado Madero. Habían localizado a Madre. Todavía quedaban unas horas para que Naia y Kodiak llegasen a Polonia y se encontrasen con ellos. Todo se estaba precipitando, y de las decisiones que tomase en los siguientes minutos dependería el éxito de la misión. Llamó a Madero para advertirle de que los nazis podían estar esperándoles, pero su compañero no respondió. Si Celia Bengasi era en realidad el enlace de Odessa, los nazis ya estarían advertidos de la operación. Decidió que volvería a llamar a Marcos, pero mientras tanto debía ocuparse del otro cabo suelto que le inquietaba. Envió un mensaje a Jota y después marcó su número.

—Mira el nombre que te he enviado —dijo la Pitonisa, mientras pasaba frente al misterioso Café Asenjo, preguntándose cómo sería vivir en aquel lugar oculto en el mismo corazón de Madrid—. Necesito que hables con nuestra gente del aeropuerto para que averigüen los viajes que ha hecho esa persona en el último año. Es posible que haya más de dos vuelos. Diles que es muy urgente, y que haces la petición por encargo del director de Inteligencia. Cuando lo sepas, no me llames; por favor, envíame la respuesta en un mensaje.

—De acuerdo, Helena —respondió el señor Jericó—. Cuenta con ello.

La Pitonisa cortó la llamada, satisfecha. El Centro había hecho un buen fichaje. Jota era rápido, discreto y resolutivo, tres cualidades esenciales para sobrevivir en el mundo del otro lado del espejo. Tras asegurarse de que se encontraba fuera del alcance visual de la esposa de *Strigoi*, caminó hasta la esquina entre Galería de Robles y la calle Monteleón antes de hacer otra llamada, rezando al dios de los espías para que su interlocutora respondiese al teléfono.

—¡Hola, Helena! —la voz marcaba demasiado las “l”, revelando un suave acento eslavo—. Vaya sorpresa. Me temo que no serán buenas noticias.

—*Priviet*, Olga.

La Pitonisa no pudo contener una breve sonrisa al comprobar, una vez más, el pesimismo trágico e inevitable del alma rusa.

—Tranquila, Olga, todos estamos bien —continuó la espía pecosa —. Espero que tú y los tuyos también.

—Sobrevivimos, que no es poco para los tiempos que corren.

Muchos rusos parecían personajes de las novelas de Dostoievski. Más de quince años atrás, en la época de la caza del topo, Olga había huido de Moscú, llegando a España a través de Helsinki, gracias a la intervención de Madero. Marcos no se había limitado a salvarle la vida: además le había ayudado a conseguir un trabajo de analista en un *think tank* especializado en el mundo post-soviético.

—Quiero pedirte un pequeño favor.

—Lo que necesites, Helena.

—Quiero que pienses en la canción que más te recuerde a tu infancia en Rusia. Una canción que te hiciese feliz.

—La canción de los Jóvenes Pioneros —Olga no dudó un instante —. *Pust' vsigdá búdet sólnce.* Significa “ojalá que siempre haya sol”. Luego dice “ojalá siempre haya cielo, ojalá siempre esté mi mamá, ojalá siempre esté yo”.

La Pitonisa reflexionó durante unos instantes. Los Jóvenes Pioneros.

—¿Sabrías cantármela?

—Claro. ¿Ahora?

—No. Te llamaré otra vez dentro de unos minutos.

—De acuerdo —la rusa se resignó—. Los de vuestra profesión estáis mal de la cabeza. Seguro que Marcos te ha contagiado su locura. ¿Cómo está?

—Te envía un abrazo muy fuerte.

—Devuélveselo, por favor. Quedo pendiente del teléfono.

Una tarta de chocolate y otra de zanahoria habían aparecido sobre la mesa frente a Pilar.

—Pensé que tendrías hambre —la esposa de *Strigoi* tenía una sonrisa golosa y traviesa—. Hablar abre el apetito.

La Pitonisa pensó que compartir el día a día con Pilar debía de ser muy agradable. Si su marido estaba sopesando abandonarla por otra, cometía un gran error.

—Muchas gracias. ¿Dónde nos habíamos quedado? —la espía pecosa hizo un poco de teatro para quitar importancia a su interés por los movimientos de *Strigoi*— Ah, sí, los viajes. Por favor, disculpa la interrupción.

—Como te decía —Pilar se llevó a la boca una porción de tarta de zanahoria, cerrando los ojos para saborearla mejor—, mi marido estaba deprimido hasta que le encargasteis el primero de los viajes. Me sorprendió verle tan excitado la noche antes de irse, porque nunca se pone nervioso. El viaje fue breve, y solo durmió una noche fuera de casa. No le pregunté dónde había ido, y él tampoco me lo dijo. Hacía lo mismo cuando aún estaba en activo.

Pilar se quedó absorta con la cuchara en la mano, como si de repente hubiese recordado algo.

—¿Tienes pareja, Helena?

—No, nada fijo.

—Entiendo —Pilar buscó los ojos felinos de la espía pecosa, tratando de encontrar en ellos un atisbo de complicidad—. En el Centro no es fácil formar una familia, ¿no?

—Es cuestión de encontrar a la persona adecuada.

—Durante años he asumido que no podía contar con mi marido siempre que lo necesitase, y que no sabría dónde encontrarlo si no aparecía —reflexionó Pilar—. Tuve que quedarme sola muchas veces cuidando de nuestros hijos. Sabía que si sonaba el maldito teléfono desaparecería sin darme explicaciones, porque el deber le llamaba. Mi matrimonio siempre ha estado al servicio del Centro. Joder, las parejas de los espías no recibimos formación para gestionar vuestro maldito trabajo. Aguanté por los niños. Aguanté. Aguanté. Aguanté —de repente, su voz sonaba irritada—. Pero pensé que al jubilarme se acabaría todo y tendría por fin una vida de pareja normal.

Los ojos de la esposa de *Strigoi* se habían ido endureciendo con cada palabra.

—Pero no hay límites, ¿verdad? No tenéis respeto. Nunca es suficiente. Él se había retirado y seguíais llamándole a deshoras, escribiéndole, proponiéndole esos malditos viajes. Sí, le vinieron bien porque dejó de ser un fantasma triste y volvió a sentirse importante. Pero ¿y yo? ¿Qué pasa con mi matrimonio, con mi familia, con mi vida?

Helena trataba de procesar la avalancha de información inesperada que estaba recibiendo. Pensó que la esposa de *Strigoi* no quería ver la realidad: las llamadas que recibía su marido no procedían del CNI, sino de una amante. O tal vez del SVR. Mintió una vez más.

—Lo siento. Trasladaré a mis superiores la importancia de tener más consideración con los antiguos miembros. Aunque debo decirte, por mi experiencia, que ellos solo colaboran cuando quieren. Por lo general, si quienes se jubilan deciden romper por completo el vínculo con la institución, no vuelven a ser llamados. En cualquier caso, quiero pedirte disculpas en nombre del Centro.

—Estoy segura de que no tienes una responsabilidad directa sobre lo que ha ocurrido —las palabras y el tono conciliador de Helena habían rebajado la agresividad de la mujer de *Strigoi*—. Pareces una buena persona. Lo siento, pero necesitaba desahogarme. Ahora mismo, mientras hablamos, no sé dónde está mi marido. ¿Sabes lo difícil que es vivir sin saber lo que hace la persona que quieres?

—Tienes razón. Es una vida complicada para nuestra gente, y tal vez no somos plenamente conscientes de ello. Ahora te voy a rogar que me perdones, porque tengo que regresar a la oficina. Se me ha hecho tarde.

—Aún eres joven —Pilar tomó la mano de Helena sobre la mesa, adoptando una actitud maternal—. Piensa en lo que te he dicho. En lo dura que es la soledad. Cuando tengas una familia, si es que lo consigues, acuérdate de ellos. Dedica unos minutos menos a salvar el mundo y utilízalos para salvar tu familia.

La espía pecosa pidió la cuenta.

—Perdóname —repentinamente, la mujer de *Strigoi* parecía arrepentida de su desahogo—. No soy una vieja cascarrabias. Prométeme que nos tomaremos otra tarta, más adelante, en otro momento.

—Por supuesto.

—Es increíble.

—¿Qué es increíble?

—Vuestra habilidad para mentir.

—Pilar —la Pitonisa miró fijamente a los ojos de su interlocutora —, antes de irme te voy a pedir una cosa extraña. Es importante.

—Viniendo de vosotros, pocas cosas me parecen extrañas.

—Voy a llamar a una amiga. Pondré el teléfono en manos libres, y le voy a pedir que cante una canción. Quiero que me digas si es la misma que tu marido cantaba en sueños.

Pilar miró a Helena, desconcertada, y la bruja pecosa aprovechó aquel instante para apretar el botón de rellamada. Olga respondió al primer tono.

—Hola, Olga. Por favor, ¿puedes cantar la canción de los Jóvenes Pioneros?

La rusa comenzó a cantar con una voz dulce.

Pusť vsigdá búdet sólnce

Pusť vsigdá búdet néba

Pusť vsigdá búdet máma

Pusť vsigdá búdu já

Las pupilas de Pilar se abrieron de forma desmesurada.

—Sí, es esa canción. Pero ¿cómo es posible que lo sepáis? ¿Habéis puesto micrófonos en nuestro dormitorio?

Helena colgó el teléfono después de un rápido *spasiva* dirigido a Olga, se levantó sin responder y se despidió con un abrazo fugaz de una Pilar petrificada. Después abandonó el Café sin mirar atrás. Necesitaba desesperadamente descartar que su peor temor fuese real.

Subiendo por la calle Ruiz a paso rápido, dobló a la derecha por Manuela Malasaña y, al llegar a la altura de la Glorieta de Bilbao, se detuvo para recuperar en el teléfono el vídeo de Madre enviado por sus secuestradores. Reparó en la forma en la que la maestra de espías había guiñado los ojos. No, aquello no podía ser una coincidencia. Solo cinco minutos le separaban de la casa de la antigua directora, pero, después de cruzar un semáforo, se detuvo, incapaz de seguir adelante, con una fuerte opresión en el pecho. Pensó que iba a sufrir un ataque al corazón. Las piernas le fallaban, y sintió que se desvanecía. No, no podía ser.

No podía aceptar que aquello hubiese ocurrido.

La noche báltica había caído como una piedra sobre la ciudad de ámbar.

Madero y *Strigoi* caminaban por las calles casi desiertas, acomodándose al ritmo de los escasos transeúntes que anhelaban llegar a sus casas para entrar en calor y cenar *bigos* o, con algo más de suerte, alguna variedad de *pierogis* acompañados por una cerveza Żywiec, concluyendo (si tenían muchísima suerte) con un chupito de Goldwasser, el licor de oro de Gdańsk. Los dos espías interpretaban un papel que ya habían desempeñado en multitud de ocasiones: el de hombres invisibles. Su único objetivo era no ser recordados, pasar inadvertidos, transitar sin hacer ruido por la zona gris del olvido rápido.

Marcos caminaba con la cabeza baja, observando de reojo su entorno en busca de elementos discordantes, anomalías y, sobre todo, centinelas de Odessa, porque no descartaba la posibilidad de que los nazis hubiesen colocado un discreto anillo exterior de vigilancia. Habían tenido mucha suerte al localizar a Madre y disponer de una oportunidad para llegar hasta ella, pero Madero desconfiaba de la diosa Fortuna, esquiva y caprichosa en sus favores.

En todas las operaciones de Inteligencia, incluso en las que están mejor planeadas, siempre hay algo que sale mal. Por eso, cuando se diseñan, se preparan alternativas para reaccionar en caso de que ocurran incidentes inesperados. Pero en Gdańsk, aquella noche, si algo se torcía, no había caballería que pudiese venir al rescate.

No tenían plan B.

El núcleo de la ciudad de ámbar era hermoso y mágico. Los edificios nobles se alineaban armónicamente en calles grandes, entre las que se ocultaban canales acuáticos que llevaban el mar Báltico hasta el corazón de Gdańsk, transformándola en una Venecia nórdica y helada. Las calles principales se comunicaban a través de pasadizos estrechos, misteriosos y disimulados, que parecían diseñados por maquiavélicos maestros de espías. Muchas viviendas habían sido reconvertidas en pisos de alquiler turístico, con una baja ocupación en aquella época del año y, por eso, en las fachadas de los edificios se alternaban las luces y las sombras, creando la ilusión de que eran tableros verticales de ajedrez. Sobre los tejados de las casas asomaban las torres de las iglesias, guardianas de la fe católica, compañera

inseparable de Polonia.

Marcos notó que *Strigoi* parecía más tenso que en otras operaciones, en las que siempre había destacado por su frialdad. Era evidente que la jubilación le había afectado. Solo una semana antes, mientras trabajaba al otro lado del Atlántico, Madero jamás habría pensado que volvería a verle, y menos aún a trabajar a su lado. Pero allí estaban, juntos de nuevo, a punto de llegar a la dirección marcada por el informador. Era estimulante volver a formar un equipo, porque el trabajo del profesional de Inteligencia es solitario y árido en demasiadas ocasiones.

Ambos le debían mucho a Madre, y Marcos estaba seguro de que ésa era la causa que había empujado al ilegal a regresar a la vida activa sin esperar contraprestaciones de ningún tipo. Las motivaciones eran importantes, y a *Strigoi* le había movido un sentimiento tan desinteresado, noble y humano como la amistad o el amor: la lealtad. Madero creía saber cuál era la causa de la preocupación de su compañero, aunque no quisiese verbalizarla: los dos eran conscientes de que aquella acción que se disponían a ejecutar podía terminar siendo una catástrofe. No tenían planos del edificio en el que se encontraba prisionera Madre, no sabían cómo entrar en el portal y tampoco contaban con un mínimo dispositivo de contravigilancia o de protección. Solo tenían dos ventajas mínimas: su experiencia y el factor sorpresa.

La improvisación es una de las mayores pesadillas de los espías.

Marcos trató de concentrarse y no pensar en todo lo que podía salir mal, enfocando su atención en las personas con las que se cruzaban. Una joven de piel pálida, ojos grandes y rostro de muñeca. Dos mujeres mayores de tez ajada y cortada por el frío, con cabellos de plata cubiertos por gorros de lana. Un viejo de pelo ralo y nevado bajo un gorro de aviador, caminando con la mirada fija en el suelo empedrado. Tres hombres altos, rubios y delgados, de rostro serio y algo cargados de espaldas. Los ojos de los habitantes de Gdańsk tenían colores que abarcaban todas las tonalidades del azul.

El nivel de riesgo de la operación se incrementó en el momento en que Marcos y *Strigoi* doblaron una esquina para llegar al portal del edificio de la calle Długa, situado en la parte trasera de la entrada por la zona noble, que daba a la avenida principal. La delincuencia en Polonia no representaba un peligro lo suficientemente grave como para que las puertas de los portales tuviesen rígidas medidas de seguridad, de modo que mientras Madero se colocaba en una esquina

de la calle para controlar a los viandantes, el ilegal extrajo de su bolsillo una tarjeta de crédito, la introdujo en la ranura de la puerta y utilizó el método del resbalón, tanteando hasta encontrar el tope del mecanismo de apertura. Los dos espías entraron en el edificio y subieron por las escaleras hasta el segundo piso, caminando de puntillas por los escalones de mármol hasta detenerse frente a un viejo portón. Solo entonces se cubrieron la cabeza con los pasamontañas que habían traído con ellos, y *Strigoi* extrajo el móvil de su bolsillo para enviar un mensaje. Madero recordó una vieja frase de Madre: a menudo, las decisiones más importantes se toman detrás de las puertas cerradas.

Instantes después, partiendo del interior de la vivienda, escucharon un ruido de pasos que se aproximaban a la entrada.

Helena logró recuperarse a duras penas del desvanecimiento momentáneo que acababa de sufrir, y siguió caminando por la calle Luchana. Aún tenía la respiración entrecortada, pero no podía permitir que su cuerpo fallase. No en aquel momento. A medida que avanzaba, esquivando a los madrileños que huían apresurados de sus trabajos, los fragmentos dispersos de información acumulada en los últimos días iban ordenándose en su cerebro, configurando una hipótesis que aún se negaba a aceptar. Sintió una nueva opresión en el pecho a la altura de una de las bocas de metro de Bilbao, y se apoyó en la barandilla, mientras un ataque de tos nerviosa la inmovilizaba. Apenas le quedaba un minuto para llegar al portal de la casa de Madre, pero sentía que le faltaba el oxígeno y se veía incapaz de seguir caminando. Aun así, su cerebro trabajaba a toda velocidad.

La nostalgia.

La nostalgia es la fuerza más poderosa. Nuestra memoria filtra los buenos recuerdos, obstaculizando la mayor parte de los malos, para protegernos de la locura. Tendemos a idealizar lo bueno y olvidar lo malo para seguir viviendo porque, si nuestra memoria no nos ayudase a deshacernos del dolor y del sufrimiento, nos volveríamos locos. La nostalgia nos hace creer que el pasado fue mejor, añorarlo, recordar solo lo bueno y querer regresar a él, aunque sepamos que es imposible. Eso les ocurría a quienes habían llevado una vida normal. Pero ¿qué les sucedía a quienes habían sacrificado la identidad con la que habían crecido y los recuerdos de su infancia para convertirse en otra persona?

La canción de los Jóvenes Pioneros. Aquella canción.

Con un último esfuerzo, Helena se repuso una vez más y se detuvo en la entrada de la casa de Madre, apoyándose en los barrotes de hierro forjado de la puerta del portal, temblando, invadida por un ataque de angustia que no había sentido ni siquiera durante sus momentos más duros en el Centro. Situándose de espaldas, miró a su alrededor, esperando no encontrar lo que no quería ver.

Pero lo vio.

Una marca de tiza en forma de “S”, pintada en el borde de piedra de la jardinera situada frente al portal. Ése era el mensaje que no habían encontrado. El que marcaba la cita en la que la maestra de espías había sido traicionada y secuestrada. Era la misma letra que

había transmitido el parpadeo de los ojos de Madre en código morse en el vídeo de su secuestro. Punto-punto-punto: S.

Strigoi se había roto.

Helena miró su móvil. Había un mensaje de Jota. Antes de abrirlo, ya intuía su contenido.

La persona que me indicaste hizo tres viajes en el último año. El último ha sido hoy a Gdańsk. El primero fue a Atenas. El segundo, vía Estambul, a Biskek.

Biskek, la puerta de entrada y capital de Kirguistán, el país en el que habitaba la nostalgia de *Strigoi*, los recuerdos del niño soviético que había sido antes de adoptar su nueva identidad. La canción de su infancia en los Jóvenes Pioneros, *ojalá siempre haya sol, ojalá siempre haya cielo, ojalá siempre esté mi mamá, ojalá siempre esté yo.*

Entonces, Helena entendió con nitidez, como si experimentase una revelación divina, que Madre no era el verdadero objetivo de aquella operación. La maestra de espías solo había sido un cebo. Tratando de contener un ataque de pánico, marcó de nuevo el teléfono de Madero, que no respondió a su llamada, y después el de Naia, que descolgó antes de que terminase de sonar el primer tono.

—Dime.

La espía pecosa acumuló aire en sus pulmones antes de verbalizar la frase.

—Van a matar a Marcos.

Madero sintió un fuerte golpe en la nuca en el instante en que se abría la puerta.

Cayó al suelo como un peso muerto y, todavía aturdido por la violencia del impacto, percibió que le levantaban en vilo, tomándole de las axilas, y le arrebataban el pasamontañas, sentándole en una silla en el centro de una amplia habitación. Empezó a recuperar la consciencia con lentitud.

—Hola, Marcos. Nunca nos habíamos conocido en persona, pero estoy seguro de que sabes quién soy.

El hombre de tez pálida y pelo entrecano, sentado en un sillón de cuero, apuntaba al español con una pistola Makarov con silenciador. En el meñique de su mano derecha tenía un anillo con sello de oro.

—Aleksander Aleinikov— musitó Madero.

El oficial del SVR sonrió mostrando unos dientes pequeños y afilados bajo su bigote rubio. Todavía conmocionado por el golpe, Madero miró a *Strigoi*, sentado en un sillón junto al de Aleinikov. El compañero que acababa de traicionarle se había convertido en una persona distinta. Marcos ya había sido testigo de aquella metamorfosis cuando la verdadera identidad del ilegal fue revelada. Y en Gdańsk, muchos años después, el alma del híbrido había vuelto a mutar. El eslavo había regresado a la superficie, despojándose de la máscara serena que había adoptado durante décadas para interpretar a un veterano del CNI. El ilegal, el más hábil de los actores, había vuelto a bajarse del escenario, y su mirada era fría y feroz.

Los dos hombres del SVR estaban situados frente al espía español como un tribunal compuesto por jueces y al mismo tiempo verdugos, preparados para juzgar y ejecutar la sentencia al mismo tiempo.

Marcos intuyó que eso era exactamente lo que iba a ocurrir.

—Todo el secuestro de Madre fue una maniobra de desinformación, *dezinformatsiya* —Madero trató de reconstruir lo sucedido verbalizándolo, ignorando deliberadamente a Aleinikov y dirigiéndose a *Strigoi*—. Una patraña de principio a fin. Todo el tiempo fuiste tú. Ni Odessa estuvo involucrada, ni hubo ninguna Dama Blanca. Conocías bien la historia de la operación Valaquia y la utilizaste para engañarnos, porque sabías que no desconfiaríamos de ti, que estaríamos desesperados por encontrar a Madre y que nos aferraríamos a cualquier indicio que nos llevase hasta ella. Fuisteis muy hábiles al intoxicar informativamente a la fuente de nuestra oficina en Montevideo y también al reclutar a dos tipos de rasgos arios para que atacaran a Jota. Y, para redondear la leyenda nazi, elegisteis Gdańsk como destino. Nos engañasteis. Desde el punto de vista profesional, tengo que daros la enhorabuena. Habéis fabricado desinformación en estado puro.

Strigoi no movió un músculo al escuchar las palabras de Madero.

—Llevo años esperando este momento —Aleinikov, con expresión satisfecha, apuntaba al pecho de Marcos con la Makarov—. Aún tengo alguna pregunta que hacerte antes de que esto termine. Pero no te preocupes, seré breve.

Marcos, todavía perplejo y descolocado, seguía intentando recomponerse, y analizó su entorno en busca de ideas para contrarrestar su desventaja. La estancia en la que se encontraban era amplia y espaciosa, con una antigua chimenea de azulejos blancos. El mobiliario se reducía a su silla, los dos sillones donde se sentaban sus interrogadores y verdugos, y una mesa con una pila de libros en polaco en la que se apoyaba un retrato de la virgen negra de Częstochowa. Junto al cuadro, como un extraño centinela, había una botella de Żubrówka, el vodka de los bisontes, con dos vasos que parecían preparados para brindar por la sentencia del juicio.

La noche de Gdańsk entraba a través de un gran ventanal que daba a la calle Długa, y la luz tenue de una lámpara de araña iluminaba el salón. Se preguntó que contendría el maletín negro colocado junto al sillón donde estaba sentado Aleinikov. Madero no se engañaba sobre lo que iba a suceder: la escenografía estaba preparada para una ejecución.

Marcos cerró los ojos para recordar los hechos ocurridos quince

años atrás, que habían terminado conduciéndole hasta aquella habitación en la que iba a morir.

Reconstruyó mentalmente el proceso angustioso y extenuante que le había llevado a descubrir la infiltración en el Centro de un espía ilegal al servicio del Kremlin: *Strigoi*, el miembro del CNI que en realidad trabajaba para Moscú, dirigido por la sección Z del SVR, y en concreto por Aleksander Aleinikov. Los años pasaron en segundos por su memoria. Rememoró cómo había situado al ilegal ante la disyuntiva de trabajar para el Centro o revelar su verdadera identidad a su familia española. Y recordó también su empeño por compartir con otros Servicios de Inteligencia los datos sobre Aleinikov para que el ruso no volviese a pisar la Unión Europea.

Finalmente, rememoró el trabajo de más de una década en la operación Tiresias junto a Madre y tres personas más, iniciado después de descubrir la existencia del ilegal. No tardaría en saber si Aleinikov conocía la operación más secreta de la historia del Centro, y si Madre había resistido a la tortura.

Todo se había desmoronado.

En el mundo de los espías, las cicatrices nunca se cerraban por completo. Todas las acciones tenían consecuencias, y Aleinikov había esperado mucho tiempo para vengarse de la humillación sufrida a manos del CNI. Porque uno de los pocos patrimonios que tiene un espía es su reputación al otro lado del espejo.

—Mi primera pregunta —el oficial del SVR tomó la palabra, hablando con acento caribeño y tono conciliador— ¿Pensabas que no te encontraríamos? ¿De verdad creíste que lo dejaríamos pasar?

—No —admitió Marcos, mientras una parte de su cerebro trataba de encontrar una argucia que le permitiese salir con vida de aquel juicio sumarísimo—. Siempre supe que vendríais a por mí, y que solo era cuestión de tiempo que me localizaseis. De hecho, habéis tardado mucho.

El español sopesó gritar para pedir auxilio o escapar corriendo de la habitación, pero descartó de inmediato ambas opciones, sabiendo que Aleinikov le dispararía si realizaba cualquier movimiento brusco. Decidió participar en el diálogo para que el oficial del SVR continuase hablando. Los rusos amaban el drama y, mientras estuviese interesado en la conversación, Aleinikov no le mataría. Cada segundo adicional de vida sería una pequeña victoria.

—Era una cuestión de principios —continuó el hombre de tez pálida, ignorando la provocación latente en las palabras de Madero—. No podíamos permitir que lo que hiciste quedase sin castigo. Pero quiero que entiendas que esto no es un asunto personal, Marcos. Es un asunto profesional.

El español miró sorprendido al ruso. Acababa de mentir. No era necesario decir aquello, y menos delante del ilegal. Se preguntó por qué había mentido, y de repente vislumbró un resquicio de esperanza. Tal vez el oficial del SVR estuviese engañando a *Strigoi*, haciéndole creer que la orden de matar a Madero venía de Moscú, ocultándole que en realidad se trataba de un asunto personal. Aquello podía cambiarlo todo.

—Tu chantaje a nuestro amigo aquí presente fue poco honorable —continuó Aleinikov, señalando a *Strigoi* que, en su versión más eslava, escuchaba la conversación impertérrito, como una estatua de la extinta Unión Soviética—. Amenazar con humillarle frente a su familia estuvo muy feo, Marcos.

—No fue así. Le di una opción.

—Mientes —parecía evidente que el ruso, en su cabeza, ya tenía una idea preconcebida acerca de cómo se desarrollaría aquella escena, como si estuviese recreando una siniestra versión del ballet de *El lago de los cisnes*—. Los códigos no funcionan así. Lo sabes bien.

—¿Vosotros habláis de códigos? —Marcos abrió los brazos, provocando un leve sobresalto en Aleinikov, que le apuntó a la cabeza— ¿Vosotros, que matasteis a uno de los vuestros con polonio en Reino Unido y envenenasteis con Novichok a dos compatriotas poniendo en riesgo a cientos de civiles inocentes?

Aleinikov esbozó una sonrisa zorruna, comprendiendo que Madero intentaba desestabilizarle.

—Es curioso que eso te indigne, cuando tú mismo envenenaste con talio a un adversario en lugar de matarlo cara a cara —replicó—. Sabes tan bien como yo que aquellos a los que llamas “mis colegas” no eran inocentes. Eran traidores. *Nuestros* traidores —apuntó al español con el dedo índice de su mano izquierda, que tenía una uña demasiado larga—. El topo que se entregó a nosotros era *vuestro* traidor y podíais haberle castigado como quisieseis, porque estabais en vuestro derecho de hacerlo. Pero Serguéi era un caso distinto. Era nuestro héroe. No era vuestro. Nunca lo fue.

Madero acababa de escuchar por primera vez el nombre ruso de *Strigoi*. Su nombre real, el nombre de su infancia, Serguéi. Comprendió que si Aleinikov le había dado aquel dato, ya no quedaba la más mínima duda de que pensaba matarle. Al comprender que todo estaba decidido, se sintió liberado. Ya no tenía nada que perder.

Y no hay nada más peligroso que un hombre sin esperanza.

—¿Qué tendría que haber hecho cuando descubrimos quién era en realidad Serguéi? —dijo, clavando su mirada en los ojos traslúcidos de Aleinikov— ¿Aplaudirle y darle una palmadita en la espalda? ¿Comprarle un billete a Moscú y avisaros para que le hicieseis una fiesta de bienvenida?

Strigoi asistía al diálogo en silencio, y Marcos creyó detectar en su rostro una sombra de impaciencia e incomodidad. Era evidente que el ilegal tenía una idea distinta sobre cómo se iba a desarrollar aquel encuentro.

—¡Teníais que haberlo devuelto a Rusia! —Aleinikov alzó ligeramente la voz, irritado— Le hubiésemos recibido como un héroe. También podíais haberlo encarcelado, y entonces habríamos negociado con vosotros para liberarlo.

—Estás muy equivocado, Aleksander —Marcos utilizó el nombre de pila del ruso para dejarle claro que no le tenía miedo—. Serguéi siempre tuvo las puertas abiertas para volver a su país.

—Le amenazasteis con perder a sus hijos.

—Él mismo les podía haber explicado todo. Siempre tuvo esa oportunidad. Siempre tuvo esa salida. Lo que a ti te pone nervioso es otra cosa, Aleksander. Lo que te jode es que prefiriese su vida en España antes que seguir trabajando para un país con un gobierno corrupto, para una Unión Soviética que ya no existe. No se puede creer en lo que no existe.

—¡Basta! —*Strigoi* perdió finalmente la paciencia, y su voz de locutor de radio atravesó el aire de la habitación, cortante como la hoja de una espada— He cumplido mi parte del trato —continuó, dirigiéndose en ruso a Aleinikov—. Ahora, acaba con esto y libera a la mujer.

—El trato ha cambiado, Serguéi.

Aleinikov fulminó a *Strigoi* con una mirada de hielo azulado.

—Si quieres esa dacha, tendrás que matarle tú mismo —murmuró con rapidez en ruso, intentando evitar que Madero entendiese lo que decía—. Y también a ella. Si quieres reunirte con tu madre, deberás hacer este último servicio a tu otra madre, nuestra Madre Patria. Recuerda quién eres.

Mientras continuaba apuntando a Marcos, el ruso extrajo de su maletín otra Makarov con silenciador y se la entregó a *Strigoi*. El ilegal la sostuvo entre las manos, perplejo, sin saber qué hacer con ella.

—Quítale el seguro —ordenó el oficial del SVR.

—Esto no era lo que habíamos hablado —protestó Serguéi, también en ruso—. Dijiste que tú te encargarías de Madero y que dejarías que la mujer se marchase.

—Mentí —el rostro de Aleinikov se volvió de piedra, mientras sus ojos brillaban como si alguien hubiese encendido una llama azul en su interior—. Y tú quisiste creerme porque te convenía hacerlo. Serguéi, no me olvido de que aceptaste trabajar para ellos. Nos traicionaste, y quiero estar seguro de que nunca volverás a hacerlo. Que no habrá vuelta atrás. Quiero que los mates. Después, tienes mi palabra de que todo lo malo será olvidado. Serás un héroe de Rusia.

Serguéi se reclinó hacia atrás en el sillón, empuñando la pistola, y Marcos comprendió por fin lo que había ocurrido. Madre solo había sido un cebo, y él era la presa que quería Aleinikov. *Strigoi* le había usado como moneda de cambio para conseguir un retiro dorado en la antigua Unión Soviética.

Aleinikov había diseñado una operación maestra. *Strigoi*/Serguéi ya no podía retroceder. Si se negaba a obedecer sería ejecutado por el mismo Aleinikov, que le acusaría de traicionar a Rusia, y Moscú extendería su venganza a la familia de Serguéi para aterrorizar a otros que quisieran imitarle. El SVR jamás perdonaba la traición.

Los rusos eran los mejores maestros en el arte de la venganza.

Serguéi permanecía inmóvil en el sillón, manipulando la Makarov como si no supiese qué hacer con ella y tratando de asimilar que las circunstancias habían cambiado.

—Serás ejecutado por tu propia creación, Marcos —el oficial del SVR regresó a su español de la Guerra Fría para dirigirse a Madero—, tu colaborador estrella, tu monstruo de Frankenstein. Y antes de matarte, quiero que sepas que te dispararé en la cara para que tu familia no pueda reconocerte.

Madero se sintió terriblemente cansado y confuso al escuchar las palabras de Aleinikov. En realidad, ¿qué estaban haciendo aquellos tres hombres en aquella habitación? ¿En nombre de qué ideales, de qué dios absurdo se representaba aquella tragedia?

¿En qué dios creían los espías?

—Al menos, podrías comportarte como un hombre de honor y liberar a Madre —dijo, finalmente—. Este no es un asunto entre el SVR y el CNI. Es un tema personal entre tú y yo, Aleksander, y debe quedar así.

—¿Dejar testigos? —Aleinikov esbozó algo parecido a una sonrisa— ¿Por qué? ¿Para qué? No conviene que ella sobreviva y que sepa lo que ha ocurrido aquí. Tú serás el culpable de su muerte. Serguéi —dijo, regresando al ruso—, dispárale, acaba con ella y vámonos. Se hace tarde.

Strigoi se puso de pie y dio un paso hacia Madero, apuntándole a la frente.

—Lo siento, Marcos —de repente, la entonación andaluza había desaparecido por completo de su español, sustituida por un inesperado acento ruso—. Sabes que siempre te aprecié.

—No tienes que hacerlo —Madero intentó que su mirada se encontrase con la de *Strigoi*, sabiendo que eso le haría más difícil dispararle—. No le debes nada. Esto no es un ajuste de cuentas entre Servicios, sino una venganza personal. Aleinikov acaba de cambiar el trato que hizo contigo, y es probable que también te haya mentido en todo lo demás que te prometió. Después de que yo haya muerto, te matará. Piénsalo, Serguéi, vas a asesinar en nombre de la Unión Soviética, algo que ya ni siquiera existe.

Marcos creyó percibir una leve vacilación en la mirada del ilegal, descolocado al escuchar su nombre real en boca del español, y por un momento tuvo la esperanza de haber sembrado la duda en su alma. Se preguntó qué habría en el interior de aquel hombre después de tantos años, debajo de tantas capas de mentiras. Cómo sería el alma de un ilegal, torturada por el brutal desgaste de la doble identidad, por la

doble lealtad, por la metamorfosis interminable entre Serguéi y *Strigoi*. Aleinikov también se puso de pie y dio un paso hacia el ilegal para presionarle, sin dejar de apuntar a Madero.

—Recuerda tu infancia, Joven Pionero —susurró en ruso el oficial del SVR—. Recuerda a la Madre Patria que te lo dio todo. Te comprometiste como pocos y entregaste la vida por lo que representaba. Hazle este último servicio y después podrás descansar. Recuerda lo que dijo aquel poeta alemán. La patria de un hombre es su infancia.

Madero experimentó una súbita iluminación y, lentamente, se puso de pie, buscando con mayor intensidad los ojos de *Strigoi*, la puerta de su alma.

—Lo que dice no es cierto —Marcos habló con el aplomo de un condenado a muerte—. La patria de un hombre es el lugar en el que ha amado.

Serguéi apuntó a la cara de Madero y disparó.

Marcos sintió un dolor agudo y se desplomó con el eco del disparo retumbando en sus oídos. Notó que tenía el cuello manchado de sangre, y alcanzó a pensar que la muerte no era como había imaginado.

Mientras caía alcanzó a ver, a través de una confusa bruma, cómo *Strigoi* se giraba de repente hacia Aleinikov, golpeándole con la pistola en el rostro. Sorprendido por el movimiento, el oficial del SVR perdió el equilibrio y cayó hacia atrás. Entonces, Serguéi/*Strigoi*, aprovechando su corpulencia, se abalanzó sobre él y trató de arrebatarle el arma.

En la mente de Madero, que aún no comprendía por qué no había muerto, el tiempo había adquirido una extraña velocidad. Aunque era consciente de que todo estaba ocurriendo muy rápido, le parecía contemplar la secuencia de los acontecimientos a cámara lenta y, a duras penas, consiguió elaborar su primer razonamiento: *Strigoi* había fallado el disparo a propósito.

Serguéi/*Strigoi* logró sujetar el arma de Aleinikov, tendido en el suelo, pero no pudo evitar que éste apretase el gatillo, provocando una detonación sorda. Gracias a su fuerza y a la ventaja que le había dado la sorpresa, el ilegal consiguió doblar la muñeca del oficial del SVR en el momento justo para que el segundo disparo impactase en el mentón de Aleinikov.

Ambos rodaron por el suelo mientras Marcos se incorporaba, palpándose la herida provocada por el disparo de *Strigoi*, que había impactado en la parte superior de su oreja izquierda. Contempló la escena atónito. En los ojos de Aleinikov había un terror sin nombre, como si hubiese visto que el demonio acudía a buscarle. El ruso se arrastró por la alfombra, con la cara desfigurada, apoyándose en un sillón para intentar ponerse de pie, pero las fuerzas le fallaron y se desplomó con estrépito, desmadejado como un muñeco roto.

Marcos se arrodilló junto a *Strigoi*, que respiraba con dificultad, tendido boca arriba en el suelo. Era evidente que la bala le había perforado un pulmón y le quedaban solo unos instantes de vida. En sus ojos había una inesperada serenidad.

—Madre está en la casa. Marchaos.

—Te vienes con nosotros.

—Marcos —la mano de *Strigoi*, grande y poderosa, sujetó la muñeca de Madero—. Mi familia.

—Cuidaré de ella. Y sabrán que fuiste un héroe.

Los ojos del ilegal se encontraron con los de Madero.

—Gracias. Ahora vete.

Marcos obedeció, dirigiéndose a una habitación contigua en la que Madre yacía sobre una cama, atada y sedada. Tras liberarla, la levantó en brazos con un esfuerzo supremo y, antes de abandonar la casa, lanzó una última mirada hacia atrás.

Serguéi-*Strigoi* había conseguido incorporarse con un esfuerzo titánico y, con el rostro vuelto hacia la ventana, contemplaba la noche polaca. Al otro lado del cristal, la Torre del Ayuntamiento iluminaba el corazón de la calle Długa. En sus últimos instantes de vida, el ilegal cantaba la canción de su niñez.

Pusť vsigdá búdet sólnce

Pusť vsigdá búdet néba

Pusť vsigdá búdet máma

Pusť vsigdá búdu já

Ojalá siempre haya sol

ojalá siempre haya un cielo azul

ojalá siempre esté mamá

ojalá siempre esté yo.

Marcos tuvo varios golpes de suerte.

Ningún vecino del inmueble escuchó los disparos de las pistolas —atenuados por los silenciadores— y, si lo hizo, decidió no prestarles atención. Tal vez los pisos contiguos estuviesen deshabitados, tal vez sus habitantes fuesen algo sordos o quizá prefiriesen no escuchar lo que no les convenía. Madero cerró la puerta de la casa con delicadeza y bajó las escaleras sin encontrarse con nadie, sosteniendo el cuerpo menudo de Madre entre los brazos, con la herida de su oreja goteando sangre.

El segundo golpe de suerte lo trajo la lluvia. La mezcla del agua y el frío terminaron de convencer a los polacos de que no tenía ningún sentido salir de sus casas, y Marcos, con Madre en brazos, pudo deslizarse por la ciudad del ámbar como una sombra, como si fuese Erik, el fantasma de la ópera, atravesando pasadizos desiertos entre las severas iglesias y las grandes avenidas, hasta llegar a la calle Rajska. Al entrar en el apartamento, exhausto y empapado, depositó a la maestra de espías sobre una cama y examinó su cuerpo en busca de heridas. Solo había huellas de golpes, y buscó un botiquín para aplicar curas sobre su rostro antes de dedicarse a contener la hemorragia de su oreja con un vendaje improvisado.

Al terminar de vendarse frente a un espejo, se preguntó por la lógica que había guiado la última decisión de *Strigoi*. El disparo a la oreja, un blanco muy aparatoso pero no vital, había sido una astuta maniobra de distracción del ilegal para confundir a Aleinikov. Pero lo que escapaba a su comprensión era que Serguéi/*Strigoi* no hubiese aprovechado el desconcierto del oficial del SVR para dispararle también a él. De repente, entendió. Serguéi había adivinado que Aleinikov le había entregado una pistola con una sola bala, por si el ilegal sentía la tentación de enfrentarse con él después de matar a Madero.

Probablemente, Aleinikov tenía pensado ejecutar a *Strigoi* después de que éste hubiese asesinado a Marcos. Para el oficial del SVR, Serguéi/*Strigoi* era un héroe de Rusia, pero también un traidor que había aceptado trabajar para el CNI. Madero llegó a la conclusión de que Moscú no había dado la orden de matarle. Todo había formado parte de un elaborado plan preparado por Aleinikov, una venganza por la humillación personal y profesional que había sufrido de Marcos.

Decidió llamar a la caballería.

—Naia —la mano le tembló al sujetar el teléfono—, ¿dónde estáis?

—¡Está vivo! ¡Estás vivo!

La analista de la trenza gritaba emocionada al otro lado de la línea, y Madero comprendió que, de alguna manera, el equipo Andrómeda había adivinado la traición de *Strigoi*.

—Estoy con Madre.

—¿Estás solo? ¿Qué ha pasado?

—¿Cuánto os queda para llegar?

—Ya estamos en Polonia.

—Perfecto.

Madero llamó a Madrid.

—¿Marcos?

—Sí.

—¿Estás bien? —Helena trataba de contener la emoción en su voz, mientras dos lágrimas brotaban de los ojos de color arena— Creo que sé lo qué ha pasado. ¿Madre?

—Está conmigo.

—¿*Strigoi?*

—No.

La Pitonisa guardó silencio al otro lado de la línea.

—Tranquila —continuó Marcos—. Los chicos están llegando, y nos iremos a casa cuando aparezcan. Te lo contaré todo cuando regrese.

—¿Puedes traértelo?

—¿Qué?

—El cuerpo de *Strigoi*. Necesito que lo hagas. Te juro que será el

último favor que te pida. Es importante.

Madero suspiró mientras se ajustaba el vendaje de la oreja. No quería pensar.

—No te prometo nada.

Naia y David entraron dos horas después en el apartamento de la calle Rajska. Los tres espías se fundieron en un largo abrazo, y Madre, que había recuperado la consciencia a base de agua helada y café, se unió a ellos, aturdida y emocionada. Madero explicó brevemente a sus compañeros lo que había ocurrido y, tras unos momentos de silencio en los que cada uno intentó procesar a su manera la traición de *Strigoi*, Marcos decidió que cumpliría la petición de Helena.

—Tenemos que regresar al piso de la calle Długa.

Naia y Madre observaron a Madero como si hubiese perdido la razón, pero Kodiak se dirigió a la puerta sin dudarlo.

—No perdamos el tiempo. Madre, será mejor que esperes aquí.

Madero miró al hijo de su amigo, y pensó que Grizzly no había muerto: estaba esperándole de pie, en el umbral de la entrada. Su alma noble y generosa habitaba ahora en el cuerpo de David. El viejo oso habría sentido un orgullo infinito al ver a su hijo.

No había movimiento en el edificio de la calle Długa. Era evidente que los vecinos aún no habían llamado a la policía, y Kodiak, que había recibido formación operativa en "cerrajería especial", no tuvo problemas para abrir la puerta del piso. David y Naia entraron precediendo a Madero, empuñando sus pistolas, preparados para cualquier sorpresa, pero en la vivienda solo encontraron un silencio sobrecogedor.

Aleksander Aleinikov yacía inmóvil en mitad de un charco de sangre. El color había desaparecido de su piel, convirtiéndolo en un grotesco muñeco de cera. *Strigoi* se había acercado a la ventana en sus últimos instantes de vida, como si hubiese querido morir mirando al cielo, y estaba tendido boca abajo con los brazos en cruz. Kodiak alzó el cuerpo del ilegal con su fuerza hercúlea, y descubrió que el pecho del cadáver estaba inundado por una mancha de sangre húmeda. Naia tuvo un fugaz recuerdo del cuerpo decapitado de *Jerbo*, y por un momento sintió que la invadía el pánico. La muerte se había convertido en una presencia demasiado frecuente y cercana.

—Tengo una idea —reponiéndose, la espía de la trenza cogió de un perchero la gabardina que había pertenecido a Aleinikov, y se apoderó de la botella de Żubrówka que había sobre la mesa—. David, llévate la pistola que utilizó nuestro compañero.

A Madero no se le escapó la manera en la que Naia se había referido a *Strigoi. Nuestro compañero.* La analista acababa de perdonarle. Instantes después, cuatro personas caminaban tambaleándose por la calle Długa. Un observador atento habría puntualizado que en realidad solo caminaban tres de ellas, mientras la cuarta, embutida en una gabardina, arrastraba los pies por el suelo.

Desde una ventana, una anciana polaca con gafas cuadradas de la época de Lech Wałęsa y una taza de té con una rodaja de limón en la mano, observó que dos de los caminantes, un coloso y un hombre con barba, llevaban en vilo al borracho, que apoyaba sus brazos inertes sobre los hombros de sus compañeros. Tras ellos caminaba una mujer con una botella en la mano.

—Mira, Bogusław —dijo la anciana—. Turistas que han bebido demasiado Żubrówka.

—Los jóvenes son jóvenes— respondió el aludido, tras observar sin mucho interés al grupo que atravesaba la calle desierta.

LA POLICÍA POLACA

A la mañana siguiente, la estricta y metódica policía polaca, alertada por un vecino que había observado al amanecer un rastro de sangre seca en la escalera, se encontró con una escena inusual en una vivienda de la calle Długa.

El inspector Kowalczyk, un hombre próximo al retiro que había visto demasiadas cosas como para sorprenderse con facilidad, quedó desconcertado al entrar en el salón. Su compañera, la joven inspectora Grzenkowska, que había llegado media hora antes, le hizo un breve resumen de la situación al más puro estilo polaco, sucinto y contundente.

—Tres disparos. Una sola pistola. Un cadáver sin documentación. Manchas de sangre en tres puntos distintos de la habitación, junto a los dos sillones, la silla y la ventana.

—¿Qué opinas del muerto?

La inspectora Grzenkowska contempló el cuerpo inerte de Aleinikov, enfocando su mirada en el sello de oro en su dedo meñique.

—Diría que es ruso.

—Entiendo —respondió el inspector Kowalczyk—. Entiendo. Qué trágico destino. Me pregunto qué le habrá llevado a venir a Gdańsk para suicidarse.

—Pero Marzyn… perdón, inspector. Un suicidio con tres disparos y manchas de sangre en tres lugares distintos es improbable. Creo que deberíamos tomar muestras de ADN y…

El inspector Kowalczyk interrumpió a su subordinada, observándola con una chispa burlona en sus diminutos ojos azules de dragón veterano.

—Es evidente que el suicida se movió por toda la habitación antes de morirse del todo. También es obvio que hizo tres disparos porque estaba nervioso por la decisión que había tomado, y no acertó a la primera. No hay ninguna duda: nos encontramos ante un suicidio. No es necesario seguir investigando. El caso está cerrado. Que Dios se apiade de su alma.

El vuelo procedente de Berlín que traía a Madre y a Naia hizo un aterrizaje suave en Madrid y, poco después, Helena Aimar abrazaba emocionada a su amiga y maestra en el hall de llegadas de la Terminal 1 de Barajas.

El grupo de españoles había salido de Gdańsk de madrugada, llevando el cuerpo de *Strigoi* cubierto por una manta en la parte trasera de la furgoneta. Después de una hora de viaje, Madero constató que el estado de debilidad de Madre tras el secuestro le estaba produciendo mareos, y decidió que Naia la acompañaría desde Berlín hasta Madrid en avión, mientras Kodiak y él continuaban el viaje de regreso por carretera.

Helena condujo a Madre desde Barajas hasta su casa, pidiendo a Naia que viniese con ellas. Al llegar a la calle Luchana, la maestra de espías, caminando con pasos inseguros y apoyándose en la joven de la trenza, entró en el edificio guiñando un ojo al portero, y Helena las siguió después de borrar con el pie la marca de tiza que *Strigoi* había dejado en la jardinera. Tras abrir su casa con la llave de la espía pecosa, Madre pidió por teléfono abundante comida china y preparó una cafetera italiana.

El olor a café impregnó la vivienda-biblioteca y tres tazas de porcelana aparecieron sobre la mesa del salón como por ensalmo. Madre comenzó a hablar sin dirigirse en concreto a ninguna de sus invitadas, con la mirada fija en sus libros, como si fuesen viejos amigos a los que había echado mucho de menos.

—Imagino que entendéis lo que ha pasado.

Helena asintió, tomando la iniciativa.

—*Strigoi* utilizó la señal de carga de buzón para concertar un encuentro contigo —dijo—. La marca de tiza en forma de *S*, la misma señal que utilizaba conmigo.

—Así es —confirmó Madre—. Al ver la señal, abrí la cuenta de correo que compartíamos, vi la hora y el lugar de la cita en el mensaje de la carpeta borrador, y después lo eliminé.

—Por eso no pudimos encontrar nada —concluyó Naia—. Tenías la cuenta abierta y no pulsaste ninguna tecla de tu ordenador. Solo usaste el ratón.

Helena notó que la espía veterana había utilizado el nombre de *Strigoi*, no de Serguéi. Madre nunca elegía las palabras al azar. Pese a todo lo ocurrido, seguía considerándolo un colaborador, no un traidor.

—Así que hicisteis un análisis forense de mi ordenador —continuó Madre con una sonrisa traviesa—. Acudí a la cita pensando que se trataba de un tema relacionado con Madero. Siempre supe que Moscú no se había olvidado de él, porque para los rusos vengar las ofensas es un deber moral, y le había pedido a *Strigoi* que estuviese atento a cualquier amenaza contra Marcos. Me encontré con él cerca de la Quinta de El Pardo, al atardecer. Cuando cierra el Palacio y todos se han marchado, no hay testigos, ni cámaras, ni luces y, además, aquella era una tarde desapacible. Aparqué mi coche junto al suyo, en un lado del camino.

Madre repartió el contenido de la cafetera entre las tazas, ofreciendo a sus invitadas un azucarero de plata y una caja con galletas danesas de mantequilla.

—Acordaos de esto que os voy a decir, porque os vendrá bien cuando seáis mayores. Al dejar el Centro, nos relajamos demasiado. Yo fui tonta, y *Strigoi* muy rápido. Antes de que pudiese darme cuenta de lo que pasaba, me cubrió la boca con un pañuelo de cloroformo, y lo último que pensé mientras perdía el conocimiento fue que me había dejado atrapar como una novata.

Madre mordisqueó una galleta de mantequilla antes de continuar.

—Me metió en el maletero de su coche, y me mantuvo sedada y esposada durante horas, hasta llegar a una granja francesa. El maletero estaba preparado para que yo pudiese respirar sin problemas, pero mis recuerdos del viaje son confusos. Estuve todo el tiempo esposada mientras esperábamos en la granja, pero tuvimos la oportunidad de conversar.

Naia depositó la taza sobre la mesa y estuvo a punto de hacer una pregunta, pero decidió no interrumpir la narración.

—*Strigoi* me explicó por qué me había secuestrado —Madre bajó la voz, como si le doliese hablar—. Yo diría que se sentía algo culpable por haberlo hecho. Después de jubilarse y dejar el Centro, soñaba cada día con su niñez y con regresar a la ciudad de su infancia para compartir sus últimos años con su madre. Decidió solicitar autorización a Moscú para desvincularse por completo del SVR, que seguía presionándole para conseguir información incluso después de

su jubilación en el Centro. *Strigoi* sabía que, aunque los ilegales sean considerados héroes en Rusia, deben pedir permiso para dejar su trabajo, ante el riesgo de ser considerados traidores a la patria. Él pensó que, una vez finalizada su carrera en el CNI, sería lógico que Serguéi, la persona "real", pudiese romper sus lazos con el SVR. No sabía lo avariciosos que pueden llegar a ser los Servicios cuando se trata de conseguir información. Contactó con Aleksander Aleinikov, el responsable de tomar esa decisión, y decidieron citarse en Atenas, un lugar turístico y bien comunicado, donde su encuentro no despertaría ninguna sospecha.

Madre se reclinó hacia atrás en el sofá y cerró los ojos para concentrarse mejor en la narración.

—*Strigoi* y Aleinikov se vieron en un piso franco del SVR, en una calle al pie de la Acrópolis. La reunión fue tensa y, cuando *Strigoi* solicitó formalmente su retiro, la respuesta de Aleinikov no fue la que esperaba.

La maestra de espías hizo una pausa.

—Aleinikov acusó a *Strigoi* de haberse vendido al CNI. Le dijo que únicamente seguía vivo porque no había conseguido pruebas de su traición, y le gritó que, si las tuviese, él mismo le habría matado. Le acusó de llevar años suministrando a Moscú información vaga y de poco valor sobre España y el Centro, y le explicó que se había percatado de que siempre solicitaba demasiados detalles al recibir una misión. Aleinikov estaba convencido de que *Strigoi* se había cambiado de bando, pero sin pruebas para demostrarlo no podía hacer nada. Para Moscú los ilegales son un ejemplo de patriotismo extremo, y eso les hace casi intocables.

Madre se detuvo para recuperar el aliento. Era evidente lo mucho que había sufrido durante el secuestro.

—Entonces, Aleinikov ofreció un trato a *Strigoi* —continuó—. Podría retirarse y recuperar su antigua identidad, y además recibiría una importante suma de dinero y una dacha en Karakol, en Kirguistán, donde Serguéi había nacido cuando aún pertenecía a la Unión Soviética. Su madre todavía seguía viviendo allí. El precio de aquel retiro dorado sería un último servicio al SVR: entregarles a Madero.

Helena intervino para dar un respiro a Madre, que esta aprovechó para beber un sorbo de café.

—Y *Strigoi* viajó a Kirguistán para que Aleinikov le llevase a ver la

dacha prometida —añadió la Pitonisa—. Un mordisco de nostalgia para romperlo por completo. Pero hay algo que no nos estás diciendo —Helena sostuvo la mirada de la antigua directora—. Tú ya estabas preocupada por *Strigoi*. Por eso tenías el libro de *Sovietistán* en la mesilla de noche, con el marcapáginas en el capítulo de Kirguistán.

Madre dejó escapar una sonrisa zorruna.

—Bien visto —asintió—. Siempre me pregunté qué le sucedería a nuestro ilegal después de jubilarse. Pero volvamos al viaje que hizo *Strigoi* a Kirguistán, que tuvo un detalle de especial crueldad: Aleinikov le mostró la dacha, pero no le permitió acercarse a su madre. El ruso era un manipulador extraordinario. Convenció a *Strigoi* de que terminarían cazando a Madero en cualquier caso, de modo que en realidad ya estaba muerto y no había nada que pudiese hacer por evitarlo. Serguéi le preguntó qué ocurriría con su familia española si él se marchaba a Kirguistán, y Aleinikov le respondió que eso era algo que tendría que solucionar por su cuenta, explicándole que, según la experiencia del SVR, las familias atravesaban unos meses de confusión ante la nueva realidad, pero finalmente acababan aceptándola.

Madre se detuvo para tomar aliento.

—Cuando Aleinikov llegó a la granja, me preparé para aguantar la tortura. Sabía que debía retener la información el tiempo suficiente para que os dieseis cuenta de lo que me había ocurrido y pudieseis protegeros y poner a salvo al mayor número posible de operaciones y colaboradores. No temía al dolor, pero me imaginaba que los rusos no recurrirían a tormentos físicos, al menos no como la herramienta principal para doblegarme. Pensé que utilizarían alguna variante del suero de la verdad, como el pentotal sódico, y comprendí que si utilizaban productos químicos, mis posibilidades de resistir serían mínimas —Madre entrecerró los ojos para saborear mejor el café—. Entonces preparé mi cerebro para inundarles con basura. Les daría información verídica pero de poca utilidad, con mucho trabajo de contraste y casi ningún resultado efectivo. Supuse que los rusos querrían los nombres de nuestros colaboradores y las identidades reales de los miembros del Centro. Así que mientras Aleinikov me llevaba a Polonia en el maletero de otro coche, me dediqué a enterrar los recuerdos más importantes, a extraer del pasado nombres de antiguos colaboradores que ya habían desaparecido, de compañeros muertos, y a inundar mi memoria reciente de información inútil.

Helena escuchaba admirada a la maestra de espías, preguntándose si ella habría sido capaz de mantener la misma

serenidad ante la inminencia de la tortura.

—¿Te acordaste de Bill Buckley?

—Por supuesto. La verdad es que estaba aterrorizada —respondió Madre—. Antes de llevarme al casco antiguo de Gdańsk, Aleinikov me tuvo aislada en una casa de campo bien preparada para mantener a un secuestrado durante el tiempo que fuese necesario. Le pregunté si los torturadores iban a tardar mucho en llegar o si iba ser él mismo el que lo hiciese, y me dijo que nadie iba a torturarme, porque no le importaba la información que tenía. Entonces entendí que yo solo era un cebo para cazar a Marcos, porque no habían sido capaces de dar con él para atraerle a un lugar cercano a Rusia. Aleinikov únicamente me golpeó unas cuantas veces antes de enviaros el vídeo. Quería poneros nerviosos y confundiros, porque sabía que eso os dejaría en manos de *Strigoi*, facilitando que ejerciese mejor su papel de salvador y que pudiese manipularos con más facilidad. Aleinikov no se dio cuenta de que utilicé mis párpados para enviaros una “S” utilizando el código Morse. Punto-Punto-Punto.

—Lo comprendimos demasiado tarde —respondió Helena—. Y es cierto que nos agarramos a *Strigoi* como si fuese un salvavidas. Son unos maestros de la desinformación. Pero ¿por qué Gdańsk?

—Sencillo. El plan de Aleinikov era matarnos a Marcos, a *Strigoi* y a mí. Cuando todos estuviésemos muertos, solo tardaría una hora en llegar a la frontera con Rusia.

—Joder, Kaliningrado— murmuró Naia.

Helena se golpeó la frente con la mano, enojada consigo misma. Obvio. Kaliningrado. Un enclave de Rusia en las orillas del Báltico, donde Aleinikov podía desaparecer sin problemas. Se preguntó cómo había podido estar tan ciega y no cuestionar con mayor intensidad la pista de Odessa que les había dado *Strigoi*, pese a las repetidas advertencias de Naia. Debería haber confiado en ella y, por mucho que le costase, tendría que pedirle perdón por no haberlo hecho. De repente, Madre hizo una mueca de dolor y se llevó la mano a la espalda. Haciendo un esfuerzo para recomponerse, la veterana inspiró con fuerza mientras tragaba saliva. Helena se preguntó cuánto había en aquel sufrimiento de daño físico y cuánto de daño mental. Teniendo en cuenta la enfermedad de Madre, los huesos de cristal, tendría que llevarla al hospital para pasar una revisión a fondo.

—Aleinikov no hizo ninguna pregunta relacionada con el Servicio

y, de hecho, llegamos a charlar tranquilamente después de que me golpease. Creo que había perdido la fe en el SVR, y que solo le interesaba su venganza particular. Ahí me di cuenta de que pensaba matarme de todos modos. Me dijo que no podía permitir que ninguna ofensa quedase sin castigo. Si alguien humillaba a Rusia, la pregunta correcta no era si Rusia se iba a vengar, sino cuándo lo haría. Entendí que su carrera en el SVR había sido gravemente dañada por Madero, y que lo suyo con Marcos no tenía nada que ver con el honor de los Servicios de Inteligencia. Era su venganza personal.

Horas después de su conversación con Madre, después de dejar la moto en un taller, Naia golpeaba con energía el saco de boxeo en su casa de la calle Noblejas mientras reconstruía el intento de atropello que había sufrido antes de marcharse a Polonia. A la luz de la traición de *Strigoi*, todo parecía evidente.

Ella había sido la integrante de Andrómeda que había cuestionado con mayor firmeza la información aportada por el ilegal. Se había convertido en la persona que podía complicar los planes de Aleinikov, la molestia que era conveniente neutralizar. Era fácil entender lo que había pasado. Tal vez algunos de los supuestos seguimientos que le parecía haber detectado fueran parte de su paranoia derivada de la muerte de *Jerbo*, pero no tenía ninguna duda de que su atropello había sido ejecutado por el SVR para sacarla del juego y evitar que su intuición descubriese la trampa que el ilegal y Aleinikov habían tendido al Centro. Era evidente que habían contado con la colaboración de la oficina del SVR en Madrid.

Después de una sesión intensiva de ejercicio, se duchó escuchando *The Nights* de Avicii y se preparó un tomate cortado con aceite y sal. Chequeó su móvil antes de irse a dormir y encontró en él un mensaje del Insomne, que la citaba en su despacho a las siete de la mañana del día siguiente.

A las siete en punto, la puerta del despacho del director de Inteligencia estaba abierta. El Centro no se detenía nunca, aunque los pasillos aún conservaban el frío de la noche.

—Pasa, Naia —la voz del Insomne hizo un eco extraño en el pasillo desierto—. Siéntate. ¿Quieres un café?

—Muchas gracias.

El director de Inteligencia manipuló su cafetera de cápsulas y abrió una pequeña nevera disimulada junto a su mesa.

—¿Leche? ¿Normal, desnatada, sin lactosa, de avena?

La analista de la trenza comprendió que, en el lenguaje del Insomne, aquella oferta era el equivalente a una rama de olivo. Al ver que el director sacaba de un armario dos bollitos de chocolate, su sorpresa fue mayúscula. Había acudido esperando recibir una reprimenda de época, y se encontraba con una muestra de amabilidad

que amenazaba con desarmarla. Se puso en guardia. En el Centro, la amabilidad podía ser tan peligrosa como la hostilidad.

—Naia —el Insomne comenzó a hablar en tono solemne, al tiempo que intentaba componer un gesto que recordaba vagamente a una sonrisa—, reconozco que no estuvimos afortunados al minusvalorar tus dudas. Nos dejamos llevar por la esperanza, y tú mantuviste la cabeza fría y fuiste capaz de cuestionarnos.

—Muchas gracias, director, pero no hace falta…

—Me quejé de ti ante Helena por tu comportamiento en Andrómeda, y ella te defendió. Y también fui yo quien pidió que te apartasen del caso de *Mantícora*. Pero he cambiado de opinión. Acabo de firmar tu nombramiento como líder de un nuevo equipo que se encargará de atrapar a los *Foreign Fighters* que regresen de Siria e Irak, actuando en coordinación con otros Servicios aliados. Obviamente, tu objetivo prioritario será *Mantícora*. ¿Estás de acuerdo, te ves con fuerzas o rompo el papel?

—Por supuesto, director, es un honor inmenso. Pero me gustaría pedir que…

—Jericó y Kodiak también estarán en ese equipo. Y yo lo supervisaré directamente.

Súbitamente, la analista de la trenza sintió que pertenecía a aquel lugar. Que quería trabajar salvando vidas. Que la religión de los espías valía la pena.

En un gesto impensable, el director se inclinó hacia Naia, mirándole a los ojos por encima de la mesa. Las pupilas del Insomne parecían no tener color ni fondo, como si estuviesen hechas de agua.

—Vamos a cazarlos a todos —susurró.

LA CAJA DE MIMBRE

Helena Aimar reflexionaba sobre los acontecimientos ocurridos en los últimos días, contemplando pensativa la caja de mimbre con su colección de viejas cartas manuscritas de amigos y amantes. No se engañaba. No le recriminarían lo ocurrido porque Madre estaba viva, pero no existía nadie tan exigente con la Pitonisa como ella misma. La operación de rescate había sido un fracaso absoluto, sin excusas ni paliativos, y solo la inesperada actuación de *Strigoi* había evitado que se convirtiese en una de las mayores tragedias de la historia del Centro.

Se sentía estúpida por haberse convertido en víctima de la *dezinformatsiya* rusa. La desesperación por encontrar a Madre le había hecho creerse las patrañas de *Strigoi* sobre los nazis. No había querido escuchar la opinión de los miembros de su equipo, que le habían alertado de lo extraña que resultaba la aparición repentina de aquel mirlo blanco. Se había dejado llevar por las emociones, por la fe, por el deseo de que todo saliese bien. Le había faltado imaginación. No había querido contemplar la posibilidad de que su antiguo colaborador pudiese estar engañándoles, ni había sido capaz de intuir que la traición de *Strigoi* a Moscú podía ser reversible y tener camino de vuelta. Había cometido un error de analista novata: solo había prestado atención a los indicios que respaldaban la hipótesis que quería creer, desechando las señales que la desmentían. Y, además, había puesto una sombra de sospecha sobre Celia Bengasi por su presunta vinculación con el mundo nazi, un extremo que discretas investigaciones ordenadas por el Insomne no habían tardado en descartar.

Se había creído demasiado lista. Había olvidado el consejo recibido de Jerónimo, su primer jefe: “la humildad será tu mejor aliada”. Había fallado. La gestión del equipo Andrómeda había sido un tremendo error. Tomó una decisión. Daría un paso al lado. Se iría cuando todo hubiese acabado por completo, cuando la operación Tiresias fuese ejecutada.

—Voy a dimitir —dijo, en voz alta, como si estuviese ensayando su conversación con el Insomne y la secretaria de Estado directora—. Nadie es imprescindible. Seguiré en el Servicio, pero debo dar un paso al lado.

Se sintió aliviada al pronunciar aquellas palabras. Tal vez aquel error fuese la señal que estaba esperando para comenzar a Vivir con

mayúsculas, trabajando en otro puesto más tranquilo que le permitiese pensar en su futuro, y relegar a un papel secundario a Helena Aimar, la Pitonisa, la sacerdotisa de Inteligencia, para dar más oportunidades a la persona que había sido antes de ingresar en el Servicio: Helena Auzmendi.

Se sentó en el escritorio para redactar su carta de dimisión, otra carta manuscrita como las que dormían en la caja de mimbre. Entonces, sonó el teléfono.

Era la llamada que estaba esperando.

MARQUÉS DE URQUIJO

La furgoneta blanca bordeó el Parque del Oeste poco después de medianoche tras atravesar un Madrid desierto y helado.

—Tengo órdenes de dejarte aquí, Marcos. Me esperan en el Anatómico Forense para ocuparnos del cuerpo de nuestro compañero —sentenció Kodiak, deteniéndose en el Paseo de Rosales.

Extenuado por el largo viaje y el dolor que aún sentía en la cabeza, Madero se bajó de la furgoneta sin protestar, confuso y desorientado por las palabras de Kodiak. Un instante después, volvió a montarse en el vehículo y abrazó con fuerza al hijo de Grizzly.

—Tu padre estaría muy orgulloso de ti.

Kodiak miró hacia otro lado mientras Marcos descendía, intentando que su compañero no viese sus lágrimas. El espía veterano se quedó contemplando a la furgoneta que se marchaba y no vio venir a la figura que se abalanzaba sobre él desde la oscuridad.

Helena abrazó a Madero con tanta fuerza que estuvo a punto de tirarle al suelo. Mientras encajaba el primer golpe, como si fuese un sueño, Marcos sintió una repentina humedad en el rostro de su compañera.

—¿Rottenmeier, estás llorando?— sonrió, echando la cabeza hacia atrás para observar a Helena.

—Creí que habías muerto— la voz de la espía pecosa temblaba.

Ninguno de los dos hizo ademán de soltarse de aquel inesperado abrazo y, sorprendidos, se miraron durante unos instantes, con las caras situadas a escasos centímetros. Un dedo de Marcos rozó la lágrima solitaria que resbalaba por la mejilla de Helena, y la espía pecosa atrapó la mano de su compañero. Sin saber bien lo que hacían, acercaron sus labios hasta unirlos en un beso fugaz y, asustados, se retiraron al mismo tiempo, dando un paso atrás, como si hubiesen cometido un sacrilegio.

Tras unos instantes de duda, la sacerdotisa volvió a unir sus labios a los de Marcos, asumiendo que, al menos aquella noche, quebrantaría las normas del dios de los espías. Mientras las dos bocas se fundían en un beso húmedo y prolongado, Helena acarició la nuca de su compañero, que le correspondió atrayéndola hacia él con energía, haciendo que los dos cuerpos se tocasen plenamente por primera vez. Madero sintió los pechos de la sacerdotisa sobre los latidos veloces de su corazón, y ella experimentó a la altura de sus caderas la calidez y la dureza del cuerpo de su nuevo amante.

Helena tomó a Marcos de la mano y ambos caminaron por Marqués de Urquijo en dirección a la calle Princesa. Cada cinco pasos se detenían para volver a besarse y a palpar sus cuerpos sobre la ropa, excitados, formando nubes de vaho a su alrededor con cada exhalación. Abandonando el pudor, sus labios hambrientos de emociones exploraban sus rostros, y sus manos se deslizaban tanteando el cuerpo del otro, preparando el terreno para la batalla final.

Entraron en el portal de Marqués de Urquijo 25 enredados en una trampa de manos, piernas, caderas y labios, y Helena tiró de su compañero escaleras arriba. Mientras subían, deteniéndose en los descansillos para seguir besándose y tocándose, un torrente de recuerdos inundó sus mentes. Marcos rememoró las imágenes de Helena, desde que la descubrió caminando por el aparcamiento del

Centro, su primera conversación, sus coqueteos inofensivos durante la caza del topo, sus enfrentamientos durante la búsqueda de Andrea Pékerman. Y el día en que ella le recibió en Barajas cuando él se había extraviado entre la niebla.

Helena recordó a aquel espía veterano y burlón que le había dado su número de teléfono como por descuido, aquel hombre desesperante destinado en Bolivia que había sufrido por el dolor de la muerte de un amigo y el secuestro de su hija, y que había estado a punto de perder el alma en el camino. Aquel que no había dudado un instante en dejarlo todo y abandonar su otra vida para ofrecer su ayuda cuando era necesario.

Solo cuando creyó que iban a matar a Marcos, Helena fue capaz de aceptar lo que significaba para ella. Ambos estaban atrapados irremediablemente al otro lado del espejo, en un mundo en el que la señora Aimar y el señor Madero estaban destinados a terminar mordiéndose en cada rellano de las escaleras que llevaban hasta la casa de Helena, con una mezcla de pasión y ansiedad que les hacía perder el equilibrio a cada paso.

Al entrar en su casa, Helena condujo a Marcos hasta la ducha y abrió el grifo, empujándole dentro. Sin quitarse una sola prenda, entró tras él y se besaron durante varios minutos bajo el chorro de agua caliente. La espía pecosa arrebató a su compañero el abrigo, continuando con el jersey, la camisa, el pantalón y la ropa interior, hasta dejarle desnudo frente a ella. Entonces se detuvo y dio un paso atrás, despegándose de Marcos para contemplar su cuerpo. Madero se dejaba hacer, disfrutando de la excitación de ser desnudado, primero, y de ser observado, después. Inmóvil bajo la ducha, temía moverse o decir algo y romper la magia de aquellos momentos por los que había valido la pena esperar quince años.

Con una sonrisa traviesa, Helena acercó su boca a la de Marcos y le mordió con suavidad en la parte del labio atravesada por una cicatriz. Después inició un recorrido descendente, besándole en el cuello, los hombros, la espalda, el pecho y el vientre, siempre sin perder de vista el rostro de su amante, que temblaba de excitación, empapado y ligeramente mareado por el vaho de la ducha. Después, la sacerdotisa hereje eligió una esponja, la humedeció y fue repitiendo con ella el mismo recorrido, esta vez descendiendo por debajo de su cintura, donde se entretuvo un buen rato mientras disfrutaba de la expresión de placer en el rostro de Marcos.

Después de un largo beso, entregó la esponja a Madero, que

entendió el mensaje. Desvistió a Helena sin prisa, lanzando fuera de la ducha las prendas mojadas que le iba quitando, y se detuvo durante unos instantes contemplando su imagen en ropa interior negra, como si quisiese memorizarla para siempre. Finalmente, cuando ambos quedaron desnudos frente a frente bajo el chorro de agua, Marcos imitó la maniobra que había realizado Helena, recorriendo su cuerpo de arriba abajo con los labios, recreándose en sus pechos y su espalda. Sosteniendo la esponja con una mano y la ducha con la otra, exploró simultáneamente todos los rincones del cuerpo de su compañera, que se dejaba hacer con los ojos cerrados, los brazos extendidos y las palmas de las manos apoyadas en los cristales de la mampara.

Al salir de la ducha, más excitados de lo que eran capaces de controlar, se secaron mutuamente aprovechando las toallas para continuar explorando el cuerpo del otro, y Helena condujo a su invitado hasta el dormitorio. Al cruzar la puerta, Marcos levantó a su amante sujetándola por la cadera y la sostuvo en vilo, penetrándola con la espalda apoyada contra una de las paredes. Hicieron el amor con la luz encendida, primero con lentitud y después vigorosamente, sin preocuparse por controlar la intensidad de los gemidos, embriagados por el descubrimiento de la intimidad del otro, cambiando de postura a cada rato y recorriendo toda la habitación, la cama, una silla y el suelo; alternando rapidez y lentitud y utilizando el reflejo de un espejo de pie para multiplicar el placer y asimilar que aquello realmente estaba ocurriendo.

Hacer el amor con alguien a quien apenas conocemos es fundamentalmente una experiencia física, en la que la exploración y el deseo son simultáneos, pero el protagonismo recae fundamentalmente sobre los cuerpos. Sin embargo, esa misma experiencia entre viejos conocidos tiene connotaciones completamente distintas, porque el pasado compartido se mezcla con el sexo, otorgándole unos matices afectivos que lo enriquecen y, sobre todo, lo mejoran gracias al morbo de poseer algo largamente deseado.

Ni Helena ni Marcos durmieron aquella noche. Borrachos de lujuria, riéndose, sin apenas hablar, fueron probando con avaricia una tras otra todas las variantes del sexo, como si fuesen amantes furtivos que ya nunca más volverían a verse. Ninguno lo dijo, pero era evidente que ambos trataban de recuperar años de deseo reprimido y atracción no confesada, de autocontención en el sacrosanto nombre del deber, que aconsejaba no mezclar el trabajo con las relaciones sexuales. La venda que tanto tiempo les había tapado los ojos cayó, al igual que lo hizo la otra venda que cubría la herida de Madero, y algunas gotas de sangre terminaron de convertir la casa de Marqués de

Urquijo en el escenario de un campo de batalla.

La mañana les sorprendió de pie, desnudos y abrazados junto a la ventana, haciendo el amor muy despacio mientras observaban el amanecer sobre la Casa de Campo, con los cuerpos apoyados en el cristal, resistiéndose a dejar atrás aquella noche tan breve como eterna. Al terminar, Marcos fue recolectando sus ropas, que aún seguían húmedas, y abandonó la casa sin hablar, temeroso de que las palabras pudiesen dar cualquier interpretación equivocada a lo sucedido, con un beso fugitivo en la boca de Helena como única despedida.

La espía pecosa se quedó respirando el aroma de la noche, y regresó a la ducha con una sonrisa divertida al ver el caos en el cuarto de baño. Antes de situarse de nuevo bajo el chorro de agua hirviendo, pulsó el *play* de la lista de reproducción favorita que guardaba en su móvil. Vetusta Morla.

Y que San Juan no nos queme en su hoguera

Cuando descubra quién la asaltó

Deja el equipaje en la ribera

Para verte como quieres que te vea

Deja el equipaje en la ribera

Y quémalo

EL CORAZÓN ROTO

El equipo Andrómeda había conseguido su objetivo.

Jota recibió el encargo de redactar el informe final de lo ocurrido, y se dedicó en cuerpo y alma a trabajar en él para presentárselo a la secretaria de Estado menos de veinticuatro horas después del regreso de Madre. Una vez aclarada la naturaleza del ataque que había recibido en la Plaza de Mostenses, organizado por el SVR y no por Odessa, su miedo había vuelto a disminuir y sus antiguos temores habían vuelto a quedar bajo control. Además, le entusiasmaba la perspectiva de trabajar en el grupo de Naia responsable de localizar y capturar a los terroristas del Daesh que habían huido de Siria e Irak. El Centro estaba cumpliendo sus expectativas, dándole la oportunidad de comprender los engranajes ocultos que mueven el mundo.

Después de terminar el informe, regresó a su casa en la calle del Tesoro más allá de la medianoche, y encontró a Lucas esperándole despierto en el sofá, rodeado por tres maletas. A Jota se le rompió el corazón, pero no derramó una sola lágrima. Acercándose a su pareja, le abrazó con fuerza y después se acercó a la cocina para preparar dos tés de menta. Bebieron en silencio, antes de que Lucas se pusiese de pie para marcharse. Al llegar a la entrada, se dio la vuelta y clavó su mirada en Jota.

—¡Por lo menos dime algo!

El señor Jericó no dijo nada.

El rumor circuló por la Central como lo hacen los rumores en las sociedades secretas: a la velocidad de la luz.

Según aquella información confusa, una Leyenda, un antiguo miembro del Centro, había salvado de la muerte a Madre y Marcos Madero a costa de su propia vida, en el curso de una operación en Polonia de la que no había trascendido más información. Helena, la creadora del rumor, se aseguró de que los detalles de lo ocurrido no quedasen claros, dando versiones ligeramente distintas a diferentes interlocutores, con el fin de que la confusión ayudara a que el rumor se difuminase entre la maleza de verdades resbaladizas por la que están acostumbrados a transitar los miembros del Servicio.

La secretaria de Estado, por su parte, transmitió a la viuda de *Strigoi* un relato heroico de la muerte de su marido durante la visita que le hizo para comunicar lo ocurrido, asegurando a Pilar que no le faltaría de nada y que el fallecido tendría un lugar en las páginas más gloriosas de la historia del CNI.

Strigoi tuvo un entierro de héroe en el cementerio civil de la Almudena, en la calle Daroca. Helena Aimar, situada en una discreta cuarta fila de una nutrida representación de miembros del Centro, observó el gesto de orgullo en los rostros de los dos hijos del fallecido, Julia y Nicolás, y la mirada resignada en el de Pilar, que permanecía junto al féretro con una solemnidad majestuosa, como si hubiese ensayado durante años aquella escena en su mente. Los espías escoltaron el ataúd de su compañero bajo una lluvia inoportuna y, antes de introducirlo en el nicho, iniciaron un aplauso espontáneo que produjo un extraño eco en el ambiente húmedo para acompañar los últimos instantes del viaje vital de aquel hombre que había sido varios hombres.

Helena se preguntó quién habría tomado la decisión de enterrarle en el cementerio civil. Por lo general, la muerte generaba muchas preguntas y, en el caso de *Strigoi*, todavía más. Al morir, la persona y su entorno revelaban aquello en lo que creían, y alguien, probablemente Pilar, había decidido que el hombre que acababa de fallecer yaciese para siempre en un cementerio sin ninguna religión.

La espía pecosa se preguntó en qué había pensado *Strigoi* durante sus últimos momentos en Gdańsk. Si se había encomendado a algún dios, o qué recuerdos había elegido recuperar antes de morir: su niñez,

su madre, la Unión Soviética… o tal vez la nada. Pensó en sí misma. Nunca se había detenido a reflexionar si quería que la enterrasen en un cementerio católico o civil, si quería que la sepultasen en un nicho con su nombre o la incinerasen. Y si la incineraban, quién se quedaría con su urna o dónde pediría que esparciesen sus cenizas. La muerte le provocó una sensación abrumadora de soledad, y pensó en Madre, que se había quedado en casa, incapaz de soportar otro entierro de un compañero.

Cuando el ataúd de *Strigoi* desapareció dentro del nicho, Helena pensó que con él se estaba enterrando mucho más que un hombre: con el ilegal desaparecían secretos irrecuperables que quedarían cubiertos por el manto infinito del olvido. Pocos de los presentes en aquel sepelio sabían que aquel cadáver no había nacido con el mismo nombre ni en la misma fecha que quedarían grabados en el nicho, y menos aún recordarían que aquella identidad estaba enterrada en dos lugares al mismo tiempo: en Madrid y en un pueblo del sur de España, donde en realidad yacía el niño de cuyo nombre se había apropiado el ilegal.

Mientras se alejaban del nicho, Pilar se acercó a la espía pecosa y, tomándola del brazo, la apartó de los demás miembros del Centro. Las dos se alejaron esquivando charcos y tumbas bajo la lluvia.

—Era un espía soviético, ¿no es cierto? Y tú viniste a hablar conmigo porque lo sospechabas, pero no lo tenías claro.

Helena se detuvo, petrificada.

—Siempre lo supe, pero no quise aceptarlo —matizó la viuda del ilegal, aceptando el silencio como una confirmación—. Solo vemos lo que queremos ver.

La lluvia empezó a caer con más fuerza sobre ambas mujeres. La sorpresa había provocado que Helena bajase el paraguas, empapándose sin darse cuenta, mientras Pilar continuaba hablando junto a una tumba cubierta por claveles mojados.

—No soy tonta. Solo estaba enamorada. Sabía que él hablaba por las noches en un idioma que nunca había estudiado, y que aquella canción que cantaba en sueños era extranjera. A veces tenía lapsus, descuidos, costumbres que no eran españolas. Es imposible no darse cuenta de que algo no cuadra cuando se comparte una vida entera. Pero decidí mirar a otro lado y prohibirme averiguar lo que él ocultaba, porque intuía que si lo averiguaba lo perdería, y no estaba

dispuesta a que eso ocurriese. Los chicos no saben la verdad, y no se la diré por ahora. Pero a vosotros sí os voy a pedir un último favor.

La espía pecosa escuchaba desconcertada la repentina confesión de la viuda.

—Por supuesto, Pilar. Lo que necesites.

—He preparado una carta —la viuda de *Strigoi* sacó un sobre envuelto en plástico—. Necesito que la traduzcáis al ruso y se la hagáis llegar a su madre. Creo que aún vive, porque alguna vez, en un desliz, se refirió a ella en presente. Cuando su madre reciba la carta, él, como quiera que se llamase en realidad, podrá por fin encontrar la paz que nunca tuvo en vida.

—Serguéi —dijo Helena, buscando los ojos de la viuda—. Se llamaba Serguéi.

Pilar sollozó al escuchar aquel nombre, y se alejó mientras Helena guardaba la carta en su bolso.

Los misterios del corazón eran mucho más difíciles de interpretar que el más oculto de los secretos.

O tal vez, simplemente no podían ser interpretados.

—Esto no debe salir de aquí.

Habían pasado más de trece años desde aquella reunión, pero Helena recordaba a la perfección cada una de las palabras que se habían pronunciado en ella. En el último despacho del pasillo rojo de la tercera planta del Estrella, cinco personas se habían juramentado para conservar intacto aquel secreto hasta que todos considerasen, por unanimidad, que había llegado el momento adecuado para desvelarlo.

En aquel despacho, sobre una mesa redonda con un mapa de Europa, Madre, Madero, Helena, el Insomne y la que después sería secretaria de Estado habían terminado de diseñar la operación más ambiciosa y audaz del CNI, que podía durar años, décadas o incluso generaciones. Los cinco habían colocado la primera señal sobre el mapa: una chincheta roja en Madrid.

Poco antes de aquella reunión, el Centro había descubierto la primera infiltración conocida de un espía ilegal ruso en un Servicio de Inteligencia, y había logrado convertirle en un agente doble, un golpe extraordinario que protegería al CNI durante mucho tiempo de ataques inesperados procedentes de Moscú. Pero los cinco participantes en aquella reunión decidieron no conformarse con aquel descubrimiento. Ninguno recordaba quién había tenido la idea original, pero todos estaban de acuerdo en que la formulación definitiva de la operación había sido obra de Madre.

—*Strigoi* es la piedra angular que nos permitirá descubrir la red mundial de ilegales rusos.

Aquel había sido el comienzo de Tiresias.

Desde ese momento, aquel equipo, que decidió adoptar el nombre de “los cinco de Tebas”, por la ciudad de origen del adivino ciego, había utilizado la información que les facilitaba *Strigoi*, contrastándola con todos los datos relacionados con los ilegales que iban recabando tanto Contrainteligencia como Inteligencia Exterior, con el objetivo de ir dibujando el mayor mapa de ilegales en la historia del espionaje.

El plan exigía una discreción extrema y un trabajo meticuloso. *Strigoi* no conocía el nombre real ni el ficticio de ninguno de los demás ilegales, porque la URSS y después Rusia habían diseñado un eficaz sistema de compartimentos estancos para protegerlos. En un principio, el trabajo que se propusieron los cinco de Tebas parecía casi

imposible. Pero cada vez que algún Servicio descubría la existencia de un ilegal ruso en su país, los cinco de Tebas se abalanzaban sobre los detalles que publicaba la prensa y, en algunas ocasiones, lograban que el Servicio en cuestión les enviase un informe detallado del caso.

Todos los datos relacionados con los ilegales eran objeto de un análisis exhaustivo. Cuál era el Servicio de Inteligencia ruso que los gestionaba, con frecuencia el SVR o el GRU, en qué parte de Rusia o de la Unión Soviética habían nacido, qué oficio habían elegido como tapadera, cuáles eran las nacionalidades que adoptaban, como obtenían los documentos necesarios, cuáles eran sus países favoritos de tránsito —por ejemplo, comprobaron que utilizaban con frecuencia Canadá antes de instalarse en Estados Unidos— y cuáles eran los países en los que solían asentarse definitivamente. Qué edad tenían cuando comenzaban su "carrera", si se desplazaban solos o con familia, si tenían antecedentes en el *establishment* soviético o eran miembros del Partido… Toda la información que conseguían los cinco de Tebas era importante, y la que no conseguían, también.

A veces, los cinco se desesperaban por la magnitud de la tarea, en la que Madero apenas pudo participar durante sus estancias en el extranjero. Sin embargo, fue Marcos el que encontró la idea que necesitaban para no perder la motivación y que adoptaron como lema: "granos de arena en el desierto". Surgió en una conversación de Marcos con el mullah Mansour, el líder talibán afgano con el que solía encontrarse en su casa de Kabul y con el que compartía la ambición de lograr la paz en Afganistán.

—Solo somos un grano de arena en el desierto —le había dicho el afgano—. ¿Qué podemos hacer nosotros para cambiar el mundo?

Madero había encontrado una respuesta inspirada.

—Si el viento se llevase todos los granos de arena, el desierto no existiría. Todos los granos son importantes.

Y, como una montaña de granos de arena, los cinco de Tebas fueron recopilando discretamente información sobre los ilegales y comparándola con la que habían conseguido de *Strigoi*, buscando hacerse una idea lo más ajustada posible acerca de cómo se "fabricaban" los ilegales y, por lo tanto, cómo podían ser detectados. El Insomne, que era el más metódico de todos, insistía en que no hay una fortaleza que no tenga un punto débil, y tampoco un sistema sin una vulnerabilidad. En el caso de los ilegales, los cinco de Tebas tardaron en encontrar ese punto débil. Y fue Helena quien lo localizó:

los creadores de historias.

Después de años leyendo e investigando sobre los ilegales detenidos en distintos países, Helena se dio cuenta de que varios afirmaban haber recibido formación de una persona con una larguísima barba blanca, al que apodaban *Tolstoi* por su parecido físico con el escritor. La espía pecosa averiguó que *Tolstoi* era el creador de las historias que los ilegales utilizaban como cobertura, y los cinco de Tebas decidieron seguirle la pista hasta que lograron descubrir su identidad real, apoyándose en información facilitada por desertores históricos del KGB. El nombre real de *Tolstoi* era Oleg Rodionov.

Tolstoi fue la primera pieza sólida de un puzle gigantesco. Mediante cautelosos intercambios informativos con otros Servicios de Inteligencia y a través de investigaciones propias, realizadas por operativos que desconocían el destino último de la información que recababan, los creadores de Tiresias rastrearon la trayectoria de Oleg Rodionov y fueron entendiendo cómo funcionaba el proceso de creación de los ilegales.

Aunque los candidatos podían ser reclutados en cualquier lugar de la Unión Soviética, había partes de la formación que estaban centralizadas en Moscú, y la creación de la *leyenda* —la vida falsa de los ilegales— era la más importante.

Los cinco de Tebas estudiaron con detenimiento todas las leyendas creadas por Rodionov y, de esta forma, consiguieron establecer unos patrones comunes que les ayudaron a identificar otros espías. Por ejemplo, Rodionov siempre creaba vidas falsas en las que los ilegales eran huérfanos de padre o madre, o hijos de un padre que se había marchado de casa y del que no habían vuelto a tener noticias. De esta forma, Rodionov-*Tolstoi* se ahorraba crear otra vida entera para uno de los progenitores. No tardaron en descubrir otro patrón que se repetía: para evitar la existencia de falsos hermanos que pudiesen ser investigados, la mayoría de los ilegales eran hijos únicos, y muchos habían ido a colegios que ya no existían. Una parte significativa de los ilegales provenía de países en los que el KGB había tenido importantes delegaciones, y decían haber vivido en varios países distintos para dificultar las investigaciones sobre su pasado.

La inspiración de Helena fue esencial para aquella tarea. Durante una breve visita al British Museum tras una reunión con el SIS/MI6, la espía pecosa se detuvo frente a la piedra Rosetta. El lingüista francés Champollion había descifrado los jeroglíficos encontrados en Egipto gracias a aquella piedra, en la que estaba escrito el mismo texto en

griego, en egipcio con escritura demótica y en egipcio con escritura jeroglífica. En el caso de Tiresias, la línea N del SVR, la que apoyaba a los ilegales, era el equivalente a los jeroglíficos, el secreto por descubrir, y *Strigoi* era el egipcio con escritura demótica: la clave para resolverlos.

La información de *Strigoi*, recopilada discretamente y complementada con la que recibían de otros casos y otros Servicios, fue ayudando al CNI a desarrollar la operación Tiresias. Los cinco de Tebas descubrieron nuevas piezas en el rompecabezas organizado por la línea N gracias a un proceso lento y laborioso que, como suele ocurrir con los puzles, se hizo más rápido cuanto menos piezas quedaban por colocar.

La operación Tiresias consiguió que el CNI comprendiese el proceso de creación y desarrollo de los ilegales desde su reclutamiento y formación hasta el día en que entraban en eficacia. Los siguientes pasos fueron lógicos: identificar a sus captadores, a los responsables de obtener su documentación falsa, a los encargados de fabricar sus historias —como *Tolstoi*—, a sus formadores en técnicas de contravigilancia y operativas, a sus psicólogos, a sus jefes, a sus oficiales de relación —que, como Aleinikov, podían pertenecer a la sección Z si el ilegal se infiltraba en otro Servicio de Inteligencia—, y a los responsables de apoyarles logística y financieramente.

Una vez reproducida la estructura de la línea N, la secretaria de Estado fue decisiva para impulsar el siguiente paso. En una de las reuniones que mantenían los primeros domingos de cada mes, había propuesto que Tiresias pasase a la siguiente fase.

Si ya conocían cómo era el árbol, podían descubrir los frutos.

Desde aquel momento, fueron rellenando el mapa mundial de ilegales, que lógicamente era mucho más completo en los países en los que el CNI tenía una relación más estrecha con sus Servicios de Inteligencia. El Insomne era un creyente de las matemáticas: para él, la verdad estaba en los patrones. Y, según Madero, la lógica del director no andaba desencaminada. Establecidos los patrones de funcionamiento de los ilegales, era mucho más sencillo localizarlos, comparando los puntos comunes de las historias falsas que solían utilizar, muchas de ellas creadas por *Tolstoi*/Rodionov, y también sus modelos de comportamiento.

De este modo, el CNI, en palabras de Madre, convirtió la operación Tiresias en la Novena Sinfonía de la Inteligencia. Pero aún



le faltaba un detalle para llegar a su momento culminante, la última fase: la Oda a la alegría.

Después del entierro de *Strigoi*, el Insomne convocó a los cinco de Tebas a medianoche en el mismo despacho del Estrella en el que había comenzado todo, buscando recrear la importancia simbólica de la reunión, porque la mística es un elemento crucial en todos los Servicios de Inteligencia. Madre tomó la palabra.

—Entiendo que ha llegado el momento.

—Yo también lo creo —asintió Marcos.

—Y yo —añadió Helena—. Desaparecido *Strigoi*, ya no hay ninguna fuente que proteger.

—Pues adelante —sentenció la secretaria de Estado—. Pongamos en marcha Polifemo.

Habían esperado aquel momento durante más de una década. Polifemo era la palabra clave para ejecutar la última fase, el final de Tiresias, la Oda a la alegría, la operación definitiva para cegar al cíclope soviético. De forma simultánea, en una misma mañana partieron del CNI decenas de Notas secretas destinadas a los Servicios de Inteligencia amigos, detallándoles todos los conocimientos adquiridos sobre la línea N del SVR y el mapa de los ilegales detectados: el Santo Grial de la Inteligencia.

Helena sabía que las semanas siguientes serían frenéticas. En distintas partes del mundo, más de dos docenas de Servicios de Inteligencia impulsarían el arresto de ilegales rusos que se camuflaban en distintos países adoptando la apariencia de ciudadanos corrientes, desempeñando una amplia variedad de profesiones: empresarios de exportación e importación, agentes de viajes, sastres, consultores, economistas, empleados de banca, periodistas, administrativos en instituciones públicas, cooperantes, corredores de seguros, abogados, funcionarios de prisiones…

Aquella sería la mayor catástrofe de la Historia para el espionaje ruso, y todo se debía a *Strigoi*. La red de espías de Moscú se desmoronaría sin hacer ruido, como un castillo de naipes o un inmenso dominó, mientras los *tovarich* contemplarían perplejos como desaparecían sus joyas de la corona y se quedaban ciegos en Europa y en otras partes del mundo, sin saber ni siquiera desde dónde les había llegado aquel golpe letal.

Después de poner en marcha Polifemo, Madre regresó a su casa tras pasar por una tienda de delicatessen del barrio. Ya en su piso de Luchana, eligió un par de quesos franceses y unas lonchas de jamón ibérico, y decidió acompañarlas con un Riesling frío y un chupito de oporto.

Sentada en el sofá, rodeada por las estanterías llenas de libros que parecían haberla echado de menos, encendió su arcaico tocadiscos y colocó la aguja en el punto exacto de la Oda a la alegría inmortalizada por el eterno Ludwig van Beethoven , traduciendo mentalmente el significado de sus versos favoritos.

Quien haya tenido la dicha

de poder contar con un amigo,

quien haya logrado conquistar a una mujer amada,

que su júbilo se una al nuestro.

Aún aquel que pueda llamar suya

siquiera a un alma sobre la tierra.

¡Abrazaos millones de hermanos!

¡Que este beso envuelva al mundo entero!

Protegida por la intimidad de su vivienda-biblioteca, Madre se emocionó hasta las lágrimas con la música del divino sordo. Cuando terminaron de sonar las últimas notas, la maestra de espías buscó un número en la agenda de su teléfono, marcó el botón de llamada y volvió a reproducir la Oda a la alegría.

—Escucha a tu compatriota.

—Cuánto me alegra escuchar tu voz, *Mutter*.

Un largo silencio atravesó Europa.

—Udo —la voz de Madre sonó sorprendentemente insegura—, ¿conoces un lugar llamado La Alcaidesa, en el sur de España, cerca de Gibraltar?

La maestra de espías imaginó a su colega alemán sonriendo feliz al otro lado de la línea.

UNA INFORMACIÓN PREOCUPANTE

El día después de ejecutar la última fase de Tiresias, Helena decidió que había llegado el momento de enviar al departamento de traducción la carta escrita por la viuda de *Strigoi* para la madre del ilegal. Después vendría la compleja tarea de localizar a su destinataria, si es que aún vivía, y encontrar una manera segura de hacérsela llegar. La espía pecosa, en un último gesto de respeto hacia el fallecido, no había querido leer el contenido.

Hay secretos que están más allá del mundo de los espías.

Polifemo estaba en marcha. Durante los días siguientes, la infatigable unidad de Comunicación del Centro, que siempre se ponía en funcionamiento antes de la salida del sol, recibió la instrucción de prestar una especial atención a las noticias internacionales que revelasen detalles sobre la detención de ilegales en otros países, muchas veces sin mencionar que pertenecían al espionaje ruso, utilizando fórmulas más vagas, como “posible robo de secretos industriales” o “dudas sobre la idoneidad” de algunos funcionarios. En aquella ocasión, los Servicios habían logrado contener la voracidad de los políticos y de los periodistas ávidos de titulares.

Al mismo tiempo, comenzaron a llegar al CNI mensajes de agradecimiento de otros Servicios e información procedente de los ilegales descubiertos gracias a Tiresias. Un asunto llamó la atención de Helena. Un ilegal ubicado en Polonia —que dirigía un negocio agrícola en las afueras de Cracovia— y otro en Estonia —que regentaba un restaurante de lujo en Tallin— disponían de datos que apuntaban a la inminencia de un conflicto armado en el Este de Europa. Era una información preocupante, y habría que trabajar concienzudamente para investigarla en profundidad.

Pero había algo más urgente.

Además del rumor que explicaba el heroico fallecimiento de *Strigoi*, Helena puso en circulación otro cuchicheo por los pasillos y las rotondas del Centro: Madero se reincorporaba al CNI después de su breve paso por el sector privado. Las cosas regresaban a su lugar. Los dos rumores, el de la muerte heroica y el del regreso, crecieron, se extendieron, se confundieron entre sí, se multiplicaron y se deformaron hasta tal punto que nadie podía afirmar con certeza qué era cierto y qué no lo era.

Semanas después de la ejecución de Polifemo, mientras esperaba la salida de su vuelo en el aeropuerto de Barajas, Marcos Madero llegó a la conclusión de que los espías nunca mienten: solo juegan con las múltiples aristas y versiones que tiene la verdad. Aunque sí había algunos asuntos que no admitían interpretaciones: por ejemplo, que *Strigoi* había entregado su vida para salvar la de sus compañeros.

La noche anterior, su conversación con Helena había sido muy complicada.

—No eres tú quien debe ir. Para ti es más peligroso que para nadie, y más ahora —mientras paseaban por un Parque del Oeste oscuro y desierto, la espía pecosa sacudía la cabeza, resistiéndose a aceptar lo que iba a ocurrir.

—Sabes que iré.

—Te lo prohíbo. Es una orden directa. No quiero perderte. No ahora. Marcos, tengo miedo. Tengo mucho miedo de que te pase algo. Joder, te quiero.

La voz de Helena se quebró en una nota de desesperanza.

—Voy a desobedecer tu orden. Si no voy, no sería la persona a la que dices querer.

Helena había guardado silencio, impotente, sabiendo que nada impediría a Marcos llevar a cabo aquella misión.

Sentado en la zona de embarque de la Terminal 1, Madero miró a su alrededor. Pasajeros de todas las nacionalidades se preparaban para recorrer miles de kilómetros en cuestión de horas, distancias que siglos atrás tardaban meses o años en completarse. El siglo xxi había creado un mundo lleno de espejos que podían atravesarse en el mismo

día y, aún así, seguían existiendo rincones remotos, más allá del espacio y del tiempo, en los que se conservaban secretos ocultos.

Y el viaje de Madero tenía que ver con uno de ellos.

Sabía que Helena tenía razón al sentir miedo, después del tremendo golpe que el CNI había propinado a la Inteligencia rusa con la operación Tiresias. Moscú debía de estar averiguando, si no lo había hecho ya, dónde se había originado aquel brutal descalabro a su red de ilegales.

En el lugar al que se dirigía, Marcos no encontraría ningún aliado, y no era descartable que sus enemigos estuviesen esperándole a su llegada. Nadie le obligaba a emprender aquel viaje, y nadie le reprocharía que no lo hiciese. Pero ni siquiera por un instante se le había pasado por la mente la posibilidad de echarse atrás. Si su vida tenía que terminar así, al menos estaría en paz consigo mismo.

Veintiocho horas después, tras dos largos vuelos y siete horas de taxi compartido por unas carreteras interminables, Marcos Madero llegó a su destino.

TIAN SHAN

El viejo Mercedes condujo a Madero hasta una ciudad remota al pie de la descomunal cordillera del Tian Shan, también conocida como las montañas celestiales.

Con una mochila a la espalda, Marcos caminó por calles amplias de casas bajas y pequeñas colmenas de hormigón, dejando atrás una mezquita dungana construida en forma de pagoda. El pueblo dungano, un colectivo de musulmanes perseguidos en China por su fe, había atravesado las montañas Tian Shan, mezclándose con los mongoles y los colonos rusos llegados tras las grandes guerras, para refugiarse en aquella ciudad que parecía estar lejos de todas partes.

Con los colosos nevados como telón de fondo, Madero se dirigió hasta la casa-hotel Mitsoki, regentada por un matrimonio entre una japonesa y un kirguís y, después de instalarse en su habitación, salió a buscar un sitio para cenar atravesando gélidas avenidas y parques desangelados en los que añejas estatuas soviéticas invocaban desde sus pedestales la nostalgia de una época desaparecida. Bandadas de cuervos gigantes oscurecían el cielo del atardecer, aproximándose desde la gran masa de agua del Issyk-Kul, el segundo lago de montaña más grande del mundo después del Titicaca. Los bloques de hormigón se alternaban con edificios oficiales y las tradicionales casas rusas con contraventanas azules, similares a las que un viajero podía encontrar en cualquier aldea desde los rincones remotos de Siberia hasta los bosques de Bielorrusia.

Karakol, una ciudad construida en cuadrículas, era una de las puertas secretas que llevaban hacia China, la madriguera del dragón que había despertado de su sueño milenario para comerse el mundo. Todavía seguían existiendo pasos de montaña recónditos que comunicaban Kirguistán y China a través del Tian Shan, utilizados en otra época por fugitivos, mercaderes, contrabandistas y aventureros, pero la llegada de los nuevos medios de transporte había difuminado los antiguos senderos, que se habían vuelto demasiado peligrosos. Madero se imaginó caminando por aquellas nieves perpetuas entre los gigantes de piedra, en busca del leopardo de las nieves y el yeti. La ciudad olía a misterio y pasado. Todo en ella hacía pensar que algún funcionario despistado, desde su oficina en Moscú o Biskek, había olvidado notificar a la delegación del Partido en Karakol que, veintiocho años atrás, había sido disuelta la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

La noche de hielo no tardó en caer sobre la ciudad kirguís, y Marcos se refugió en un restaurante de comida local llamado Dastorkon. Pidió las especialidades locales sin saber cuáles eran y, mientras trataba de encontrar algún encanto al embutido reseco de caballo, a una sopa china fría llamada ashlan-fu o al kumis, la leche de yegua fermentada que los nómadas adoraban, volvió a pensar en lo ocurrido en Polonia, que seguía obsesionándole. ¿Por qué él seguía vivo y *Strigoi* no?

Seguía sin comprender cuál era el motivo real por el que *Strigoi* había decidido salvarle la vida, renunciando a las promesas de futuro que le había hecho Aleinikov. Tal vez Serguéi había intuido que el oficial del SVR le mataría hiciese lo que hiciese, o quizá se arrepintió en el último momento de su pacto y pensó que, si salvaba a Marcos y a Madre, aún podría regresar a su vida anterior en España. Mientras bebía un litro de cerveza para disimular el espantoso sabor del embutido de caballo, Madero llegó a la conclusión de que no había forma de saber lo que había pasado por la mente del ruso-kirguís antes de morir, y asumió que la falta de respuestas seguiría atormentándole para siempre.

Con el paso de los años, Marcos había aprendido que no se puede discutir con los muertos ni con los fantasmas.

De repente, su instinto se activó. Algo no marchaba bien. Parapetado tras la cerveza, analizó a los ocupantes de las mesas de aquel restaurante local, con un toque folklórico, que estaba prácticamente lleno a las siete de la tarde. Había familias de Karakol, mochileros y una mesa grande con un grupo de turistas alemanes que habían tenido la excéntrica idea de viajar a Kirguistán poco antes del invierno. Pero dos de las mesas, que se habían ocupado después de su llegada, tenían anomalías, detalles que no cuadraban con la atmósfera y el contexto.

En una de ellas, tres hombres jóvenes de rasgos mongoles devoraban cordero asado mientras charlaban en voz demasiado baja y con una expresión facial demasiado seria como para tratarse de un grupo de amigos. En otra mesa, una mujer rubia compartía un plato de pescado del Issyk-Kul con un hombre de rasgos caucásicos y el cabello tan blanco como las cumbres del Tian Shan, mientras mantenían una conversación desganada y lanzaban miradas ocasionales al español. Ella se revolvía en la silla, incómoda, tratando de encontrar una postura adecuada sin conseguirlo. Marcos comprendió. Los tres jóvenes pertenecían al equipo operativo, el hombre de pelo blanco era el jefe, y tal vez su compañera fuese el

cebo.

Cuando Madero estaba a punto de terminar su cerveza, la mujer pasó a su lado, de camino al servicio, observándole con un punto de provocación. Por supuesto, aquello tenía sentido. Un español solo, de cuarenta y tantos años, en aquel lugar perdido de la mano de Dios fuera de la temporada de viajes, demasiado mayor para ser mochilero y demasiado joven para ser un jubilado viajero. No era ilógico que la delegación local del Servicio de Inteligencia kirguís, el UKMK —heredero local del KGB—, quisiera saber qué diablos estaba haciendo allí. Por suerte, Marcos no había utilizado su ruso fluido en Kirguistán para no llamar la atención. Sintió vértigo. No encontrarían nada si ya habían registrado la habitación de la casa-hotel donde se alojaba, pero si le detenían tendría serios problemas para explicar la historia que había detrás del documento escrito en ruso que ocultaba en su abrigo.

Era un moderno Miguel Strogoff, que llevaba una carta del zar a través de una estepa plagada de amenazas.

Tras pagar la cuenta, Madero se levantó con calma. Dedicó una sonrisa bobalicona a la camarera, a la que había dejado una moderada propina, y adoptó su mejor expresión de cansancio y estupidez, caminando con pasos torpes y la espalda exageradamente inclinada, mientras se dirigía a la puerta pasando frente a la mesa de los tres operativos. Al salir sin mirar atrás, arrastró los pies por el suelo de tierra hasta un taxi, indicando al conductor la dirección de su alojamiento en un inglés balbuceante. El taxi partió seguido de otro coche y, tras unos minutos interminables, le dejó frente a la puerta de la casa-hotel, en la calle Koenkozov. El único ser vivo a su alrededor era un perro vagabundo, que le miró esperanzado por si el humano tenía la ocurrencia de darle algo de comida. Si el UKMK decidía detenerle, era el momento adecuado para hacerlo. Por eso, en lugar de apresurarse, y para no dar la impresión de que tenía miedo, Marcos se quedó de pie mirando hacia arriba, recreándose en uno de los cielos más hermosos y llenos de estrellas que había visto nunca. Por el rabillo del ojo divisó el coche de los operativos, detenido en una esquina de la calle, y trató de controlar su corazón, que latía con una fuerza inusitada. Había viajado a Kirguistán utilizando un pasaporte con una identidad distinta a la suya, pero ¿y si el SVR había compartido su fotografía con todos los Servicios de la órbita exsoviética, como él había hecho con la foto de Aleinikov entre los Servicios europeos? ¿Y si aquellos operativos sabían que el hombre al que estaban vigilando no era un viajero despistado y excéntrico, sino un miembro del Servicio de Inteligencia español?

Se preparó mentalmente para pelear si los operativos se acercaban. No podía ganar, pero al menos tendría un final digno. No ocurrió nada. Después de mantener la mirada fija en el cielo durante unos instantes interminables, Marcos entró con parsimonia en el pasillo que llevaba hacia la entrada de la casa-hotel. Tras atravesar el umbral, se descalzó y bebió un vaso de agua en el salón común antes de refugiarse en su habitación, y se sentó en la cama para tranquilizarse, consciente de que aquello no había acabado. En cualquier momento, con una sola llamada al hotel, las cosas podían torcerse y acabaría la noche encerrado sin pasaporte en un local siniestro, donde sería interrogado con dureza sin que nadie, ni siquiera Helena, pudiese ayudarle. Envió un mensaje a la espía pecosa con su localización. Por lo menos, si desaparecía en Karakol, ella sabría dónde comenzar a buscar su cadáver. Aquel era uno de los puntos de no retorno de los que solía hablar Madre. A la mañana siguiente, si no habían venido a buscarle durante la noche, podría elegir entre dos opciones: regresar a Madrid y crear una vida junto a Helena, o seguir adelante y terminar lo que había venido a hacer en Karakol.

Se conocía a sí mismo lo suficiente como para saber que, contra toda lógica, no se echaría atrás. Se dispuso a dormir. Necesitaba estar descansado, porque la misión que iba a llevar a cabo cuando amaneciese sería una de las más importantes de su vida.

Y no podía fallar.

Al salir de la casa-hotel a las nueve de la mañana, bajo un cielo agresivamente azul iluminado por un sol frío, Marcos examinó el entorno con una mirada fugaz. La calle solo tenía una entrada y una salida, y en ninguna de las dos detectó la presencia de vigilantes. No se entusiasmó, porque sabía que el Servicio local podía haberlos situado en las vías perpendiculares, desde las que se controlaba con facilidad a cualquier persona o vehículo que abandonase la calle Koenkozov.

Se dirigió a su izquierda, doblando la primera esquina a la derecha sin divisar a ningún centinela, pero se resistió a relajarse, consciente de que cualquier casa podía estar siendo utilizada como puesto de vigilancia. Fue tranquilizándose a medida que caminaba hacia el centro de Karakol, y la tensión inicial dejó paso a una placentera sensación de ingravidez, como si se desplazase flotando entre el aire gélido de la ciudad kirguís. Llegó a la conclusión de que su pequeño teatro de la noche anterior había sido un éxito, y el UKMK no le había considerado lo suficientemente interesante como para asignarle un equipo de seguimiento.

Ya nada podía interponerse en su camino.

Repentinamente, Madero sintió que se le caía el mundo encima. El hombre de cabello blanco del restaurante Dastorkon salió de una casa rusa de la calle Jusaev, y se dirigió hacia el español con paso firme, vestido con una abultada chaqueta de cuero y una *ushanka* de piel en la cabeza. Sopesó sus opciones. No tenía sentido correr hacia atrás ni darse la vuelta, porque probablemente los demás miembros del equipo estarían ocultos en puestos de vigilancia cercanos, preparados para reaccionar. Le tocaba afrontar su destino, y sabía bien lo que iba a pasar a continuación.

El hombre de la *ushanka* se dirigiría a él amablemente, le invitaría a acompañarle a un lugar más tranquilo para conversar como amigos y, a partir de ahí, todo iría de mal en peor. En un momento de desesperación, Marcos contempló la posibilidad de parar un coche y desalojar por la fuerza al conductor, pero desechó la idea: aunque lograse escapar de aquella calle, en Karakol, al pie de la cordillera de Tian Shan, no encontraría ningún lugar en el que refugiarse del UKMK.

El kirguís de pelo blanco se llevó la mano al interior de su

chaqueta mientras se acercaba. Lo harían de otra manera. Un disparo en plena calle, una ejecución sumaria, otra venganza más. Tal vez fuese mejor así.

Al llegar a la altura de Madero, el hombre de pelo blanco le miró a los ojos mientras extraía de su chaqueta unas gafas de sol de aviador, colocándoselas con una sonrisa antes de pronunciar dos palabras en español.

—Buenos días.

Marcos contuvo la respiración mientras el hombre del UKMK le sobrepasaba y se despedía de él con una breve inclinación de cabeza. Paralizado en mitad de la calle, trató de adivinar desde dónde llegaría el tiro de gracia.

Pero no hubo ningún disparo.

Entonces comprendió que su teatro de la noche anterior había sido inútil. Aquel encuentro era un mensaje. Ellos (el KGB, el SVR o el UKMK, distintos disfraces del mismo poder) sabían quién era Marcos y por qué había viajado a Kirguistán desde el instante en que aterrizó en Biskek, y acababan de hacérselo entender con una claridad que no admitía equívocos. Pero también le habían transmitido que no impedirían que cumpliese su misión.

Tras caminar durante unos minutos con las piernas temblorosas, tratando de recuperarse del miedo experimentado, el español vislumbró entre los tejados unas hermosas cúpulas doradas que culminaban en cruces ortodoxas, con el inconfundible travesaño torcido bajo el eje de la cruz católica. Momentos después, llegó a la altura de una iglesia de madera que representaba mucho más que un lugar de culto. En un país en el que la etnia mayoritaria era la kirguís y el Islam la religión predominante, la iglesia de la Santísima Trinidad de Karakol era un símbolo político, un destacamento de la poderosa Iglesia ortodoxa, compañera histórica de Rusia.

Detrás del edificio de madera, las cumbres del Tian Shan, las montañas de Dios, parecían señalar la puerta del más allá.

Marcos entró en el templo. Llevaba años sin pisar una iglesia, pero la mística de la construcción ortodoxa lo reconfortó. Recuperando una dinámica olvidada de su infancia, rezó en silencio, sin saber muy bien a quién se dirigía, esperando que algún ser divino le diese sabiduría y fuerzas para cumplir la misión que le había llevado hasta aquella ciudad en el fin del mundo.

Se preguntó si existía un dios que decidiese el destino de los espías y, si así era, qué clase de dios sería, justo o traicionero, benevolente o colérico. El mundo del otro lado del espejo estaba poblado por habitantes descreídos y escépticos, que habían crecido derrumbando mitos a medida que se perdían en su propio universo. Los espías no podían permitirse el lujo de creer en ninguna divinidad y, pese a ello, estaban obligados a no perder la fe para seguir adelante.

¿Quién era, entonces, el dios de los espías?

Al salir del recinto de la catedral de madera, ese dios, quienquiera que fuese, le indicó la dirección correcta hacia su destino: la gran casa rusa con contraventanas verdes y azules de la calle Lenin.

Madero caminó con lentitud hacia la entrada del caserón, palpándose el abrigo para asegurarse de que aún conservaba la carta en su interior. Miguel Strogoff había llegado al final de su trayecto pero, en lugar de apresurarse, trataba de hacer eternos sus últimos pasos, abrumado por la descomunal tarea final a la que iba a enfrentarse. Tras unos instantes eternos de duda y vacilación ante la puerta, se armó de coraje y pulsó el timbre, con la secreta esperanza de que no hubiese nadie en el interior de la casa. Una voz de mujer respondió en ruso.

—*Idu.*

La anciana venerable que abrió la puerta tenía los ojos de un azul profundo, llevaba un pañuelo granate en la cabeza y un vestido de flores. La mujer observó al español en silencio, y Marcos pudo distinguir todas las emociones que se sucedían en sus pupilas. Primero fue la curiosidad, después la extrañeza y, finalmente, al comprender lo ocurrido, las cuencas de los ojos de la *babushka* se humedecieron. Se secó las lágrimas con el dorso de la mano y, con un gesto, indicó a Madero que pasase al interior de la vivienda.

—*¿Gavarite pa ruski?*

—*Da.*

—Entonces —continuó la anciana—, un té le vendrá bien después de un viaje tan largo.

Madero atravesó el umbral de la casa, mientras sacaba de su abrigo la carta escrita por la viuda de *Strigoi* para la madre de su marido.

EL HOMBRE DE LAS CIEN ALMAS

—Últimamente soñaba mucho con él —la anciana, sentada en un taburete frente a una mesa antigua de madera maciza, tenía una taza de porcelana en la mano—. Hubo otras ocasiones en las que Serguéi pasó mucho tiempo sin llamarme, pero esta vez mi corazón me decía que algo no iba bien. Me llamo Yulia.

—Tengo una carta para usted —dijo Madero, entregándole el sobre—. Se la envía la mujer de Serguéi.

—¿Puede leérmela, por favor? Mis ojos son demasiado viejos.

Marcos leyó en voz alta la carta escrita en cirílico. En ella, Pilar, la esposa de *Strigoi*, explicaba a la madre de su marido cómo le había conocido y cuánto se habían querido, y también le hablaba de sus dos nietos, Nicolás y Julia. La anciana sonrió con tristeza.

—Mi esposo se llamaba Nikolay. Serguéi puso nuestros nombres a sus hijos.

En el texto, breve y conciso, Pilar se ofrecía a viajar hasta donde ella estuviese para encontrarse con sus nietos o, si así lo prefería, hacer todo lo posible para que ella viniese a Madrid. Al concluir la carta, Yulia se emocionó y lloró en silencio, mientras Marcos se mantenía inmóvil frente a ella, respetando su duelo, observando las lágrimas que descendían por los surcos de su cara como arroyos por una tierra resquebrajada. Después de unos minutos, la anciana logró reponerse.

—¿Cómo murió?

—Serguéi entregó su vida para salvar la mía y la de una compañera, combatiendo contra un funcionario que había traicionado a Rusia. Su hijo era un héroe, señora Yulia.

—Siempre fue así —la anciana esbozó una sonrisa triste—. Desde pequeño. Era fuerte y protegía a los débiles. Entregó su vida por aquello en lo que creía. Nunca hubo madre más orgullosa de su hijo que yo.

—Estoy a su disposición para ayudarle en lo que necesite.

La anciana clavó su mirada azul en Madero, explorando su alma.

—Mi vida se apaga. Antes de morir, mi único deseo es conocer a los hijos de Serguéi, mis nietos. Si puede ayudarme, le estaré muy agradecida. Después podré irme en paz.

Al salir del caserón en el que *Strigoi* había pasado su infancia, Marcos inspiró con lentitud, dejando que sus pulmones se inundasen con el aire puro y frío que descendía de las cumbres del Tian Shan. Mientras caminaba en dirección a la parada de los taxis que se dirigían hacia el Oeste, el español trató de asimilar lo ocurrido en

aquel encuentro. Probablemente la anciana Yulia siempre había sospechado que su hijo no finalizaría su misión con vida ni regresaría a Karakol, y se preguntó si alguna vez ella se habría arrepentido de dejar que Serguéi se sacrificase por la Unión Soviética.

El taxi destartalado que le llevó al balneario de Jeti-Ögüz olía a oveja milenaria, y el sol de media mañana brillaba en un cielo sin nubes. Marcos tarareó la canción de los Jóvenes Pioneros, la misma que *Strigoi* cantaba por las noches, recordando entre sueños los mejores momentos de su infancia en Karakol.

Pusť vsigdá búdet sólnce!

Pusť vsigdá búdet néba!

Pusť vsigdá búdet máma!

Pusť vsigdá búdu já!

Trepando por una deteriorada carretera soviética, el taxi alcanzó milagrosamente su destino, un valle al pie de una cadena de colinas rojizas conocidas como los Siete Toros. Madero descendió del coche, despidiéndose del taxista con una sonrisa, y tomó un sendero de piedras y tierra que remontaba la corriente impetuosa de un río bravo y cristalino, atravesado por centenarios puentes de madera.

Mientras caminaba río arriba, el español pensó en su familia y en sus compañeros. En sus hijos, de los que cada vez se había alejado más. En Helena y en la esperanzadora aventura que había comenzado entre ellos. En Madre, la maestra de todos. En el Insomne y sus ojeras perpetuas, huellas de un trabajo interminable. En Ignacio Aguirre, que habría disfrutado recorriendo los paisajes de la niñez de *Strigoi*. En Naia, Kodiak y Jota, el futuro del Centro. En sus mejores cómplices, Noe y el viejo Grizzly, que hubiese aborrecido la sopa ashlan-fu y, sobre todo, el embutido de caballo.

En todos sus compañeros.

Había decidido hacer aquel recorrido como un homenaje personal a *Strigoi*-Serguéi, un peregrinaje secreto a los lugares en los que él había sido feliz de niño. La felicidad de la inocencia, cuando somos más puros e ingenuos y la maldad parece cosa de los cuentos, cuando solo existe el aquí y el ahora, cuando la vida nos lleva a correr y saltar para desplazarnos, cuando derrochamos sonrisas y alegría.

El paraíso perdido al que nunca volveremos.

Al divisar una yurta blanca en la ribera del río, Marcos comprendió que había llegado al Valle de las Flores, uno de los lugares de los que le había hablado *Strigoi*, y siguió caminando hasta encontrar un puente que le llevó a la orilla opuesta. De repente, sintió que *Strigoi*/Serguéi regresaba a la vida a través de sus ojos, y trató de observar el entorno que le rodeaba con la mirada de su compañero fallecido. Probablemente, aquel paisaje había cambiado muy poco desde la niñez del joven pionero. Las montañas, las yurtas, los caballos, las vacas y el río parecían eternos, y solo algún vehículo renqueante revelaba que había llegado el siglo xxi y que la URSS era ya solo un sueño del pasado.

A la entrada de un bosque de pinos, encontró a dos chiquillos sentados en la hierba, cuidando a tres caballos que pastaban a sus espaldas. Marcos negoció con ellos para utilizar uno de los animales, y el más alto de los niños decidió acompañarle montado en otro, explicándole por señas que le guiaría hasta una cascada. Los dos caballos siguieron un sendero de tierra que atravesaba arroyos casi helados procedentes de las nieves eternas del Tian Shan, y ascendía por una colina cubierta de árboles.

De repente, cuatro jinetes aparecieron en el sendero frente a ellos, y Marcos reconoció a uno de los operativos del UKMK que había formado parte del dispositivo de vigilancia de la noche anterior. Ahora sí, todo había terminado. Se reprochó haber sido tan ingenuo como para pensar que el destino se había olvidado de él, y comprendió que solo le habían dejado vivir para hacer llegar la carta de *Strigoi*/Serguéi a su madre, por respeto a la familia del ilegal. La carta había sido entregada, y el SVR había decidido culminar su venganza contra Madero, el hombre que les había humillado haciendo que uno de los héroes de la antigua Unión Soviética traicionase a la Madre Patria.

Moscú no olvidaba jamás: los rusos adoraban al dios de la venganza.

Uno de los jinetes gritó algo en kirguís al niño, que se hizo a un lado con el caballo. Marcos esperó que al menos le ejecutasen bajo la luz de aquel sol frío, en aquel paisaje maravilloso. Mientras esperaba la llegada de los jinetes que se convertirían en sus verdugos, cerró los ojos, recordando los mejores momentos de su vida al otro lado del espejo.

Había valido la pena.

Pero las historias de espías nunca tienen finales felices.

HELENA

Helena se despertó con un terrible presentimiento.

Miró sus teléfonos, sin encontrar en ellos ningún mensaje nuevo. Llevaba demasiadas horas sin tener noticias de Marcos. Todo había sido un despropósito, una monumental locura. Había cien formas distintas de haber hecho llegar aquella carta a la madre de Serguéi que no traían aparejado el riesgo asumido por Madero. Su decisión había sido temeraria.

Se levantó, angustiada, buscando algún tipo de consuelo al miedo que la atenazaba. Tras enviar un mensaje a Marcos con un signo de interrogación, abrió la caja de mimbre en la que había conservado las viejas cartas escritas a mano que había recibido la Helena que existió antes de ingresar en el CNI. Una vez dentro del Servicio de Inteligencia, ya no había vuelto a recibir ninguna carta manuscrita.

En aquellas cartas estaba su identidad real, la identidad a la que renunciaban los espías al asumir su profesión. La pérdida de aquella identidad había trastornado a *Strigoi*, y probablemente también había llevado a Marcos a realizar aquella misión suicida a más de ocho mil kilómetros de Madrid para saldar una deuda vital que solo los espías comprendían. Trató de comenzar una oración, sin saber cómo hacerlo ni a quién dirigirse. Quiso rezar por ella, por Marcos, por Serguéi y por todos los compañeros que habitaban en el mundo del otro lado del espejo.

Y pidió al dios de los espías que tuviese piedad de sus almas.

Los cuatro jinetes, que teóricamente solo eran jóvenes pastores herederos del imperio mongol, pasaron de largo tras saludar a Marcos con una sonrisa y dedicar al niño unas palabras amables.

Pero el espejo de los espías mostraba una realidad completamente distinta de aquella escena inofensiva.

Marcos Madero era un excelente fisonomista, y sabía que al menos uno de aquellos jinetes pertenecía, como él, al mundo secreto.

Aquel jinete era el mensaje que le habían enviado sus enemigos.

Un mensaje que le anunciaba que el peligro no había pasado, y que no desaparecería jamás. Que la amenaza de una muerte violenta y repentina le acompañaría siempre, hasta concretarse en el momento más inesperado, tal vez en un futuro junto a Helena, cuando hubiese olvidado su existencia, pensando que todo había quedado atrás.

Aquella era la venganza que Moscú había elegido para él: una sentencia de muerte sin fecha de ejecución.

El demonio de los espías, su mayor enemigo, es el miedo.

Marcos siguió a su pequeño guía, tratando de sobreponerse a la cruel condena que acababa de recibir, y llevó su caballo al paso por un estrecho sendero que bordeaba un precipicio, en un margen del bosque. Cuando el camino se volvió demasiado angosto, temerosos de que sus monturas resbalasen, el niño y el hombre ataron a los animales a un árbol. Después de caminar unos minutos, llegaron a una cascada por la que el agua se deslizaba con elegancia sobre una pared de roca desnuda, y el pequeño kirguís explicó a Madero que la cascada era conocida como “las trenzas de la novia”.

Hipnotizado por aquella imagen, Marcos decidió que no se dejaría vencer por la incertidumbre de la muerte, y aprovecharía cada uno de sus días como si fuese el último, hasta que la sentencia de Moscú se ejecutase.

Al fin y al cabo, todos los hombres nacen condenados a muerte.

Al pie de la caída del agua, Madero volvió a pensar en la última acción de *Strigoi*/Serguéi, preguntándose cuál de sus múltiples personalidades había tomado la decisión que le costó la vida. Y,

finalmente, comprendió a su antiguo compañero. Serguéi había intuido que solo a través de su muerte conseguiría unir sus dos identidades, su familia original con su familia española, y había decidido consumar el sacrificio supremo para lograrlo, utilizando a Marcos para que aquel encuentro se materializase.

En su última acción, Serguéi había usado la más profunda de sus cien almas, la que estaba oculta debajo de las cien máscaras que había usado a lo largo de su vida. En el momento más difícil, cuando todos revelamos quiénes somos en realidad, de la profundidad de la mente de Serguéi había surgido su última matrioshka, el alma más escondida: la de un hombre bueno.

Tras regresar de la cascada y recuperar su caballo, trotando por un recodo del sendero que rodeaba el bosque, Marcos llegó hasta el borde de una ladera vertiginosamente inclinada, desde la que contempló el paisaje más bello que había visto jamás.

Ante él, valles verdes cubiertos por interminables ejércitos de pinos escoltaban a impetuosos ríos de cristal que nacían de las cumbres blancas del Tian Shan, las montañas que unían Oriente y Occidente, el dragón chino con el oso de la antigua Unión Soviética, el hogar del leopardo de las nieves y, por qué no, del yeti.

Envió a Helena una fotografía de aquel paisaje mágico como prueba de que aún seguía vivo, y después siguió avanzando al trote, mientras recordaba la canción que había tarareado Serguéi en sus últimos momentos de vida. *Ojalá siempre haya sol. Ojalá siempre haya cielo. Ojalá siempre esté mamá. Ojalá siempre esté yo.*

—Va por ti, amigo— musitó.

Marcos abandonó el sendero, impulsó a su caballo con las piernas y se lanzó cuesta abajo por la ladera, a galope tendido, dirigiéndose hacia el corazón de las montañas celestiales.

Si el dios de los espías no estaba allí, no estaría en ninguna parte.

FIN

AGRADECIMIENTOS

En el proceso de creación de esta novela he contado con el apoyo de una editorial muy especial, formada por amigos y lectores (y, a veces, ambas cosas al mismo tiempo). Entre los lectores cero, quiero destacar a A., que siempre está ahí, a Javier Cencibel, el manchego que me forzó a dar una vuelta de tuerca a la trama, a Olga, que me obligó a cambiar el título, a Malu, que siempre buscó el toque literario, a Lourdes, que sabe decir con silencios más que muchos con palabras, a Carlos y a Paz, que me transmitieron toda su sabiduría cántabra y chilena, y también a personas de otros países que me apoyaron para capítulos concretos, como Ale.

No puedo olvidarme de otros que me respaldaron desde la primera novela de la saga de *El alma de los espías*, como Elena, Ana, Félix, Paz, Esperanza, Arturo y otros cuyos nombres aún debo reservarme, pero que han sido claves para que esta tercera novela viese la luz. También recuerdo a todos aquellos conocidos y desconocidos que actuaron como difusores de los libros, y que me empujaron a seguir escribiendo con palabras de aliento y apoyo desinteresado.

Finalmente, quiero dar las gracias a aquellas personas que me ayudaron (sin saberlo) a crear la novela mientras recorría otros países, fundamentalmente chilenos, polacos y habitantes de ese lugar maravilloso llamado Kirguistán, gente buena y con alma que iluminó mi camino entre la niebla y me hizo comprender que, en el mundo del otro lado del espejo, también hay un dios para los espías.

Table of Contents